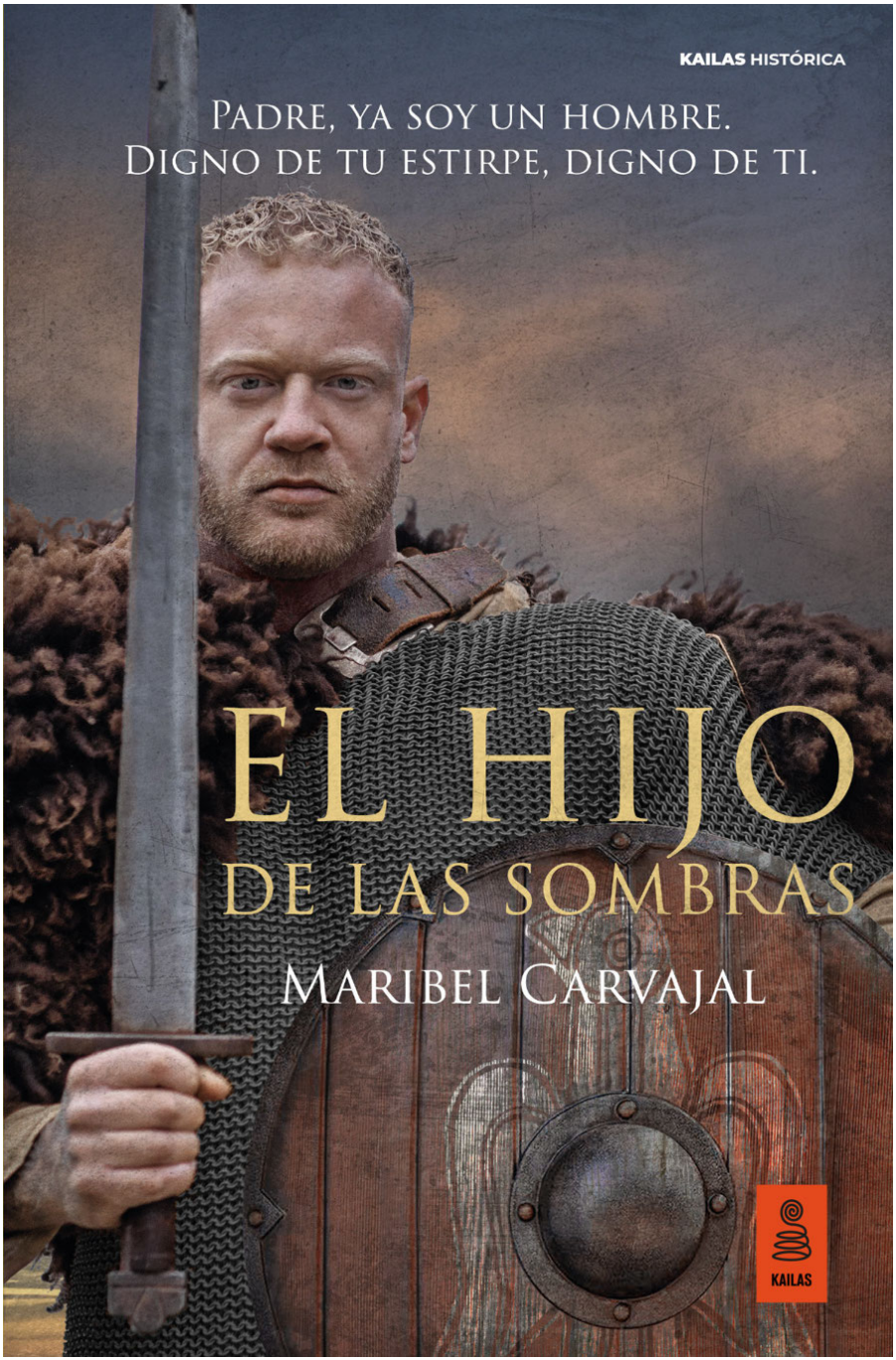

KAILAS HISTÓRICA
Padre, ya soy un hombre.
Digno de tu estirpe, digno de ti.
EL HIJO
DE LAS SOMBRAS
Maribel Carvajal
KAILAS

MARIBEL CARVAJAL

EL HIJO DE LAS SOMBRAS

KAILAS

KNH3

El hijo de las sombras
© 2022, Maribel Carvajal
© 2022, Kailas Editorial, S. L.
www.kailas.es

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Primera edición: abril de 2022

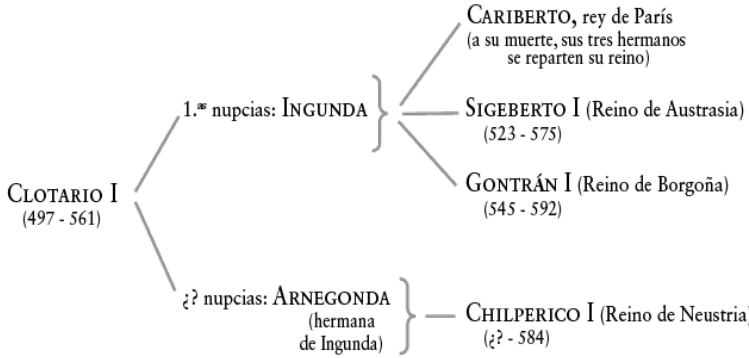
ISBN: 978-84-18345-58-6
ISBN edición impresa: 978-84-18345-38-8

Todos los derechos reservados.

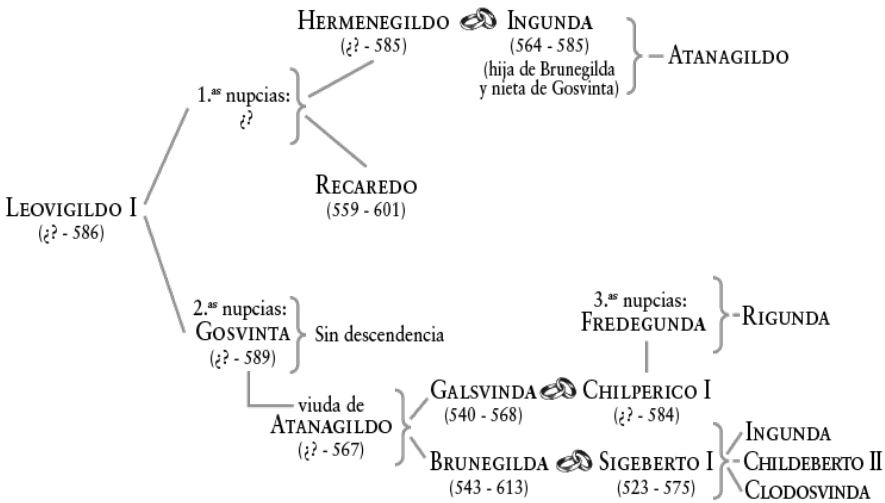
A mis hijos, Alicia y Daniel.
Porque son Tierra que Nutre.
Campos de Amapolas entre Alcornoques.
Raíces que entretejen la Vida
con el don de la Alegría.

REINO FRANCO

(Dinastía Merovingia)



REINO VISIGODO



El día que mataron a mi padre la venganza se desató en mí
como el más temible de los infiernos.
Ojo por ojo. Diente por Diente.
La sangre de mi padre, inmisericorde en mi corazón,
y… ¡mi impotencia!
me convirtieron en Señor de la Guerra.
¡Un hombre bien sabe qué no debe consentir!
Mi nombre es Vigorti, godo, hijo de Vigor,
bucelario del rey Leovigildo.
Y soy un alma marcada.
Juzga por ti mi historia.

Las cenizas de la muerte

Emérita, marzo del año 582.

Vigorti trastabilló el paso y su figura se descompuso en una propia de cuerpos endemoniados; finalmente, consiguió enderezarse sin caer. Sonrió al abad de Casa Herrera, como llamaban a la aldea a tres leguas de Emérita en la que su padre era usufructuario del mayor fundo del lugar, y subió a la carreta. Su padre, Vigor, era bucelario del rey Leovigildo, y esas tierras le pertenecerían mientras siguiera a su servicio. La carreta se movió lentamente, acababa de entregar al cenobio de Santa Eulalia el aceite comprometido y regresaba a Casa Herrera cargada con otros productos y con Vigorti, que estudiaba en la escuela de clérigos del cenobio y todas las semanas volvía a casa un día para sosiego de los hermanos. Ese martes, 3 de marzo, presagiaba ser un día especial: hacía más de un año que Vigorti no veía a su padre. En su última carta, Vigor le anunció la fecha del próximo encuentro. ¡Y por fin iba a producirse! Se reunirían en la basílica de Casa Herrera. «Las iglesias gozan de inmunidad, son territorio seguro caso de no acompañar la suerte, y en ellas no caben las detenciones», le previno el padre, aunque él no reparó en la advertencia.

El arrabal que ocupaban la basílica de Santa Eulalia y su cenobio, y unos pasos más allá el xenodoquio aún en construcción, congregaba un incesante movimiento no solo de tipo espiritual: en los alrededores se diseminaban colonos y siervos con productos agrícolas, ganaderos y variopinta manufactura que intercambiaban entre ellos. El dinero escaseaba y se subsistía gracias al trueque. A la carreta le costaba avanzar, el trasiego de peregrinos que acudían a la tumba de la mártir Eulalia era incesante y a la habitual muchedumbre se sumaban los soldados de Hermenegildo, el hijo mayor del rey Leovigildo, que se había sublevado contra su padre hacía dos años en la ciudad de Híspalis. Emérita también había sido conquistada por el rebelde, de eso hacía seis meses, y las apuestas se multiplicaban calculando cuánto tardaría Hermenegildo en arrebatarle a su padre la capital del reino, Toletum, precisamente aprovechando que este se hallaba en el norte combatiendo a los vascones.

El abad hubo de enseñar las dolias al último retén de soldados que acampaban a media milla del antiguo circo romano, un edificio de espectáculos con capacidad para treinta mil espectadores del que aún existía rastro y que siglos atrás personificó la gloriosa huella de Roma en sus provincias. El abad realizaba uno o dos viajes desde Casa Herrera a Emérita todas las semanas, de modo que la soldadesca lo

conocía por demás, pero aun así lo detuvieron, acostumbrados a recibir alguna dádiva.

—Padre, veneno les metería en la tinaja —añadió Vigorti con odio cuando se les permitió seguir camino—. ¡Padre! —reclamó el joven ante el silencio del otro—. Padre, no ha de rebajarse tanto, se ríen de vos.

El abad ladeó la cabeza y su mirada pacífica provocó en Vigorti una retahíla de motivos para frenar los humillantes desmanes de aquellos sublevados.

—Apriete al caballo, padre, si me pongo a correr los adelanto. —Y sin pensarlo saltó de la carreta para demostrárselo.

El abad de Casa Herrera azuzó al caballo y sonrió, acostumbrado a semejantes juegos. Vigorti era un torbellino al que costaba mantenerse en la quietud, después de una carrera disputada aún le quedaba resuello para subirse a la carreta mientras le adelantaba.

—Algún día te partirás la cabeza. ¡Cuidado con las dolias y las tinajas!

—Y no ha de ser en el cenobio, ya he orado bastante, yo soy un hombre de acción, lo mío es la guerra, igual que mi padre —contestó tumbado en la carreta entre la mercadería.

—No sabes lo que dices. El obispo Masona convencerá a tu padre para que empieces tu carrera religiosa, tienes futuro entre nosotros y podrás llegar lejos si utilizas tu cabeza como tus músculos.

—Hoy seré yo quien convenza a mi padre para hacerme bucelario como él. Pronto tendré dieciséis y sé luchar.

El obispo Masona era católico a pesar de su origen godo. Desde hacía once años dirigía los destinos de la grey emeritense, que finalmente desterró las tribulaciones iniciales de su obispado. Masona no solo se enfrentó a la desconfianza de su comunidad, el mismo rey Leovigildo lo sometía a feroces coacciones para convertirlo al arrianismo. Cada día que Masona permanecía en sus posiciones asestaba una herida mortal a los arrianos en la pugna que mantenían frente a los católicos por hacerse con el gobierno de la principal diócesis de Hispania, la de Emérita. Dada la primacía histórica y la riqueza de la Iglesia emeritense, el liderazgo de Masona se extendía por los territorios hispanos obstaculizando la anhelada unificación religiosa de Leovigildo. El rey era sabedor de que no lograría sus propósitos si Masona no apostataba de la maledicente herejía católica. Por eso lo había tentado con regalos y promesas de poder unas veces, y otras lo había intimidado con amenazas. Sin embargo, el obispo se mantenía incólume en su fe.

—Masona no convencerá a mi padre cuando le muestre las tácticas de combate que he aprendido —continuó Vigorti. Luego hizo un inciso para tantear el ánimo del presbítero—. Y la espada que el herrero de

nuestro lugar me ha forjado.

—Ya imaginaba que tramabas algo con el herrero, demasiadas visitas, debí suponerlo —le reprendió el religioso.

Masona y Vigor eran amigos sinceros. El bucelario se fiaba del consejo del obispo y procuraba seguir sus recomendaciones. El religioso había insistido en que el mejor destino para Vigorti no era el emprendido por su padre, a cobijo de las armas y con la muerte siempre al acecho, sino el sendero de paz de la Iglesia: estudios, disciplina y oración. Vigor comprendió que Masona tenía razón. Bajo el manto de la Iglesia, Vigorti y su hermana Wendema tendrían más oportunidades. A sus largas ausencias se sumaba la orfandad de madre de sus hijos. Su mujer murió al dar a luz a los gemelos. Y si Vigorti ingresó en la escuela de clérigos al cumplir los siete años, Wendema lo hizo en el cenobio de la abadesa Eugenia, intramuros de la ciudad. El obispo Masona y el bucelario Vigor se respetaban a pesar de que el primero lideraba la oposición a Leovigildo en el ámbito de la fe y el segundo se enorgullecía de ser el bucelario más fiel y valiente de cuantos servían al rey.

Caía la tarde, el frío comenzaba a sentirse. La basílica de Casa Herrera ya se divisaba. Los hombres de Hermenegildo habían colocado barreras de madera en el camino de acceso a la aldea para controlar el tránsito de personas, estaban en guerra. Al hijo mayor del rey apenas le había costado hacerse con los territorios lusitanos en la sorprendente rebelión iniciada dos años atrás, pero devenía imposible creer que el enfrentamiento entre padre e hijo no acontecería. Oscura se percibía la decisión de Leovigildo de no frenar la sublevación de Hermenegildo en sus inicios. Se barruntaba que el monarca deseaba tener paciencia mientras el joven se deshinchaba de su error, como un padre amante de su hijo; que deseaba negociar en secreto su rendición sin derramar la sangre de su sangre; que aún no acertaba a creer cómo se le había ocurrido a su primogénito semejante majadería; que temía que tras las huestes de Hermenegildo se hallasen las del ejército bizantino, como había sucedido tres décadas atrás, cuando el noble Atanagildo se sublevó contra el rey Agila I. Otras conjeturas hablaban del temor de Leovigildo a los francos, ya que su nuera Ingunda, medio goda medio franca, esposa de Hermenegildo, había traído los vientos de la guerra con ella, y un año después de casarse con su hijo ya había conseguido convertirle al catolicismo y levantarle en armas contra él. Y el último recelo del rey dimanaba de la posible alianza de Hermenegildo con los suevos, pueblo asentado en el noroeste del territorio hispano desde hacía más de un siglo.

—Si quieres ver a tu padre cuanto antes, nada de bufonadas ante los hombres de Hermenegildo —dijo serio el abad mientras retenía el caballo—. Y échate hacia atrás la capucha del manto, que vean que

somos hombres de Dios, tú ya tienes edad de empuñar una espada.

Vigorti obedeció, dejó al descubierto su tonsura.

Despejaron la barrera sin mucho miramiento. La carreta prosiguió el camino. Apenas llegaron a la basílica, el ruido y el polvo de un grupo a caballo atrajo la atención de Vigorti y el abad.

—¡Es mi padre, le traen con cadenas! —Se enervó Vigorti.

El abad retuvo al púber.

—¡Viene cubierto de sangre! —El joven se descompuso.

—Estamos en guerra, tu padre es bucelario de Leovigildo y enemigo de Hermenegildo, han debido reconocerle. Emérita es territorio hostil. ¿Por qué se ha expuesto de esta manera?

—Tenía que entregarme algo muy importante, yo debía guardarlo porque le perseguían, eso me dijo en el mensaje.

—Entra en la basílica y no salgas, yo me encargo. No pueden asaltar las basílicas, son territorio sagrado. Si lo pretendiesen muéstrales la urna que hay bajo el segundo altar con el pañuelo de Eulalia. No se atreverán a enfrentarse a las reliquias de nuestra mártir.

El grupo de soldados redujo la marcha hasta torcer en dirección a la basílica situada en el camino que conducía a la aldea. Algunos lugareños que rondaban el camino corrieron a esconderse. ¡Eran tiempos peligrosos! Desde que Hermenegildo hiciese suyas las tierras lusitanas el pueblo se lamentaba temeroso: «la guerra solo nos traerá hambre y después nos aniquilará la peste».

El bucelario recibió un latigazo y aulló de dolor mientras agarraba las crines del caballo y yacía tumbado sobre ellas. Tenía una argolla de hierro alrededor del cuello y dos cadenas que pendían de él y acababan en ambas muñecas. Tres soldados custodiaban a Vigor. El abad se adelantó.

—Hermanos, la piedad es una dádiva del Señor incluso en tiempos de guerra. Si es un enemigo encerradle sin torturas —dijo suplicante con el rictus alarmado.

—Las falacias no deberían caber en la boca de los hombres de Dios, bien sabéis vos quién es este, ¿no? Vive aquí, hermano, en esta aldea, es el dueño de la villa y enemigo del nuevo rey Hermenegildo —dijo propinando un latigazo en la cara al abad, que cayó al suelo.

—Nada de atormentar a los clérigos y menos si son católicos —le amonestó el que marchaba en cabeza, de nombre Siwae.

La guerra iniciada por Hermenegildo contra su padre esgrimía la bandera del catolicismo como pretexto para el levantamiento.

—Pero a este perro sí hay que darle, hasta que nos entregue lo que nos ha robado, le vamos a desollar si no habla. —Y arreó otro latigazo a Vigor.

Vigorti gritó y su padre levantó la cabeza, sonrió al verle y sin pensarlo espoleó al caballo en un movimiento suicida. El presbítero se

interpuso entre los hombres de Hermenegildo que, a su vez, maniobraron para dar caza al insurrecto. Vigor se tiró del caballo frente a Vigorti y le susurró.

—Los bizantinos han aceptado el pacto por treinta mil sólidos, no apoyarán a Hermenegildo, díselo al rey, dile que hay traidores, que… ¡aaaggg!

Las últimas palabras no salieron de la boca del bucelario, uno de los soldados le alcanzó con un dardo en la espalda. Vigor levantó la cara tiznada de tierra y sangre medio palmo del suelo.

—¡Entra en la basílica, Vigorti, si descubren que eres mi hijo te utilizarán para hacerme hablar!

Vigorti dio varias zancadas y se resguardó en el templo. En el edificio se hallaban el lector y el ostiario preparando el oficio.

—No matéis a Vigor o correremos su misma suerte —ordenó Siwae —. Cuando traigamos a sus hijos nos dirá cuanto deseamos. Montadle en el caballo y tratadle mejor que a un príncipe. Sus tierras no caen lejos —Y rio con acritud.

—¿Y el mancebo? ¿Ha entrado en la basílica?

—¡A quién le importa el mancebo! —contestó dirigiéndose a los muros de la basílica alzando la voz—. Escucha con atención, si eres dado a murmurar no cuentes con seguir entre los vivos porque te despacharemos al Reino de los Cielos con diligente entusiasmo, conocemos tu cara. A vos, padre, lo mismo le digo. —El gesto del cuello dejó bien clara las intenciones.

Vigorti se quedó paralizado mientras se difuminaba el ruido del trote de los caballos. Intentaba pensar pero su mente se había ausentado, solo escuchaba el latido de su corazón en la sien y sus músculos que se desplazaban, como si alguien ajeno administrase sus movimientos. El abad se adentró en la basílica y abrazó a Vigorti, que se desprendió de él con aspereza; no necesitaba abrazos, necesitaba actuar. El lector y el ostiario corrieron ante el abad y en un compás comenzaron a orar a la mártir Eulalia. La angustia de Vigorti progresaba entre aquellos muros de piedra que se le antojaban una prisión. En un instante de desesperación el púber gritó y empujó una bancada de madera que le caía al paso provocando un intenso estruendo. El abad detuvo sus preces y lo abrazó, manchándole el manto con la sangre del rostro.

—¡Abad, le van a matar, debo detenerles, no puedo consentirlo, es mi padre!, ¡es mi padre! —gimió lastimero. Al instante se recompuso y su voz retumbó enérgica—: ¡Tengo que ir a nuestra villa!

—No, Vigorti, no debes ir, te matarán también, lo sabes. Me marcho a Emérita, solo el obispo Masona puede contenerles. Júrame por nuestro Señor que no te moverás de aquí.

—¡Váyase, padre! —ordenó el mancebo con tal autoridad que el

abad corrió a montar el caballo.

La basílica de Casa Herrera era un gran centro religioso que atendía a un amplio contingente de población dispersa en el medio rural, contaba con dos ábsides, uno en la cabecera y otro a sus pies. En este último y bajo el altar existía una urna de mármol con un pañuelo de lino empleado por la mártir Eulalia en sus juegos. Vigorti zanqueaba sin orden por las tres naves del edificio y por segundos se recostaba sobre las columnas de mármol que delimitaban la central. El lector y el ostiario disimulaban sus miradas abriendo las palmas de las manos a la altura de los ojos. Una de las veces, Vigorti avanzó hacia un pequeño anexo situado junto al altar principal, que contaba con una pila bautismal para la ceremonia del sacramento por inmersión, a la que se accedía bajando unos escalones. Los clérigos le siguieron. Vigorti levantó la vista y se irritó por la presencia de los mancebos, alargó el brazo con firmeza y desaparecieron. «Los momentos de debilidad me pertenecen», pensó; pocas veces se mostraba vulnerable. Se mojó la nuca con la mano y metió la cabeza en la piscina, su mata de pelo rubio rasurada en la coronilla mojó el manto. El hijo del bucelario no sentía el agua correr por su pecho y su espalda, solo notaba un barullo en la cabeza que le impedía actuar. De repente gritó, agitó la cabeza y con gesto enérgico se dirigió al altar principal.

—Si matan a mi padre, ¡si le matan! —contuvo las palabras sosteniendo la mirada ante el altar. Después relajó la boca y se tomó la libertad de dialogar frente al Dios católico de igual a igual—. Si lo permites, Tú que todo lo puedes, juro que, que… —Y salió de la basílica en dirección a su villa.

Ni el lector ni el ostiario intentaron detenerle.

La noche había caído, Vigorti conocía los caminos que le llevarían hasta su domus y emprendió la marcha como una mecha a punto de consumirse. No sentía nada. Atravesó Casa Herrera. La aldea, una veintena de modestas construcciones, se diseminaba sin orden urbanístico. Las viviendas y anexos se elevaban sobre muros de mampostería irregular sin más argamasa entre los mampuestos que tierra y piedra menuda. El alzado era de adobe. La cubierta se sostenía por una estructura de palos, ripios de madera y ramajes forrados con tejas reutilizadas, el suelo se cubría con arcilla cuya tonalidad basculaba entre el naranja y el marrón. Estas precarias propiedades con tres o cuatro habitáculos contaban con huertos en la parte trasera y cercas comunitarias para ovejas y vacas.

Vigorti se deslizó por la pendiente próxima al regato sin control y acabó rodando hasta toparse con las malolientes aguas. Se levantó de un salto, apenas cien pasos más allá se divisaban las antorchas de su villa. Villa Spatha, así la llamó su padre. En el año 569 Leovigildo fue asociado al trono por su hermano Liuva. La primera acción del nuevo

soberano estribó en una campaña de reclutamiento en la que Vigor, aldeano de Casa Herrera viudo desde hacía tres años, harto de pasar hambre y ver sufrir a sus hijos, decidió alistarse como bucelario de Leovigildo, recibiendo tierras propiedad del rey que poseería en usufructo mientras continuase a su servicio. Al año siguiente destacó en la exitosa campaña de reconquista de Baza y Asidonia que formaban parte de la unificación territorial perseguida por Leovigildo. En el 573 Vigor volvió a despuntar en la conquista del pueblo de los sappos, por lo que el rey premió sus heroicas acciones extendiendo el dominio de sus tierras y mostrándole la mayor de las confianzas, como hacía con sus gardingos. A Vigor en Toletum se le respetaba como si perteneciera al Oficio Palatino, pues se decía que Leovigildo estimaba su parecer como si fuera un miembro más del Aula Regia. Vigor supo corresponder la lealtad que se le presumía, por eso no dudó en aceptar la última misión encomendada por su rey a sabiendas del peligro que entrañaba: intentaría pactar la neutralidad de los bizantinos en la guerra que Leovigildo iniciaría contra su hijo Hermenegildo.

Los altisonantes exabruptos que provenían de las caballerizas no daban lugar a la especulación, allí torturaban al bucelario. Vigorti se deslizó por el terreno y, escondido entre la maleza, observó la escena que tenía lugar en aquel recinto. A pesar del horror fue incapaz de apartar sus ojos del vano de dos pies practicados en la argamasa desde el que veía todo. Vigor pendía desnudo de dos cadenas de hierro que sujetaban sus muñecas a los travesaños de la cubierta y lo mantenían colgado. Un inmenso charco de sangre horadaba la tierra bajo sus pies.

—Señor, aunque quisiera hablar no le quedan fuerzas. Está agonizando —dijo uno de los soldados.

Vigorti miró al interpelado, sin duda un magnate godo; sus ropas y adornos no producían equívocos. La túnica marrón se le ajustaba al abdomen por una recargada hebilla de oro a juego con la fíbula que sujetaba la clámide. Cubría las piernas con unos trubucos de algodón hilvanados con hilos dorados que se anudaban en los tobillos. Vigorti no comprendía qué significaba la presencia del noble, ni cómo había llegado hasta allí. Volvió la vista hacia su padre y sus ojos se llenaron de lágrimas, le habían desollado la cara, la espalda y el pecho, el aliento de la vida luchaba por llegar a su fin; tal era el sufrimiento al que le habían sometido. Jamás había visto un cuerpo en ese estado, convertido en un mar de sangre sin dientes ni ojos. El corazón quemaba su pecho, deseaba matarlos a todos y, sin embargo, ningún músculo le obedecía. No existía coordinación en su mente, solo un zumbido y una masa negra a punto de estallar en su cráneo.

El señor godo elevó la mano y Siwae estalló el látigo contra uno de sus soldados.

—¡Toda la culpa es tuya! —el noble se encaró con él—… ¡Dos púberes! Solo debías traer a dos púberes, para ello puse a tu disposición a ocho siervos.

—Señor, todavía los buscan, no se detendrán hasta traerlos ante su excelencia.

—Las órdenes eran claras, la misión sencilla: la hija en el cenobio de la abadesa Eugenia y el muchacho en el cenobio del abad Nuncto, en Santa Eulalia. Vigor habría devuelto lo que nos robó si cualquiera de los mancebos hubiera estado aquí, ama a Leovigildo, pero más ama a sus hijos.

El soldado intentó explicarse de nuevo, pero recibió dos latigazos.

—Yo debería estar en Toletum junto a la reina Gosvinta, organizando el regreso de Leovigildo. He venido hasta aquí asumiendo un riesgo que no podía permitirme ¡Córtale el cuello! —ordenó finalmente a Siwae.

Mientras el mandato se cumplía el galope de un par de caballos puso en alerta a la soldadesca que vigilaba las caballerizas. También alarmó al godo, que se escondió en un cuarto desconchado del fondo, nadie debía relacionarle con aquel altercado: era un conde del palacio de Leovigildo en territorio enemigo.

—El obispo Masona y treinta siervos armados vienen hacia aquí —informó uno de los soldados que acababan de llegar—. No sé si la autorización que poseéis de Hermenegildo para transitar territorios en guerra incluye lo que estáis haciendo ahí dentro, pero el destacamento de Casa Herrera apoyará a Masona en cualquier acción que nos solicite. Y ya he hablado de más. —A continuación, sin esperar respuesta se marcharon.

El conde lo había escuchado todo.

—Nos vamos —ordenó al grupo.

—Vigor ha muerto, señor —confirmó Siwae.

—¡Al infierno con Vigor! Masona es el problema. Tú y tú —señaló con energía—, ¡quemad esto!

Al darse la vuelta, Vigorti observó el rostro del noble con detalle, con tal intensidad que temió ser descubierto. Fue entonces cuando se fijó en un rasgo de su cara que antes le había pasado desapercibido. Aquellos segundos, eternidad en el alma de Vigorti, grabaron a fuego su destino. Las llamas prendieron con rapidez, con la misma que instantes después el grupo de asesinos se había convertido en polvo del camino. Todo era un caos para Vigorti, que actuaba a impulsos incontrolados, como si otro se moviera dentro de él, porque él no se habitaba. Se quedó contemplando al noble godo desde el vano de la pared.

—¡Vigorti, hijo! —El vilicus que administraba el fundo se dirigió al muchacho. Había salido de la vivienda principal en cuanto los

soldados se marcharon. Lo mismo hicieron los colonos y siervos de Vigor que residían en sus tierras.

—¡Mi padre se quema! —fue su respuesta mientras cogía unos cubos y se dirigía al pozo—: ¡Una cadena, entre todos!

Vigorti se puso al mando, una masa de personas luchaban por apagar las llamas, unos con agua y otros con ramajes. En las caballerizas solo se hallaban los dos cuerpos asesinados, de los caballos se había apropiado el magnate godo. La cubierta comenzaba a desprenderse. A pesar del peligro y de las crecientes llamaradas, Vigorti se adentró en el lugar y con un cuchillo intentó serrar las muñecas de su padre, necesitaba sacar su cuerpo, aunque fuera sin manos, sin dientes, sin ojos ni piel. El vilicus le gritó pero no atendió sus ruegos. Una viga de madera se rompió y la mitad de la techumbre se derrumbó. Recibió un golpe que le dejó inconsciente. El vilicus penetró en aquel infierno a través de la enorme grieta practicada por el desplome y rescató a Vigorti, que ya tenía un brazo y una pierna ardiendo. Tuvieron suerte porque, a continuación, acabó por desmoronarse lo que persistía en pie, convirtiéndose todo en un amasijo de materiales en llamas que hacía imposible recuperar los cadáveres.

El muchacho yacía en el suelo cuando el obispo Masona llegó junto a sus hombres. Veinte de estos, sin apearse del caballo, emprendieron la persecución de los asesinos cuya estela mortecina aún se divisaba. El vilicus relató a Masona lo sucedido. Vigorti permanecía inconsciente, las mujeres de la villa le habían aplicado paños con aloe vera sobre las quemaduras. Masona se agachó y acarició su rostro.

—Lo ha visto todo, obispo —informó el vilicus.

—Vigorti —susurró cabizbajo el religioso—. Esto no quedará así —sentenció mientras se ponía en pie—. ¡Inocencio! —llamó con brío al diácono de la basílica de Santa María—, ¡montadle en aquella carreta y llevadle al palacio episcopal!, que os escolten los soldados de Hermenegildo que acampan en el camino.

La carreta echó a andar con Vigorti inconsciente. Masona se adelantó hasta las antiguas caballerizas. El apocalipsis parecía haber descendido sobre este espacio de Villa Spatha. El obispo dio instrucciones y los colonos y siervos de la villa rescataron el cuerpo de su señor carbonizado, con un hacha cortaron sus muñecas para desprenderle de las argollas de hierro que aún fruncían sus brazos. Ni la muerte había liberado a Vigor de su yugo. Las siervas domésticas trajeron sábanas para envolver los cuerpos y los trasladaron a la residencia. El obispo Masona fue claro con los presentes: estaban en guerra y a nadie convenía airear la muerte de Vigor, era peligroso. Masona cerró la puerta y permaneció arrodillado frente al cuerpo de su amigo.

—Vigor, amigo mío, amigo verdadero —Masona no contuvo las lágrimas—, ¿tu amado Leovigildo te ha hecho esto? No, tienes razón, él no ha sido, conozco el aprecio que os profesabais Leovigildo y tú. ¿Entonces quién? ¿Quién? —Y volvió a sollozar—. Dame tiempo, Vigor. Te prometo que la justicia de Dios obrará en la Tierra.

Gosvinta, los sacrificios de una reina

Toletum, primavera del año 580.
(Dos años atrás)

Hacía unos meses que Leovigildo había entregado el gobierno de la Bética a su hijo Hermenegildo para alejarlo de Toletum. Había tomado esta medida para apaciguar el creciente enfrentamiento entre la reina Gosvinta y su nieta Ingunda, esposa de Hermenegildo. La política de alianzas matrimoniales que Toletum desarrollaba con el vecino reino franco perseguía evitar una posible invasión por parte de la dinastía merovingia. No era una estrategia novedosa. Anteriormente, Gosvinta y su primer marido, el rey Atanagildo, concertaron matrimonios con el linaje merovingio. Y sus dos hijas, Brunegilda y Galsvinda, se habían casado con dos de los cuatro hermanos que gobernaban el reino franco.

Gosvinta interpeló al correo, que abandonó la estancia con apremio, le urgía la soledad. Las noticias provenían de Híspalis. La reina elevó el pergamino para releerlo.

Padre, ya ha nacido mi hijo, vuestro primer nieto, es varón. Fornido, de cabellera densa y llanto ensordecedor, como la espada que blandirá mañana contra nuestros enemigos.

Le hemos llamado Atanagildo, para complacencia de mi esposa que ha sufrido mucho en el parto y llora continuamente por su madre, Brunegilda.

Aguardo vuestras noticias para viajar a Toletum. Un solo ruego os hago. Vuestra mujer, Gosvinta, la reina y abuela de mi esposa, debe recibirnos con los brazos abiertos. No creo pediros demasiado.

Vuestro hijo que os ama y honra,

Hermenegildo.

La reina Gosvinta deploraba sentirse arrepentida porque odiaba la culpa que menoscababa su ánimo. Esa carta le recomía el alma. Echada sobre un butacón de piel rememoró la llegada a Toletum de su nieta Ingunda procedente de Austrasia, el reino franco que perteneció a su yerno Sigeberto I y que administraba su hija Brunegilda, viuda

desde hacía cinco años. Gosvinta evocó el intenso tránsito de la sangre que recorrió sus venas la tarde en que apareció su nieta, cuando vio asomar desde el promontorio del palacio la grandiosa carroza real en la que Brunegilda enviaba a su hija a Toletum para casarse con Hermenegildo y los tres carros de riquezas que la escoltaban como dote; su hija, la reina de Austrasia, había cumplido. Gosvinta era sabedora de que Brunegilda debió catolizarse para convertirse en reina merovingia, pero suponía que íntimamente mantenía incólumes sus raíces arrianas, la fe de los visigodos, y desde luego, suponía que su estirpe conservaba tales creencias. Por eso no pudo reprimir su posterior comportamiento con Ingunda, una cría que no alcanzaba los quince años y que la humilló como reina y abuela al negarse a bautizarse en la fe arriana, la de su esposo, la de su linaje. La reina recordó a Ingunda que su madre, Brunegilda, y su tía Galsvinda se habían convertido en católicas para ser reinas de los francos, pero la joven, sin el mínimo pudor y despreciando a su nuevo reino, no cedió en su pestilente soberbia. Gosvinta se enfureció tanto ante la negativa de Ingunda a bautizarse que le cortó los cabellos, la pateó en el suelo y la sumergió a la fuerza en la piscina bautismal. Aun así, la muchacha no cedió y compelió a la corte toledana a concelebrar el matrimonio bajo confesión católica y arriana. Y fue el reino visigodo, que la hacía depositaria de los destinos de sus gentes, quien debió transigir. Tras la boda, las relaciones entre abuela y nieta se pervirtieron de tal modo que el rey Leovigildo optó por enviar a su hijo Hermenegildo a gobernar la provincia de la Bética como solución al conflicto familiar.

Gosvinta pestañeó regresando al presente y luego abandonó la alcoba.

—Pronto terminará la asamblea del Aula Regia y podrás entregar al rey la correspondencia —dijo al correo hispalense mientras se dirigía a la capilla.

La iglesia dedicada a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo formaba parte del conjunto palaciego de Toletum, a ella se podía acceder desde el interior de palacio. Gosvinta se arrodilló ante el altar, el nacimiento de su biznieto azuzaba su imaginación. Quizás después de todo su nieta Ingunda sirviera para algo.

Al rato se abrió el portón del templo.

—Gosvinta, mi reina —el noble Brantto se postró ante ella.

La asamblea del Aula Regia había hecho un receso y Brantto, conde del Tesoro del reino, acudió a informar a Gosvinta. Desde la incontinente conducta de esta en el asunto de Ingunda, inflamando la corte como una antorcha, Leovigildo había optado por apartarla del gobierno, decisión que desagradaba al clan de señores godos clientes del primer esposo de la reina, Atanagildo. El clan presionaba a

Leovigildo para que devolviera a Gosvinta el lugar preeminente que le correspondía.

—¿Habéis guardado precauciones?

—Sí. Vuestro esposo está celebrando el nacimiento de su nieto, aunque el nombre de Atanagildo no le haya causado alborozo.

La reina sonrió y después añadió.

—Bien sabéis que me incomoda que os refiráis a Leovigildo como mi esposo, que lo es —apostilló—. Él es el rey —y con esfuerzo cambió el tono—: Contadme, mi fiel Brantto.

—Es peor de lo que esperábamos, los nuestros desean sublevarse contra el rey aunque sea peligroso. Pero no debemos obviar que las conquistas territoriales de Leovigildo le han otorgado un halo divino que muchos nobles no se atreverán a traicionar, confían en él, aunque renieguen por detrás de las medidas que nos impone.

—Comprendo, la cobardía ha terminado por alcanzar a nuestro pueblo.

Los magnates visigodos llevaban dos días reunidos en el Aula Regia, una asamblea de nobles de carácter consultivo que asesoraba al monarca. Leovigildo apostaba por cambios no bien recibidos; entre estos, que la nobleza debía supeditarse al rey. En ese difícil equilibrio de fuerzas competía con ellos.

—Debimos actuar entonces, hace siete años, cuando asoció a sus hijos al trono. La costumbre goda exige que la nobleza elija al rey. Él nos ha hurtado ese derecho principal y lo pagará con creces.

—No sufráis, Brantto, quiera Dios que el tema sucesorio aún quede lejos. Llegado el momento apoyaré a nuestro clan y me seguirán otros nobles, pero recordad lo que nos mueve: esa idea de Leovigildo de equiparar a los godos con los hispanorromanos no debe calar en la conciencia de los nobles.

Brantto asintió y añadió a continuación:

—Desde que colmó el Aula Regia de mármoles y se sentó en el abigarrado trono nos habla como si fuésemos súbditos y no sus iguales.

El Aula Regia consistía en un salón alargado rematado en forma de ábside. Mármoles en tonos grises, rosados y tostados se incrustaban en las paredes engalanando el espacio. Un banco corrido se prolongaba en los laterales del salón y entre mullidas lanas, forradas en seda de vivos colores, se aposentaban los magnates godos. El trono se ubicaba en el ábside y se elevaba sobre un estrado al que se accedía subiendo cuatro escalones.

—¿Qué nuevas leyes desea regalarnos el rey? —redirigió la conversación la reina.

—Ha empezado por hablarnos de la necesidad de emprender acciones militares contra los vascones, están alejados y acostumbrados

a campar a sus anchas. Comparto con él que no deben consentirse sus últimas razias y los botines que engrosan sus arcas.

Brantto escupió y Gosvinta le amonestó, en la iglesia debían respetarse ciertas consideraciones.

—Me hierve la sangre, mi reina, nos ha pedido peculio para la expedición militar contra los vascones, piensa establecer las fortalezas necesarias en ese territorio para atar sus correrías y eso precisa amplio caudal. Casi todos los magnates le han dicho que sí y luego, apenas celebró el apoyo de estos a la nueva empresa, sacó un listado de fundos que volverán al patrimonio del reino mediante confiscación. Según él, algunos de nosotros traicionamos su lealtad al no acudir a sofocar la rebelión campesina de la Orospeda.

—Comprendo.

—El rey utiliza su prerrogativa de confiscar bienes para chantajearnos. Estoy moviendo lealtades, majestad, he conseguido que muchos nobles se pronuncien a favor de derogar este privilegio real. Como sabéis, algunos han preferido donar propiedades a la Iglesia antes de consentir que Leovigildo metiera sus zarpas.

—La confiscación es un arma de doble filo —reflexionó Gosvinta.

—Y eso no es todo —añadió el magnate colocándose el parche del ojo—: Leovigildo desea una nueva regulación de las herencias, de manera que nos impide rebajar la libre disposición de nuestros bienes y restringir la mejora.

La reina no respondió. Leovigildo temía que pudiesen formarse potencias patrimoniales tan fuertes que amenazasen la supremacía del rey. Era su manera de frenar el poder económico de algunos magnates. Finalmente, Gosvinta salió de su silencio.

—Haré lo que pueda para que Leovigildo retire las leyes sobre las herencias.

—Más nos hiere su potestad de confiscar bienes.

—De acuerdo —dijo para que se callase—. Y decidme, ¿ha eliminado la antigua prohibición de contraer matrimonios entre visigodos e hispanorromanos?

Brantto asintió para enojo de la reina, que se mordió los labios.

—De modo que continúa con su intención de equiparar a unos con otros. ¡Qué error tan grave!

Gosvinta no entendía ese empeño de Leovigildo en querer unificar todo, bien le parecían las conquistas territoriales, ¡a qué si no se debía un godo, que a extender su reino! Sin embargo, era descabellado que los visigodos dejasen de dominar a los hispanorromanos y si Leovigildo terminaba por equiparar a ambos pueblos, la sola fuerza del contingente hispanorromano podría desembocar en el fin del pueblo godo. Ellos venían a ser un río minúsculo frente a la inmensidad del mar.

—Ahora desea que exista un tribunal único para juzgarnos a todos e idéntico procedimiento.

Gosvinta mantuvo la mirada de Brantto.

—¡Qué infamia! ¡Debemos oponernos a semejante oprobio! —contestó furiosa la reina—. Leovigildo se ha vuelto loco —terminó por decir—. Solo así puede entenderse el concilio de la Iglesia que acaba de celebrarse. He reprendido al obispo Uldila por admitir a Leovigildo el dominio de la Iglesia arriana. Cuando nos demos cuenta nada nos diferenciará de los católicos —la reina hizo una pausa y tras unos instantes continuó—: Ahora nosotros, los arrianos, nos llamamos católicos y ellos son los nicenos.

Ambos sonrieron ante el tremebundo disparate que se le había ocurrido a Leovigildo.

—¡Todo esto obedece a su obsesión por igualar a los dos pueblos! —manifestó Gosvinta con ardor en la piel.

Leovigildo pretendía facilitar el cambio de fe a los católicos. Por eso había suprimido la necesidad de rebautizarse y había modificado el Credo para disminuir la discordia entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

—Se acerca el momento de actuar, Brantto, debemos ir preparándonos —repuso Gosvinta enérgica con los brazos en jarra.

—¿Qué habéis pensado, reina?

—Nos veremos mañana donde siempre, que vengan Granista y Vildigerno, son de fiar.

—¿Qué opina la reina del sector emeritense?

—Witerico no es de fiar, tiene demasiado miedo. Vagrila y Segga son valientes pero tienen cerca al dux Claudio, sobrino de Masona, y debemos recelar. —Gosvinta hizo un inciso y luego en tono asertivo enunció—: El dux Claudio y su tío Masona, el obispo de la rebelde Emérita, ellos son la prueba de que los hispanorromanos acabarán por dominarnos.

—Leovigildo nos ha prometido que ajustará cuentas con Masona cuando acabe con los vascones, siendo godo es obispo católico. ¡No existe peor afrenta!

—Mis ojos han de verlo para creerlo —dijo con odio Gosvinta.

1

Si la embajada matutina de Hermenegildo alegró el ánimo de la reina Gosvinta, no sucedió lo mismo con la recibida al caer la tarde. Procedía de su hija Brunegilda y consumaba el vital propósito de trasladarle urgentes revelaciones. La reina de Austrasia ponía en conocimiento de su madre pactos secretos entre su esposo Leovigildo y

Chilperico I.

Tras leer el diploma, Gosvinta se sintió indispuesta para celebrar el banquete con el que Leovigildo obsequiaba a los señores godos que habían asistido al Aula Regia. La ausencia de la reina no suscitó mayor estupor, las relaciones entre los cónyuges padecían altibajos que no pasaban desapercibidos en la corte. Gosvinta no era una reina consorte más, ella había custodiado el Tesoro real desde la muerte de su primer esposo, Atanagildo, y dirigía el poderoso clan fiel a este, que podría derribar a cualquier monarca de perseguir ese interés. Atraerse al portentoso sector de Atanagildo fue lo que indujo a Leovigildo a desposarse con Gosvinta y a abandonar a su primera esposa en un cenobio del norte. Pero Leovigildo nunca controló a su mujer, desde el principio la temió.

Gosvinta lloraba en la soledad de su alcoba mientras se celebraba el banquete. El diploma regio de Brunegilda la hacía conocedora de la mayor ignominia pactada contra la memoria de su hija Galsvinda. Aquel horrible pergamino se transformó en puñal mortal para el alma de la reina que derramaba lágrimas de veneno contra Chilperico I. Todos los días de su vida, Gosvinta había agradecido a Dios la muerte de Atanagildo unos meses antes que la de Galsvinda. Pero reprochaba al Divino la inmisericordia con esta segunda hija que fue vilmente estrangulada por su esposo Chilperico I de Neustria. Lo hizo junto a su amante, Fredegunda. Desde aquel día la venganza de sangre se cernió sobre los contumaces asesinos y fueron su hija Brunegilda y su yerno Sigeberto I, hermano de Chilperico, quienes declararon la guerra a Neustria. Gosvinta pensó muchas veces presionar a Leovigildo y sumarse a esa contienda, pero otras tantas calló conocedora de lo imposible de su petición. Aquel silencio le había zaherido el alma. Por eso ahora no aceptaría las letras del diploma de Brunegilda que vertían antes sus ojos una nueva tortura: Leovigildo pactaba en secreto con Chilperico un nuevo matrimonio real, pretendía casar a su segundo hijo, Recaredo, con Rigunda, hija de Chilperico y Fredegunda. El objetivo de Leovigildo estribaba en protegerse del más poderoso de los tres hermanos, el rey franco Gontran I de Borgoña, que ansiaba expandir sus dominios a costa de la Septimania, la única provincia en suelo galo que le quedaba al reino visigodo. Por muy digna que fuera la razón que movía a Leovigildo, Gosvinta no consentiría que se celebrara ese matrimonio y cayera en la negrura del olvido el crimen de Galsvinda.

El diploma enviado por Brunegilda hacía constar que Chilperico I había aceptado el enlace matrimonial propuesto por Leovigildo.

… Asi pues, Reina Gosvinta, algo debemos hacer o me temo te

convertirás en la madre adoptiva de la hija de los asesinos de Galsvinda.

«Aunque sea mi fin, el de mi pueblo y estirpe, ese matrimonio no se celebrará. Leovigildo, todavía no te has enterado de quién soy yo, esposo mío».

Con la mirada perdida en el horizonte recitó las palabras que el sabio Venancio Fortunato escribiera sobre sus hijas, letras reveladoras del sacrificio de una madre reina.

Toletum te envío, ¡oh Galia! Dos torres gemelas: La primera permanece erguida, yace rota la segunda.

Reclamó la presencia de la servidumbre y ordenó que la acicalasen con esmero. Gosvinta contaba cincuenta años, no gozaba de juventud pero continuaba ejerciendo una poderosa atracción sexual, solo necesitaba realzar su embrujo. El pelo negro jamás asomaba con canas, su melena rizada casi tocaba la cintura y su color y suavidad devenían obsesiones de la reina, igual que la blancura del cutis, sobre el que aplicaba semanalmente un ungüento de pepino machacado y excrementos de estornino. Gosvinta era esbelta, de amplia espalda y grandes pechos cuyas proporciones se rebajaban en la cintura y cadera, que medían lo mismo. Ojos almendrados y boca sobresaliente. Gosvinta era guapa y experta en la seducción.

—Más color en las pestañas y habremos acabado. ¡Ah! Y ponme la lágrima —dijo la reina con gesto pícaro.

Para extender y ennegrecer las pestañas la esclava usó galena molida. Por último, depositó una gota de carmín en el rabillo del ojo, la lágrima, moda bizantina que entusiasmaba a Leovigildo porque siempre que Gosvinta la usaba también se teñía de carmín los pezones. Una declaración de intenciones de la reina.

Leovigildo aguantaba prudente el festín con los magnates de su pueblo, era consciente del malestar entre ellos, pues se veían obligados a secundar el llamamiento militar contra los vascones para no faltar al juramento de fidelidad al rey y dar lugar a las confiscaciones de patrimonio. Leovigildo temía la reacción de algunos nobles, para moderar el descontento les había prometido justo reparto del botín y una gratificación extra si acompañaba el éxito en la campaña. Pero intuía que debía achantarse ante otras objeciones planteadas a su reforma del Codex Revisus, el nuevo código legal que reforzaría los lazos entre la población visigoda e hispanorromana y convertiría al reino visigodo en un solo sentir.

Cuando estimó oportuno el rey abandonó el banquete, exhausto. Su segundo hijo, Recaredo, suplió su falta. El joven escuchaba atento las batallas que curtían el corazón de la nobleza goda. Leovigildo le observó desde la puerta y se sintió orgulloso de él, sería un rey magnífico. Enfiló el pasillo y recorrió dos corredores hasta alcanzar la alcoba real. Antes de sentarse a meditar las resistencias halladas a su política, se acercó a un robusto arcón y se desprendió de la corona de oro y piedras preciosas. Era el primer rey visigodo que utilizaba corona. Se despojó del suave gorro ajustado al cráneo que le guarecía las orejas y mesó sus largos cabellos negros en los que despuntaban, cada vez más, las canas. Leovigildo tenía 61 años y continuaría guerreando hasta el fin de sus días; con esas palabras comunicó al Aula Regia que la edad no sería un obstáculo para dar la batalla al enemigo insidioso e impío. El Aula Regia enalteció el valor de este rey que estaba logrando cohesionar el territorio hispano desde hacía una década, batalla tras batalla. Si algunos nobles recelaban de la pretendida unificación de las dos razas que poblaban el reino, otros en cambio admiraban a Leovigildo y le comparaban con el ostrogodo Teodorico el Amalo. Una gentileza que complacía al rey.

La reina Gosvinta entreabrió con parsimonia la puerta de la alcoba de su esposo hasta que este percibió su presencia. Su figura apareció envuelta en el claro oscuro de las antorchas del corredor y sus gráciles movimientos provocaron una ensoñación en la conciencia del rey, que quedó paralizado a la espera de que el sueño le atrapara. Gosvinta se impulsó con un contoneo suave que perturbó la calma del monarca. La reina se detuvo a un cuerpo de distancia de su esposo, que se percató de la lágrima del ojo; los latidos de su corazón aumentaron.

—Una visita inesperada —dijo mientras Gosvinta le desataba la hebilla de oro del cíngulo.

—Que no indeseada —le susurró la reina despojándole del pesado cinturón—. Quería celebrar con el rey el nacimiento de su nieto Atanagildo.

El monarca la tomó por los codos con suavidad y la situó frente a él.

—Nuestro último acuerdo os prohibía abrir la correspondencia dirigida a mí.

—Nunca he traicionado el acuerdo hasta el día de hoy, aceptad mis disculpas. —Gosvinta se pegó al abdomen del rey y volvió a hablar—: Venía de Híspalis y por las fechas pensé en el parto de mi nieta Ingunda y tuve miedo.

—¡Qué considerada es mi esposa! —señaló con ironía.

Gosvinta tomó las manos de Leovigildo y le condujo hasta un amplio butacón, luego se aposentó en sus rodillas y balanceó sus dedos sobre el cuello maniobrando con carantoñas que desconcertaron

al rey.

—Demasiada tensión, amado mío.

Leovigildo trató de escapar de aquel cuerpo que se había desprendido de su túnica y le enseñaba los pezones tintados de carmín. La reina hablaba entre susurros mientras sus manos buscaban la entrepierna del rey.

—Quiero que sepáis una cosa, rey del pueblo visigodo. El magnate Brantto no deseaba apoyar la expedición contra los vascones, he sido yo quien le ha convencido. A él y a otros. Y os he socorrido porque deseo pediros algo.

—¿Qué? — añadió el rey entre gemidos que empezaban a zumbar.

—Desearía partir para Híspalis y visitar a mi nieta Ingunda, pedirle perdón por mi conducta del pasado y poder abrazar a mi biznieto Atanagildo.

Ante aquella extraordinaria petición Leovigildo trató de paralizar el frenesí de Gosvinta, lo que consiguió a duras penas.

—Jamás creí escuchar de vuestros labios una demanda semejante.

—He recapacitado, me equivoqué. Mi corazón de madre ha de estar con los míos por encima de otras consideraciones.

—Reina Gosvinta, me hace muy feliz la reconciliación a la que os entregáis —añadió Leovigildo presa de un gran placer.

—En cuanto se prepare todo partiré para Híspalis.

—Como deseéis, llevaréis a Hermenegildo mi bendición.

Gosvinta asintió metiendo el pezón entre los labios del rey.

—Ahora callad, debo ocuparme de otras tareas que recaen en mi persona como esposa vuestra, mi señor.

La lujuria acompañó las secretas oscuridades del alma de la reina.

2

La carroza de la reina Gosvinta recorría las escasas millas que separaban Itálica de Híspalis. Tres días debió esperar en Itálica hasta ser recibida por Hermenegildo e Ingunda, que no atinaban a comprender el brusco cambio de actitud de la reina. La semana anterior Leovigildo y Gosvinta habían hecho llegar una embajada al dux de la Bética y a su esposa con sus bendiciones para el recién nacido Atanagildo. Al diploma regio se sumaron algunos presentes y una carta de la reina. En la carta no cabían medias verdades. Gosvinta se atribuía la culpa de lo acontecido en la corte de Toletum, estimaba su conducta intolerable y pedía perdón a su nieta por los hechos del pasado, lo haría públicamente de ser una exigencia de Ingunda para la reconciliación. Por otra parte lamentaba profundamente que Ingunda hubiese dado a luz a su biznieto sin su asistencia. Su principal deseo

perseguía la paz de la familia y abrazar al nuevo integrante, Atanagildo, y de consentirlo su nieta aconsejarla en las tareas de madre primeriza.

La reina de los visigodos traspasó la muralla de la urbe hispalense con una mezcla de excitación por contemplar los ojos de Atanagildo y mecerle en sus brazos, y constatar si la ambición de sus planes supondría el justo dominio de su linaje o el fin del mismo. Gosvinta había ideado un peligroso proyecto de rebelión contra Leovigildo tras conocer el matrimonio pactado con Chilperico I. Su plan necesitaba el apoyo de potencias extranjeras y la intervención de la nobleza que le era fiel. Estos magnates godos no veían claridad en el temerario plan de Gosvinta y la hicieron conocedora de sus temores: debía ponderarse el precio que solicitarían los aliados por secundar el alzamiento. Por otro lado, no debían olvidar que en el presente esos aliados eran potenciales enemigos de la nación visigoda. Solo accedieron a prestar apoyo a la reina cuando ella los animó a permanecer en la sombra mientras el gran riesgo de esta aventura no se clarificara. Ella misma intentaría mantener esa doble posición.

Cuando la carroza real se detuvo ante un lujoso palacete rodeado de amplias zonas ajardinadas, Gosvinta contuvo la respiración, le restaba la parte más difícil de su proyecto: convencer a Hermenegildo para que se sublevara contra su padre. Gosvinta fue conducida al salón de recepciones y en la soledad de aquel lugar dudó de su misión. Recordó el famoso banquete en que la nobleza hispanorromana de Híspalis, por entonces capital del reino, asesinó al rey Teudiselo en el año 549. Era esa manía levantisca de la Bética la que también obligó a su primer esposo, Atanagildo, a disputar el poder al rey Agila I: «…por aquel entonces se sublevaron los hispanorromanos de Corduba y el rey Agila I emprendió una expedición militar contra ellos que resultó fatídica. No solo perdió la batalla, también vio morir a un hijo y le arrebataron gran parte del Tesoro real». Sí, Gosvinta temía al Sur, tierra de rebeldes, no le gustaba cómo se las gastaban y en aquel palacete se sentía más confusa de lo habitual.

Un esclavo apareció en el salón anunciando al dux. Gosvinta no cesaba de moverse en el butacón de seda, como si decenas de alfileres agujereasen sus nalgas. Tras el esclavo apareció Hermenegildo ricamente ataviado, destacaba la clámide bordada en hilos dorados y perlas que pendían de los extremos. Gosvinta no dio ocasión a la incertidumbre y avanzó hacia él con desparpajo y las más avivadas formas de cordialidad.

—La responsabilidad de ser padre ha ennoblecido vuestro rostro, querido hijo. —Y le abrazó con calor.

—Gracias, Gosvinta —respondió perturbado Hermenegildo.

La reina dirigió el encuentro centrando sus interrogantes en el

estado de salud de Ingunda y el recién nacido. Hermenegildo contestó sin prisas, calibrando las palabras de la nueva Gosvinta.

—En el diploma enviado a vuestro padre le comunicabais que Ingunda lloraba por mi hija Brunegilda. Siento no haber sabido ser una abuela, me persigue el sacrificio de ser reina por encima de otras consideraciones. Espero que Ingunda me perdone y halle en mí el consuelo que le daría su madre Brunegilda. ¿Creéis que me perdonará?

—Vos misma podéis preguntárselo.

Hermenegildo abandonó el salón sin mayor explicación y al rato apareció Ingunda con una cesta de mimbre.

—¡Ingunda, perdóname, querida niña! —Gosvinta se postró a sus pies hasta que la nieta le tendió la mano.

Se abrazaron e Ingunda rompió a llorar.

—Me siento sola, deseo ver a mi madre, me quiero marchar a Austrasia. Atanagildo llora tanto que me perfora el cráneo y me duelen los pechos.

Gosvinta se apiadó de su nieta, era visible su fragilidad. Las ojeras y el desaliño hablaban de su tribulación.

—Yo te cuidaré, Ingunda, y cuando te repongas convenceremos a tu esposo para marchar a Austrasia, también yo deseo ver a tu madre. Nunca le he dicho lo orgullosa que me siento de ella. Es la mejor hija y la mejor reina.

Casi tres meses tardó Ingunda en recuperar una cierta estabilidad emocional. A pesar del mal comienzo con su abuela, tenerla próxima le proporcionaba calma. Observar la dulzura con que atendía a Atanagildo le hacía sentirse feliz y no acusaba tanto la falta de su madre. El niño había cambiado bastante desde que nació, los antiguos llantos cedieron a sueños más largos y, cuando se alteraba, Gosvinta sabía cómo aquietarlo. A veces masajeaba su abdomen en extrañas posturas, otras le daba tisanas que elaboraba ella misma y si el llanto persistía le tomaba en brazos entre zalamerías. La llegada de la reina había restablecido la armonía de los jóvenes padres hurtada con el nacimiento de Atanagildo.

Durante este tiempo, las embajadas entre Hermenegildo y su padre se habían sucedido, también entre Gosvinta y su esposo, aunque la correspondencia de la reina seguía un doble curso. Ella trasladaba algunos de sus mensajes a través de la servidumbre del magnate godo Granista, que tenía tierras en Itálica. Granista ocupaba la dignidad de conde del Patrimonio del reino y era fiel a los planes de rebelión contra el rey. La reina se aseguraba por esta vía que los ojos de Hermenegildo permanecieran ajenos a su doble estrategia. Gosvinta recomendó a su esposo que apartase a Hermenegildo de la guerra contra los vascones por varios motivos: la Bética precisaba vigilancia

permanente. Además, la campaña militar contra los vascones gozaba de músculo para contener a los del Norte. Y luego, y por otro lado, el recién nacido merecía la atención de su padre. Gosvinta medía los tiempos con inexorable maestría, no en vano llevaba tiempo influyendo en la política del reino desde la sombra.

El calor estival se había instalado plenamente en Híspalis. Esa mañana del mes de julio, por el cauce habitual, la servidumbre de Granista visitó a Gosvinta y le entregó un diploma de Brantto que anunciaba la partida de Leovigildo a la guerra. El magnate le hacía saber que el rey le había permitido quedarse en la corte de Toletum con la mitad de sus tropas para hacer frente a cualquier contingencia, como él había solicitado.

… Reina Gosvinta, debemos conducirnos con sumarísimo secreto e iniciar nuestro plan. Cuando deis la orden enviaré a mis hombres a negociar con el rey Miro del reino suevo. Pero ha de hacerse ahora, no sabemos cuándo regresará Leovigildo.

Vuestro fiel Brantto.

Gosvinta se arrodilló en el suelo de su alcoba e imploró el perdón de Dios. Todo lo que iba a suceder obedecía al indecoroso proceder de Leovigildo, que nunca se dolió por la muerte de Galsvinda ni reverenció su memoria. No consentiría que su esposo pactase ninguna alianza matrimonial con el asesino de su hija. La reina se frunció la estola y aclaró la voz antes de acudir al jardín en el que Ingunda tomaba una tisana helada. ¡Había llegado el día!

—Mi amada nieta —y le mesó la coronilla mientras tomaba asiento junto a ella—, ha llegado la hora de contarte la historia de nuestra sippe, ya tienes capacidad de afrontar tu destino. —Ingunda la miró receptiva—. Tu madre Brunegilda ha intentado preservarte del dolor, pero es hora de que pelees por tu familia.

—¿Por qué dices eso, abuela? —Solo la llamaba así en la intimidad.

—Sabes que tu tío Chilperico y su amante asesinaron a tu tía Galsvinda, yo no pude vengarla. Tu abuelo Atanagildo había fallecido hacía unos meses y los nobles no terminaban de elegir al nuevo rey de los visigodos. Entonces Brunegilda tomó el testigo de nuestra sippe y llevó a cabo la venganza de sangre. Por eso se inició la guerra entre Austrasia, tu reino, y Neustria, el de tu tío —hizo un receso y miró fijamente a Ingunda—. Lo que no sabes es que tu tío también mató a tu padre.

—Mi madre me dijo que habían sido unos sicarios.

Ingunda se levantó con el rostro desabrido, luego se tapó la frente y los ojos con las dos manos y volvió a sentarse apoyando los codos en sus rodillas. Gosvinta comenzó a relatar hechos que Ingunda conocía parcialmente:

—Tu tío Cariberto murió unos meses antes del asesinato de Galsvinda y tu padre, Sigeberto, y tus otros dos tíos, Chilperico y Gontran, se repartieron sus territorios: el reino de París. Después sucedió lo de Galsvinda y tu padre y tu tío iniciaron la guerra. Ochos años estuvo tu padre en guerra contra tu tío Chilperico hasta que este le asesinó por la mano de dos sicarios. Sicarios que vivieron el tiempo suficiente para confesar que habían recibido magno botín del rey de Neustria por acometer el regicidio.

Ingunda sollozaba mientras su abuela le hablaba, recordaba perfectamente la transformación del rostro de su madre el día que conoció la muerte de su padre. Un rostro que jamás volvió a brillar.

—He recordado esta abominable historia porque quiero que sepas que Leovigildo desea casar a Recaredo con Rigunda.

—Abuela, ¿tú apruebas ese enlace? —preguntó sofocada.

—¡Por encima de mi cadáver! —Gosvinta se contuvo—. Jamás se celebrará una aberración semejante, prefiero morir a permitirlo.

—¿Qué dice mi madre?

—Tu madre me pide que haga algo, es Leovigildo quien me ha traicionado. ¡Nos ha traicionado! Y además ella ya ha hecho bastante. Tu tío Chilperico…

Ingunda la cortó.

—¡No digas que es mi tío nunca más! Él es el Maligno. —Y se echó a llorar sobre sus manos.

Gosvinta la abrazó, aguardó a que dejara de sollozar y la colocó frente a ella.

—Ingunda, tú eres como tu madre Brunegilda: una reina valiente que conoce su destino y no lo teme. Y sobre todo no consiente que el hierro de la espada que a los suyos alcanzó no persiga a los verdugos impíos que a ese ultraje se ofrecieron.

La joven se limpió los ojos.

—Si pudiera hacer algo lo haría. ¡Bien lo sabes, abuela! —No hacía falta que se explicara mejor, su carácter era conocido.

—Tienes raza de reina. —Y agitando el dedo recalcó—: Algo no, tú puedes hacer mucho.

Ingunda era digna heredera de las mujeres de su familia. Reinas poderosas que no se amilanaban ante los desafíos. Gosvinta continuó hablando mientras escrutaba la mirada de su nieta.

—He ideado un plan contra esa boda, pero necesito que tu esposo se implique en él. Necesito que Hermenegildo se subleve contra Leovigildo. No solo es el honor de Galsvinda el que está en juego, es el

de tu padre, Sigeberto I.

—¿Mi madre está de acuerdo con lo que pretendes?

—¡Cómo no, hija!

—Pero Hermenegildo no tiene hombres suficientes para enfrentarse a su padre y, además, le ama.

—El amor no es una razón permitida a un rey que se precie de querer serlo. Tú piensa en tu hijo, Atanagildo, él podría ser rey de los visigodos y de Austrasia y quién sabe de qué territorios más.

Hubo un silencio.

—En cuanto a la fuerza militar, tu esposo será apoyado por aliados tan poderosos que Leovigildo, quizás, desista de enfrentarse a él.

Ingunda apretó la mandíbula mientras escuchaba a su abuela Gosvinta, permaneció pensativa un rato. Era fundamental abordar con maestría el momento en que haría conocedor a su esposo de aquella perturbadora propuesta. El argumento principal para que Hermenegildo optase por sublevarse contra su padre no podía ser la muerte de Sigeberto I o Galsvinda, sino los planes del rey para nombrar heredero de la corona a su hermano Recaredo.

Con tanta maestría relató Ingunda a Hermenegildo los hechos servidos por su abuela que este acudió a cenar aturdido y con el semblante demudado. Sin mayor explicación prescindió de la servidumbre y, hecho un manojo de nervios, encaró ante su madre adoptiva la noticia de la sucesión.

—Gosvinta, no creo lo que me cuenta Ingunda sobre mi padre; ¿por qué no iba a nombrarme heredero? Siempre le he obedecido en todo.

—Siento ser yo quien deba abrirte los ojos. Tu hermano Recaredo siempre ha sido el favorito de tu padre. El tema sucesorio no me ha importado mientras no he tenido descendientes varones. Pero ahora sí me importa porque tengo un biznieto que se llama Atanagildo.

—Precisamente por eso seré el sucesor de mi padre.

—No te descubro ninguna novedad si te recuerdo la obsesión de tu padre por la unidad del reino y las múltiples contiendas militares a las que lleva enfrentándose desde hace diez años en nombre de esa unidad, sumando territorios. ¿Crees que los dividirá en dos partes? ¡Iluso!

Hermenegildo cerró los ojos, le pesaba la cabeza mientras la sujetaba con la mano. Al rato se levantó y apuntó con el dedo índice a la reina.

—¡Me cuentas una gran falacia, Gosvinta! Esto es por alguna causa. ¿Qué esperas conseguir tú?

—Tienes razón, algo espero conseguir: que mi biznieto Atanagildo no se vea envuelto en una guerra para recuperar sus derechos sucesorios, que seas tú quién luches por lo que te corresponde.

—¿Qué pruebas tienes de lo que dices?

—Tu padre no repartirá el reino, bien lo sabes, no hace falta que te convenza. En cuanto a por qué ha elegido a tu hermano para sucederle, no lo entiendo, pero el elegido es él. ¿Debo recordarte que hace dos años levantó Recópolis en honor a Recaredo? ¡Una urbe magnífica! ¿Por qué Recópolis y no Hermenópolis? ¡Eres el mayor! ¡Dímelo! —le acorraló la reina.

Hermenegildo se levantó de la mesa y Gosvinta le siguió hasta situarse frente a él.

—Tu padre ha iniciado una nueva guerra contra los vascones y a ti no te ha informado, solo desea que le acompañe Recaredo para que se hermane con la nobleza y demuestre su valor ante ellos.

—¡Basta! ¡Cómo voy a levantarme contra Leovigildo sin un ejército!

La reina Gosvinta rio con estridencia. Ingunda no le quitaba la vista de encima, era arrollador el poder de persuasión de su abuela, ahora se sentía insignificante ante ella y entendía que ardiera en llamas cuando no consiguió convertirla en arriana.

—En cuanto aceptes liderar la rebelión contra Leovigildo se te unirá el clan de Atanagildo. Estos nobles desean derribar a tu padre, cuentan con potentes huestes.

—Ellos quieren acabar con mi padre para que se respete su derecho al trono, ¿cómo van a apoyarme a mí?

—Se te olvida que soy Gosvinta, cuento con la fidelidad del clan. Tú eres mejor opción que iniciar una guerra entre toda la nobleza aspirante al trono. Solo desean que cesen las confiscaciones de bienes y se tenga atados a los hispanorromanos, nada de equipararlos con los godos, deben estar por debajo. Estos magnates se mantendrán en el anonimato por el bien de la rebelión, pero llegado el momento se enfrentarán a tu padre en el campo de batalla. Fueron fieles a Atanagildo, descendiente del linaje divino de los Baltos, y me son fieles a mí. Además, podrías contar también con el apoyo de la nobleza hispanorromana de esta provincia que gobiernas, Leovigildo les ha confiscado importantes bienes, pero poseen recursos para formar una amplia milicia y no dudarán en vengarse de tu padre. Solo debes prometerles la devolución de esos fundos. —Gosvinta hizo un inciso, luego moduló la voz para dar más enjundia a sus siguientes aliados—. En cuanto digas sí, entablaremos contacto con el rey Miro del reino suevo y el rey Tiberio II.

—¿Pretendéis recurrir a los bizantinos?

—Sí —dijo lacónica Gosvinta.

—Así que esto va en serio.

Hermenegildo volvió a sentarse y miró a Ingunda.

—Esto es una locura, Ingunda.

—No, no lo es, luchas por tu nueva familia, por tu hijo Atanagildo.

—¿Y tu abuela sabe lo mío?

Ingunda agachó la cabeza.

—¿Qué sucede Ingunda? —preguntó la reina.

—Hermenegildo se ha convertido al catolicismo, Leandro, el obispo de Híspalis, le ha bautizado.

Gosvinta arqueó las cejas.

—Mi querido hijo Hermenegildo, una conversión que llega en hora bienaventurada.

Hermenegildo e Ingunda se miraron incrédulos ante la asombrosa reacción de la abuela, por demás conocían el fervor arriano que guiaba sus días. Pero Gosvinta mantenía una claridad meridiana sobre sus prioridades, no en vano había vivido cincuenta años. Se lo debía a su sippe.

—La guerra que emprenderás, Hermenegildo, será una guerra religiosa. Te levantarás bajo la bandera del catolicismo, eso eliminará las sospechas que pudieran recaer en mí y en mis seguidores. El rey recela de nosotros.

—Prevención que está de más —dijo irónico el dux.

—Además, tu conversión gozará del favor de tus socios, católicos son los bizantinos, los suevos y los hispanorromanos.

Se hizo un silencio. Al momento, Gosvinta remató su intervención.

—Hermenegildo, dudarás sobre tu decisión de ir a la guerra. Cuando eso suceda recuerda Recópolis, un hecho que prueba quién será el heredero de tu padre.

Hermenegildo se levantó y añadió:

—Necesito estar solo, mañana tendrás mi respuesta.

El ataque del rey

Cenobio de Cubillana, mayo del año 582.

Vigorti sudaba y articulaba manotazos mientras gemía un runrún ininteligible. Soñaba en medio del huerto del cenobio de Cubillana. Un dragón echaba fuego sobre Villa Spatha. Todo ardía excepto su cuerpo cubierto por una armadura gigantesca, la armadura se convertía en un águila cuyas garras le elevaban en dirección al dragón, entonces saltaba sobre él para sustraerle el parche del ojo. Combatía contra el parche y justo en el momento en que se partía el dragón empequeñecía y él caía desde alturas celestiales. Soñaba recurrentemente con un parche en el ojo, lo portaban dragones, águilas, serpientes, toda clase de animales contra los que se batía sin conseguir matarlos.

El abad Renovato y los monjes del cenobio regresaban de recitar salmos en maitines cuando lo hallaron en aquel estado de agitación. El abad se había comprometido con el obispo Masona y acogía al mancebo entre los muros del cenobio a fin de protegerle de sí mismo; en esos términos hizo Masona su petición. La decisión de trasladarle a Cubillana, a dos leguas de Emérita, obedecía a la aguardada intervención del rey Leovigildo sobre la urbe emeritense levantada en favor de Hermenegildo. El obispo tenía el convencimiento de que Vigorti no sobreviviría al primer enfrentamiento entre Leovigildo y Hermenegildo, porque su alma clamaba venganza y su cuerpo acción desmedida. Quizás en Cubillana, más alejada de las novedades de la guerra, su alma llorase la muerte del padre en paz y el tiempo sanara la herida. Pero Masona no se fiaba de Vigorti. Cada vez que había intentado compartir la tragedia de aquella noche, Vigorti descendía a otro mundo. Él no podía escucharle, una visión acaparaba su entendimiento: un rostro con un parche en el ojo.

Su aparición en Cubillana alteró por completo la vida del cenobio, era indomable, incapaz de someterse a las normas. La erudición del abad Renovato y el afamado magisterio de su escuela se vieron postergados a un nuevo ritmo donde reinaba un pequeño caos. Vigorti había convencido al abad de que en tiempos de guerra el Señor exigía auxiliar a aquellos que entregarían la vida en su nombre. El abad atendió sus razones, temporalmente aparcó el estudio en el cenobio, nada de cultivarse en la Filosofía, el Dogma, la Moral y las Sagradas Escrituras, era la hora de confeccionar armamento de ataque y defensa que repartirían entre los siervos de la Iglesia católica que fueran a la guerra. Los días de Vigorti en el cenobio se convirtieron en un

infatigable hacer, no consentía detenerse porque entonces afloraba un odio tan intenso que lo asfixiaba.

Esa noche, como el resto de noches, el cansancio le atrapó sin avisar, también la fatídica pesadilla del parche. Vigorti gruñó mientras caía de los cielos, al abrir los ojos percibió unas sombras que le cercaban y con energía se puso en pie. La luz de la luna y las antorchas del portón que comunicaban el huerto con el edificio atenazaban la realidad. Durante unos segundos, receló de los monjes, como si realidad y ensoñación se confundieran y aún pendiera de las garras del águila.

—Vigorti, ponte la clámide —el abad Renovato le extendió la capa —, aunque estemos en mayo una túnica es insuficiente para dormir al raso. Debiste acompañarnos a maitines, el cuerpo debe edificarse con la fuerza del espíritu.

Vigorti cabeceó como respuesta. A la orden del abad el grupo se desbarató.

—Vigorti, deseo encontrarte en la capilla para laudes, ese fue nuestro acuerdo. Tú rezabas en las horas divinas y todos trabajábamos en el armamento. He hecho venir al herrero de Casa Herrera, estoy cumpliendo mi parte. Si no te veo al amanecer en la capilla el herrero se marchará por la mañana.

Vigorti mantuvo la mirada al abad y supo que decía la verdad. «¡Ha llegado la hora!», pensó mientras caminaba hacia su celda. El ultimátum de Renovato había impulsado sus planes, no demoraría más su marcha a Toletum. Hacía unos días que había llegado al cenobio la noticia de la agrupación de las huestes de Leovigildo en esa ciudad, lo que significaba un ataque inminente sobre Emérita.

Aguardó una hora en su celda y después se dirigió al huerto, allí había atesorado alimentos para su aventura. Acondicionó la carreta con parte del armamento fabricado en el cenobio y le echó unas mantas por encima, enganchó el caballo y emprendió viaje a Toletum. Debía prevenir a Leovigildo, cumplir la misión por la que su padre dio la vida.

El quinto día de viaje, alcanzó los alrededores de Toletum. Llegar hasta allí había sido fatigoso, debió sortear el eximio contingente de soldados que Hermenegildo había apostado en Emérita para estar informado sobre los movimientos de su padre. Atravesó caminos impracticables hasta acceder a la vía de Astorga, que abandonó a las puertas de Norba Caesarina para adentrarse, nuevamente, en senderos hurtados a los ojos de la milicia. A pocas leguas de Toletum enfiló por la vía a Caesaraugusta y por ella se conducía cuando se fue haciendo más visible un promontorio sobre el que se elevaba un conjunto de construcciones monumentales, no era la primera vez que admiraba el palacio del rey Leovigildo. Como si percibiera el silbido de una flecha,

giró la cabeza. Ya era tarde, dos soldados escondidos en un enjambre de paja y ramajes cayeron sobre él como aves rapaces.

—¿Dónde crees que vas? —dijo uno.

—Tengo que ver al rey.

Las risas no se hicieron esperar.

—¿No serás un magnate godo? —preguntó el mismo sin contener su hilaridad.

Vigorti arrugó los labios y no contestó, su enfado era manifiesto.

—¿Que si eres un noble? Te ha preguntado —añadió el otro con exigencia.

—No.

Las risas crecieron.

—A ver qué llevas aquí.

—¡No!, es un regalo para el rey.

Uno de los soldados ladeó la manta y para su sorpresa aparecieron hachas franciscas, arcos y aljabas repletas de flechas, lanzas arrojadizas, cuchillos de un filo, mazas de hierro y escudos de madera forrados en piel y con el umbo de hierro en medio.

—¡Eres un espía! —dijo el que descubrió el cargamento.

Sin mediar explicación le empujó para reducirle, pero Vigorti mantuvo el equilibrio y blandió la spatha con destreza. En algo tenía razón el obispo Masona, anhelaba batirse con la muerte. La empuñadura de bronce de la spatha decorada con cabujones asustó a sus oponentes, creyeron hallarse ante un noble y quizás en los prolegómenos de una emboscada, y uno de ellos bufó el cuerno. Consiguió librarse de aquellos dos con sendos tajos en los brazos, pero era imposible encarar una milicia concentrada a las puertas de Toletum y armada para la guerra. Su aspecto era deplorable cuando el dux Claudio le descubrió camino de las mazmorras de palacio, dos soldados le arrastraban inconsciente y ensangrentado a la espera de dar cuentas al rey del incidente. Claudio se hizo cargo de Vigorti; había sido excluido de la reunión que el monarca mantenía con los principales señores godos. Claudio reclamó a la servidumbre palatina agua, paños, una cataplasma de caléndula, ungüentos de ros marinum y árnica. El muchacho abrió los ojos mientras Claudio le enjugaba los labios. Sonrió, le había reconocido.

—Vigorti, eres un insensato, estamos en guerra, ¿cómo te has presentado así? Me han dicho que buscabas a Leovigildo —dijo el dux comprobando que no tenía ningún hueso roto, solo había recibido una paliza—. ¿Te ha mandado mi tío? —preguntó extrañado.

—Conoces al rey, debes conseguir que hable con él, es por la guerra.

—Vigorti, tienes alucinaciones.

—No, no —contestó a media voz con el cuerpo hinchado por los

golpes recibidos—. Llevas tiempo fuera de Emérita, no sabes que mi padre ha muerto, le han matado los traidores a Leovigildo.

—¡Qué dices! —exclamó Claudio.

El dux recibió perplejo la revelación de la muerte del bucelario Vigor.

—Le sacaron los ojos y los dientes, le despellejaron, le llevaron a nuestra villa y allí le mataron, yo lo vi. Tu tío Masona enterró a mi padre, acudió en nuestro auxilio pero fue tarde.

—¿Cuándo? —Claudio se estremeció.

—Hace dos meses y veinte días. Mi padre me dio un mensaje para el rey, solo el rey debe escucharlo, tiene traidores entre los suyos, los mismos que le mataron. No me descubras o nos matarán también a nosotros.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo.

El dux Claudio agachó la cabeza. ¡Vigor asesinado! No había acudido a la expedición del Norte, nadie conocía su destino. Claudio creyó a Vigorti. ¿Por qué si no se expondría a una locura como aquella? Era un milagro que conservara la vida.

—Y dime, ¿mi tío Masona va a plantar cara a Leovigildo?

Vigorti se encogió de hombros.

Mientras tanto el rey Leovigildo celebraba una disputada asamblea sin la presencia de Claudio: debatían si debían arrasar Emérita por su lealtad a Hermenegildo o enviarle a él para pactar la rendición de la urbe. Claudio, dux de la Lusitania y jefe del ejército, de madre goda y padre hispanorromano, pertenecía a la nobleza goda, su fidelidad a Leovigildo y su prestigio en la guerra no suscitaban dudas sobre su persona. Sin embargo, su amor por su tío Masona era un impedimento que mortificaba al soberano. Por eso había sido excluido de la toma de decisiones. ¡Qué hacer con Emérita! ¡Y con Masona! ¡Cómo enfrentar la guerra contra Hermenegildo!

—¡Emérita debe caer, Leovigildo! — señaló Fonsa con fervor.

—Afrila, Aila, Gusino, Vildigerno, ¿qué decís vosotros? —preguntó el rey desde el trono.

—Deben colgarse en una pica las cabezas del obispo Masona, el abad Nuncto de Santa Eulalia y el abad Renovato de Cubillana. Ellos gobiernan Emérita —dijo Aila sin elevar el tono.

—También las cabezas de la nobleza hispanorromana —Afrila sonó contundente—. ¿Dónde están las huestes de Cantono, Alitio y Saturnino? No secundaron la leva para la expedición del Norte, Leovigildo.

—Lo mismo atendían los intereses de vuestro hijo Hermenegildo. No sabemos el tiempo que lleva preparando la insurrección — determinó Aila.

Leovigildo parecía meditar mientras escuchaba el parecer de los nobles.

—¿Qué pensáis, nuestro soberano? —terció Fonsa.

—Si mato a Masona me echo encima al ejército bizantino, le hago mártir y santo —respondió—. Así no conseguiré que el pueblo se haga arriano y haya unificación de credos, ni tampoco ganaré la guerra.

Hubo un silencio. Leovigildo se dirigió a Brantto y le pidió parecer.

—El apoyo de Emérita a vuestro hijo debe salirle caro, no es un agravio cualquiera. Yo creo que debemos aprovechar la ocasión para hacernos con sus reliquias, no es la primera vez que os lo digo, Leovigildo. Toletum es la capital del reino y debe ser más importante que Emérita y solo con sus reliquias lo será. Los peregrinos vendrían a Toletum a venerarlas, su nombre y el de sus reyes resonarían en el mundo. Debemos trasladar las reliquias de Eulalia y los tesoros de la Iglesia emeritense aquí. Así debemos castigar a la ciudad.

Brantto tenía razón, estimó Leovigildo. La cruz de Cristo estaba en Bizancio, en Jerusalén, en Roma y en Emérita. Eso debía cambiar.

Al cabo de un rato el rey levantó la asamblea y solicitó la presencia del dux Claudio.

—Mi valiente y leal dux —inició Leovigildo su alocución—, espero entendáis vuestra ausencia en la decisión sobre Emérita. Decidme, ¿qué pensáis sobre el apoyo de Masona al levantamiento de mi hijo?

—Que nunca debió suceder. Para mí Hermenegildo es un usurpador.

—Conforme. Me congratula vuestra postura, así recomendaréis con convicción a vuestro tío que se rinda y permita mi entrada pacífica en Emérita; en caso contrario, no salvará la cabeza.

—Cuando el rey me lo ordene partiré hacia Emérita. No dudéis, Masona os recibirá en paz.

—Aguardo vuestra señal para actuar, espero no se demore.

Claudio agachó la cabeza. Después, con comedimiento, le contó lo sucedido con el hijo de Vigor.

—Así que el cuerno sonó en su honor. Digno descendiente de su padre.

—Dice que su padre ha muerto y trae un mensaje en su nombre.

Leovigildo cambió el rictus, se levantó del trono y bajó las gradas.

—Si Vigor ha muerto nadie debe saber que su hijo está aquí. Os haré responsable si el hecho trasciende.

El rostro de Claudio palideció. Sin mediar más explicación el rey abandonó el salón, bajó a las mazmorras con el estómago encogido y sin pronunciar palabra abrazó al hijo de Vigor. Entre los fuertes brazos del soberano y por primera vez Vigorti lloró, experimentó la complicidad que su padre sintió con Leovigildo y comprendió por qué le fue leal hasta el final: el rey amaba a sus hombres.

—¿Qué pasó? —preguntó Leovigildo.

Vigorti relató los hechos sin extenderse en naderías y sin obviar el salvaje tormento al que sometieron a su padre. A veces sus palabras se entrecortaban como si tuviera una nuez en la garganta que le hurtaba el aire.

—No contó nada, rey Leovigildo, murió sin traicionaros.

—¿Quién le asesinó?

—Era de noche, parecía un magnate godo, pero no le vi bien. Tenéis traidores entre los de confianza, mi padre me previno.

Mintió, el rostro del asesino lo llevaba grabado en la sien, pero la venganza le pertenecía solo a él. El rey rechinaba los dientes mientras escuchaba al hijo del bucelario. Finalmente preguntó.

—Dices que te dejó un mensaje para mí. ¿Quién lo conoce?

—Yo.

—¿Y el dux Claudio?

—No se lo dije, no os mentiría, señor.

Le dio a conocer el mensaje de su padre sobre los bizantinos.

—Estaba aguardando noticias de tu padre antes de enfrentarme a mi hijo, ahora ya no hay tiempo que perder. —Se alejó un poco de Vigorti—. La memoria de tu padre será vengada, tienes mi palabra, no me olvidaré de él. Villa Spatha os pertenece a ti y a Wendema, os libero de los tributos al Tesoro real mientras yo viva. Estoy en deuda contigo. Si deseas algo, pídemelo.

—Deseo ser bucelario del rey, como mi padre —dijo sin pensarlo.

Leovigildo sonrió.

—El honor es mío, acepto. Pero antes debes aprender a luchar con uno de los mejores, te encomendaré al dux Claudio.

—Quería marchar con vos a la guerra, deseo serviros ya.

—Eso será más tarde, ahora me servirás de otra manera: serás mi espía. Debes vigilar al obispo Masona, al abad Nuncto y a los nobles hispanorromanos.

Vigorti enfurruñó el gesto con visible decepción.

—No sé si comprendes la trascendencia de la misión que te encomiendo; esta noche conversaremos con tranquilidad. De momento debes esconderte aquí, no hay mejor sitio. Enseguida mandaré atenciones médicas. No me olvidaré del perro que mató a tu padre.

3

La urbe de Toletum se erguía amurallada. La vetusta fortificación del Imperio romano seguía prestando sus muros siglos después con la misma solidez. El conjunto palaciego se alzaba sobre un peñón que dominaba el vado del río Tajo y se apartaba del resto de la población

merced a otra muralla interior. En este recinto áulico se levantaba el palacio real que contaba con zonas residenciales y otras destinadas a labores de gobierno. Entre estas últimas se hallaban el Aula Regia, dos salones con fines ceremoniales y varias estancias ocupadas por los condes de palacio que gobernaban el reino. Este recinto incluía además una fábrica de orfebrería, otra de moneda y un aula donde se custodiaba el Tesoro real, signo del poder e identidad de la nación visigótica y motivo de orgullo, pues era muy superior en cantidad y calidad al de los francos, lombardos o burgundios.

Leovigildo buscaba a la reina Gosvinta, con ella había debatido el momento oportuno de atacar a Hermenegildo y deseaba trasladarle que la hora había llegado. Gosvinta parecía haber desaparecido. El rey salió de la iglesia de los Santos Pedro y Pablo, rodeó la fábrica de orfebrería y subió la cuesta. A su espalda quedaba la puerta del puente flanqueada por dos torres y el puente romano con sus tres arcos. Llegó a la zona más elevada del promontorio y se giró para admirar la urbe, «Toletum amada, tu nombre se venerará en la historia», musitó el rey. Luego entró en palacio y se dirigió a la alcoba de la reina. Leovigildo abrió la puerta y se ofuscó al verla conversando con Brantto.

—Mis disculpas, Leovigildo, no volverá a suceder —se moderó el magnate para calmar al rey—. Siempre busco el parecer de la reina y una urgencia me trajo a sus aposentos.

—¿Y qué urgencia es esa que puede manchar la reputación de la soberana?

La muerte de Vigor había abierto la veda: los nobles estaban bajo sospecha. Brantto contestó sin protestar por la acritud del monarca.

—Deseo esposa para mi hijo Tarqueo, está en edad de formar una familia. Es el único que me queda —añadió mordiéndose los labios e intentando atraer la compasión del rey—. Pedía parecer a la reina, ella conoce a Wendema, la hija de Vigor, se ha educado en un cenobio y creo que apreciará las virtudes de mi hijo.

El nombre de Vigor horadó las entrañas de Leovigildo, que se dio la vuelta para que no advirtiesen su pesadumbre. Se hizo un silencio incómodo que terminó por resolver la reina.

—Esposo mío, Brantto ya se marchaba. Conociendo vuestro parecer —dijo con suavidad—, no volverá a llamar a mis aposentos. Wendema es una chiquilla prudente y paciente, de grandes bondades y muy hermosa. Si Vigor lo aprueba y ella no ha elegido la vida en la comunidad, puede llenar el corazón de Tarqueo. Esa ha sido mi respuesta.

Gosvinta levantó el mentón y con los ojos indicó la puerta a Brantto, que se marchó sin añadir nada más. La reina Gosvinta sabía ser remanso de paz, se acercó a Leovigildo, apoyó el pecho en su espalda y con los brazos torneó su cintura. En esa dulce posición se

mantuvo hasta que él salió de su pesadumbre.

4

Tres días después de conocer el mensaje de Vigor, el rey Leovigildo organizó la marcha sobre Emérita. El dux Claudio lideraba una embajada militar para solicitar al obispo Masona la rendición de la ciudad. Claudio y una milicia cercana a trescientos caballeros descendían por la vía de Caesaraugusta. El dux marchaba en cabeza, detrás lo hacían varios oficiales entre los que se hallaba Vigorti y a continuación el grueso de la caballería. La presencia de Vigorti en aquella encomienda había sido decisión del rey, debía participar en el encuentro con Masona. El mancebo mantenía la cabalgada henchido de ardor por las regalías con que Leovigildo le agraciaba. La gallardía en el montar no daba cuenta de la paliza recibida tres días atrás, solo el rostro amoratado y tumefacto visibilizaba el daño infligido. Los nobles godos Segga, Vagrila y Witerico que residían en Emérita habían sido apartados del grupo negociador, las rivalidades con el obispo Masona eran conocidas y Leovigildo desestimó su comparecencia.

Emérita quedaba cerca, la soldadesca que días atrás controlaba las vías de acceso a la urbe había desaparecido. La llanura de la calzada permitió a Claudio divisar un bulto que obstaculizaba el camino y cuya imagen se iba esclareciendo a medida que avanzaban. Se trataba de su tío, el obispo Masona, al que acompañaban los nobles hispanorromanos Cantono, Saturnino y Alitio, y algunos siervos de estos. El dux galopó seguido de Vigorti y de uno de los oficiales, y a quince pasos del grupo se detuvo.

—¡Mi amado sobrino! —Se adelantó Masona con los brazos abiertos—. Mis preces han sido escuchadas por el Señor y mis ojos te observan sin rasguños.

Claudio y Vigorti habían descabalgado y caminaban al encuentro del obispo. El dux extendió los brazos para contener el florecido recibimiento de Masona.

—¡Tío, qué temeridad has cometido apoyando a Hermenegildo! —Claudio le increpó con enojo. Ese fue su recibimiento—. ¡Yo no lo habría consentido de haber estado en Emérita!

—No te servirán mis razones, querido sobrino, pero si Leovigildo no llega con la espada en alto, he de entender que te envía en son de paz. Dialoguemos.

El obispo Masona contaba cinco años menos que Leovigildo, su porte germano de altura destacable y recia musculatura le habrían convertido en un guerrero temido, pero era un hombre pacífico entregado a salvar almas. Masona poseía un talante conciliador y una

extraña habilidad para no desestabilizarse en las confrontaciones y conseguir aproximar posturas. Su piel sonrosada, su voz libre de ira y sus ojos de agua envolvían a un estadista consumado que no corrompía sus propósitos.

—Vigorti presenciará nuestras conversaciones —añadió el dux—, exigencia del rey.

Masona giró el cuerpo para dirigirse a Vigorti.

—Tu rostro habla por sí solo, pero veo que sigues vivo. Mis súplicas a la mártir han sido abundantes y te ha protegido —luego sonrió—; no sé si el abad Renovato tendrá tanta misericordia contigo, engañaste a toda la comunidad.

Vigorti no contestó, se limitó a caminar detrás del obispo, que accedió a la iglesia de San Lorenzo ubicada al pie de la calzada, a una milla de la urbe. El dux Claudio se dirigió a los hispanorromanos.

—Sé que disponéis de gente acuartelada y armada en el antiguo anfiteatro y circo romano, entre las ruinas que aún quedan. Mientras pacto la rendición de Emérita con el obispo Masona tenéis tiempo para levantar esos cuarteles, en caso contrario vuestras cabezas —y señaló a Cantono, Saturnino y Alitio— serán las primeras que el rey servirá a las tropas.

A continuación, el dux se adentró en la iglesia. Masona le esperaba entre los canceles de mármol que separaban el ábside de la nave central. Vigorti respondía parco a los reiterados interrogantes del obispo sobre su aspecto.

—Tío, ¡qué demencia te ha alcanzado! Pero, ¿qué has hecho? —Claudio no comprendía por qué se había alzado contra el rey—. Leovigildo te ofrece la paz, pero no será gratuita, te llevará por delante y a la nobleza hispana.

—Recorreré el camino que el Señor alfombra a mis pies.

Claudio se desprendió del casco, decidió serenarse. Se sentó en el banco frente a los canceles y comenzó a toquetear el aro inferior que reforzaba el casco por medio de remaches que subían hasta la calota. Mientras escuchaba a Masona atusó el penacho de largas crines que lo decoraba en su parte superior.

—Claudio, me movió y me mueve el bien del pueblo, ya tienen bastante con sobrevivir al hambre, las langostas y la peste —insistió el religioso—. No podía llevarles a una guerra contra Hermenegildo.

—Lo cual ha supuesto que estés en guerra con Leovigildo.

—Yo no estoy en guerra. Soy un hombre de paz.

—Leovigildo no te perdonará haber inclinado Emérita ante su hijo.

—Sí, lo reconozco, le he dado una buena excusa —hubo un silencio—. Pero tú sabes la verdad, hace tiempo que intimida mi obispado. Podrá matarme pero no me convertiré al arrianismo.

Vigorti sintió un escalofrío ante la palabra muerte y el parche en el

ojo del rostro del Maligno se fijó en su retina. Cabeceó para desprenderse de su obsesión, no debía perder detalle de la conversación entre tío y sobrino. El rey Leovigildo no se fiaba de nadie: su misión era espiar a todos.

Al cabo de un tiempo las premisas quedaron despejadas para la entrada de Leovigildo en Emérita. Claudio se ciñó la loriga y el casco, era hora de dar cuentas al rey que no se hallaba lejos con su ejército.

—Recuerda, si Leovigildo encuentra a algún aldeano portando un objeto de ataque, aunque sea para trabajar la tierra, le matará sin contemplaciones.

Masona se persignó.

—¡Ah! El rey desea que Vigorti viva contigo en el palacio episcopal, será tu sombra.

—Me alegra tenerte a mi lado, Vigorti —dijo con sinceridad Masona.

Claudio se volvió y abrazó a su tío por vez primera.

—Estoy orgulloso de ti, Claudio.

—Ten cuidado. No concedas motivos a Leovigildo o te matará.

El dux hizo una cruz en el aire, sonrió a Vigorti y se marchó al encuentro de Leovigildo.

5

El ejército visigodo que seguía las huellas del rey sobrepasaba los veinte mil hombres. La sola indumentaria militar y el atronador paso de aquella masa humana encogían la brisa celestial. El tintineo de las armas contribuía a exacerbar el temor de que el apocalipsis caería sobre la tierra como el filo metálico sobre el enemigo. Barbas y melenas enmarañadas asomaban bajo los cascos decorando las cotas de mallas y las lorigas escamadas que protegían la parte superior de aquellos cuerpos fornidos, de robusto esqueleto y poderosa altura. Un ancho fajín de cuero pendía de sus talles y a él se asían spathae, cuchillos y hachas. El arco, la aljaba, algunas lanzas y el escudo con el umbo de hierro en medio asomaban en sus espaldas. No todos los hombres del ejército portaban las mismas armas, también ese extremo dependía de la economía de cada cual. El olor de aquella muchedumbre era asfixiante, se despedía mayo y marchaban cargados con su equipo de combate.

Leovigildo y Recaredo eran escoltados por los gardingos, avanzaban al frente de tropas fijas y profesionales que el rey mantenía, y de un contingente de hombres armados procedentes de levas temporales. A la fuerza militar de la Corona se sumaban las huestes, infantería y caballería mezcladas, de cada magnate godo.

Tarqueo, el hijo de Brantto, cabalgaba exhibiendo el estandarte de su linaje, el dragón. Su padre permanecía en Toletum con la misión de vigilar y evitar una posible entrada en la guerra del reino suevo. Esa fue la razón sostenida por Brantto ante Leovigildo para permanecer en la retaguardia, aunque otros eran sus oscuros planes: el rey suevo precisaba un impulso para hacer la guerra a Leovigildo que él gustoso aportaría. A la reina Gosvinta la presencia de Brantto en Toletum la serenaba, aún desconocía el apoyo del ejército bizantino a Hermenegildo y era incapaz de conciliar el sueño. La pena por conspirar contra el rey para usurpar la Corona, conllevaba la muerte.

Muy lejos estaba el rey Leovigildo de imaginar a la reina Gosvinta tras la sublevación de su hijo y tampoco era Hermenegildo el que ocupaba su mente a dos millas de Emérita. Leovigildo cabalgaba concentrado en otra persona: el obispo Masona, ese era el que hurtaba su aliento; no podía castigarle como se merecía. Leovigildo levantó el brazo y poco a poco aquel enjambre fue deteniéndose. Se hallaban a las puertas de Emérita. En ese momento los nobles godos Vildigerno y Granista se apartaron de la calzada.

—¿Crees que el rey Miro se atreverá con Leovigildo? —dijo Granista tenso.

—Sabes que me ofrecí a quedarme en Victoriaco con el fin de visitar a Miro y que lo hice.

Leovigildo construyó una fortaleza a la que llamó Victoriaco en la última campaña contra los vascones. Allí dejó una guarnición fija para atar las correrías de los indígenas del Norte.

—Si los bizantinos entran en la guerra, Miro no dudará. Eso me dijo —continuó Vildigerno—. En caso contrario tampoco le queda otra opción, Miro sabe que Leovigildo les atacará tarde o temprano. Con Hermenegildo, el reino suevo tiene una oportunidad de sobrevivir.

—Brantto tiene pensado hacerle otra visita, me ha dicho que por eso se queda en Toletum —añadió Granista—. No me gusta que se haya quedado allí, se está protegiendo. Tú y yo deberíamos hacer lo mismo, ¿qué haremos en Híspalis si entramos en combate? ¿A quién apoyaremos? Ahí no tendremos elección, ¿qué les diremos a nuestros hombres? Esto no acaba de estar claro. Brantto debería estar aquí con nosotros.

Vildigerno comprendía a Granista. Brantto siempre había sido de fiar, pero en los últimos tiempos parecía campar por libre.

—Debes guardar la calma, Granista —terció sin convencimiento Vildigerno—. Leovigildo está dando instrucciones, vamos a nuestros puestos.

Emérita iba a ser rodeada por el ejército, como una tenaza se expandirían por los arrabales de la urbe hasta abarcar su perímetro.

—Se requisarán los animales, incluidos los caballos y la comida

que no perezca. También necesitamos ollas, mantas y pieles. Por supuesto, están excluidas las propiedades de los magnates emeritenses —hubo risas entre la soldadesca—, y mañana al alba informaré de cómo requisaremos intramuros. Nada de daños arbitrarios al pueblo, pero si os atacan no dudéis en matarlos. Ahora cantemos en fieros bramidos y hermanemos nuestros corazones, porque la conquista de Emérita debe resonar en la traidora Híspalis.

El cantar de los bárbaros se adentró en los huesos de la población emeritense que, atemorizada, aguardaba en sus casas la entrada del ejército visigodo y el castigo de Leovigildo.

Cuando los cánticos comenzaron Masona abandonó el palacio episcopal en dirección a la basílica de Santa María de Jerusalén, ubicada unos pasos más arriba. Iba a buscar a los integrantes de la comitiva que comparecería ante Leovigildo. En plegaria común halló al arcediano Eleuterio, al diácono Inocencio y al abad Nuncto del cenobio de Santa Eulalia. Al clero se sumaba la nobleza hispanorromana, Cantono, Saturnino y Alitio, que conversaban agitados. Por último figuraba Vigorti, pero al margen de las tribulaciones de los demás. Masona los reunió y descendieron hasta el palacio episcopal.

El rey Leovigildo, redomado jinete, encabritó el caballo y lo hizo girar excitando a sus hombres. Levantó el brazo y gritó, «No os tardéis, mis valientes, la desleal Emérita se ha rendido a nuestros pies. ¡Adelante!». Y el ejército comenzó a desplegarse envolviendo a la urbe en una maraña militar. Leovigildo cabalgaba con la agilidad de un mancebo, tras él marchaban Recaredo, el dux Claudio, los gardingos y la nobleza goda emeritense, Segga, Vagrila y Witerico. En último lugar le acompañaba una parte del ejército, devenía imprescindible visualizar el músculo militar del reino: Masona debía pensar mejor su futura lealtad.

Emérita era una ciudad fantasma con apenas dos centenas de godos saludando al rey a lo largo de la calle principal. El decumano bajaba en línea recta hasta la puerta del puente, cien pasos atrás y a la derecha de la calle se extendía la principal zona monumental de la urbe: en ella se levantaban el palacio episcopal, la basílica de Santa María de Jerusalén y un baptisterio anexo dedicado a San Juan. Masona aguardaba a Leovigildo a las puertas del palacio, se alisaba la clámide y recogía las manos en un movimiento repetitivo. Al lado del obispo la comitiva de recepción se afanaba penosamente en disimular la excitación, temían la condena del rey. Leovigildo ocupó la plaza de mármol que antecedía al conjunto de edificios católicos. Una gran placa de ese mismo material ocupaba el centro de la explanada, había sido tallada con el crismón, de él pendían las letras griegas alfa y omega y en sus extremos unos trifolios que simbolizaban la apuesta de

los católicos por la Trinidad, principal punto de discordia entre las Iglesias católica y arriana. El ejército se fue desplegando hasta acordonar la plaza, Masona dio unos pasos al frente, se sobrecogió al ver que algunos soldados accedían a la iglesia de Santa María. El rey avanzó con el caballo, se plantó en medio de la plaza y pisoteó con repugnancia la losa marmórea con los signos católicos. El religioso sostuvo la mirada de acero del monarca y aguardó sus movimientos.

—No puedo cortaros la cabeza, Masona —fue la bienvenida de Leovigildo cuando se acercó a las escalinatas del palacio—, que es el castigo adecuado para los felones como vos. Pero apostad que os destruiré junto a vuestra Iglesia.

Después, Leovigildo alzó la voz.

—Hablo a los traidores Cantono, Saturnino y Alitio. En tres días mi ejército partirá hacia Híspalis, ese es el tiempo que contáis para convocar a vuestros clientes y siervos y uniros a mis tropas. Desde este momento pagaréis un tributo triple a la Corona. A la vuelta de la guerra vuestros siervos pasarán a ser de mi propiedad y en ese momento decidiré si confisco vuestras propiedades. Creo que soy bastante magnánimo teniendo en cuenta que os habíais acuartelado para combatirme. ¡Marchaos!

Leovigildo se dio la vuelta e hizo un gesto que sacó de la inactividad a sus acompañantes. Recaredo, Claudio y los nobles godos de Emérita descendieron de los caballos y le siguieron. El palacio episcopal era el edificio con más altura de la urbe desde la restauración del obispo Fidel. El esplendor del atrio con pavimentos y paredes de mármol y techumbre hermoseada con pinturas alusivas a la Epifanía asombró a Recaredo, que nunca había visitado el lugar.

—Leovigildo, ¿deseáis pasar al salón donde recibo las embajadas? —añadió Masona.

—Sí —contestó con energía el aludido.

El salón de las embajadas se decoraba con mármoles que otorgaban al lugar primacía de gobernante. Leovigildo observó la repujada y robusta cátedra de Masona y su indignación creció, parecía rivalizar con su trono. Encima de la cátedra figuraba una espléndida placa nicho de mármol y laboriosa talla, decorada en el centro con una venera sostenida por dos columnas de fuste facetado, con astrágalos y capiteles corintios. Bajo la venera descollaba una cruz gemada con zafiros, esmeraldas y perlas. Leovigildo cerró los ojos, un solo pensamiento discurrió en él, «las riquezas de la Iglesia de Emérita deben desaparecer».

—¡Masona —increpó enojado—, solo un mentecato como vos se atrevería a sublevarse contra mí!

—El Altísimo nos reserva una misión en la vida a cada uno.

—Regocijaos, porque el pueblo godo os recordará como un traidor

a su raza y el hispanorromano, a cuyo Dios seguís, como el demonio que les condujo a la hambruna y la muerte. Voy a desvalijar Emérita, primero serán vuestras reliquias y después arrasaré vuestros campos, no tendréis qué comer. ¡Miserable!

Masona dio un paso al frente.

—El pueblo no es culpable. Os ofrezco mi vida si os satisface mi muerte.

—Si pudiera mataros, lo habría hecho sin contemplaciones. ¡A hordas más temibles he vencido! Pero bien sabéis que no puedo. Si os mato el Imperio bizantino tendría una excusa para declararme la guerra. Y lo peor de todo es que os haría mártir. —Leovigildo se mesó el pelo y tragó saliva.

—El único pecado del pueblo emeritense ha sido seguir a su pastor —insistió Masona—. Vuestro hijo, Hermenegildo, llegó a Emérita y permití su entrada en la ciudad sin enfrentamientos. Yo no estoy en mi silla para hacer la guerra, sino la paz. Tampoco a vos nos hemos enfrentado.

—Además de un hereje impío sois un charlatán y un embustero.

En ese instante un soldado abrió la puerta del salón de recepciones.

—¡Señor! —dijo—, las reliquias de la iglesia han desaparecido.

Leovigildo se giró y quedó frente a Masona.

—¿Dónde están las reliquias?

—Como os dije, podéis tomar mi vida, las reliquias las hemos protegido de vos.

Leovigildo no se contuvo y asestó un puño al obispo que le tumbó.

—Mañana será un día muy largo para Emérita. Tiembla, Masona, acabaré con vos y los católicos.

El rey apremió a Vigorti para que se uniera a sus hombres y marcó un límite nítido al dux Claudio que ayudaba a su tío a ponerse en pie.

—Claudio, preciso de vos, cambio de planes, vendréis conmigo a Híspalis, para controlar esta apestosa y rebelde ciudad bastarán unos cuantos hombres de las huestes de Segga, Vagrila y Witerico.

Emérita padeció las iras del rey. La habitual humareda de los fuegos y hornos caseros que impregnaba el aire de la urbe se sustituyó por un olor más denso y una nube gris. Los campos y huertos más cercanos sufrieron la rapiña de las tropas, que después los incendiaron. Intramuros, grupos de soldados recorrían la urbe saqueando cuanto precisaban para asediar Híspalis y escudriñando posibles escondites de unas reliquias que parecían haberse volatilizado. Próximas a la iglesia de Santiago se aglomeraban casas de adobe adosadas al perímetro del podio de un antiguo templo romano, y el caos constructivo del otrora foro provincial suscitó el resquemor de la soldadesca, que esquilmaba los sembrados practicados en espacios baldíos de la zona. También los cerdos,

gallinas y cabras que convivían al lado de sus dueños se rindieron al beneficio del ejército, que los introdujo en una carreta. Los hornos cerámicos de que disponían muchas casas fueron destruidos tras ser examinados, igualmente se exploraron los pozos domésticos y las basuras amontonadas en las calles. Otra zona de la urbe vilmente expoliada fue el extremo noreste, el mismo lugar en el que siglos atrás se levantase el insigne teatro y el anfiteatro romanos y de cuya existencia exiguas ruinas daban cuenta, las mismas que cobijaban una amalgama de moradas humildes. Costaba imaginar el vetusto encumbramiento de una Emérita imperial en aquel quebranto de despojos, cuyas depresiones y recovecos desataron la desconfianza de las tropas de Leovigildo. A pesar del saqueo de la ciudad no hubieron de lamentarse víctimas, sí palizas a quienes se resistieron a la autoridad de Leovigildo y defendieron sus insignificantes pertenencias. Al cabo de tres días de búsqueda, el rey se marchó de Emérita sin sus reliquias pero con la idea inalterable de acabar con Masona.

Las campanas de las iglesias de Emérita comenzaron a tañer cuando se perdió la estela del ejército de Leovigildo. El obispo había convocado en el palacio episcopal al clero católico para que advirtiera a los devotos que se aventuraban tiempos borrascosos, debían estar prevenidos y organizados. Leovigildo regresaría con el Maligno en sus carnes y la perfidia del mandato infernal: convertir a Emérita, la ínclita diócesis hispana, al arrianismo. La grey católica debía prepararse. Y con vivaz plática terminó su exhortación.

—Somos la nueva Jerusalén, la ciudad santa de Occidente, la ciudad de Dios. Este es el destino de Emérita, ser espada incólume frente a la pertinaz herejía arriana. A la obra de Dios entregamos nuestras vidas.

El clero se despidió de Masona entre aplausos, premiaban su valentía frente al rey, se había conducido como un digno pastor. Después, inflamados en la gracia del Paráclito, se marcharon a celebrar el santo oficio. Eleuterio ocuparía el lugar del obispo en Santa María. Masona necesitaba reponerse, aún habitaba en el infierno engullido por el pánico que profesaba a Leovigildo.

—Vigorti, quédate —dijo con suavidad Masona.

El púber obedeció. El obispo necesitaba comentarle hechos importantes.

—Conozco la propuesta que te ha hecho Leovigildo para desposar a tu hermana con Tarqueo, hijo del noble Brantto. ¿Qué le has respondido?

—Que Wendema decidirá por ella.

—Tarqueo se ha quedado en Emérita para conocer a Wendema, por lo que tengo entendido. Tarqueo es arriano y tu hermana se ha educado en un cenobio católico.

—Mi padre decía que el Dios de los católicos y el de los arrianos es el mismo y que la gente se enfrenta porque desea el poder. Por eso inventan filosofías que nadie entiende, para seguir enfrentados.

—Eres joven, Vigorti, crees que sabes mucho sobre la vida, pero no has tenido oportunidad de aprenderlo todo.

—¡¿Qué no?¡ ¡Sé lo que es ver morir a un padre con honor! Sé todo lo que necesito.

—Si algún día necesitas consuelo estoy aquí, Vigorti.

Se hizo un silencio doloroso. Masona prosiguió.

—Quiero darte las gracias por no revelar a Leovigildo el refugio de las reliquias. Mañana mismo volverán a sus lugares de siempre.

Efectivamente, Vigorti sabía que las reliquias se habían depositado en las cloacas. La antigua red romana de saneamiento llevaba tiempo en desuso y era desconocida por la mayoría. Vigorti escuchaba al obispo, aunque mantenía presente una idea: su padre había confiado en Masona y Leovigildo y ninguno de ellos le salvó de su asesino. Él no era súbdito de nadie, ni del rey ni del obispo, estaba solo frente al mundo, debía protegerse, por eso tampoco se sentía desleal ni con uno ni con otro. ¡Un hombre bien sabía qué hacer para sobrevivir! Solo Wendema estaba en sus afectos.

Masona volvió a hablar.

—Creo que sabes cosas sobre la muerte de tu padre que ocultas y que quizás permitirían la detención de su asesino. —El obispo guardó silencio pero el mancebo se negó a contestar—. Quiero pedirte una cosa, por extraño que parezca me fío de ti. Ha desaparecido una de las reliquias más valiosa de Emérita, la mesa de esmeraldas del templo del rey Salomón, desapareció por la fecha en que mataron a tu padre. ¡Ayúdame, Vigorti! Desconfío de todos y quizás ambos hechos guarden relación.

Vigorti se mostró inalterable mientras el obispo le hablaba. Su alma permanecía atrapada por un trozo de cuero que ocultaba un ojo huero.

Dos obispos y una ciudad en pugna

Tras abandonar Emérita, el ejército visigodo penetró en la Bética sin oposición, a través de la calzada romana del oeste que comunicaba la península de norte a sur. En trece días se hallaron a las puertas de Itálica. Pronto salió de dudas Leovigildo sobre la lealtad de la urbe, en ella Granista había sido conde y pidió al rey negociar con el obispo. Itálica se rindió sin otro gravamen que el auxilio a la tropa con todo lo necesario durante el tiempo que durase la toma de Híspalis y el acuartelamiento de la misma entre sus murallas, que por otra parte contaba tramos derruidos que el propio ejército de Leovigildo levantó. Reconstruidas las murallas y a salvo de ataques imprevistos, el monarca se dispuso a tomar el pulso a Híspalis, a solo dos leguas de Itálica.

Las puertas de Híspalis se preservaron imperturbables; ni siquiera las abrieron para Recaredo, que portó la última promesa de perdón para su hermano Hermenegildo. Entonces, un hecho se manifestó irremediable: el hijo rebelde no parlamentaría con su progenitor, sería la contundencia de la spatha la que determinaría el nombre del futuro rey de los visigodos. La primera medida de Leovigildo consistió en asediar Híspalis. Al poco se percató de que recibía mercadurías desde Corduba a través del río Betis, lo que la haría resistir por tiempo indefinido. Un tiempo que jugaba a la contra de Leovigildo: a mediados de agosto había fallecido Tiberio II, el emperador con el que Vigor negoció la no intervención del Imperio bizantino en la guerra. Su sucesor, Mauricio, podría no respetar dicho acuerdo y combatir junto a Hermenegildo. Enfrentarse al Imperio romano de Oriente sustraía el sueño a Leovigildo, al que urgía restaurar la paz en sus dominios. La única solución para impedir la entrada de productos en Híspalis a través del puerto consistía en desviar el cauce del río garantizando la efectividad del asedio. Y en el mes de octubre se iniciaron las obras para reconducir sus aguas hacia uno de sus brazos menores. A pesar del insólito plan del rey, el ejército se entregó a la faena sin amilanarse: excavaron un nuevo cauce, levantaron barreras en los márgenes del mismo y obstaculizaron el curso del río, así consiguieron desviarlo. El Betis sorteó el puerto e Híspalis quedó incomunicada: se rendiría o su población moriría de hambre y sed.

A principios de diciembre, seis meses después de que Leovigildo castigase a Emérita y con las obras sobre el Betis sin concluir, el rey regresó a Toletum. Tenía asuntos pendientes. Recaredo quedó al mando del ejército. En cuanto las obras finalizasen Leovigildo volvería para dar la batalla definitiva al hijo rebelde.

6

La reina Gosvinta se deshacía en querencias que complacían a su esposo y al tiempo desataban su desconfianza. Desde su vuelta de Híspalis, Leovigildo la percibía excepcionalmente entregada a engatusarle, y ese exceso de celo le desconcertaba tanto que temía algún peligro de su mano. El poder y sus manejos eran consustanciales a Gosvinta, que de haber nacido varón habría disputado la Corona del reino con el brío de un héroe, por eso la timidez con que opinaba sobre la rebelión de Hermenegildo no satisfacía al rey.

—Después de haberme reconciliado con mi nieta Ingunda y haber conocido al pequeño Atanagildo, me ha dolido la rebelión de tu hijo. A ella, ¿en qué posición la deja? —preguntó la reina en el lecho ante la insistencia del rey para hacerla salir de su mutismo.

—¡Oh no, Gosvinta!, tu nieta no es una timorata a la que se arrastra sin más. Ella es la culpable de que mi hijo se haya hecho católico.

—Ella no debe pagar ningún precio por las iniciativas de su esposo. Ingunda se ha dedicado a criar a su hijo.

El rey se levantó y se recostó sobre el frondoso tapiz que decoraba el lecho.

—¡Cómo ha podido suceder algo así, Gosvinta! Es una tragedia, mi propio hijo se ha autoproclamado rey y ha emitido moneda. Hermenegildo siempre ha sido un buen hijo. ¡No lo entiendo! La tristeza me invade.

La reina también había adoptado la misma posición que Leovigildo y le atusaba la cabellera que caía a su lado.

—Debemos salvar a tu hijo y a mi nieta. Locuras desgraciadas de juventud que nosotros, más sabios, debemos perdonar. Eres el rey, puedes hacer lo que te plazca.

—Dirás lo que debo.

—Tu deber es salvar sus vidas, promételo, Leovigildo.

—Si los bizantinos intervienen con sus fuerzas en favor de mi hijo, quizás sea él quien deba perdonar mi vida, ¿crees que lo haría?

—Dime —dijo Gosvinta sin dar mayor importancia—, ¿se sabe si el nuevo rey, Mauricio, apoyará a Hermenegildo?

—Rezo para que no lo haga, de ser así peligra el reino visigodo, peligramos tú y yo. —Destensó los labios y terminó por decir—: Necesito dormir, Gosvinta. Mañana es un día importante. Brantto partirá con el obispo Sunna para llevar el apocalipsis a Emérita y al pérfido Masona. Él ha insuflado fuerza a la rebelión de mi hijo, si se hubiese hecho arriano como le he pedido tantas veces, y con él la

diócesis de Emérita, a Hermenegildo no se le habría ocurrido levantarse bajo el signo católico. Si mi hijo va a pagar, Masona también lo hará.

7

La vuelta de Leovigildo a Toletum convenía a los intereses de Brantto que todavía no había descubierto el lugar donde Vigor escondió la mesa de esmeraldas del templo del rey Salomón, que robó para él. Y lo que era más decisivo aún, el bucelario había robado un diploma de Brantto dirigido a Gontran I, rey de Borgoña, proponiéndole un pacto: si Gontran ayudaba a Brantto a convertirse en rey de los visigodos, este le entregaría la provincia de la Septimania que tanto anhelaba el franco. En prueba de la veracidad de su propuesta y como parte del pago, Brantto le obsequiaba con una reliquia que poseía la ciudad de Emérita y que la cristiandad veneraba con devoción: la mesa de esmeraldas del templo del rey Salomón.

—Siwae, ¿cómo pudimos ser tan necios? —dijo Brantto dirigiéndose a su primer oficial.

—Señor, Vigor cumplió su palabra y robó la mesa, ¿cómo podíamos imaginar sus verdaderas intenciones?

Brantto estiró el cuello y recolocó su negra cabellera sacando algunos mechones por encima del manto de pieles. Se hallaban a pocas leguas de Casa Herrera. Allí habían establecido el campamento, dispuestos a cumplir las órdenes del rey Leovigildo: el obispo Sunna debía ocupar las iglesias católicas de Emérita que pasarían a ser de signo arriano.

—En cuanto los hombres acaben el entrenamiento elige a dos, vais al cenobio de Santa Eulalia y os lleváis al abad Nuncto a mi fundo del oeste.

—¿A la villa El Hinojal?

—Sí, allí le haré hablar.

—Pero ¿qué debemos decir? No podemos secuestrarle sin más.

—Que el rey Leovigildo le ha regalado una propiedad por ser un hombre de Dios cuyas virtudes exceden al común del género humano. Elige a algún hombre de los nuestros que sepa escribir y tráelo —enunció Brantto enarcando las cejas—. Debemos protegernos, Leovigildo conoce mi letra. Escribirá una orden del rey otorgando un fundo y sus rentas como dádiva al abad.

Siwae escuchaba atentamente.

—En cuanto a Sunna, él se quedará con doscientos de mis hombres para llevar a cabo su misión en Emérita. —Después el noble se giró y tiró del manto de pieles hacia arriba—. Y en cuanto a mí, hoy me

encontraré con Tarqueo y su prometida, Wendema —sonrió.

—¿Tu hijo sabe lo de Vigor?

—¿Estás loco? Ya sabes cómo es Tarqueo, él no se habría prestado a mis planes. Él no es como tú, Siwae, él es débil y cobarde, no parece un visigodo y menos un hijo mío.

Siwae agachó la cabeza, su señor aplaudía sus servicios y despreciaba a su hijo, pero él tenía en estima a Tarqueo.

—Después conduciré al resto de la tropa a Híspalis y en unos días regresaré al Hinojal para encargarme de Nuncto. —Puso una mano sobre el hombro de Siwae y continuó—: Cuando Nuncto hable y nos diga dónde están la mesa y el diploma para Gontran que le entregó Vigor, te encargarás de recuperarlos.

La mención de Vigor provocó una arcada en el estómago de Siwae, que evocó la fatídica jornada en que se encontraron en Carthago Spartaria. Aquel día fue el origen del atolladero presente. Los pensamientos de Siwae volaron… No se dieron cuenta de que Vigor los había estado siguiendo. Se hallaban en Carthago Spartaria, capital de la provincia bizantina de Spaniae. Un destino extraño para encontrarse. Era territorio hostil para un visigodo que buscara problemas, los bizantinos mantenían a raya a la población, los tumultos eran castigados con severidad. Siwae y Frendo, enviados por Brantto, buscaban a un comerciante que partiera para el reino de Borgoña y quisiera llevar un mensaje a su rey Gontran I, pagaban generosamente. Ahora conocían por qué Vigor también se hallaba en Carthago Spartaria: negociaba con los bizantinos su no intervención en la guerra del lado de Hermenegildo. Hacía unos días que Leovigildo había contado al ejército la gesta de Vigor en la que halló la muerte. Pero entonces Vigor mintió a Siwae y Frendo. Siwae se daba cuenta, ahora, de que Vigor había dudado de ellos desde el primer momento: engañándolos como a púberes, les dijo que se dedicaba a robar objetos y venderlos a buen precio. Según sus palabras las iglesias católicas de Emérita eran un lugar privilegiado donde hallar riquezas, y su buena relación con Masona le permitía meter la mano sin dificultad. Y los convenció de que si ellos buscaban alguna oportunidad, él era su hombre: les ofreció la mesa de esmeraldas del templo del rey Salomón. Siwae informó a Brantto de la oferta y este autorizó a sus hombres a pactar con Vigor, que cumplió su palabra y les llevó la pieza. Aquel hecho les infundió confianza en el bucelario y, dada su posición para obtener nuevas riquezas, surgió el interés por hermanarse con Vigor, al que terminaron por relatar los planes de Brantto para derrocar a Leovigildo de su trono. Y luego, en cuanto tuvo en sus manos el diploma que probaba la traición del noble al que servían, lo robó y escapó con él y la mesa. Siwae creyó que aquel error le costaría la vida. Por fortuna Brantto atemperó su furia cuando

consiguió capturar a Vigor, aunque ya había escondido las pruebas de la deslealtad de su señor. Deslealtad que le costaría la vida a Brantto de salir a la luz.

—Siwae —ordenó Brantto con ansiedad—, apremia a los hombres y detened a Nuncto cuanto antes. Estoy deseoso de que Vigor deje de ser un problema para los vivos. Nuncto no aguantará los suplicios y terminará por hablar.

Siwae se movió con rapidez, escogió a dos compañeros y el galope de tres caballos pronto dejó de escucharse en el campamento.

8

Baruso, el presbítero de la basílica de Santa Eulalia de Emérita, marchaba a tal ritmo camino del palacio episcopal que sus pasos más se asemejaban al vuelo de una paloma. Los monjes del cenobio de Santa Eulalia acababan de informarle de que tres soldados se habían llevado al abad Nuncto. Los soldados contaron a los monjes que Leovigildo había asignado un fundo y sus rentas a Nuncto en premio a su virtud, y les habían enseñado el pergamino de tal concesión. Con premura montaron al abad en un caballo y marcharon con él, ni siquiera tuvo tiempo de despedirse de su congregación, solo de unos cuantos que se hallaban con él en ese momento. Nuncto, que había pedido recoger algunos enseres, aprovechó para escribir una nota que depositó en la mano de un monje al decirle adiós. La nota, escueta pero inquietante, la entregaron al presbítero Baruso y este, inmediatamente, corrió a entregársela a Masona.

—Baruso, respira antes de hablar —dijo con calma Masona.

Baruso alargó la mano y Masona desenrolló un trozo de pergamino manoseado y repleto de pliegues.

Masona, me van a matar.

Vigor me visitó antes de morir, me entregó una nota que nunca leí, como me dijo.

Según Vigor es la prueba de una traición, también figura en ella el lugar donde escondió la mesa del templo de Salomón, me dijo que la robó de la catedral sénior.

Deposité la nota en la basílica de la mártir Eulalia. Que ella me proteja.

Masona se llevó las manos a la cara y susurró: «Virgen niña, santa Eulalia, protege al pobre Nuncto». Baruso le narró cómo habían sucedido los hechos, fiel a la versión de los monjes. Él, por su parte, había acudido al palacio episcopal sin perder tiempo.

—¿Qué camino habrán tomado? Voy a mandar a siervos en todas las direcciones, por si se detienen en alguna casa de postas o, ¡qué sé yo!

Masona abandonó la estancia un momento. Baruso deambulaba por el salón inquieto, rezaba mientras se movía, la tensión de su rostro se reflejaba en los mármoles de la estancia que le devolvían una imagen distorsionada. El obispo regresó al rato y continuó dando instrucciones.

—Hay que encontrar la nota, será una tarea compleja, no habla de un lugar exacto, la buscaremos en el túmulo, en la iglesia, fuera en la necrópolis, hasta que demos con ella. Baruso —añadió Masona—, procura que nadie más conozca lo ocurrido, no deseo alarmar a la población, pensarán que es cosa de Leovigildo, le temen más que al hambre. En un momento me reuniré con los monjes de Santa Eulalia. Ahora debes marcharte, alguien me aguarda, alguien crucial para desenmascarar a los culpables.

Baruso obedeció sin hacer preguntas, cuando salió y halló a Vigorti esperando en el atrio comprendió al obispo. El joven encaró al presbítero con mirada altiva y entró en el salón. Masona se hallaba de pie, con los dedos de las manos entrelazados y recostados sobre el redondo abdomen.

—¡Dios obra con sabiduría Vigorti! —La voz de Masona, vacía de ira, y el color del mar en sus ojos concitó la confianza de Vigorti, que sonrió—. Tenerte pegado a mí como te ordenó Leovigildo me permite buscarte con premura, como hoy, en que Dios te llama más que nunca.

—¡También yo le llamé obispo! —Vigorti se enfadó al instante y su faz se transformó insuflando grosor a la mandíbula—. ¡Le supliqué!, ¡cuando imploré a Dios mi padre aún vivía y consintió que le mataran peor que a un perro leproso!

—De acuerdo, no entiendes a Dios, estás furioso con Él…

—¡Si me vais a hablar de Dios me voy!

Masona guardó silencio, se acercó a Vigorti y le trató con comprensión. El obispo sabía que el muchacho necesitaría mucho tiempo para acercarse de nuevo al padre.

—Recordarás que te dije: el asesinato de tu padre no caerá en el olvido —hizo una pausa pequeña y lentamente volvió a hablar—; hace unos meses te pedí ayuda, por la mesa de esmeraldas que desapareció, ayuda que no me diste. Quizás hoy cambies de opinión y recuperemos un tiempo precioso.

Vigorti le mantuvo la mirada como si de un reto se tratase. Masona no se sintió intimidado, el amor de su corazón acogía la paciencia necesaria para quien sufría. Sin resentimiento por la indomable agresividad del mancebo le narró el secuestro de Nuncto, que iba a morir por mantener a salvo el secreto de su padre.

—Debes ayudarme a buscar esa nota, Vigorti, e investigar qué está ocurriendo. El que va a matar a Nuncto, también es el asesino de tu padre.

—¡No hay tiempo que perder!

La respuesta salió de los labios de Vigorti tan presta como la flecha horadaba el aire bajo el bíceps musculoso de un fiero guerrero.

9

Mientras raptaban al abad Nuncto y le conducían a la villa El Hinojal, la dulce y hermosa Wendema se acicalaba para conocer al padre de Tarqueo, su prometido. Hacía tres meses que Wendema vivía en casa de Eusebia, viuda de Estrategio y presidenta de la asociación de jóvenes vírgenes y viudas de Emérita. La abadesa Eugenia no pudo permitir a Wendema seguir viviendo entre los muros del cenobio una vez aceptó la propuesta de Tarqueo para el matrimonio. Fue una despedida lacerante para las hermanas de la congregación. Wendema había crecido al calor de sus regazos y su condición amorosa, pacífica, sumisa y sacrificada, convertía su presencia en una ofrenda divina para la comunidad. Cuando abandonó el cenobio Wendema no quiso volver a Villa Spatha. Aunque nadie le había relatado los suplicios de su padre en sus últimas horas, sí conocía su trágico final y se negaba a pisar el fundo. Así que la viuda Eusebia la había acogido complacida en su domus. Eusebia y su difunto esposo, Estrategio, descendían de nobles romanos y, pese a la enorme cesión de propiedades que sus ascendientes se vieron obligados a entregar a los visigodos al instalarse en Hispania, aún conservaron lo suficiente para vivir como privilegiados. Eusebia habitaba una magnífica casa adosada a los muros del cenobio, aunque su esplendor no alcanzaba el lujo y la soberbia de las antiguas domus de la élite romana. Emérita había cambiado mucho desde entonces: a pesar de que el trazado de sus calles permanecía invariable desde su fundación, las transformaciones operadas intramuros mostraban una urbe ruralizada en la que convivían los animales domésticos y sus dueños en humildes casas de tres o cuatro habitáculos. Las grandes mansiones de antaño, con el devenir de las primeras invasiones de bárbaros se habían ido transformando, y en el presente aquellos descomunales espacios eran ocupados por varias viviendas que compartían el antiguo atrio romano como patio de vecinos. Emérita ya no contaba con los pórticos que antecedían a las domus privadas, ni disponía de fuentes públicas, ni se usaban sus cuatro acueductos. Tampoco existían los espléndidos edificios de espectáculos públicos, ni los dos foros que convocaron a los emeritenses bajo sus templos y construcciones administrativas, y

cuyos mármoles se habían reutilizado como material de cantera para conferir monumentalidad a los actuales edificios religiosos.

—Wendema, eres una belleza por dentro y por fuera —dijo Eusebia —. Tarqueo no imagina la fortuna de tenerte.

Wendema sonrió. Wendema y Vigorti gozaban del parecido propio de los gemelos excepto en la forma del semblante, en ella redondo como de luna llena y en él con mentón afilado de luna creciente. Ambos poseían cabellera rubia y rizada, por la mitad de la espalda ella y por los hombros él. Sus rostros se completaban con ojos achinados verdes, tan luminosos en la mirada como el reflejo del sol en el hielo. La nariz descendía esbelta respingando ligeramente, lo suficiente para atribuirles una impronta traviesa, y la boca atraía con sensualidad merced al grosor de los labios y al rosa intenso de su pigmento. Sus rasgos hermoseaban, aún más, al dibujarse sobre una piel blanca y tersa.

—Eusebia, es la primera vez que me maquillo y me veo extraña, como si no fuera yo. ¿Le gustará a Tarqueo? Él es moderado y quizás no le agrade.

—Le gustará, es una ocasión especial, y además el polvo de malaquita de los ojos casi no se nota. ¿Por qué no te acompaña Vigorti? Debería hacerlo.

Wendema bajó la vista y luego el tono de voz, como si no quisiera dañar a su hermano.

—Vigorti no es el mismo desde que murió mi padre. Rezo a la mártir Eulalia todos los días por él, en su corazón vive la guerra. Ya no es alegre como antes, ni generoso, ahora solo ve la maldad en las personas, enseguida se enfada y contesta enojado, desea castigar al mundo. Y si pudiera hacerlo con sus puños estaría más satisfecho aún.

El estómago de Eusebia se contrajo. La muerte de Vigor había sido una tragedia. Wendema se dolía en silencio y hallaba consuelo en la religión, pero Vigorti buscaba una venganza que asolaba su alma. Al rato, Wendema sonrió ligeramente y continuó sincerándose.

—Una de las razones por la que acepté el matrimonio con Tarqueo fue por Vigorti, se han hermanado. Vigorti confía en Tarqueo, a su lado sonríe de nuevo, y hasta le defiende como a un miembro de la familia. Con Tarqueo tengo al Vigorti de antes: cuando el mundo era su familia y a todos protegía.

—Wendema, ¿tú amas a Tarqueo? —Eusebia temió lo peor ante la confesión de la joven.

—Sí le amo, tú le conoces, Eusebia, a Tarqueo es fácil amarle, es el mejor hombre que conozco.

Eusebia se giró para coger de la cama una tiara de oro con pequeñas perlas.

—Insisto —repitió—, Vigorti debería conocer al padre de Tarqueo.

—No quiere, Eusebia, creo que son celos. Vigorti en el fondo es un niño.

—No te entiendo… —Mientras conversaban, Eusebia colocaba la tiara a Wendema.

—En el fondo, y aunque me ha dejado decidir sobre mi matrimonio, no desea que me case porque cree que me perderá —hizo una pausa para sostener el cordón de oro que Eusebia intentaba sujetar con alfileres—; el padre de Tarqueo va en dirección a Híspalis, se ha detenido solo para conocerme. Cuando llegue el momento, Vigorti estará presente y también el obispo Masona. Y tú, Eusebia, si quieres.

—¡Pues claro que lo deseo! —Y palmeó su espalda.

Wendema resplandecía con la brillante tiara dádiva de su padre, procedía del comercio de lujo que llegaba a Emérita desde Bizancio. El cordón de oro de un dedo de grosor finalizaba en cada extremo con dos hileras de perlas. La tiara recorría la frente y parte del cabello hasta formar un semicírculo y de cada extremo pendían las perlas como mechones divinos que asomaban bajo las orejas. La manceba se emocionó al ver su imagen en el espejo de estaño.

—Mi padre me regaló la tiara hace años, pero la estreno hoy.

Wendema se tapó los ojos conteniendo las lágrimas, el recuerdo de su padre agudizaba el vacío que sentía. Cuando su padre volvía de las campañas militares ella abandonaba el cenobio y marchaba a Villa Spatha para estar con él. Era un hombre fuerte que la abrazaba a cada rato, echaba de menos el calor y la seguridad que le infundían los potentes brazos de aquel padre amoroso y valiente. También recordaba su risa altisonante, parecía disfrutar de la vida como nadie, o su deleite cuando ella se afanaba en lavar su mugriento y enmarañado cabello cubriéndolo con todo tipo de afeites.

—La mártir lo tenga en la gloria —terminó por decir Wendema para regresar al presente.

Eusebia la abrazó y concluyó:

—Tu padre estaría orgulloso de tu casamiento con Tarqueo, es un noble.

Volvieron a abrazarse. Después, Eusebia se agachó para colocar su túnica.

—Tarqueo llegará enseguida, debes estar preparada.

Wendema lucía una estola marfil decorada con un tejido sobrepuesto que descendía desde el cuello hasta los pies y brillaba repleto de hilos dorados con ondulantes filigranas. Un cíngulo recogía su cintura y otorgaba esbeltez a sus curvas.

—Acaba de llegar.

Mientras la joven se atusaba la melena, Eusebia le acercó un perfume de nardo, mirra y moringa.

Tarqueo se apartaba el cabello de la cara cuando apareció Wendema en el atrio de Eusebia, abrió los ojos y la miró vivamente antes de decir nada.

—Wendema, te amo, nunca te había visto así de bella.

—¿Crees que me he excedido? ¡No sé qué pensará tu padre! —hablaba mientras se acercaba a él.

—Estás bellísima —le dijo agarrándola por la cintura— ¿Qué te has hecho? Estoy loco por ti.

—¡Respóndeme! —La sonrisa de Wendema persistía—. ¿Qué pensará tu padre?

—¿Por qué te preocupa tanto mi padre? Te vas a casar conmigo.

La magia del amor brillaba en sus corazones, había luz en sus miradas, calor en su contacto, entrega en la dulzura de sus voces y deseo ardiente en la manera en que buscaban la proximidad.

—No sé si mi presencia es adecuada, Tarqueo.

—Es perfecta —respondió con suavidad—. Debemos irnos ya, Wendema.

Se despidieron de Eusebia y salieron a la calle, un esclavo los esperaba en una pequeña carroza. Tarqueo gesticuló y el hombre se mantuvo a la espera. Tomó la mano de Wendema y subió la calle hasta pasar el cenobio.

—Nunca te he hablado mucho de mi padre —comenzó a decir—. Quiero que sepas que se avergüenza de mí —Tarqueo contó a su prometida que iba a terciar en su favor—. Es verdad lo que digo, necesito que lo sepas por si notas desprecio en su trato. No soy nada de lo que él aprecia en un hombre.

Wendema le abrazó. Al rato se separó para permitir que le contara aquella terrible historia.

—No me gusta ir a la guerra, Wendema, y eso para nuestro pueblo es la mayor vergüenza que existe.

—Pero sabes luchar, te he visto con Vigorti.

—Sé luchar, pero tengo tanto miedo que procuro ser el último y mi padre no me lo perdona. Mi único hermano murió en la conquista de los montes Arengenses hace siete años y mi padre me dijo que tenía que haber muerto yo y no él, que valía por diez hombres. Delante de todos me trata como a un despojo.

—Tarqueo, a mí lo que piense tu padre me da igual, pero a ti debe causarte un gran dolor. ¡Cuánto lo siento!

—Antes sí, ahora prefiero no estar junto a él, aunque me fustiga diciendo que no heredaré sus dominios.

—A mí eso no me importa —Wendema le tomó las manos—; tampoco me importa que no vayas a la guerra, si soy sincera lo prefiero.

Tarqueo soltó las manos de Wendema y la separó para mirarla

fijamente, lo que tenía que revelarle era de suma importancia.

—Una última cosa, Wendema: mi padre tiene un parche en el ojo. Mandó matar a un hombre por hablar de su parche, no consiente que nadie se refiera a él. Nunca hables del parche con nadie, ¡promételo! Y por supuesto, cuando le veas no le preguntes qué sucedió y no te asustes al mirarle, hazlo como si no lo tuviese.

Wendema asintió.

Los jóvenes montaron en la carroza y cuando salieron de Emérita el parsimonioso avance adquirió velocidad. Brantto aguardaba a Tarqueo en las proximidades de la iglesia de San Lorenzo. El noble Brantto parecía dar órdenes a un grupo que discutía excitado, entre ellos se hallaba el obispo arriano Sunna. Acompañaban al religioso varios presbíteros de esta confesión, los magnates godos emeritenses Segga y Vagrila y unos cuantos siervos. La carroza de Tarqueo descendió por el camino hacia la explanada de tierra que antecedía a la iglesia y Brantto a caballo les salió al encuentro.

—Padre —Tarqueo bajó la cabeza—, mis ojos agradecen la dicha de verte. Ayer te aseguré que hoy conocerías a Wendema. Tú mismo puedes apreciar los inmensos dones de mi prometida.

Brantto escrutaba la carroza con el gesto impertérrito, no se movió cuando la joven se apeó de ella. Wendema agachó la cabeza aguardando una señal que se resistía, finalmente se inclinó por levantar el rostro y saludar al padre de su prometido.

—Noble Brantto, grata me es vuestra presencia. —Dio unos pasos hacia él, que terminó por desmontar.

Tarqueo reaccionó, no consentiría que su padre la humillara. Tomó la mano de Wendema y se colocó entre los dos.

—Padre, si la premura de marchar a Híspalis te aguarda, no deseamos demorar tus planes, en mejor ocasión se instará el encuentro con mi prometida.

—Tarqueo tiene razón, eres una mujer muy bella. —Brantto colocó dos dedos en la barbilla de Wendema y movió su rostro como si examinase a un esclavo.

Tarqueo tiró de Wendema suavemente y el brazo del magnate quedó en el aire. Luego se giró en dirección a la calzada, parte de las huestes de su padre marchaban hacia Híspalis, alcanzaban el millar. Hubo un silencio mientras aquellos guerreros cabalgaban y caminaban en medio del crujir de sus armas y del retumbar de sus cánticos guerreros.

—El orgullo de mi linaje, mis huestes que algún día liderará mi hijo Tarqueo.

—Claro, padre —determinó este.

—O quien sabe si mi nieto —señaló retador buscando la mirada de su hijo—, así pues, en cuanto la guerra nos dé un respiro os casáis,

deseo nietos. Tu hermano Vigorti —se dirigió a Wendema— supongo celebrará el ascenso social que significa este enlace e imagino estará ansioso por dejarte en buenas manos.

—Sí, padre —contestó Tarqueo impidiendo el humillante parlamento de su progenitor y redirigiendo la conversación—. Veo que el obispo Sunna está con parte de las huestes y con Segga y Vagrila.

—Te pondrás a las órdenes de Sunna. Leovigildo desea la conversión de las iglesias católicas de Emérita al arrianismo. He tenido que decir que te quedaste en Emérita para conocer a tu prometida y que sigues aquí para cumplir la misión del rey. —El padre retuvo al hijo—. Espero que no me avergüences.

Tarqueo bajó la cabeza y permaneció en el sitio mientras su padre avanzó en dirección al grupo.

—Siento, Wendema, que debas conocer lo peor de mi padre —enunció Tarqueo a media voz—, tengo recuerdos de mi niñez muy cariñosos. Luego murió mi madre y él cambió.

—Viviremos lejos de él cuando nos casemos.

Wendema volvió a la carroza con el corazón roto. A Tarqueo le atormentaba un padre vivo y a ella la muerte del suyo.

—¡Tarqueo! —gritó Brantto—, tenemos una misión que atender. En momento más ocioso volveremos a vernos, Wendema. —Y alargó la mano a modo de saludo.

Tarqueo despidió a Wendema y regresó junto al grupo.

El obispo Sunna hablaba hecho un manojo de nervios. El plan consistía en asaltar las iglesias y colocar al frente de las mismas a varios presbíteros arrianos que habían sido reclutados. Sunna, naturalmente, pensaba dirigir los destinos de la grey emeritense desde la basílica de Santa María despojando al obispo Masona de su dignidad eclesiástica y del palacio en el que vivía. El clero arriano había viajado en una carroza que portaba enseres personales y un gran baúl, dentro figuraban varios pergaminos del tamaño de un impúber grabados con el credo arriano.

—Empezaremos por esta iglesia, la de San Lorenzo —determinó Sunna y el grupo se movió.

Emérita contaba con seis iglesias más la basílica de la mártir Santa Eulalia con su cenobio y la basílica sénior de Santa María de Jerusalén. Sunna parpadeó nervioso mientras daba instrucciones.

—El credo arriano clavadlo en la puerta del templo, ¡cuidado!, no lo dobléis.

—Me marcho, obispo, nuestro próximo encuentro quiera el Padre que sea en la basílica sénior, estoy deseando contemplar las famosas reliquias que visten su aula. —Brantto se despidió de los presentes y espoleó el caballo para unirse a sus huestes.

La intención de convertir la principal diócesis de Hispania en arriana y doblegar al impío obispo Masona convocaba un dulce placer en las élites godas. Masona no solo se había enfrentado al rey Leovigildo, también había traicionado a la raza de los godos. ¡Y deseaban hacérselo pagar!

La iglesia católica de San Lorenzo se convirtió en cuestión de minutos en una iglesia arriana. El obispo Sunna y los nobles godos amparados en la voluntad del rey y la fuerza militar interrogaron al presbítero de San Lorenzo y, ante su firmeza en la Trinidad, le despojaron de sus ropas y le echaron del templo; su vida peligraba si se le ocurría intentar recuperarlo. Sunna invistió de majestad a uno de los presbíteros que le habían acompañado hasta Emérita. El credo arriano clavado en la puerta anunciaba la conversión de la iglesia al nuevo signo y los soldados que la custodiaban daban fe de la permanencia de tal cambio.

Las huestes de Brantto al servicio de Sunna se dividieron en varios grupos, debían actuar con premura, el factor sorpresa devenía crucial en el éxito. La siguiente iglesia que convertirían en arriana se levantaba a medio camino entre San Lorenzo y la basílica de la mártir, era San Cipriano. Después harían lo mismo con Santa Lucrecia, edificada en el perímetro suburbano del otro lado del puente, y San Fausto, construida a media milla de la primera, en un margen de la calzada a Olisippo. Más tarde llegaría el turno de la iglesia de Santiago, intramuros de la ciudad. El otro templo intramuros, San Andrés, era el único de confesión arriana en Emérita. Por último, tomarían la basílica de la mártir y la basílica sénior de Santa María de Jerusalén. Esos eran los planes de Sunna aplaudidos por el rey Leovigildo.

Mientras la ciudad de Emérita se soliviantaba con las conquistas arrianas, Vigorti se entregaba a la pasión por la que nacían sus días: descubrir al asesino de su padre y desollarlo vivo mientras suplicaba por la vida de toda su parentela, a la que mataría ante el único ojo que poseía. Confiar en que llegaría la venganza le daba fuerzas para vivir. La nota que el obispo Masona le había enseñado dejaba claro que su padre había estado en el cenobio de Santa Eulalia, por eso allí dirigió sus primeros pasos. Vigorti conocía el lugar mejor que su villa, no en vano había vivido entre sus paredes diez años. Las circunstancias de la marcha de Nuncto mantenían a la congregación rezando en la capilla, algo extraño sucedía, algo canalla. Llamó insistentemente en el cenobio, las puertas permanecieron herméticas, así que accedió a la basílica de Santa Eulalia y se dirigió a un pequeño vano cercano al ábside. El vano daba paso a un corredor que comunicaba la iglesia con el cenobio, y una vez allí se encaminó a la celda del abad Nuncto. Era tan sobria como su vida, apenas disponía

de mobiliario: una cruz, una cama, una mesa, una silla y muchos libros. Escrutó los libros. Nuncto tenía por costumbre redactar unas memorias: reflexiones sobre excelsos prohombres en santidad y otros datos más cotidianos sobre la vida del lugar. Una vez el abad le sermoneó leyéndole unas consideraciones sobre la obra de San Agustín, Confesiones, Vigorti recordaba sus palabras:

—Vigorti, te sientes inclinado a defender a los demás, tienes la humanidad en ti, ahora necesitas cultivar tu mundo interior y dotarlo de grandeza, necesitas mirar más hacia dentro, reflexionar».

Y también recordaba su respuesta:

—Si actúo conforme a valores nobles, no necesito pensarlo antes, padre.

—Tus palabras me conmueven y ratifican mi creencia en ti. Prométeme que leerás a San Agustín —replicó el abad Nuncto.

—Lo prometo.

Luego Nuncto sonrió y terminó por concluir

—Y sin embargo no lo harás, Vigorti. Por eso te he dicho que necesitas mirar dentro de ti, cultivar el silencio y la reflexión, necesitas pararte. Solo espero que el Divino te conduzca por buen camino, por suerte el cenobio tiene dos ejemplares de Confesiones y La ciudad de Dios, y están esperándote.

Cerró los ojos, recordaba con claridad aquella conversación. El abad Nuncto era un hombre santo, hablaba poco, se alimentaba frugalmente, rezaba mucho y pasaba largo tiempo en soledad. Jamás se parecería al abad, pero le amaba, fue como un padre para él, siempre le trató con amor y respeto y nunca le mintió. Sintió una furia creciente en su interior, debía detener al diablo del parche que le arrebataba a los hombres de su vida.

Vigorti se afanaba en buscar las memorias, eran pergaminos sueltos. Revolvió el colchón, no había nada. Solo quedaba el suelo, cubierto por losetas de mármol. En la esquina más alejada de la puerta, bajo la cama, era perceptible el chasquido de una de ellas que no se empotraba entre las demás. Tomó la cruz de hierro de la mesa y empujó un extremo de la pieza, el extremo opuesto de la loseta se levantó lo suficiente para que sus dedos la separasen del suelo. Halló las memorias en una caja de madera. ¡Estaban ordenadas! Comenzó a leer. Pronto encontró lo que buscaba:

Vísperas de la procesión de la mártir. Febrero 582.

Anoche me invadió el miedo, gracias di a Dios Padre por no sucumbir a él y prestar un servicio a Vigor, rendido por la más absoluta necesidad y un peligro inminente. Fue mi bondadoso hermano Cocina, al que apodamos así por su ocupación en este cenobio, el que trajo a Vigor a mi celda durante la noche. Mientras

trabajaba el huerto en la mañana, Vigor consiguió llamar su atención desde la linde trasera. Cocina le escondió hasta que la noche trajo la oscuridad. Ya en mi celda Vigor nos contó que el rey Leovigildo tenía traidores entre los suyos, que estos traidores le perseguían para matarle e impedir que hablara. Después me entregó una nota con el nombre de los culpables, me dijo que por seguridad no la leyera, la he guardado entre las reliquias de la mártir, venerada por un mar incesante de peregrinos está a salvo. También me dijo Vigor que hacía un mes había robado la mesa de esmeraldas del templo del rey Salomón como señuelo a los traidores, necesitaba esconderla y por si él no podía devolverla a la basílica de Santa María, ha escrito en la nota que me entregó el lugar en el que piensa esconderla.

Vigorti soltó el pergamino y su mirada permaneció inalterable sobre el mármol, luego sus ojos se fueron haciendo más acuosos, pero antes de que sus lágrimas se derramasen los dedos de sus manos buscaron otra anotación del abad Nuncto.

Procesión de la mártir. Febrero 582.

Mis preces sirvan al Santísimo para el perdón de mis pecados. No sé si he obrado con cordura. Llevado por el terror de Vigor sobre la maldad de sus perseguidores y la importancia de su descubrimiento para el reino visigodo, he convencido al presbítero, Baruso, y al diácono, Redento, para custodiar la basílica de Eulalia durante su procesión, es de los escasos momentos en que la basílica se cierra. Así me lo pidieron Vigor y Cocina. Ellos están ahora en la basílica, Dios les perdone por los sacrilegios que pudieran cometer y a mí también, por haber dejado que la desesperación de Vigor nublara mi conciencia.

Vigorti sintió cómo su interior se transformaba en un volcán, conocía a Cocina. ¿Cómo había silenciado toda esa información sobre su padre? En cuanto examinara los escritos del abad, Cocina se las vería con sus puños de hierro. Fijó los ojos en aquella pila de pergaminos, Nuncto no volvía a hacer referencia a su padre, al menos en lo que había escrito en fecha más próxima. Cuando creyó que nada más hallaría en aquellas memorias las devolvió a su lugar y se dirigió al refectorio. Ni rastro de Cocina. Fuera de sí, recorrió el huerto, la despensa, irrumpió en las celdas de los monjes y después se encaminó a la capilla. Allí estaban los hermanos, los conocía a todos y a todos les imputó la falsía de la que se sentía objeto. Ningún hermano hizo amagos de inquirir razones.

—¡Sois culpables de lo que suceda a Nuncto! —les espetó sin justicia—. ¿Y Cocina? ¿Dónde está ese malnacido?

Nadie respondió. Vigorti desenvainó la espada y amenazó el cuello del monje más próximo.

—Cocina ha desaparecido desde que se llevaron al abad esta mañana, le estamos buscando.

—¿Que le estáis buscando? ¡Para eso hay que moverse!

Y sin más reparo abandonó la capilla. Vigorti sospechó que Cocina habría huido, pensando que después de torturar a Nuncto regresarían a por él. Lo más prudente sería alejarse de la ciudad, y el huerto la salida preferible. Sus sospechas pronto se confirmaron. En la tapia del fondo del huerto, varios tablones amontonados permitían saltarla. Vigorti siguió ese rastro. La trasera del cenobio se adornaba con una necrópolis que no había cesado de crecer desde que se levantara el túmulo de la mártir, más de dos siglos atrás. Todos los católicos deseaban enterrarse junto a Eulalia. El rastro de Cocina se advertía nítido, el escaso trasiego de la zona beneficiaba la misión. Vigorti siguió unas hendiduras en la tierra que atravesaban los enterramientos y parecían girar a la derecha, por un camino que alcanzaba la calzada a Toletum, y sin pensarlo mucho comenzó a correr con la fuerza del día que se abre a la noche. A medida que se aproximaba a la calzada se fue haciendo más visible una muchedumbre de personas que rodeaban la iglesia de San Cipriano. Se acercó al tumulto y preguntó.

—Leovigildo ha convertido esta iglesia en arriana. En la ciudad hay un nuevo obispo arriano, Sunna, y va nombrando presbíteros arrianos en todas las iglesias. Emérita será arriana por voluntad del rey —contestó alguien.

—Dice que los católicos terminaremos por reunirnos en el campo, porque no va a quedar ningún templo para nosotros —dijo otro.

Vigorti se mordió los labios, ¡Qué hacer! ¿Volver a Emérita, avisar a Masona y defender las iglesias o buscar a Cocina? Su pensamiento regresó a Cocina y eso determinó su respuesta. Se alejó de la iglesia y se subió a un peñasco, era imposible ver nada desde allí. El galope de un caballo le hizo girarse.

—¿Qué haces ahí arriba, Vigorti? —dijo Tarqueo a modo de saludo.

—Tarqueo, debes ayudarme —saltó Vigorti de la peña—, busco a un monje con información sobre los que mataron a mi padre. ¡Déjame el caballo! Te recompensaré, amigo.

Tarqueo dudó.

—Tarqueo, necesito el caballo más que tú —le increpó Vigorti elevando el tono de voz ante el porte inamovible del otro.

—No puedo, Vigorti, cumplo órdenes de Leovigildo, de mi padre y de Sunna, debo impedir a los católicos que entren en la iglesia, tendremos que repartir palos para que se marchen. Se ha corrido la voz de la orden de Leovigildo y cada vez acude más gente a defender

los templos católicos.

Vigorti se quedó petrificado y luego añadió.

—¿También iréis a la basílica de la mártir?

Tarqueo asintió.

—Pero será un baño de sangre, la basílica de Eulalia no es la iglesia de San Cipriano, allí hay miles de peregrinos.

—Odio participar, Vigorti, pero debo hacerlo. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Desobedecer, cuando la cosa se ponga fea y temas por tu vida, tendrás que matar a algunos para salvarte, dicen que Eulalia hace milagros, nunca os dejará entrar por la fuerza de las armas.

—Deseo desobedecer, pero si mi padre se entera, temo que me mate.

—Ya inventaremos una historia, tendrás coartada, déjame subir al caballo, necesito encontrar a Cocina, un monje del cenobio de Santa Eulalia.

Sin esperar respuesta montó en la grupa del caballo y alargó la mano ordenando a Tarqueo la dirección a seguir. El paisaje más próximo mostraba algunas naves de adobe donde los lugareños custodiaban aperos de labranza para sus humildes huertos. En ninguna de ellas se escondía Cocina. Después se apearon en el xenodoquio, un edificio en construcción impulsado por el obispo Masona que devengaba buen número de operarios, en él trabajaban los mejores maestros de los talleres escultóricos de la ciudad, realizaban a pie de obra el mobiliario litúrgico. Tarqueo dejó paso a una carreta tirada por bueyes que transportaba grandes piezas de mármol para ser reutilizadas. Emérita se había convertido en una prominente cantera, las vetustas piedras que alumbraron la pequeña Roma lusitana volvían a engrandecer las coetáneas edificaciones. Vigorti y Tarqueo accedieron al xenodoquio, un albergue para peregrinos y enfermos en el que Masona no escatimaba recursos. La construcción de la primera planta casi había concluido, constaba de dos corredores porticados separados por un espacio abierto en cuyo centro se ubicaba una pequeña basílica. Los mancebos se acercaron a dos marmolistas, uno tallaba una oración en una placa de mármol para colocarla en la basílica del xenodoquio: «Esta casa de tu dominio posee apacible, ¡oh mártir Santa Eulalia!, para que el enemigo sabedor de tu protección confundido se vaya, y sus habitaciones bajo tu patrocinio florezcan. Amén». El otro marmolista decoraba una pilastra con motivos vegetales a base de roleos que circunscribían palmetas. Vigorti palmeó el hombro de uno de ellos que levantó la espátula y con la vista le interrogó.

—¿Habéis visto a un monje por aquí?

Antes de responder el hombre miró a su compañero, que contestó

en su lugar.

—Hace un rato vimos a un monje a orillas del Barraeca.

Vigorti recorrió el escaso trecho que separaba el xenodoquio del río con tal brío que segundos después se hallaba oteando sus márgenes. Algunos juncos, arbustos y arboledas concurrían salvajes sin tupir el espacio. Se encaminó hacia la izquierda, cercana se levantaba una nave y conforme se aproximaba se hacía más visible una pequeña vaguada. En ella se hallaba Cocina sentado, hierático.

—¡Cocina, eres un diablo! ¡Maldito seas! —El grito enfurecido de Vigorti antecedió a la somanta de palos que cayó sobre el monje.

—¡Detente, Vigorti! —Tarqueo no tardó en llegar, aunque para entonces Cocina había recibido una paliza—. Este hombre no debe sufrir las iras de tu negrura.

Cocina lloraba y quejumbroso se limpiaba la sangre que descendía de la ceja y el labio. Vigorti se había retirado unos pasos y se mesaba el cabello con las manos: la visión del noble del parche encendía un fuego incontrolable en su interior y el cuerpo de su padre colgando sin piel le horadaba las entrañas. Cuando se unían la furia y el dolor, creía morir.

—¡Vigorti, yo ayudé a tu padre, le ayudé! —gimió vehemente el monje—. Pero él nos ha traído la ruina al cenobio, matarán al abad Nuncto y me matarán a mí por auxiliarle.

—Debiste decirme lo de mi padre, pero me lo hurtaste y no te perdonaré. Ahora ya lo sé todo, Cocina. Sé que mi padre escribió en un pergamino el nombre del traidor a Leovigildo y que lo escondisteis junto a la mesa del templo de Salomón en la basílica de Eulalia. ¡Dime dónde!

Cocina se echó a llorar, pero a Vigorti no le servían sus lágrimas.

—¡Dime dónde o te mato! —colocó su espada junto al cuello del monje—, de varios tajos en la cabeza te haré sufrir, Cocina.

—¡Está bien, Vigorti, Dios nos perdone, cometimos un sacrilegio…!

—Suéltalo ya o te mato.

—La mesa de esmeraldas la escondimos en la cripta de los obispos. Junto a las tumbas de Fidel y Paulo hay una gran oquedad revestida por una loseta de mármol.

Entre el iconostasio que aislaba el altar y los canceles que cerraban el presbiterio, se había construido una cripta para enterrar a los obispos emeritenses próximos al túmulo de la mártir, que se ubicaba soterrado bajo el altar.

—Tu padre, mientras yo volvía a embutir el mármol, fue a la capilla donde está el manto de la mártir y escondió el pergamino.

Vigorti comenzó a desnudarse, ya tenía lo que necesitaba.

—Dame tus ropas, si buscan a un monje te hallarán rápidamente. Toma esto —y le entregó una cadena con un símbolo que se arrancó

del cuello—, escóndete en mi villa, con este colgante sabrán que vas de mi parte. Y toma el caballo.

Tarqueo protestó, pero la firmeza de su amigo no admitía otro camino.

—Mañana te devolverán el caballo, amigo. Cocina debe salvarse.

Explicó al monje qué debía saber el vilicus de Villa Spatha, y sin reparar en los interrogantes le exhortó a marcharse. Vigorti tenía claros sus siguientes pasos, actuaba como el mar, una ola seguía a la anterior en un movimiento natural e incesante. Tarqueo fue tras él, llegaron al xenodoquio, donde Vigorti murmuró unas palabras a su amigo y este entabló conversación con los marmolistas. Mientras, con disimulo, Vigorti les hurtó un cincel, un martillo y una espátula. Con el pulso desbocado de quien entabla combate emprendieron el regreso al cenobio y saltaron la tapia del huerto.

—Vigorti, debes contarme tus planes o no daré un paso más.

El interpelado aclaró sus propósitos.

—¡Estás loco! —le espetó Tarqueo.

—¿Loco? Estoy a un paso de saber quién mató a mi padre. Lo demás me da igual. ¿Me ayudarás?

—Yo en la cripta no entro.

—Tú buscarás el pergamino en el manto de la mártir mientras yo desencajo la piedra y saco la mesa.

Recorrieron el pasillo del cenobio y accedieron al corredor que comunicaba con la basílica. Debían aguardar a que el obispo Sunna diera el impulso pertinente a sus planes; impulso que no se demoraría.

Caía la tarde aunque la tenue luz de diciembre aún alumbraba. Los ecos de las conversiones forzosas al arrianismo en otras iglesias de Emérita hacían temer lo peor en la basílica de Santa Eulalia, cuya campana había tañido varias veces convocando a los católicos para defender su fe. Los peregrinos procedentes de todas partes del mundo se confundían con la masa emeritense. En la explanada que antecedía al templo la tensión era máxima, aún recordaban la mano de Leovigildo meses atrás. Pero a pesar del temor nadie se marchaba del lugar.

El obispo Masona se había entregado a la oración en la basílica de Santa María de Jerusalén, no debía abandonarla, aunque sus fieles le informaban de que los soldados de Sunna cerraban filas para conquistar la basílica de Eulalia. Masona había hecho llamar al abad Renovato de Cubillana y a los siervos de la Iglesia que trabajaban sus propiedades. Y había enviado un mensaje al presbítero Baruso: «Repartid gratuitamente entre la muchedumbre agua bendita de la mártir y otros objetos santos, que el pueblo de Dios fortalecido en su fe confíe en que Eulalia está de nuestra parte y ganaremos la batalla».

Las personas aglutinadas alrededor de la basílica de Santa Eulalia

superaban el millar, no pasaron desapercibidas al obispo Sunna, que se vio obligado a remodelar sus planes y reunir a todos los hombres de Brantto que custodiaban las iglesias ya conquistadas. Se hacía necesario enfrentar con éxito la batalla principal: la basílica de Eulalia debía regir bajo el signo arriano y sus reliquias debían trasladarse a la capital del reino, Toletum. La fuerza militar de Sunna concentrada en la puerta de la muralla noroeste comenzó a descender hacia la basílica. Doscientos caballeros marchaban armados como si fuesen a la batalla. El ruido de aquellas cabalgaduras y la imagen de aquellos señores de la muerte hicieron retroceder a los primeros congregados. El obispo Sunna con las ropas clericales iba en cabeza, con una mano sujetaba las riendas del caballo y con la otra trazaba cruces al aire en todas las direcciones, bendiciendo a los presentes. El gentío le temía como si fuera el mismo Belcebú, en nada ayudaba su apariencia: feísimo de rostro, mirada torva y catadura fiera, de aspecto repugnante y descompasados ademanes. Aquellos señores de la guerra cabalgaban hechos piña, las espadas desenvainadas y el látigo en el lomo del animal. La aglomeración de tantas personas activaba su instinto de supervivencia. El silencio que había escoltado el descenso de la hueste en los primeros pasos comenzó a transformarse en un bronco clamor y aquella energía fue enardeciendo a los católicos, que terminaron por lanzarse contra los caballeros y estos, látigo y espada en mano, blandieron las armas con la fiereza de sobrevivir.

La algarabía del exterior se trasladó al interior de Santa Eulalia. ¡Había llegado el momento aguardado por Vigorti! El mancebo abandonó el corredor y accedió a la basílica, inmediatamente y sin pedir permiso tomó el mando de aquel gentío, se subió a un banco de la nave principal y comenzó dirigir el desalojo como si siguiera un plan trazado al milímetro.

—¡Las puertas de la basílica hay que cerrarlas, todos fuera, debemos atrancarlas e impedir que entren!

Mientras gritaba a pleno pulmón y los conminaba a salir a la calle, hacía gestos al clero para que empujaran a los fieles. Aquel mancebo vestido con los hábitos de un monje y una coraza metálica, espada en mano, estaba logrando que la multitud se echara a la calle.

—¡Baruso! —llamó al presbítero—, hay que cerrar los portones de la basílica, si los arrianos entran estamos perdidos. Vos debéis estar al frente de vuestra grey en la calle, no temáis, me quedaré aquí y amontonaré los bancos contra los portones y no podrán entrar.

—¿Tú solo?

—No necesito a nadie más para mover esto. —Y de una patada empotró un banco contra una de las columnas de la nave central.

Baruso dudó pero finalmente hizo caso a Vigorti.

—Tienes razón, las puertas hay que cerrarlas y yo debo estar con el

pueblo.

El clero de Santa Eulalia abandonó la basílica junto a los últimos devotos.

—Tarqueo, ya puedes salir, no hay nadie —gritó Vigorti excitado.

Tarqueo se sintió sobrecogido en la basílica de la mártir.

—Nada bueno puede salir de esto, Vigorti.

—Te equivocas, de esto saldrá algo grande, descubriremos al traidor del rey. Tú le darás la noticia a Leovigildo, tienes mi palabra. ¿Crees que te premiará o te castigará? —terció Vigorti con tono socarrón.

—De acuerdo, pero yo no bajo a la cripta.

Ajeno a los sucesos de la calle, Tarqueo se dirigió a una de las dos capillas anexas al santuario, en ella se hallaba el manto de Eulalia, una prenda milagrosa, una de las reliquias más veneradas por la cristiandad. Aquella aula exhibía además algunos de los tesoros de la Iglesia de Emérita: cálices, copas, coronas, mantos, joyas, platos, urnas, incensarios; hipnotizaba el poderío de aquel brillo y sobrecogía la dimensión espiritual de ese espacio, en el que también se disponían varias urnas con huesos de santos. Tarqueo sintió una extraña sensación al tocar la seda y los bordados de oro que lucía la capa de Eulalia, era blanca como el fulgor de la nieve. De repente, un escalofrío recorrió su cuerpo y un miedo atroz se apoderó de él. ¿Por qué tenía que obedecer a Vigorti —se reprochó—, si era un ser temerario y sin control? Él solo se respondió: «Quizás me hace creer que puedo enfrentarme a mi padre. ¡Sí eso es!». Abandonó sus cavilaciones y se entregó a un registro frenético, deseaba terminar cuanto antes con aquel episodio. Por su parte, Vigorti no sentía ningún pudor en la cripta donde estaban enterrados los obispos, su única pesadumbre radicaba en que le llevaría algún tiempo rebajar las paredes de la oquedad para sacar la loseta de mármol, y esa espera le crispaba. En la zona subterránea el golpe del martillo sobre el cincel emitía un sonido cadavérico, música de ultratumba que acompañaba la lectura del pergamino que Tarqueo halló remetido en un trozo de forro descosido de la capa de Eulalia.

Rey Leovigildo,

si esta nota llegase a vuestras manos, mi vida habré entregado en la defensa de vuestro reinado.

Brantto os traiciona, intenta pactar el apoyo de Gontran I para declararos la guerra.

Hasta donde sé la reina Gosvinta no le acompaña en estas argucias.

Lo descubrí en Carthago Spartaria, a la que me enviasteis para pactar la neutralidad de Bizancio en la guerra con vuestro hijo, Hermenegildo.

Aguardé a tener pruebas para informaros, pero el destino me ha sido infiel.

La mesa de esmeraldas que robé de Santa María de Emérita está en la cripta de la basílica de la mártir Eulalia.

Tarqueo giró el pergamino y por el otro lado descubrió el sello con el dragón de su linaje y unas palabras de puño y letra de su padre dirigidas al rey Gontran I, manifestando claramente su interés por sublevarse contra el rey Leovigildo. Releyó varias veces las dos caras del pergamino. ¡Era imposible! Su padre no… no era… un…

—Tarqueo, ya he quitado la losa, aquí está la mesa, ayúdame a sacarla.

—¡Ni hablar! —le contestó aterrado.

Tarqueo guardó el pergamino y con los nervios brincando en la piel salió de la capilla, saltó el cancel y desde el primer escalón de la cripta gritó.

—¡Vigorti, sal ahora mismo!

La voz de Tarqueo sonó diferente. Vigorti subió hasta el presbiterio asombrado.

—¿Qué te ocurre?

—No he encontrado ninguna nota, búscala tú, tengo que marcharme con Sunna o me mandarán a prisión por desobedecer una orden del rey. Tienes que golpearme, Vigorti, o no saldré bien parado de esta.

—No te golpearé.

—Ya lo creo que sí.

Tarqueo se abalanzó sobre Vigorti y rodaron en una guerra de puños. Vigorti trataba de contener la furia de su amigo, pero las palabras no servían, finalmente el agotamiento de las embestidas fue poniendo frenos a la pelea. Vigorti estaba desconcertado, se habían golpeado de verdad.

—¡Dame un tajo aquí con la spatha! —añadió Tarqueo fuera de sí y con el rostro ensangrentado.

Vigorti no le hizo caso y Tarqueo se hendió la spatha en su propio muslo, se reató un jirón y salió a toda velocidad de la basílica mientras Vigorti le observaba aturdido.

La explanada que antecedía a la basílica se había convertido en un campo de batalla. La presión de aquella masa había terminado por echar encima de los arrianos al gentío más próximo. La hueste había formado dos columnas, en el interior se guareció Sunna absolutamente perplejo y al tiempo enfurecido por la contestación del pueblo de Emérita. Junto al obispo se habían situado veinte arqueros que dispararon saetas hasta agotar sus aljabas y luego procedieron con lanzas y venablos ligeros que volaron por los aires hiriendo y matando

a algunos católicos. El enfrentamiento tampoco pronosticaba un final feliz para los arrianos, la muchedumbre había abierto una fisura en las columnas arrastrando al suelo a varios caballeros que fueron apaleados y degollados por sus espadas. Sunna rezaba por salvar la vida. En plena batalla se hallaban cuando las campanas de Santa Eulalia comenzaron a tañer y una procesión de gente armada y a caballo, asomó desde la puerta de la muralla. El obispo Masona la encabezaba discurriendo bajo la sobrecogedora cadencia de unos tambores, le acompañaban los siervos de las propiedades que la Iglesia católica contaba en los alrededores de Emérita. Tras Masona marchaba el abad Renovato del cenobio de Cubillana. Merced a Vigorti el abad disponía de armas y las había puesto a disposición de los católicos. La procesión armada y el avance con gallardía de Masona devolvieron a su grey la confianza en el fin de las pretensiones arrianas. Conforme el obispo católico se acercaba a Sunna y su grupo, el tumulto de esa zona se iba apaciguando. El son de aquellos tambores campaneaba el corazón de Sunna, que, por vez primera, se alegró de ver a su enemigo Masona. La realidad se imponía aplastante: se llevarían por delante la vida de muchos católicos, pero ellos no ganarían aquel combate. Los católicos eran muchos más y no se amilanaban ante las espadas arrianas. Así que, cuando Masona levantó el báculo con un pañuelo blanco, Sunna pidió un arco, se quitó el cíngulo y lo alzó tembloroso. A continuación, los dos obispos ordenaron detener los enfrentamientos y, salvo por la furia incontinente de los enfrascados en el cuerpo a cuerpo, los altercados comenzaron a frenarse.

Desde abajo, Tarqueo, ensangrentado y herido se abrió paso entre la multitud y consiguió traspasar el cerco de sus camaradas. Fuera de sí acudió al encuentro de Sunna.

—¡Obispo Sunna! —dijo sin aliento.

La habitual mesura de Tarqueo se había transformado en una especie de locura, tenía los ojos opacos, estaba agitado, sangraba y no coordinaba las palabras, que tampoco guardaban ningún sentido.

—Obispo, he conseguido que el presbítero Baruso no cierre las puertas del templo de Santa Eulalia a los arrianos.

Sunna le miró confuso —«¿qué decía aquel mancebo?»—. Tarqueo siguió hablando, aunque el obispo, que se hallaba lejos de allí, ante el rostro iracundo del rey Leovigildo cuando conociese el fracaso de la misión, no atendía aquella palabrería huera.

Sunna pestañeó, una voz firme y grave le devolvió al presente. Era la voz de Masona.

—Obispo Sunna, Emérita es la Jerusalén de Occidente, la nueva ciudad de Dios, y aquí no hay sitio para las espadas. Leovigildo debería saberlo.

—Quitadme a esta chusma católica de encima y permitid que estos

soldados marchen a Híspalis, en caso contrario os aseguro que Leovigildo os cortará la cabeza.

Masona sonrió.

—Por mi cabeza no temáis. Leovigildo me la ha cortado en numerosas ocasiones. Dios me envía cabezas de repuesto cada vez que me la corta el rey. Vengo a hablaros de paz, Sunna, y a detener esta locura.

El grupo armado de Masona hizo un pasillo permitiendo la retirada de las huestes arrianas. El intento de usurpación de la basílica de Santa Eulalia había concluido, pero la guerra no había hecho más que empezar, intuyó abatido el obispo católico ante la visión de los muertos del arrabal.

Días impíos

Toletum, mayo del año 583.

El rey Leovigildo recibía el óleo sagrado y las bendiciones del obispo Uldila en la iglesia de los Santos Pedro y Pablo de Toletum. ¡Se marchaba a la guerra!

El rey suevo Miro había decidido intervenir en favor de Hermenegildo y su ejército se preparaba para bajar desde el noroeste hacia el sur. Tras muchos devaneos, Miro había optado por inclinarse en favor del hijo. Tarde o temprano Leovigildo sometería a su reino y Miro prefería enfrentarse a él unido a otros aliados, como Hermenegildo, que le había prometido respetar su nación.

Brantto fue el encargado de acudir a Toletum para llevar al rey Leovigildo la noticia de la entrada en la guerra de los suevos. El movimiento de tropas en el noroeste no dejaba lugar a dudas. En territorio bético quedaron Granista y Vildigerno furiosos por la espantada de su aliado, cuyo diligente ofrecimiento para subir hasta Toletum era considerado por ellos una huida. Los tres eran conscientes de que si el Imperio bizantino no se sumaba a la contienda, Hermenegildo y Miro no gozarían de fuerza suficiente para derrotar al ejército de Leovigildo.

Leovigildo escuchaba con atención al obispo arriano.

—Dios está de vuestra parte, rey y señor de los visigodos. Su cólera caerá sobre el usurpador y católico Hermenegildo. —Uldila hizo la cruz sobre la frente del monarca.

El rey había deseado una ceremonia íntima y breve con la asistencia de su esposa Gosvinta, el conde del Tesoro Brantto, el obispo Sunna, al que había hecho venir desde Emérita, y una docena de gardingos con los que marcharía hasta las puertas de Híspalis. El rey besó al obispo y salió de la iglesia.

—Esperadme al otro lado del puente, no me demoraré demasiado —se dirigió a sus hombres.

Los gardingos obedecieron. Leovigildo retardó el paso para quedar junto a Brantto.

—Gosvinta, acompañad a Sunna a la sala de recepciones —dijo.

La reina miró con terror a Brantto, que apartó la vista de ella, luego agarró el brazo de Sunna y subieron la empinada pendiente del recinto áulico. El rey aprovechó para despachar su desasosiego con el magnate godo.

—No deseo que la reina conozca la suerte de su nieta Ingunda y el niño; se encariñó con ellos cuando los visitó y solo nos traería

problemas.

Brantto había hecho saber al rey que Ingunda y el niño Atanagildo habían huido a territorio bizantino y se hallaban protegidos por el gobernador de la provincia de Spaniae.

—Ese niño, Atanagildo, está maldito, no debieron ponerle ese nombre, el de su bisabuelo, el mismo que entregó a los bizantinos el trozo de nuestro suelo que ahora los protege, ¡que protege a los traidores! —remarcó.

Brantto asintió.

—Esa rata franca de Ingunda pedirá auxilio a los bizantinos, Brantto, ¿crees que acabarán por intervenir?

—El emperador Mauricio sigue haciendo frente a los persas en Oriente y no olvidéis, majestad, que necesitan más efectivos para detener a los lombardos. Yo creo que no apoyarán a Hermenegildo. Mauricio no puede permitirse declararos la guerra. Spaniae es un territorio necesario para reagrupar fuerzas.

—Eso sin olvidar el pacto que hice con su antecesor, Tiberio II, y el dinero que recibió el Imperio por su neutralidad y que costó la vida a Vigor, aunque su muerte se debe a los traidores que tengo entre los míos.

Brantto contrajo la respiración, era la primera vez que Leovigildo hablaba de traidores. El rey miró al magnate, que se acomodaba el parche excitado.

—Has escuchado bien, Brantto —el rey se detuvo en la cima del promontorio, frente al palacio y continuó—, ¿tú sabes de los intrigantes?

—Ante mí nadie ha intrigado en vuestra contra —respondió con firmeza.

—Pon el oído, mi fiel Brantto —dijo el rey colocándole la mano sobre la dura armadura—. Y en cuanto parta a la guerra, debes espiar a los bizantinos y a los francos, no controlamos esos frentes. —El noble asintió—. ¿Y tu hijo Tarqueo?, ¿permanece en Emérita?

—Necesitamos a alguien allí que apoye al obispo Sunna —contestó con disgusto.

Leovigildo no insistió más sobre Tarqueo, por todos era conocida la animadversión del mancebo por las armas y la vergüenza que tal hecho provocaba en su padre.

Leovigildo accedió al palacio a gran paso. Brantto le siguió. Atravesaron un pequeño corredor y giraron. La reina Gosvinta y Sunna departían con airados gestos en una de las salas de recepciones, la más pequeña, para embajadas que no precisaban de pompa ceremonial. Gosvinta, recalcitrante defensora de la ortodoxia arriana, se enervaba al escuchar de labios de Sunna el nefando obrar del obispo Masona, que desobedeciendo las órdenes de Leovigildo instigaba la lucha del

vecindario de Emérita contra él.

—A grandes almas, excelsas misiones le corresponden en la vida —le consoló la reina—. Cuando esta guerra acabe y no ocupe el sueño del rey, los dos marcharemos sobre Emérita a encerrar al impío Masona.

—Mi reina, Emérita necesita de vos, si vos me acompañaseis, si la gente os viese…

—Los de allí bien saben que soy arriana y poco les importa, lo que necesitan es al ejército sobre ellos y a Masona desterrado a los confines de la Tierra. Más blasfemos emeritenses debieron morir hace cinco meses.

La reina se giró cuando percibió la presencia de su esposo, que subió las gradas y se sentó en el trono. Aquella robusta y labrada cátedra se dignificaba aún más por la alfombra carmesí extendida bajo sus patas y el extraordinario dosel bordado con oro y vivos colores que se desplegaba a modo de cubierta y colgaba por detrás. Apenas se sentó, Leovigildo habló con apremio.

—Mi amada esposa y mi valiente amigo sabrán perdonar mi breve reunión con el obispo Sunna. Esperadme con los gardingos, enseguida acudiré.

Gosvinta y Brantto bajaron la cabeza y salieron con premura. Apenas cruzaron unas palabras entre ellos para convenir que debían hablar. Descendieron hasta la explanada del recinto y torcieron en dirección a la fábrica de moneda, en las traseras discurría un pequeño callejón muy poco transitado. Gosvinta se derrumbó; hubo de apoyarse en las piedras del edificio.

—¿Qué te ocurre, Gosvinta? Me estás asustando.

—Ayer recibí una embajada de mi hija Brunegilda. El emperador Mauricio accede a proteger a Ingunda y a mi nieto de Leovigildo, si el reino de Austrasia los apoya en la guerra contra los lombardos. El nuevo rey de Austrasia, Childiberto II, mi nieto y hermano de Ingunda —añadió tapándose la boca con una mano y conteniendo el sollozo—, atacará a los lombardos y Mauricio consentirá que Ingunda y Atanagildo tomen un barco rumbo a Constantinopla.

—Entonces ya está claro que los bizantinos no apoyarán a Hermenegildo —Brantto golpeó la piedra—, ¡hemos perdido nuestra oportunidad! —Luego apoyó las dos manos en el muro mientras la cabeza le colgaba—. Y el cuñado de tu hija Brunegilda, el rey Gontran, ¿se sabe qué posición tomará?

Pero Gosvinta no respondió, su corazón permanecía junto a su hija Brunegilda, si a Ingunda le ocurriera algo… Brunegilda ya había perdido a su esposo. Ahora su nieta estaba en peligro, por los planes temerarios de ella.

Leovigildo era conocedor de la situación de la traidora Emérita. El

intento de usurpación de la basílica de Santa Eulalia había ocasionado casi doscientos muertos y otros tantos heridos entre los católicos. También habían caído tres docenas de soldados de las huestes de Brantto. Por más que Sunna se quejaba sobre sus dificultades para gobernar la diócesis de Emérita, el rey no había emprendido nuevas acciones. Y no lo haría en tanto la cuestión de Hermenegildo no se resolviese. «Para eso estáis vos, obispo Sunna», respondía el rey cuando el otro rogaba su intervención directa.

—Rey Leovigildo, la marcha a la guerra de Segga y Vagrila me dejan desatendido frente a la ferocidad de los católicos, no podré conservar las iglesias que están en nuestro poder.

—Cuando observe la gravedad de la situación en Híspalis puede que os envíe hombres.

El intento de usurpación de Santa Eulalia había sido mal evaluado por Sunna, que perdió además parte de las iglesias católicas conquistadas con anterioridad. En el momento actual los arrianos imponían su fe en las dos levantadas tras el puente sobre el río Ana, San Fausto y Santa Lucrecia. También en San Lorenzo, la primera que se divisaba al descender por la calzada desde Toletum. No habían conseguido tomar las dos basílicas y habían perdido la iglesia de San Andrés, intramuros, y la única de signo arriano a la llegada de Sunna a Emérita. En cuanto a la de San Cipriano, ubicada cerca del xenodoquio, y la de Santiago, intramuros de la ciudad, se habían convertido en campo de batalla entre católicos y arrianos, sufriendo las iras de ambos bandos en la enconada disputa por su posesión.

—Mi señor —Sunna intentaba enfatizar sus palabras—, creo que Masona tiene un ejército invisible, quizás sean demonios, estamos desconcertados.

La cara del rey mostró perplejidad por aquellas cómicas deducciones.

—Algunos de mis hombres están desmoralizados porque dicen que es la mártir la que ayuda a los católicos.

—¿De qué habláis?

—Como bien sabéis, majestad, además de las iglesias católicas hemos ocupado las propiedades que les pertenecen. Mis hombres vigilan durante la noche, juro que nadie se duerme, aun así han desaparecido las cosechas y los animales, y, como decía, algunos empiezan a pensar que es obra de la mártir. Temo que abandonen la misión.

—Ahora mismo firmaré una orden de prisión para cualquiera que abandone el lugar que vos le asignéis y en cuanto acabe la guerra pondré a vuestra disposición a cuantos hombres necesitéis, debéis resistir, Sunna.

El obispo gozaba de altura brava y kilos de grandeza, sus andares

inestables hacían temer la descomposición de aquella mole de carne. Las palabras del rey le desagradaron y sus brazos se agitaron precediendo a una queja aciaga, que fue respondida de inmediato por Leovigildo:

—Airado obispo, Masona no es el único desvelo de mi gobierno, os recuerdo que mi querido hijo Hermenegildo se ha sublevado contra mí. Vos no contáis con muchos hombres, pero tenéis algunos de los mejores, hablo de Tarqueo y de Vigorti.

El obispo carcajeó para disgusto del rey, que se levantó de la cátedra.

—Tarqueo es un ser alunado y extraño, no sé cómo lo hace, pero me resulta imposible controlarle, nunca sé dónde está; y Vigorti, ese…, está del lado de Masona, conozco bien a ese muchacho, a mí no me engaña. Al principio sí lo hizo, pero luego me di cuenta: por un lado nos ayuda y por otro nos combate.

—Conocí al padre de Vigorti, permitidme que en su memoria albergue dudas sobre vuestra opinión. En cualquier caso, si tan seguro estáis de que Vigorti os traiciona, podéis usarle en vuestro favor y contra Masona.

El rey bajó del solio, se situó frente a Sunna y le besó.

—Me espera la guerra, obispo, sus preces me son muy necesarias. En cuanto a Masona, vos sois rival para ese traidor y por eso mismo os elegí, no me defraudéis.

El rey se marchó ante la mirada llena de odio de su fiel vasallo, el obispo.

10

Vigorti gozaba burlando a Sunna. La ofensiva preparada para esa noche en la villa La Cocosa haría rebosar el mal genio del obispo y asestaría un golpe lacerante a la causa arriana. Días atrás Sunna le había confesado que el rey Leovigildo había enviado soldados a los templos rurales de la Lusitania para recaudar las rentas, requisar las ofrendas y retirar el grano, el aceite y el vino acumulados en los fundos propiedad de la Iglesia católica. Vigorti rememoraba el rostro de Sunna, engreído y malicioso, mientras se regocijaba sin pudor por el expolio al que someterían a la rica iglesia de Emérita. «Quizás Masona me entregue por fin la basílica de Santa Eulalia para evitar la hambruna de su gente», le dijo. Ese era el propósito final del obispo arriano. También le había revelado que el dinero, las ofrendas y las viandas requisadas por Leovigildo se habían trasladado a la villa La Cocosa, propiedad del noble godo Segga. Y en las inmediaciones de La Cocosa se encontraba Vigorti, capitaneando a un nutrido grupo para

recuperar los caudales y pertenencias sustraídas a la iglesia de Masona.

La localidad se hallaba a un día y medio a caballo de Emérita y a pocas millas de distancia de la calzada que conducía a Olisippo. La Cocosa empezó siendo un apelativo impostado a la villa tras una virulenta plaga de gorgojos que destruyó las cosechas de varios años consecutivos; ahora todo el mundo la conocía por ese nombre. Era una inmensa explotación agrícola y ganadera con una extraordinaria zona residencial en la que trabajaban trescientos siervos y la mitad de hombres libres, pero con tan escasos recursos que trajinar de sol a sol para su señor devenía una preciosa suerte. Vigorti imaginaba que estaría cercada por soldados de Leovigildo en custodia de su botín, así que había dispuesto un plan para esa noche que exigía un desarrollo previo.

Varios de sus hombres marchaban en una carreta repleta de dolias con vino y granos de trigo y cebada. Junto a la mercadería transportaban un baúl con objetos de oro, plata y bronce. La carreta traspasó la linde de la villa y se adentró por el camino que discurría junto al arroyo, atrás habían dejado las tierras de cultivo y las parcelas destinadas a la crianza de cerdos, gallinas y vacas. Se aproximaban al molino de trigo y a las dependencias subterráneas de piedra caliza para almacenar el grano cuando apareció el vilicus de la finca ricamente ataviado.

—No esperábamos visita —dijo mientras retenía las riendas del caballo.

Los del grupo hacían esfuerzos por tranquilizarse mientras arañaban la vista de cuanto se hallaba a su alrededor.

—Nos envía el obispo Sunna con un cargamento especial, otro cargamento —señaló en tono seductor el que llevaba las riendas.

—¿Cómo de especial? —interrogó el godo.

—Oro —y se le llenó la boca al responder.

—Hablemos en sitio menos inhóspito —reclamó el vilicus con media sonrisa.

Prosiguieron por el camino. El molino de aceite caía cerca de un huerto en la parte más alejada de la zona residencial, y al otro lado del riachuelo se levantaba el lagar. La villa contaba además con algunos hornos cerámicos que humeaban tiñendo el aire con el denso olor de la arcilla. Varias pilas de ladrillos y tejas amontonadas, con vivo color rojo por la acción del óxido de hierro, daban cuenta de la ingente actividad productiva de los hornos. El vilicus marchaba en cabeza mientras los de la carreta observaban sin cortapisas aquel paraje desierto de soldados, algo de lo más extraño; en La Cocosa no parecía suceder nada fuera de lo habitual.

—Dadas las gentiles dádivas del obispo Sunna, amigos, pasemos al

tablinum —añadió el vilicus celebrando la presencia de aquellos hombres.

—Algunos de mis hombres, señor, permanecerán en la carreta, no conviene dejar sin guardia el transporte.

El vilicus asintió mientras dos de aquellos soldados le seguían por la inmensa casa. Rodearon el peristilo en el que destacaban dos fuentes de mármol, lo hacían por el corredor porticado cuyo pavimento a base de ladrillos rojos contrapuestos lo transformaba en una maraña geométrica. En la esquina más alejada se ubicaba el tablinum, accedieron a él y el vilicus, sin dilación, quiso conocer los detalles de aquel generoso envío del obispo Sunna.

—Se nos dijo que sumáramos esta mercancía a las demás. Ya sabéis. También hemos traído para obsequio de las huestes de Segga buen vino. De las dolias que portamos una es para ellos, para que celebren esta noche el éxito del golpe a Masona.

El vilicus paseó la vista por la estancia, parecía pensar en aquellas palabras. El tablinum era un espacio amplio cuya superficie hermoseaba merced al mosaico de un equino y a sus paredes, policromadas por guirnaldas y cabezas de dioses en relieve.

—Segga se ha marchado a la guerra con Leovigildo y sus huestes con él, bien lo sabe Sunna —respondió el administrador de la finca confundido.

—Señor, somos de confianza, nos envía Sunna. Sabemos que custodian lo que custodian… —y afirmó con los ojos como si buscara una complicidad que no llegaba—, lo que no se puede decir porque es un secreto. Pero los hombres de Segga que están aquí —y volvió a mover la cabeza y los ojos para hacerse entender— tienen derecho a tomar buen vino para celebrar lo de Masona.

—Señor —intervino el otro con afán de resolver la situación—, guardemos lo que traemos requisado a los católicos junto a lo que ya tenéis, debemos volver enseguida. Y la dolia con el vino se la entregaremos a los soldados, Sunna desea que sepan que procede de su voluntad.

—En La Cocosa no hay soldados ni se custodia cosa alguna.

—¿Quiere que le digamos al obispo Sunna que se niega a recoger lo que traemos de su parte?

El nombre de Sunna aterrorizó al vilicus, que accedió a la petición de aquellos hombres: si así lo deseaban, podían registrar la villa y comprobar que sus palabras eran ciertas, ni soldados, ni bienes se depositaban allí.

—Si vamos a desdecir al obispo Sunna —dijo el que había hablado más—, debemos dar fe de que sus palabras son una realidad, vilicus, si no, nos la jugamos.

El grupo de Vigorti se dividió, algunos registraron la parte rústica

de la villa: los almacenes en los que se guardaban los aperos de labranza, el molino, el lagar, los hornos cerámicos y los barracones de los siervos y colonos. Otros rastrearon el mausoleo funerario levantado a poca distancia de la parte residencial, su piscina bautismal, la basílica sepulcral, la cripta y los enterramientos anexos a ella. También inspeccionaron el pequeño acueducto que otrora había abastecido de agua a la villa y se pasearon por las tierras de labor. El último grupo escudriñó la morada de Segga, contaba una enorme zona de servicio anexa a la principal con un laberinto de estancias que intercambiaban su funcionalidad, recorrieron las habitaciones del servicio, varios patios, dos parterres, dos cocinas y hogares, un fornax, una pocilga, una bodega y un depósito. En el área residencial registraron los cubibula, el espacio termal con tres piscinas y el mosaico del dios Tritón rodeado de peces y la pequeña basílica a la que se podía acceder desde la misma vivienda. Para desesperación de aquel grupo, allí no había rastro de soldados. En cuanto a la mercancía requisada a los católicos, quizás la hubiesen enterrado en las zonas de labor porque la búsqueda había resultado infructuosa. Tras el registro de la finca el vilicus les pidió que dejasen allí la mercadería de la carreta, puesto que el obispo Sunna así lo había dispuesto, y a ellos no les quedó más remedio que obedecer.

Vigorti no comprendía nada de lo que contaba el grupo enviado a La Cocosa.

—En La Cocosa no hay soldados —dijo el que había tomado el mando en la exploración—. Pregunta a cualquiera de los que fuimos.

—Nos están tendiendo una trampa —se escudó Vigorti—. El trigo ya está alto, se habrán escondido allí.

—A caballo recorrimos los trigales, el olivar y el viñedo, ahí no se esconden soldados.

—El vilicus asegura que Segga se marchó a la guerra con su hueste —insistió el primero—, también afirma que Sunna no ha enviado bienes a La Cocosa. Lo que sí parece claro es que el vilicus teme al obispo más que a la peste.

El grupo rio. Vigorti tenía el rostro desencajado y sudaba.

—Yo no encuentro motivo para reír. Y no se me ocurre qué sucede —contestó enfurecido.

El grupo calló, conocían el mal carácter del mancebo cuando algo se le atravesaba. Vigorti se dio la vuelta y partió una pequeña rama de un olivo. Los hombres a su cargo gesticulaban entre ellos para ver quién le decía lo que pensaban.

—Vigorti —dijo finalmente el que había capitaneado la incursión a la finca.

Vigorti se giró y el otro tragó saliva.

—Vigorti, creo, creemos —se corrigió— que Sunna te ha engañado.

—¡Esa sí que es buena! —respondió sin valorarlo siquiera.

—Piénsalo, Vigorti. Sunna ha podido descubrirte, te has arriesgado mucho desbaratando todos sus planes.

El hombre recordó a Vigorti las acciones emprendidas por el grupo en los meses anteriores, que habían llegado a aterrorizar a los arrianos de Emérita por sus inexplicables infortunios; como el caudal de los fieles sustraído de Santa Lucrecia o los sacos de trigo transportados desde las tierras de esa iglesia y que desaparecieron la noche anterior a su reparto. Sunna se endemonió con aquel hecho, puesto que había conseguido atraer a la masa hambrienta hasta la iglesia arriana para después frustrar su necesidad de pan sin dar testimonio juicioso. Aquel golpe desacreditó al obispo ante el pueblo de Emérita. También supuso un grave revés para los arrianos la desaparición, sin explicación alguna, de la corona de oro y piedras preciosas ofrendada por el noble Vagrila a la iglesia de San Fausto, que ocupaba la cúpula del altar. Y qué decir de la noche en que el obispo Sunna, en secreto, había organizado una vigilia para solicitar a la mártir Eulalia su apoyo, y los arrianos sufrieron las iras de la santa, que emitió unos ruidos espectrales mientras oraban en el templo de Santiago; aquella señal de Eulalia hizo abandonar las preces a los devotos arrianos, que huyeron despavoridos y, para mayor terror, al salir del templo se les apareció Eulalia sobrevolando la techumbre entre roncos gemidos fantasmales. Aquel susto disuadió a Sunna de cualquier nueva incursión en la basílica de la mártir y durante un tiempo apaciguó sus ansias de vencer a Masona.

—Vigorti, recuerda que Sunna te ha interrogado varias veces por tu amistad con Masona.

Vigorti no contestó. El silencio se mantuvo en el grupo. Cuando se sentía herido era capaz de callar durante días, todo lo contrario sucedía cuando la euforia se apoderaba de él, entonces, lo que hacía y decía irradiaba una intensidad difícil de superar.

—Regresemos a Emérita —añadió sin ningún convencimiento, preso de una duda que hería su orgullo: ¿le habría engañado Sunna?

11

Wendema se había despachado un desayuno copioso, sin darse cuenta calmó su excitación con el alimento. Las tortitas de trigo con miel que habitualmente garantizaban su energía esa mañana azuzaron su pereza y la incitaron al descanso por la cantidad ingerida. Y no solo influía ese hecho. En sus continuos bostezos terciaba, además, que Wendema no había dormido durante la noche, ni ella ni muchos otros fieles que se habían congregado la tarde anterior en la basílica de

Santa María de Jerusalén. El obispo Masona había convocado a los católicos para orar por sus hermanos porque la facción arriana de Emérita, con Sunna a la cabeza, los retenía en la iglesia de Santiago.

Hacía dos días que los esclavos de los nobles godos emeritenses y los arrianos de la ciudad, aprovechando que Vigorti y su grupo se hallaban fuera, habían acordonado la iglesia de Santiago a las órdenes de Sunna. La guerra que se libraba en Emérita entre el bando católico y el arriano no cesaba. Los arrianos habían aprovechado la falta de defensas de sus rivales para tomar prisioneros a los fieles que asistían al oficio en Santiago. Sunna había enviado un mensaje a Masona que este difundió entre el pueblo.

Masona,
dejaré morir de hambre y sed al presbítero y a los ochenta católicos encerrados en Santiago.
También al arcipreste y primicerio de la basílica sénior que los acompañan.
Si estimáis la vida de los vuestros, entregadme la basílica de Santa Eulalia.
El rey Leovigildo sabrá recompensar ampliamente vuestra cordura.
Y nosotros, los arrianos, os juramos
una paz duradera.

Este nuevo hecho trajo a la memoria de los ciudadanos las muertes acontecidas meses atrás. A pesar del pavor de los católicos y del mandato expreso de Masona, muchos de ellos se habían congregado esa mañana frente a la iglesia de Santiago ante los palos, hachas y spathae de los arrianos que la custodiaban. De manera que al obispo católico no le quedó otra opción que dejar el palacio episcopal y hacerse presente en el lugar por temor a una nueva contienda.

—Obispo Sunna, ante vos comparezco —lanzó al aire Masona.

Masona había llegado a la pequeña explanada que antecedía al templo acompañado por Eleuterio e Inocencio. Los tres se habían situado al frente de la masa concentrada. Masona vestía túnica blanca ceñida por un cíngulo decorado con filigranas de oro y sobre ella hermoseaba una casulla de lino roja con capucha y ribetes dorados. El obispo aguardaba paciente la respuesta de Sunna mientras sus dedos recorrían una cruz de oro que le caía sobre el pecho. Ante el mutismo del arriano Masona dio unos pasos apoyado en el báculo. Los arrianos que custodiaban la puerta retrocedieron ante su presencia.

—Obispo Sunna —reiteró de nuevo Masona—, magno prócer, ante vos me persono, y ya os anuncio que aquí he de aguardar el tiempo que vos estiméis.

El obispo arriano contuvo la respiración mientras Masona hablaba,

deseaba que Dios obrara un milagro y un rayo partiera en dos al traidor de los godos. En una de las notas que había enviado a Masona había sido claro: deseaba negociar con él en privado. No le complacía hacerlo en público. Y aquí se hallaba el bravucón Masona, desafiándole. Ahora él ¡no sabía qué decisión tomar! Si insistir o no en la negociación secreta. Sunna temía que el pueblo pudiera comparar su agitación con la mesura de Masona, para él era imposible apaciguar la rabia que recomía su corazón. ¿Cómo lo hacía Masona? ¿Cómo conseguía mostrarse en calma? ¿Qué brebaje tomaba? La duda consumía a Sunna, «¿salía a la calle, o no?».

—El Maligno se apropia de la sensatez de las personas para impedir la obra de Dios, alejadlo de vos, Sunna, que no paralice vuestra lengua ni nuble vuestro entendimiento —pareció que Masona recitaba.

Viendo que Sunna no atendía sus razones, Masona ordenó a los católicos rezar por el obispo arriano para que el diablo abandonara su cuerpo. A las preces del exterior se unieron los devotos de Santiago. Aquel magma humano terminó por encolerizar a Sunna, que salió de la iglesia vociferando contra su enemigo.

—¡Vos sois el diablo, Masona, vos lo tenéis dentro! ¡Callad vuestra lengua hechizada por él! Vuestras preces son las llamas del infierno que se inflaman con vuestros gritos —se desgañitaba Sunna mientras braceaba sin control.

Masona subía y bajaba los brazos solicitando un silencio que tardó en llegar.

—¡Sois el diablo! —bramó Sunna una vez más escupiendo saliva.

—Gracias debéis dar entonces, obispo, porque os lo he quitado de encima.

—¡Maldito seáis, Masona! ¡Arderéis en el infierno, arderá esta impía ciudad que, cegada por su pastor —y le señaló con el índice—, saborea con tenacidad la ignominiosa herejía!

Masona dejó pasar unos instantes y luego volvió a hablar.

—¿Qué pensáis hacer con los prisioneros de Santiago?

—Quiero que el signo arriano, la religión del pueblo godo, rija los destinos de la basílica de Santa Eulalia. Tenemos derecho.

—El templo de la mártir pertenece a los católicos, nosotros levantamos el túmulo a Eulalia y luego la basílica, que hemos mantenido a salvo de las hordas heréticas, custodiando sus reliquias con insignes cuidados y empleando nuestro caudal en aumentar su esplendor. El obispo Fidel, mi antecesor, construyó las dos torres que magnifican los restos que acogen. No será durante mi obispado cuando la basílica de Santa Eulalia se entregue a manos arrianas, estoy dispuesto a morir si hiciera falta.

—En sueños me ha hablado Eulalia —Sunna subió las manos a los

cielos—, me ha manifestado que nosotros los arrianos debemos poseerla.

—En esos sueños, ¿no estaría el rey Leovigildo?

Los congregados rieron.

—Grande es vuestra osadía, Masona, pero tenéis los días contados —señaló Sunna ofendido.

—Os propongo una cosa, organicemos un combate. ¡Un combate dialéctico! Entre vos y yo. Que haya jueces y público, que no haya dudas, el ganador se quedará con la basílica de la mártir Eulalia.

Sunna clavó los ojos en Masona mientras una corriente de fuego penetraba en su pecho. El católico sostuvo esa mirada de odio que le devolvió el otro, la mirada de quien se tiene por perdedor. Y luego le remató humillando su orgullo.

—Poca cosa es un combate dialéctico, ¿no os atrevéis?

—¡Habrase visto semejante arrogancia! Con la boca cosida podría ganaros.

—Solo nos resta, entonces, que libere a los católicos de Santiago.

Sunna no respondió, dio media vuelta y accedió a la iglesia. Al rato comenzaron a salir los apresados visiblemente emocionados y fatigados. Entre ellos se encontraban Eusebia y otras hermanas de la asociación de jóvenes vírgenes y viudas de Emérita, Perpetua, Arestula e Hiscania. Wendema corrió a reunirse con sus amigas y se abrazaron.

—Querida mía —dijo entre llantos Eusebia—, Eulalia te tiene en sus oraciones y su corona toca tu alma, bien hiciste en no venir al oficio.

A Wendema se le cayeron las lágrimas y no eran de alegría por la liberación de los católicos. Sollozaba por Tarqueo. Ella no asistió al oficio en Santiago porque Tarqueo se empeñó en que debían verse esa noche y a esa hora. Estaba claro que su prometido conocía los planes de Sunna. Eusebia cogió de la mano a Wendema y se acercaron a Masona, que recibía los afectos del pueblo. Cuando les tocó el turno Eusebia agradeció al obispo su divina intervención, y luego este, antes de que se alejasen, retuvo a Wendema.

—Esta tarde ven a verme —le dijo con ternura.

Wendema asintió.

12

Era una tórrida tarde de verano del mes de junio. Wendema lucía una fina estola de lino con mangas que caían sobre los codos y alborozadas grecas florales en la parte inferior. La luz del sol se cernía sobre el rubio cabello de la manceba, consiguiendo que la masa de rizos y trenzas que formaban su moño brillara como el destello del

oro. El recogido despejaba la nuca y ensalzaba la elegancia de su cuello adornado por unos pendientes alargados en forma de espiga. Al conjunto se añadía un manto de seda celeste prendido al hombro izquierdo por una fíbula de plata. Wendema paseaba con Tarqueo por el puente romano.

—Bajemos al puerto —sugirió Tarqueo.

—No puedo faltar a mi visita con el obispo.

—No faltarás —dijo él como sumido en sueños.

Emérita contaba con un puerto fluvial construido sobre un tajamar que dividía al río Ana y ayudaba a disminuir las crecidas de este. El puerto contribuía a desarrollar el potente comercio internacional que llegaba hasta la ciudad. En ese momento los operarios cargaban una barcaza con mercancía procedente del cenobio de Santa Eulalia y con destino a Mirtylis. Los remedios medicinales del cenobio poseían propiedades curativas y milagrosas obradas por intercesión de la mártir y eran solicitados tanto en Oriente como en Occidente.

Wendema tenía un nido de pájaros en el estómago. Desde lo sucedido entre católicos y arrianos, cuando a Tarqueo le hirieron la pierna malamente, esa inquietud se había instalado en su interior y la hacía sufrir. Tarqueo había cambiado, ya no era el de antes. Wendema culpaba de su tormento a la cojera de su pierna derecha, provocada por una infección que casi le cuesta la vida.

—¿Rechazas mi mano? —interrogó él sorteando una carreta que se alejaba tras descargar el tinte carmesí de las cochinillas.

—Hay tanto movimiento de carros y gente que me cuesta estar a tu lado.

—Ven —y le cogió la mano, para conducirla hasta un embarcadero inhabilitado.

La arena del tajamar incomodaba el caminar de Wendema. Atravesaron un brezal, los tonos blancos y violetas despuntaban en los brezos.

—Tarqueo, debiste decirme lo que planeaba Sunna en Santiago. Lo sabías.

—Sí, debí hacerlo —el noble godo respondió con tristeza.

—¿Qué te ocurre? Algo te sucede, llevas tiempo así, ¿es tu pierna? Yo te sigo amando igual. —Esperó unos instantes antes de continuar —: ¿Crees que tu padre te aborrecerá? Puedes montar a caballo y conservas las manos para empuñar la spatha y el hacha.

Tarqueo rio con gesto avinagrado y sus atractivas facciones se distorsionaron.

—Pronto dejaré de ser un estorbo y una vergüenza para mi padre, me marcho a la guerra contra los suevos que se han alzado contra Leovigildo en favor de su hijo. Espero hallar gloria o muerte.

—¡A la guerra no puedes ir!

—¿Por qué no? —la increpó zarandeándola por lo hombros—. ¿Acaso no soy un hombre? Como bien dices tengo manos, con ellas blandiré mi spatha contra los enemigos.

—Me haces daño —susurró Wendema agitada.

—¿Daño? ¿Qué sabrás tú del daño?

Wendema se giró y quedó frente a los arcos del puente romano, un halo de tristeza la cubrió. Su mirada se posó sobre las adelfas y retamas que se extendían a orillas del río. Sin volverse preguntó.

—¿Cuándo partirás?

—Al alba —replicó él sin ninguna entonación.

Wendema se derrumbó, procuró atemperar sus sollozos sin resultados. Entonces Tarqueo la abrazó por detrás.

—¡No me hagas esto, Tarqueo, no puedo perderte a ti también! Creí que detestabas la guerra, ¿por qué te vas y me dejas sola? —Se dio la vuelta, las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡Tú no lo entiendes, debo ir, debo marcharme, alejarme de ti! Solo voy a traerte la desgracia y te mereces ser feliz.

—¡No sabes lo que dices! Feliz soy a tu lado, la única desgracia es la guerra a la que partes.

—¡No, tu desgracia soy yo!

Se abrazaron más fuerte y durante un tiempo el pecho de Tarqueo calmó la desazón de su prometida.

—Si pudiera contarte…, pero no puedo, Wendema. Lo único que debes recordar es que siempre te amaré.

—¿Por qué hablas con enigmas? Nada de lo que me pudieras contar me causaría más dolor que perderte.

Tarqueo maldecía su existencia, vivía en el tormento, consciente de cómo el odio cristalizaba en su corazón: antes que ninguna otra cosa deseaba la muerte de su progenitor. Desde que recordaba, su padre le había despreciado por su carácter pacífico e introvertido, impidiéndole tomar el sendero de Dios para castigar su nulo interés por la guerra. «No eres un godo, ni un hijo mío, tú eres un bastardo, porque es imposible que seas mi hijo y seas tan cobarde», con semejantes florituras solía hostigarle su padre, látigo en mano. Con todo, hacía tiempo que Tarqueo se había acostumbrado a tolerar a quien le dio la vida. Y entonces, inmisericorde, el destino le hace heredero de los pecados de su progenitor, desterrando su alma a los infiernos. «¿Por qué tuvo que hallar aquel diploma dirigido a Gontran? ¿Por qué tuvo que enterarse de que su padre era un traidor?», y sobre todo, «¿por qué su padre mató a Vigor y le entregó a su hija en sacrificio?». Ahora ya no podía perdonarle, porque le arrebataba a Wendema, y a ella la amaba más que a su propia vida. Por eso, de día en día cobraba en él más fuerza la satisfacción de la venganza, aunque eso mismo le destruyera.

—Wendema, recuerda que te llevo en mi corazón y te amo. Recuerda también que debes buscar otro esposo.

Tarqueo no esperó su respuesta, le había roto el corazón, lo sabía. El destino había unido a tres hijos para descargar las flechas del suplicio sobre ellos; y una flecha nueva sobre Tarqueo, la de la culpa.

Wendema observó cómo el pretil del puente se iba tragando a Tarqueo. Se secó los ojos y apretó el pecho, debía salir del puerto sin llorar. El sudor impregnaba sus axilas. La maraña de carros y gentes cargando y descargando mercadurías y objetos fue quedando atrás. Mientras avanzaba las piernas le temblaban, aceleró el paso y contuvo el aliento. La residencia del obispo Masona no quedaba lejos, echó a andar con premura, evitó pensar y se concentró en sus pies. Diez minutos más tarde el limosnero del palacio episcopal la dejaba pasar al atrio del edificio. Sintió el frescor del lugar y un brote de fina lluvia emergió de sus ojos sin contención. Se limpió las mejillas y sosegó la respiración. Masona no tardó en recibirla, la aguardaba.

—Querida Wendema, gracias doy a la Virgen porque te haya traído hasta aquí. Esta mañana percibí tu resistencia, siempre detrás de tu sonrisa y tu buena educación, pero había resistencia.

Wendema sonrió, le costaba concentrarse en las palabras del obispo.

—¡Acompáñame!, tengo reservado este tablinum para ocasiones menos ceremoniosas —y luego añadió con placidez—, lo uso cuando estoy entre amigos.

Atravesaron el atrio y el corredor porticado. El mármol cubría el suelo y las paredes del tablinum. Una placa nicho se empotraba en la pared que albergaba la cátedra y la mesa de trabajo. Wendema se fijó en la policromía de la placa, miraba alelada la pasta vítrea insertada en los rebajes de los gallones de la venera, la cruz y las trifolias que la decoraban. Mientras Masona buscaba acomodo, ella permaneció ensimismada en el círculo de perlas del que partía la venera.

—Siéntate aquí, cerca de mí —sugirió el obispo.

Masona deseaba tratar cuestiones íntimas, la distancia física no proporcionaba la familiaridad indispensable para la ocasión. Wendema se sentó junto al obispo en un sillón alargado forrado en raso. Cada vez se sentía más confusa y agitada y sus ojos se desbordaron para vergüenza de ella.

—Perdonadme, obispo.

—Esas lágrimas obedecen a penas del corazón —respondió alargándole un pañuelo bendecido.

Ella no contestó. El obispo esperó, las lágrimas manaban sin permiso. Wendema levantó la mirada y se encontró con la paz del cielo en los ojos de Masona. Le asaltó un llanto incontrolable y se tapó la cara con el pañuelo. Masona se acercó y le tomó la mano. Al rato,

Wendema se serenó y pudo decir:

—Obispo, la vida es muy injusta, asesinaron a mi padre y ahora mi prometido me abandona, algo horrible le pasa y no sé qué es, pero sé que no piensa regresar.

Masona le instó a que le contase lo sucedido con Tarqueo. Presa de la desesperación, describió el gran cambio del joven a raíz de su herida en la pierna. Tarqueo se había vuelto un ermitaño, solo deseaba estar solo, a veces transcurrían semanas sin que la visitase. Vigorti podía confirmarlo, porque tampoco deseaba la compañía de su hermano. Ya nada le complacía y su amargura se volvía acidez contra todos. A ella, en ocasiones le narraba extrañas historias sin fundamento, como si habitase otro mundo. Así hasta el día de hoy, en que le acababa de anunciar que partía a la guerra contra el rey Miro y el ejército suevo.

—Y algo más —Wendema bajó la voz—, me ha dicho que me busque otro prometido. —Y el pecho se le desinfló.

—Ha roto vuestro compromiso matrimonial, vaya, esto parece serio.

Masona se recostó sobre el mullido butacón, fijó la vista en el suelo y con la mano derecha se masajeó la sien, parecía pensar. Se levantó con determinación.

—Espérame aquí, Wendema.

Masona salió al atrio, lo cruzó y se dirigió a la zona de palacio habilitada para los siervos eclesiásticos. Al momento uno de ellos cogió un caballo y se marchó. El obispo regresó al tablinum.

—Tarqueo se hospeda en la domus de Witerico, he enviado a un esclavo en su busca —explicó a Wendema.

La joven aguardaba apoyada en el quicio de la puerta, y en un gesto impulsivo de agradecimiento agarró las manos del obispo y las besó.

—Wendema, confío en tu mesura y buen juicio. ¡Siéntate!, debo hablarte.

Ella asintió.

—Tú eres joven, pero yo no tanto —y sonrió—. Debo reconocer que me sobrecogió la propuesta de matrimonio del noble Brantto para desposarte con su único hijo. Conozco a la nobleza goda lo suficiente para afirmar que hacen política con las uniones matrimoniales. —Miró a Wendema—. La cuestión es, ¿qué beneficio espera obtener Brantto casando a su hijo contigo?

Wendema movió la cabeza, no se le ocurría nada. Vigorti y ella poseían Villa Spatha porque Leovigildo deseó premiar la lealtad de su padre, pero no contaban más propiedades.

—Ayer tuve ocasión de conversar con Tarqueo, Sunna le envió hasta mí con la proposición de canjear a los fieles católicos de

Santiago por la morada de Eulalia.

—No sabía nada.

—Había estado esperando una oportunidad así, puesto que el padre de Tarqueo, el noble Brantto, nunca aceptaría mi intervención para negociar tu matrimonio, pero debía intentarlo como si fuera tu padre.

Wendema contrajo el entrecejo y su rostro se llenó de oscuridad. El obispo Masona moduló la voz y con ternura le refirió la plática de aquel día con Tarqueo:

—Le hice sentarse, le dije que a Sunna no le trasladaría ningún mensaje de mi parte, que yo lo arreglaría de otra forma, él no preguntó más. Luego le indiqué que necesitaba hablarle sobre ti y aceptó, le expuse mis dudas con claridad, le dije que no comprendía por qué su padre te había elegido a ti entre todas las mancebas de la aristocracia goda, es indudable que las hay con mayor dote y que reforzarían sus aspiraciones al trono dentro del Aula Regia.

»Los nobles godos fortalecen su posición en el Aula Regia con las alianzas matrimoniales —Masona explicaba el alcance de esta institución—, es aquí, entre la élite goda donde se elige al sucesor del rey cuando fallece, aunque Leovigildo desea eliminar esta prerrogativa de la nobleza creando una monarquía hereditaria. No creo que los magnates godos lo acepten con algazaras.

Luego volvió a la conversación con Tarqueo:

—Tarqueo me dijo que no tenía por costumbre inmiscuirse en los asuntos de su padre. ¿Qué contestación es esa?, dímelo tú, Wendema, no deseaba contestarme.

»Entonces le dije que era un cobarde y que sentía mucho la muerte de tu padre, pues de seguir vivo se habría negado a entregarte a un matrimonio tan oscuro. Tarqueo se levantó y desenvainó la spatha, le hice daño, lo sé, pero necesitaba hacerle salir de su mutismo. Me contestó que él te amaba y que se enfrentaría a lo que hiciera falta por ti. Luego me reconoció que lo único bueno que había hecho su padre era haber concertado el matrimonio contigo porque se enamoró de ti desde el primer día y tú le devolviste la felicidad hurtada en el pasado.

Al escuchar esas palabras los sollozos de Wendema aumentaron y Masona suspendió el relato.

—Cálmate, querida, Dios obra con amor y sabiduría a los ojos necios de los humanos.

—¿Qué más os dijo, obispo?

Masona se tomó un tiempo antes de proseguir:

—Después, Tarqueo se dirigió a la puerta y antes de marcharse volvió a echarme en cara mis palabras, dijo que él no era un cobarde, que lo demostraría ante el mundo entero y que tu padre, Vigor, sí

estaría orgulloso de él, y que te amaba más que a su vida. A continuación, se marchó.

Wendema hacía amagos de serenarse sin conseguirlo del todo.

—Se marcha a la guerra para demostrar que no es un cobarde —señaló ella con la mirada absorta en la cruz que presidía la mesa de trabajo.

—Pero podría irse a la guerra sin necesidad de romper vuestro compromiso y, puesto que te ama, qué sentido tiene hacerlo. No, hay algo más, algo siniestro…

Al obispo Masona no le dio tiempo de terminar la frase. La puerta del tablinum se abrió con fuerza, Vigorti llegaba de La Cocosa. El limosnero corría tras él.

—Obispo, le he dicho que estabais reunido —se disculpó el limosnero.

—¡Sí, con mi hermana! —se encaró Vigorti sarcástico.

—Vigorti, debiste aguardar afuera.

Vigorti tampoco escuchó al obispo, un solo pensamiento vibraba en su interior.

—Obispo, Sunna me ha engañado, en La Cocosa no había víveres ni soldados. Sunna conoce que estoy de vuestra parte. Debemos devolverle el golpe enseguida, no vaya a creer que puede reírse de nosotros con semejante atrevimiento.

Masona miró a Wendema, ella conocía a su hermano gemelo mejor que nadie.

—¿Qué pasa? Creí que defender Emérita de los arrianos era lo primero —volvió a hablar sin reparar en nada más. Luego miró a Wendema y se acercó a besarla—. Perdona, Wendema, vengo ofuscado por lo de Sunna. ¿Ocurre algo?

—No, pamplinas mías —el obispo acompañó hasta la puerta a Wendema—, deseaba que tu hermana echara un ojo a Eusebia, la veo decaída —y ya en el atrio el obispo le susurró—: No le digas a Vigorti lo de Tarqueo, es capaz de matarle en un arrebato. Vete en paz, te mandaré recado en cuanto regrese el siervo con Tarqueo.

El obispo respiró profundamente antes de volver al tablinum, la energía de Vigorti removía los cimientos de la calma. Luego, sin aguardar explicaciones sobre la incursión en La Cocosa, informó de lo sucedido en la ciudad.

—¿Sabes qué ha hecho Sunna mientras estabas en La Cocosa?

Masona explicó lo ocurrido. Vigorti comprendió entonces que su grupo tenía razón: el arriano le había engañado.

—La lucha por la basílica de la mártir Eulalia finalizará de una vez por todas, humillaré a Sunna en el debate dialéctico y ante el pueblo. No le apetecerá nunca más intentar usurpar lo que es de los católicos.

—¿Humillar con palabras? ¡La fuerza de la spatha es la que

humilla! —encaró Vigorti con agresividad.

Masona aplacó su temperamento con las manos.

—Hay palabras que hieren más que el acero, Vigorti —dijo—. Con todo, además de la ayuda divina de nuestra santa que mis preces solicitarán sin denuedo, precisaré de una mano amiga.

Vigorti elevó la suya. Sunna debía enterarse de que desafiar al hijo de Vigor había sido la peor elección.

Hermenegildo y los suevos

El rey Leovigildo había enviado a uno de sus gardingos al palacio de Toletum, portaba un mensaje para el magnate Brantto que debía cumplir sin demora. Instaba al noble a incorporarse con celeridad al campo de batalla. Híspalis pronto se teñiría con la sangre de sus enemigos y le necesitaba allí. Las huestes de Brantto eran comandadas por su hijo Tarqueo, que de forma imprevista había aparecido en Híspalis relegando a Siwae del mando, aunque el rey no se fiaba de su pericia militar.

—No sé si debo alegrarme por la incorporación de Tarqueo a la milicia —escrutó el noble perplejo—. Es obvio que a Leovigildo no le produce ninguna paz.

El gardingo no se dio por interpelado.

—¿Por ese motivo me llama el rey?

—Ese es uno de ellos —respondió el soldado con suavidad—. Tarqueo no tiene experiencia en el campo de batalla, pero ejerce su derecho a comandar la fuerza militar de su linaje y el rey debe respetarle.

—Jamás habría apostado por él. —Brantto permaneció vacilante unos segundos, después añadió—: Desearía saber qué otros motivos instan al rey a enviarte a Toletum.

—El rey está en Híspalis para combatir a sus enemigos, no se requieren más razones.

Brantto desenvainó la spatha y presionó la coraza del gardingo.

—Si vuelvo a preguntarte, quizás no puedas responderme.

—Hace una semana Leovigildo recibió una embajada del rey de Neustria, Chilperico I, renovando la alianza mutua entre ambos. Al parecer su hermano y rey de Borgoña, Gontran I, se ha aliado con su sobrino Childiberto, hijo de Brunegilda y rey de Austrasia.

—Continúa —espetó Brantto con el rictus torcido mientras retiraba la spatha.

—Chilperico hizo saber a Leovigildo que el rey suevo Miro solicitó refuerzos a su hermano Gontran para ayudar a Hermenegildo. Gontran se negó porque debía ayudar a su sobrino Childiberto a luchar contra los lombardos en favor del Imperio bizantino. Es la forma de salvar la vida de Ingunda. Leovigildo sabe que ni los francos ni los bizantinos atacarán territorio visigodo mientras él lucha contra su hijo. Gosvinta también está a salvo, así que estima que vuestro lugar está en el campo de batalla.

—Es suficiente —envainó la spatha—, me despido de la reina y partimos hacia Híspalis.

Brantto se dirigió a los aposentos de Gosvinta, llamó y aguardó a que la reina saliera al pasillo. No debía incumplir la prohibición de Leovigildo de visitar a la reina en su alcoba. La espera se le hizo eterna. Ella apareció con los ojos humedecidos y evidenciando un intento infructuoso de aparentar lo contrario: el polvo de malaquita más que embellecerla se agolpaba desmereciendo su laborioso celo contra las arrugas.

—Gosvinta, ¿qué sucede?

—¡Mi alma llora y mis ojos lo muestran!

Brantto hincó una rodilla en el suelo y luego añadió.

—Haré por mi reina lo que haga falta, lo que haga falta —repitió excitado.

—Ojalá pudiera hacerse algo. —Y entonces le alargó el pergamino que sostenían sus dedos temblorosos.

Se trataba de un diploma enviado desde el reino de Austrasia, firmado por su hija Brunegilda. Era el justo castigo a sus pecados.

Madre,

temerarios han resultado tus planes de enfrentar a padre e hijo en una guerra.

Nunca cuidaste la posición de mi hija Ingunda. Crédito doy ahora a quienes me informaron de cómo la humillaste en Toletum. Ella nunca te importó. Como tampoco ha de importarte la desventura de mi corazón. Y sabes cuánto he entregado a la causa de nuestra familia. Pero se acabó. Nunca me vuelvas a escribir. Nuestros destinos caminan por veredas alejadas.

El Reino de Austrasia y el Reino de Borgoña son aliados firmes. Andando en el tiempo pondrán a Leovigildo en su lugar. Y ruego al Dios de los Católicos, en el que creo,

Que me dé la oportunidad de derrotar a tu esposo y ver como ambos: Tú y Él, Os postráis como súbditos. Ante los hijos que aún no me hayáis arrebatado.

A Brantto le sobrecogió la dureza de aquellas líneas.

—Son las palabras de una madre que llora por su hija —quiso aliviar la pena de la reina—, dentro de unos meses se arrepentirá. Tú lo hiciste por Galsvinda.

—Sí, pero ha sido Brunegilda la que ha perdido una hermana, un esposo y quizás una hija y un nieto.

La reina suspiró y se limpió las lágrimas que, montaraces, emergían sin consentimiento.

—¿Qué hace aquí el gardingo del rey? —preguntó al rato.

—Los suevos caminan hacia Híspalis y Leovigildo desea que tutele mis huestes.

—Entonces, ¿lucharás en el bando de Leovigildo?

—Gosvinta, me entregas a la muerte si me pides lo contrario. —Los dos se miraron a los ojos—. Aunque Vildigerno, Granista y yo luchásemos con los suevos sería imposible derrotar a Leovigildo. El ejército visigodo es el mejor que existe, solo los bizantinos osarían medirse a ellos. Me pides un imposible y tendría que luchar contra mis hermanos.

—¿Ahora son tus hermanos?

—¡Siempre han sido mis hermanos!, pero bien sabes que no es lo mismo luchar por la Corona que luchar en esta guerra perdida —contestó conteniendo la rabia.

—Perdóname, no deseaba herirte —dijo Gosvinta arrepentida.

—¡Contened vuestra ira, reina! —le devolvió marcando las distancias—. Remamos en la misma dirección, por el momento —remarcó—. Y destruid el diploma de vuestra hija, os incrimina como traidora ante vuestro esposo el rey Leovigildo.

Brantto bajó la cabeza, fue la fría despedida ante la reina en contestación a sus reproches. El magnate tomó su panoplia militar, con el gardingo y un séquito de cincuenta hombres abandonó el palacio real.

Dos días después el grupo procedente de Toletum llegó a la ciudad de Emérita.

—Descansaremos en la domus de Witerico, somos viejos conocidos y sus siervos nos atenderán como si el señor les diese la orden —conminó Brantto—. Al alba partiremos.

El gardingo del rey se había mostrado reservado durante el viaje, no deseaba aguantar las malas pulgas del noble. No obstante, el tiempo de asueto le pareció excesivo y mostró su disconformidad.

—Nada te retiene aquí, puedes continuar el viaje —le espetó Brantto—. Tengo asuntos que resolver con un viejo conocido del rey: el obispo Masona. Así que, cuando Leovigildo te pregunte dónde estoy, díselo, alabará mi decisión de atar en corto a este obispo rebelde y traidor.

—De acuerdo, saldremos al amanecer —convino el gardingo del rey.

Brantto no se equivocaba, los siervos domésticos del noble Witerico recibieron al grupo como si de labios de su señor les llegase la orden de procurarles buen descanso y alimento en abundancia. Enseguida prepararon un festín. Brantto quiso asearse, el calor de

finales de julio, unido al esfuerzo de la cabalgada, mojaban su nuca y empapaban sus axilas. Luego descansó un rato y sin probar bocado se echó a la calle. La solana seguía inundando Emérita cuando el noble se encaminó hacia la basílica de Santa María de Jerusalén, buscaba el aula donde se exhibían las famosas reliquias de la ciudad; «reliquias que pronto serán veneradas en Toletum», se animó con ese pensamiento.

La basílica sénior, como se la conocía para diferenciarla de la de Eulalia, tenía pocos fieles a esa hora. Brantto irrumpió en el edificio y sintió una corriente fría inundar su cuerpo de bienestar, entonces se le hizo más evidente la dura mortificación del sol lusitano. Ante el ojo del magnate godo se avivó la riqueza de la iglesia emeritense. El mármol cubría los sillares de piedra. La basílica estaba formada por tres naves, la central el doble de ancha que las laterales. Un ábside en forma semicircular remataba la cabecera y se elevaba sobre la zona destinada a los fieles por medio de una escalinata. Al inicio de la misma, unos canceles de mármol ricamente labrados impedían el tránsito hacia el interior de esta zona sagrada. Brantto se adelantó hasta los canceles para observar de cerca varias coronas votivas que descendían de la cúpula del presbiterio, cinco en total. La más sobresaliente caía sobre el altar. Cuatro cadenas de bronce suspendidas de la cúpula sostenían el magnífico exvoto. Las cadenas bajaban labradas en forma de hojas de palma entre las que se colaban rosetones de talla repujada, y al final de las mismas, glorioso, emergía un cerco de oro de dos palmos de ancho cubierto de perlas y cabujones de granates y zafiros. El noble no perdía detalle, su único ojo se paseaba por el borde inferior del cerco del que pendían pinjantes de oro de un dedo de longitud, en cuyos extremos hermoseaban unos zafiros desmesurados que causaban la admiración del godo. El último elemento de la corona era una cruz que descendía tres palmos desde el cerco de aquella y acaparaba el protagonismo sobre el altar. Aquella cruz parecía sostenerse por hilos invisibles, toda ella era una obra de arte que maravillaba a cuantos la contemplaban. Multitud de diminutos cabujones granates se alternaban con las perlas cubriendo aquel signo divino. Y como si nada fuera suficiente para glorificar a Dios, de los brazos horizontales de esa cruz volvían a pender pinjantes de oro y perlas.

—Regalo del dux Claudio —señaló Masona provocando un sobresalto en el magnate godo.

Brantto reconoció al obispo al instante. Sonrió, como si agradeciera al destino las facilidades otorgadas.

—El dux Claudio es uno de los mejores militares del ejército visigodo, Leovigildo hace bien en protegerle.

—Yo no diría que el rey protege a mi sobrino, le tolera su fe

católica. —Masona deseaba poner de manifiesto el hecho.

—Porque él no es un traidor, y en Híspalis se halla combatiendo a Hermenegildo, que es católico como él, pero sobre todo es un usurpador. No todos han estado del lado del rey. Valga su caso, obispo, vos pusisteis Emérita a los pies del hijo traidor y espero que Leovigildo no lo olvide nunca.

—Apuesto a que vos se lo recordaréis, aunque cometéis un error porque como pastor de un rebaño lo que hice fue impedir que los ciudadanos de Emérita sufrieran las iras de las spathae.

—Palabras hueras.

Brantto se separó unos pasos y se sonrió con sarcasmo. Masona se sintió indefenso, prefería la irritación de Leovigildo a la condescendencia de aquel conde del reino. El obispo entrecruzó los dedos y mesó los pulgares en actitud de calma. Brantto le provocaba temor, pero debía averiguar si Dios había propiciado aquel extraño encuentro o había sido el diablo.

—Y, ¿se puede saber qué hace un magnate de la corte sin escolta en una iglesia católica de la odiada Emérita?

—Nunca he visto las famosas reliquias de la ciudad, solo por haberlas sustraído a los ojos del rey y haberlas escondido de él…—pensó las siguientes palabras—, como sucedió…, merecéis un castigo no inferior al destierro.

Masona le sonrió, pero su interior temblaba como los pobres ante la peste.

—Me tratáis con dureza, no sé cómo podría inclinaros en mi favor. Bueno, quizás halle la manera. Esperadme aquí, no he de tardar.

El obispo desapareció ante la mirada inquisitiva de Brantto, que escrutaba sus pasos como si deseara arrancarle las venas de su carne traidora. Al poco, el arcediano Eleuterio, visiblemente irascible, apareció junto al obispo portando las llaves del aula de las reliquias.

—No deberíamos, obispo.

—Tengo mis motivos, Eleuterio.

Las reliquias de Emérita y parte de su tesoro eclesiástico podían contemplarse en una estancia anexa a una de las naves laterales de la basílica, bajo la vigilancia de clérigos menores que se turnaban auxiliados por las hermanas de la asociación de jóvenes vírgenes y viudas de la ciudad.

—De ordinario un ejército de hermanos custodia nuestro bien más preciado, nuestras reliquias —explicó Masona mientras Eleuterio abría el aula.

Brantto accedió a la estancia, su primer gesto le llevó a acomodarse el parche en el ojo, como si el fulgor que emanaba de aquellos tesoros fuera una ilusión óptica. Un manantial de colores brillantes impulsados por el destello del oro y el mármol concitaron la

fascinación del godo.

—Más que hombres yo pondría spathae a custodiar este lugar.

—Nuestros ostiarios, lectores, exorcistas, acólitos y diáconos portan la fuerza de las spathae, porque portan a la mártir con ellos —respondió Masona ufano.

Brantto sonrió ante la pueril respuesta.

—Así que en Emérita se adoran las reliquias —terció provocador el godo.

—Ese es un viejo debate ya superado, la adoración es cosa de paganos, nosotros los católicos veneramos las reliquias sin que eximamos a nuestros devotos de la oración. Y por lo que sé, vosotros, los arrianos, habéis cambiado de postura, ya no os burláis de las reliquias como antaño, ni las consideráis cosa de magia o burdos talismanes.

Brantto escuchaba displicente a Masona mientras su ojo no se despegaba de aquellos tesoros.

—Las reliquias atraen a los viajeros y estos al comercio, convierten en grandes centros económicos las poblaciones que las poseen. La prosperidad ha guiado nuestro pensamiento —justificó el magnate el cambio de postura de los arrianos.

El aula poseía la misma longitud que la basílica y su anchura era similar a la de las naves centrales. Frente a la entrada existía un mueble repleto de objetos dedicados a la venta: pequeños colgantes de terracota con agua bendita, ungüentos con propiedades curativas, pergaminos con oraciones facilitadoras del cielo, alfileres protectores contra las tentaciones del diablo o trozos de lienzos en contacto con las reliquias del aula, los de color blanco protegían de la peste, los azules del hambre y los morados ayudaban a realizar exorcismos. El muestrario de productos milagrosos incluía hasta veinte objetos diferentes. Brantto apenas había reparado en el filón económico que representaba para la iglesia de Emérita la venta de productos con poderes sobrenaturales.

El aristócrata continuaba extasiado con la riqueza mostrada tras los canceles de orfebrería que recorrían las paredes alargadas del aula.

—¿Los canceles son de oro? —preguntó observando la complejidad de la estructura.

—Algunos —contestó Masona.

Al obispo le apetecía decir sí, decir la verdad, que todos eran de oro, pero no lo hizo. Brantto metió la mano entre dos columnas labradas con haces retorcidos, por un hueco más despejado, y se topó con el cristal.

—En algún momento sentimos la necesidad de tocar las reliquias, amigo mío, por eso mismo procuramos aislarlas.

—¿Cuántas reliquias hay en el aula?

—En las urnas y aras tenemos restos corporales de todos estos mártires. —Masona señaló la leyenda de la urna más cercana, se leía con claridad el nombre del mártir grabado sobre el mármol.

Brantto fue leyendo los epígrafes situados tras los canceles de ambas paredes: «san Juan Bautista, san Esteban, san Pablo y san Pedro, san Juan Evangelista, Santiago, san Julián, san Tirso, san Ginés, santa Marcela, san Germán y san Gervasio y por último santa Eulalia».

—Demasiadas reliquias parecen, ¿no?

A Masona le molestó la socarronería y prefirió no responder. Junto a las urnas y aras con los restos de los mártires, se exhibían en oro y plata con gemas incrustadas cruces, cálices, platos, juegos de vajillas, medallones con imágenes de santos, altares, custodias, pañuelos, cíngulos y mantos bordados en oro. Además de una gama variopinta de joyas donadas por los fieles en calidad de ofrendas: horquillas, fíbulas, pendientes, brazaletes, gargantillas y collares.

—He abierto el aula, amigo Brantto, para mostraros reliquias por las que un reino emprendería una guerra.

—Con lo que llevo visto ya hubiera emprendido varias —contestó divertido.

—Entonces ha llegado el momento de que Dios aplaque vuestro anhelo guerrero, he aquí un cántaro y la mesa del templo del rey Salomón, y un trozo de la Cruz de nuestro Señor Jesús.

Brantto dio varias zancadas hasta el cancel del medio y con sus propios ojos comprobó que la mesa de esmeraldas estaba allí. Miró al obispo Masona, y este comprendió el peso de su mirada: por primera vez el conde del Tesoro del reino visigodo sintió peligrar su cabeza.

—Sí, la tengo yo. Quizás la buscabais. —A Masona se le aceleró el corazón.

—¡Sois un monstruo, Masona!, ¿qué veladas acusaciones me hacéis?

—¿Qué tiene que ver Wendema con esta mesa?

Brantto agarró la túnica del obispo y le empotró contra los canceles. Eleuterio gritó y acudieron los fieles que se hallaban en la basílica.

—¡Si Leovigildo no os corta la cabeza, lo hará mi spatha!

A continuación abandonó el aula a toda prisa.

13

Caía la tarde. El mes de agosto, de luz dorada y día perpetuo, traería la paz o la amargura al rey suevo, Miro. En breve, cuando la noche bética fuera firme, las veinticinco galeras suevas echarían el

ancla. Los cuatro mil guerreros que Miro transportaba recorrerían un trecho de dos millas antes de batirse con el ejército visigodo que cercaba Híspalis por la zona en que desembarcarían. Los suevos eran muy inferiores en número a los visigodos, cuyo ejército alcanzaba, al menos, los veinte mil hombres, por ello debían articular estrategias que les permitieran tomar impulso. Y así, mientras la nobleza sueva y su hueste comandada por Audeca habían descendido a caballo por la calzada de Astorga al objeto ser vistos por las tropas de Leovigildo, el rey Miro se echó a la mar con sus galeras. El momento que tanto ambicionaban y temían había llegado.

Miro avanzó por la crujía de la nave seguido por su hijo Eborico, enfiló hacia la proa y se detuvo a la altura del mástil trinquete que enarbolaba la vela mayor.

—Es un suicidio enfrentarnos a Leovigildo en campo abierto —dijo Miro cuando la tos le dio un respiro—, debemos crear distracciones y atacar un solo frente. Esa es nuestra baza, que la guerra dure varios días y mermar a los godos en ataques rápidos. Si no llego vivo ante los ojos de Hermenegildo, hazle ver que de otra forma no tendremos ninguna oportunidad.

Miro imaginaba que Hermenegildo no habría conseguido demasiados efectivos entre los nobles hispanorromanos de su provincia.

—Padre, he de hablarte —Eborico se expresó con dulzura.

—Te escucho, hijo —respondió jadeante.

—Has venido enfermo en apoyo de Hermenegildo, tú valor es conocido por tu pueblo. Comprendemos la oportunidad que esta guerra brinda a la nación sueva aunque derramemos nuestra sangre, pero debes saber que ni yo ni el resto de nobles te permitirá luchar. Si te empeñas en empuñar la spatha nadie te seguirá. Estás enfermo, debes descansar.

El rey oteó el horizonte, parecía irreal el manso chapoteo de los remos en el agua y la brisa que atusaba su melena rubia. Al cabo de un rato Miro cabeceó, lo aceptaba. En el año 576 Leovigildo penetró en el reino suevo, y Miro, ante la inmensa maquinaria goda y consciente de su incapacidad para frenar a sus enemigos, solicitó la paz. Leovigildo toleró su petición pero les impuso un estatuto de subordinación que anuló su soberanía en política exterior. Leovigildo detenía así cualquier intento de sus vecinos por ensanchar su territorio. Miro contaba que este sería el primer paso antes de la aniquilación de su pueblo, por eso aun preso de la enfermedad había acudido a socorrer a su aliado frente al todopoderoso Leovigildo.

Audeca y la caballería sueva habían llegado con la moral alta para el ataque que se produciría esa noche. Habían ido cumpliendo los planes previstos: primero descendieron sin prisas por la calzada de

Astorga, así alertaron a los godos y les hicieron creer que optaban por la vía terrestre para acudir a la guerra. Por ese motivo Leovigildo había movido tropas y enviado a Recaredo a las puertas de Itálica. Acompañaban al hijo del rey, el thiufado, que dirigía a los siervos de las propiedades reales; el conde de los espatarios comandando a cuatrocientos caballeros; los magnates godos Fonsa, Afrila, Ella y Aila junto a sus milicias privadas. Además, Recaredo capitaneaba a buena parte de los hombres libres que, entre los veinte y los cincuenta años, debían acudir al llamamiento del rey para hacer la guerra.

La caballería sueva había logrado su objetivo: que un buen número de efectivos visigodos se previniera contra ellos organizando un enfrentamiento que nunca se daría y movilizando tropas en dirección opuesta a Híspalis. A falta de una jornada para que se produjera el choque a las puertas de Itálica, Audeca y la caballería se desviaron hacia las sierras del oeste ante el asombro de los visigodos que no se explicaban cómo se habían desvanecido. Sin embargo, Recaredo permaneció más alerta que nunca, aguardaba algún tipo de engaño, los suevos eran diestros en veloces razias y jinetes expertos.

La sombra de la noche se mantenía incólume. Miro se despedía de su hijo recostado sobre un faldón de popa, la fiebre había minado sus fuerzas para mantenerse en pie. Junto al monarca permanecía un pequeño contingente de guerreros encargados de custodiar las naves.

—Serás un gran rey, hijo, orgulloso me siento de tu valentía y nobleza —le dijo a Eborico antes de que saltara a tierra.

—Esto no es una despedida, rey Miro, vos capitanearéis nuestra siguiente expedición. —Y le besó conteniendo las lágrimas.

Tres horas después Eborico lideraba a la masa de hombres que acechaban a las huestes de Granista frente a las murallas de Híspalis: aguardaban el clareo del día y las maniobras de Audeca.

La caballería sueva se hallaba en sus posiciones. Días atrás habían cabalgado sin descanso: cuando desaparecieron de Itálica se escondieron en la serranía oeste y luego descendieron hasta la ciudad de Laelia, allí se guarecieron y efectuaron misiones nocturnas de reconocimiento y vigilancia del Betis en espera de las galeras suevas. Audeca conocía la posición de las tropas de Leovigildo; acampaban en grupos heterogéneos. No muy lejos de la zona por dónde Eborico intentaría romper el sitio acampaban las milicias privadas de algunos magnates. Audeca había dudado atacar ese frente. El aspecto negativo consistía en que sus enemigos disponían de caballos para perseguirlos y hombres entrenados para plantarles cara, por tanto, entrarían en combate. En cuanto al positivo, existía un corredor despejado a ambos lados de sus campamentos tras la marcha de varias milicias a las órdenes de Recaredo, de modo que podían manejarse con libertad y cabalgar con rapidez hasta Híspalis. Para pertrechar el ataque de esa

noche, la caballería sueva se había dividido en dos grupos, uno a las órdenes de Audeca y el otro a las de Malarico. El alba asomaba tibiamente, había llegado el momento de engalanar el cielo con sus saetas.

Eborico bisbiseaba apoyado sobre una encina.

—¿Qué hace nuestro caudillo? —le interrogó un oficial.

—Rezo al Hijo de Dios, todas las noches le ruego por la empresa de Audeca y esta noche más que nunca. Suplico por que nuestros ojos vean los de Hermenegildo.

—Sí, eso mismo desean tus hombres, deseamos —aclaró— que no se dilate la hora final, este clima nos va a matar.

Eborico y su oficial levantaron la vista al cielo invocando el favor del Hijo de Dios. En ese momento observaron cómo una lluvia de saetas caía sobre los godos.

—Es la hora —dijo el hijo del rey.

Con el máximo sigilo Eborico y un grupo de suevos se aproximaron hasta el campamento en el que dormitaba la milicia del conde del Patrimonio, Granista. Una empalizada lo protegía solo en la cara ubicada frente a las murallas de Híspalis, los restantes laterales no ofrecían ninguna resistencia y dejaban a los hombres al descubierto. Las flechas lanzadas sobre los vigilantes no fallaron y luego, como serpientes trepadoras, los hombres de Eborico pasaron a cuchillo a cuantos pudieron antes de que el grueso del campamento estuviera en pie. Cuando cundió la alerta, la milicia de Granista fue incapaz de contener a aquella mole de guerreros que se les echó encima, muchos ni siquiera lograron tomar las armas para protegerse, otros corrieron despavoridos ante la imposibilidad de hacer frente al numeroso contingente. La escabechina entre los hombres de Granista era una evidencia. En cuanto los suevos controlaron el campamento, Eborico conminó a la infantería a correr hacia la puerta que Hermenegildo les abría.

—¡No os detengáis! —gritó Eborico—, ¡fuera de la empalizada, fuera, fuera, debemos alcanzar los muros de Híspalis o será nuestra perdición!

Algunos de sus hombres se detenían para apropiarse de armas y escudos y también registraban los cuerpos de los muertos en busca de joyas.

—Venga, ¡corred hacia las murallas!

Para entonces las puertas de la ciudad de Híspalis se abrían de par en par para acoger a sus aliados.

A la misma hora la caballería sueva emprendió el ataque, consciente de que la velocidad era una pieza imprescindible en el éxito de su misión. Los arqueros tensaron el arco, decenas de saetas cayeron como lágrimas que amputaban vidas en el campamento de las

milicias de Segga y Vagrila. Inmediatamente Audeca, Malarico y sus huestes bajaron en distintos grupos aprovechando el desconcierto del enemigo. Los jinetes gobernaban el movimiento de sus caballos con la espuela y mientras descendían camino de Híspalis blandían las spathae y hachas sobre los godos repartiendo tajos a cuantos les caían a la mano. Parecían almas fantasmagóricas surgidas del averno, mataban, y más veloces que los rayos celestes se esfumaban.

Un suave runrún despertó al dux Claudio que dormitaba apoyado en un olivo, no necesitó más para saber que los suevos atacaban. Claudio no era solo dux de la Lusitania, también era el dux del ejército visigodo. Se dirigió a la tienda del rey Leovigildo que redactaba una misiva a la luz de una lámpara de aceite.

—Tenéis razón, Claudio, ¡hay movimiento! —El rey había salido de su tienda.

—Señor, traed a Recaredo. Creo que los suevos nos han engañado y están aquí, es más fácil vencernos si somos la mitad.

—Antes comprobad qué sucede.

Claudio montó el caballo y bajó hasta la empalizada. Recorrió un amplio trecho hasta salvar la curva y asomó la parte más oriental del cerco. Cientos de guerreros suevos entraban en Híspalis sin apenas oposición y a un cuarto de milla de estos, por otra puerta cercana, la caballería sueva también accedía a la ciudad. Fuera de la muralla solo quedaba un grupo de caballeros suevos que huían de otro grupo godo que los perseguía. Poco tiempo duró el acoso de aquellos valientes godos; debieron retirarse ante las flechas que comenzaron a sobrevolarlos desde las murallas de la ciudad. El dux Claudio espoleó el caballo y corrió a informar al rey.

—¡Sabba! —ordenó Leovigildo a uno de sus gardingos—, marcha hasta Itálica e informa a Recaredo, que vuelva el ejército enseguida. —Luego montó el caballo y se dirigió a Claudio—: Vayamos a examinar la situación.

La peor parte se la había llevado la milicia de Granista, sus efectivos habían sido casi aniquilados.

—¿Cuatro mil suevos y mis hombres dormidos?, esto es una ignominia, ¡son unos cobardes!, pero el campo de batalla me dará la oportunidad de arrancarles el moño a estos perros. —Granista estaba fuera de sí.

—¡Recompensaré tu sacrificio, Granista! —Leovigildo le habló conteniendo la furia—. No habrá sido en balde esta sangría.

Granista se derrumbó y cayó sobre la tierra, subió las rodillas y escondió su rostro, lloraba como un infante. Pensó en Gosvinta, en sus planes para derrocar a Leovigildo y se sintió un traidor. Peor aún, sintió el peso de los muertos sobre su conciencia. Dios jamás le perdonaría, las llamas del infierno amortajarían su eternidad.

—Tus lágrimas, Granista, son un honor para los caídos —habló el rey con un matiz hueco que sonó altisonante.

Montó el caballo y se dirigió al campamento de los emeritenses Segga y Vagrila, donde reinaba el desconcierto por los muchos heridos que la caballería sueva había dejado: brazos amputados, tajos en abdómenes y piernas, sangre por todos lados. La quejumbre de los mutilados y malheridos socavó la serenidad del rey, que empuñó la spatha y retando las murallas de Híspalis plañó su dolor. Claudio entonó un cántico de guerra que fue secundado por sus hombres a lo largo de la empalizada, muchos blandieron al aire sus armas aguardando la hora final.

—Convocad la asamblea de nobles —conminó Leovigildo al dux tras el canto.

Poco después, mientras el ejército enterraba a los muertos, los magnates godos se reunían en la tienda del rey. Nadie discrepaba, todos anhelaban el combate. De modo que al día siguiente, al alba, forzarían las puertas de Híspalis y acabarían con aquella situación. Mientras la asamblea dirimía los pormenores del ataque con Claudio, Leovigildo salió de la tienda, la cólera aún asfixiaba sus tripas, necesitaba serenarse. Brantto le siguió.

—Amigo mío Brantto —entonó el rey con tristeza—, mis oídos te prestan atención.

—Rey Leovigildo, una cosa debo contaros por si la muerte me acoge en sus brazos mañana.

—Mal augurio es pensar en eso.

—Como os dije, viniendo hacia Híspalis me detuve en Emérita. Lo que entonces no os conté es que estuve hablando con Masona —el rey pestañeó—; acusa a todo el mundo de la muerte de vuestro antiguo bucelario, Vigor.

—¿A quién acusa?

—A mí —el rey respingó instintivamente y el magnate tuvo miedo —, a vos también, a la reina Gosvinta y a los nobles de Emérita. Si no le hubiese detenido con la fuerza de mi puño, creo que nos habría acusado a todos los godos. Se ha vuelto loco, majestad. Es una vergüenza para nuestra raza.

—Mañana me encargaré del primer traidor: mi hijo Hermenegildo —dijo bajando la cabeza. Esperó un rato y añadió—: Después llegará la hora de Masona y no son tus palabras las que me mueven, Brantto, apoyó a mi hijo en mi contra y no se lo perdonaré. —Respiró profundamente mostrando su fatiga—. El tercero en pagar deudas será el Pueblo suevo. Esta noche han cavado su tumba. Aunque…, todo a su debido tiempo.

—Una última cosa, majestad, también vi a Sunna. Lo siento mucho pero el hijo de vuestro bucelario, Vigorti, está de parte de Masona.

Leovigildo permaneció un rato pensativo, después se dio media vuelta.

—Preciso la soledad.

Brantto regresó a la tienda con el resto de magnates, con la convicción de estar a salvo de las acusaciones del obispo emeritense.

En el mediodía hispano el sol de agosto era un enemigo invisible al que batir. Los visigodos tenían a punto su panoplia militar, indistinta según las posibilidades económicas de cada cual. Leovigildo había procurado que el ejército proveniente de levas temporales no tuviera que usar herramientas agrícolas para combatir como hacían al principio de su reinado. Estos campesinos sin entrenamiento militar, al menos, portaban una lanza, un hacha y un sencillo escudo. Leovigildo estaba orgulloso de haberles equipado y no entregarles a una muerte segura.

El ejército visigodo tenía la consigna de descansar durante el día, con las fuerzas mermadas un hombre valía la mitad. Cuando la noche comenzó a caer las tropas godas se plantaron frente a las murallas de Híspalis, se dividieron en dos contingentes de infantes lo suficientemente distanciados como para crear una gran oquedad frente a la puerta norte. Al mando de cada grupo estaban Recaredo y Claudio. Parte de la caballería se desplegó en forma de abanico entorno a la infantería. El movimiento de tropas excitó a sus enemigos, que no les perdían de vista tras los muros. Hermenegildo y Eborico aguardaban el ataque al alba.

Fue una noche larga, de invisibles mandíbulas contraídas y músculos tensos; de silencio monótono roto por fieros bramidos y cánticos guerreros; y de olor a muerte, un olor asfixiante que se cernía sobre aquella masa humana dispuesta a entregar el alma para cobrarse su venganza.

Leovigildo subió una pequeña loma tras la empalizada central, le escoltaban unos cuantos gardingos. El rey lanzó una flecha con fuego, era la señal. El bronco rugido de los gardingos fue contestado por un atronador cántico del ejército. Al acabar, la voz del rey Leovigildo resonó sin claridad, pero todos conocían su mensaje: «¡Honor, valientes!». Un grupo de godos protegidos por una ancha columna de escudos se puso en marcha en dirección a una de las puertas de la muralla, transportaban un tronco para derribar el portón de madera. Desde los muros de Híspalis intentaban frenarlos disparando saetas. El zumbido amenazante y el impacto sobre el cuero que cubría la madera de los escudos retrasaban el avance de la columna. Las primeras líneas de infantes godos se adelantaron y sin piedad vaciaron sus aljabas sobre las murallas, favoreciendo la llegada de la columna de escudos hasta la puerta. Una segunda línea de arqueros tomó posición y con antorchas ofrecidas por los siervos de la thiufa prendieron fuego a los

tejidos asidos a la punta del proyectil que, como relámpagos, iluminaron el alba con lenguaradas encendidas. Las llamas refulgían en la ciudad y la defensa de la puerta empezó a ceder. Esto mismo había sucedido en el otro extremo del cerco en el que actuaba el segundo contingente del ejército godo. Sin otra opción y ante la posibilidad de que sus enemigos saquearan y destruyeran la fatigada Híspalis, la puerta norte se abrió y el inmenso arrabal fue ocupado por una horda de guerreros suevos junto a sus aliados. Leovigildo enarboló un estandarte y bufó el cuerno desde la loma. Al instante fue contestado por las fuerzas de Recaredo y de Claudio, que comenzaron a correr hacia los rebeldes.

Hermenegildo y Eborico gritaban a los suyos para mantener compacta la formación y aguantar así la embestida, pero el alba había dejado paso al caos y sus hombres mezclados a pie y a caballo hacían frente como podían a un número de godos abrumadoramente superior. Los rebeldes quedaron atrapados entre la infantería comandada por Recaredo y Claudio, parte de la caballería que cerraba el flanco norte y las murallas de la ciudad. Los godos combatían con la certidumbre de la victoria.

Las milicias de Brantto, Argimundo y Fonsa terciaron para intervenir, Recaredo lo permitió. Tarqueo palmeó el lomo de su caballo protegido por un peto de cuero, se ajustó las carrilleras del casco y se metió en la contienda; con la lanza fue embistiendo estoques a diestra y siniestra. Bajó del caballo y con la pierna renqueante buscó a un enemigo. Siwae había seguido a Tarqueo para protegerle, al verle abandonar el caballo hizo lo mismo y se pegó a él. Tarqueo señaló con el mentón a un suevo gigante que asestaba sendos tajos a dos oponentes, Siwae le lanzó una maza que le hizo tambalear, momento que Tarqueo aprovechó para darle un tajo por encima de la greba que le obligó a arrodillarse. Sin perder esa oportunidad, Siwae hendió el hacha en el canto superior de su escudo y tiró hacia sí y Tarqueo le cortó el cuello con tal fuerza que el casco se desprendió.

—¡Montad en el caballo, no debéis desperdiciar la ventaja del animal! —dijo Siwae a Tarqueo que observaba el cuerpo del suevo.

Tarqueo obedeció, estimaba a Siwae. Se ajustó el casco tembloroso y con la pierna sana se apoyó en el estribo para saltar sobre la grupa del caballo, y como si decenas de almenas le protegiesen movió la espuela buscando nuevos enemigos a los que desafiar. Siwae le siguió. Tarqueo se metió en una maraña de cuerpos que combatían, miró alrededor: un gardingo montaba sobre la cota de malla de un suevo caído, le ensartó un cuchillo en la garganta y un chorro de sangre salió a presión; otros tres campesinos cortaban el moño de un suevo muerto y se apropiaban de sus armas. Volvió a descender del caballo, el olor de la sangre y el sudor le marearon, giró la cabeza: un godo clavó el

hacha sobre el escudo de un suevo mientras su compañero de armas le amputó la mano con la que había levantado la spatha. Tarqueo sintió una vibración en su tímpano y un cuerpo que se le venía encima, Siwae había golpeado el casco de un adversario con el umbo de su escudo, le desestabilizó y, sin piedad, le destripó la cara con la maza.

—Creí que deseabas combatir, Tarqueo —dijo con la maza ensangrentada.

—Así es.

—Pues ese iba a por ti.

Tarqueo se sobrecogió, comenzó a sentir que el aire se petrificaba en sus pulmones y los muros se tragaban el espacio. Por suerte, antes de que cayera al suelo, Siwae le montó en el caballo y le sacó de allí.

El arrabal de Híspalis comenzaba a teñirse de sangre, se batían en una proporción de tres a uno y al poco de la batalla ya se traslucía la debacle del rebelde Hermenegildo y los suevos. La pinza que confinaba a los rebeldes se iba cerrando. Desde la posición más oriental las fuerzas de Claudio combatían sin descanso. Claudio luchaba junto a sus hombres, embrazaba el escudo con la siniestra y la spatha con la diestra, sus movimientos eran tan ágiles que parecía bailar con el arma. El dux se agachó, la lanza de su oponente, un campesino sin armadura, fluctúo en el aire y apenas volvió a cimbrearla antes de que Claudio le atravesara el estómago. Hincó luego la bota sobre su rodilla para extraerle el hierro. Mientras su enemigo caía oteó unas telas blancas y unas ramas de olivo sobre las murallas de Híspalis. Volvió el rostro hacia Leovigildo, que, desde la loma, levantó el escudo en señal de victoria. Aceptaba la derrota de su hijo. «Maldito seas, Hermenegildo, debiste rendirte sin pelear. Esta sangre mancha tus manos», pensó Claudio exhausto tras dos noches de insomnio.

Sin embargo, Hermenegildo no estaba dispuesto a dejarse apresar. Mientras los oficiales del ejército visigodo se daban a la tarea de atajar los enfrentamientos que aún persistían entre los guerreros más enérgicos, un grupo de hombres le protegían y conseguían introducirle en Híspalis por una poterna. El propósito era escapar. Hermenegildo y su grupo se dirigieron al este de la ciudad, montaron los caballos preparados y clavaron las espuelas sobre sus vientres, necesitaban velocidad para llegar a la fortaleza de Osset, a solo diez millas.

—¿Dónde está el rebelde? —espetó el rey al oficial que había levantado los atributos de la paz.

—Hermenegildo me dio la orden pero no sé dónde está él.

Leovigildo le golpeó la cara con la empuñadura de la spatha y el otro se tambaleó.

—Esconderse no servirá de nada al cobarde que tengo por hijo. Voy a poner de rodillas a esta odiosa urbe.

—¡Señor, señor! —gritó un oficial— ¡Hacia el este, mirad vos mismo! Los nuestros dicen que es vuestro hijo, ¡huye!

Leovigildo se dio la vuelta. La faz se le transformó cuando advirtió la estela de polvo a lo lejos.

—Van a la fortaleza de Osset. Recaredo, Claudio —gritó el rey en movimiento.

Los oficiales visigodos obraron con apremio, pero fue imposible dar caza al rebelde, que consiguió pertrecharse en Osset y escapar de su padre.

El rey Leovigildo no deseaba conceder demasiada importancia a aquel contratiempo, había sido una gran victoria y no otorgaría a Hermenegildo el poder de marchitarla. Era cuestión de tiempo la detención de su hijo mayor, de poco tiempo. Así pues, dejó en manos de Recaredo la organización del cerco a Osset. Caso de que entablaran combate, las milicias privadas de Brantto y Witerico unidas a la guarnición del Sur bastarían para vencer a los rebeldes. Fue la primera orden de Leovigildo. Para la misión de pacificar la provincia rebelde de la Bética el rey confiaba en la pericia de Claudio, que asistiría a Recaredo con eficacia y lealtad. Fue la orden segunda antes de abandonar la fortaleza de Osset.

El sol atemperaba su bravura cuando Leovigildo volvió a ver las murallas de Híspalis. Sus órdenes se habían cumplido y a las puertas de la ciudad permanecía arrodillada la nobleza sueva. Leovigildo descabalgó y se dirigió a Eborico. Primero le cortó el moño, una enorme trenza enroscada por encima de la oreja que identificaba a su raza, y luego abofeteó su cara.

—El reino suevo me ha desafiado, ha traicionado el pacto que hice con el rey Miro, y ha acudido en favor de mi enemigo. El reino suevo es mi enemigo. ¿Dónde está su rey?

—Yo le represento —dijo Eborico.

—¡Mi señor! —gritó un caballero que llegó galopando—. El rey Miro viene hacia aquí, porta ramas de olivo en su lanza.

Mientras el rey suevo llegaba a las puertas de la vencida Híspalis, Leovigildo cortó el moño a la nobleza sueva en señal de castigo y dejó que sus hombres hiciesen lo mismo con el resto de los vencidos. Al cabo de un rato las fuerzas godas abrieron paso a Miro entre insultos y escupitajos, y este recostado sobre el cuello de su caballo, sudoroso y visiblemente enfermo, compareció ante Leovigildo.

—¿Por qué me habéis traicionado y habéis consentido esta sangría que ven vuestros ojos? —se encaró Leovigildo con él.

—Que Dios me juzgue, intentaba salvar mi reino.

Leovigildo rio con sonoridad, después se acercó al cuello del caballo y quedó a la altura de los ojos de Miro.

—Vais a perder vuestro reino antes de lo necesario y lo haréis sin

honor. Sois un conspirador y no lo olvidaré.

—¿Qué hubiera hecho el todopoderoso Leovigildo en mi lugar?

—Habéis buscado el favor de Gontran I y me consta que si hubierais podido acudir a los bizantinos no os habría temblado el pulso —le miró de nuevo a los ojos—. Si no os corto el cuello ahora mismo es porque los vuestros os tendrían por mártir. ¡ No! Volveréis a vuestra tierra cargado de sangre, sin el ámbar en vuestros cuellos, sin los moños en vuestras cabezas, sin armas, sin escudos y sin caballos. ¡Ah! Y por si tenéis tentaciones, volveréis sin vuestro hijo Eborico, sin Audeca y Malarico. Se quedan como rehenes, por si el diablo volviera a tentaros y no tuvierais voluntad. —Luego le escupió.

Las órdenes de Leovigildo se cumplieron al instante. Los suevos retornaron a su hogar en las galeras, abatidos, heridos, con la juventud enterrada en suelo enemigo y su rey envuelto en las tinieblas de la muerte. Lo peor de todo, portaban la peste en forma de ausencia de futuro, sabían que les quedaba poco tiempo antes de ser exterminados. Regresaron, pero ya no eran ellos. Sin alma y vencidos.

14

Mientras la guerra esparcía la semilla estéril de la muerte y las horas se agotaban para el rebelde Hermenegildo, en Emérita se libraba un combate de otra dimensión.

El obispo Masona llevaba tres días con sus noches orando en la basílica de Santa Eulalia. La mortífera pestilencia del arrianismo debía enterrarse para siempre y Masona imploraba a Eulalia para que Sunna, al que tenía por vasija de rencor y semilla de vicios, dominado al antojo de la astuta serpiente, se diera por vencido en su empeño de subvertir el santuario emeritense. La entrada de peregrinos al templo se había restringido para no distraer al obispo durante sus preces. Vigorti figuraba entre las pocas personas que podían acceder a Masona. El día ya había nacido cuando el mancebo apareció con paso apresurado en dirección al presbiterio. Vigorti y el silencio no eran afines, y cuando quiso llegar hasta el obispo este se había erguido para recibirle.

—¿Lo has conseguido, Vigorti?

—¿Lo dudabais, obispo? —dijo engreído.

—¿Cómo lo has hecho?

—No deseéis averiguar lo que me podéis recriminar.

—Déjate de adivinanzas, Vigorti, no tengo por costumbre cerrar los ojos y menos en cuestiones de mi incumbencia.

—He sobornado a su siervo —apuntó con media sonrisa—. Añadirá la mandrágora al mejunje con huevo batido que Sunna toma al

levantarse, se dormirá, no contéis que acuda al juicio.

—Es una imprudencia manifiesta, ¿cómo has confiado en un tercero? Estamos en sus manos —respondió Masona sin atender las optimistas conclusiones de Vigorti—. ¡Si hablase!

—Pero no hablará si sabe lo que le conviene.

—Vigorti, los senderos de la violencia conseguirán que acabes como… —El obispo se reprimió, aunque no hacía falta mencionar a Vigor.

La faz de Vigorti se ensombreció. El pertinaz parche del ojo regresó a su mente con la misma crueldad que si una maza golpeara su sien.

—Obispo Masona, mi padre murió guardando un secreto —quedó a un palmo del prelado y se encaró intimidándole—, que mis oídos no os escuchen decir algo sucio sobre mi padre porque os arrepentiréis. Él fue un héroe.

—Bien conocías mi amistad y cariño por tu padre. Solo deseo protegerte.

—Para eso me basto yo solo. —Dio media vuelta y se marchó ofuscado.

El obispo Masona se persignó mientras observaba la figura del joven alejarse. Masona se entregó a nuevas preces, precisaba que Eulalia le otorgara su don, por algo ella era la bien hablada. Al cabo de un rato el archidiácono Eleuterio y el diácono Inocencio se personaron en el santuario de Santa Eulalia para acompañar al obispo Masona.

—Los jueces ya se han instalado en el atrio del palacio —confirmó Eleuterio.

Los tres clérigos se encaminaron al palacio episcopal, el combate dialéctico tendría lugar allí. A su llegada a palacio el obispo Masona dio la mano a los jueces y se retiró a la espera de que Sunna compareciera. En tres laterales del atrio se habían desplegado sillas ocupadas por jueces católicos y arrianos, algunos llegados desde la sede toledana, como su presidente el obispo arriano Uldila. En el lateral desierto se aposentaron dos cátedras para Masona y Sunna. Se había permitido la entrada de público, que aguardaba de pie.

El tiempo parecía dilatarse en exceso. Los jueces se impacientaron y Masona decidió salir de su retiro para tomar asiento en su cátedra. El obispo católico había cambiado sus ropajes: vestía túnica nívea y clámide de seda de igual tono lechoso. Sus ojos se cerraron unos segundos, suplicaba a Santa Eulalia que la mandrágora hubiera cumplido su cometido. No deseaba refutar a Sunna y menos en medio de aquella caterva de arrianos: doce jueces arrianos frente a siete católicos. Finalmente, la tardanza de Sunna concitó en el público severas dudas sobre su comparecencia. Un juez católico quiso otorgar la victoria al obispo que había acudido al duelo, ocasionando una

incisiva porfía entre los bandos que finalizó con una legión de voluntarios arrianos prestándose a buscar a Sunna.

Poco tiempo después voces airadas concitaron la atención de los del atrio.

—¡Águilas negras deseaban prenderme!, he tenido que ocultarme de sus garras en el bacín, bajo la cama, hasta que se han marchado —era la voz de Sunna. Lo traían a rastras y resultaba obvio que no sabía dónde se hallaba.

Las risas de unos jueces se mezclaron con la perplejidad de otros. «¿Qué bufonadas servía la lengua del representante arriano?» El aspecto de Sunna tampoco se diría proclive a concitar aplausos: ojos desorbitados y ojeras violáceas que le hacían salido de una caverna, pelos enmarañados y dientes sin pulir. Tampoco había decencia en sus ropas sucias y arrugadas.

—¿Os encontráis, excelencia, en buen estado? —preguntó el presidente del tribunal.

Sunna se sentó en la cátedra y guardó su rostro entre las manos temblorosas.

—Pero ¿qué os sucede? —incidió Uldila.

Sunna se levantó y con el dedo índice señaló a su oponente en medio de un sorteo de palabras ininteligibles. Luego se escondió detrás de la cátedra.

—Quizás deberíamos suspender este juicio —señaló un juez arriano.

Entonces Masona se levantó.

—Me niego a que eso ocurra. Este juicio fue señalado hace tres meses. Ilustrísimas, conocéis los fallidos intentos del obispo Sunna por convertir la basílica de Santa Eulalia al culto arriano. Su caprichoso empeño ha costado muchas vidas humanas y una tensa rivalidad que antes no existía en Emérita. Y ahora esto, esta burla ridícula a la que nos somete. Me niego a continuar prisionero de las inestabilidades mentales de alguien como él. ¡Sunna está aquí!, que defienda su postura.

Los aplausos no se hicieron esperar.

—El juicio no se suspenderá —dictaminó Uldila.

El obispo Uldila tenía instrucciones del rey Leovigildo que acababa de regresar victorioso a Toletum: con premura debía comunicarle el resultado del combate dialéctico. El rey albergaba planes para Masona que no debían prorrogarse.

—¡Sunna, comportaos!, ¿qué tenéis que decir?

Sunna permaneció agazapado detrás de la cátedra. Dos jueces arrianos le socorrieron tratando de acomodarle en su asiento, pero las grandes hechuras de Sunna y sus kilos se rebelaron contra ellos.

—¡Demonios, demonios!, ¡dejadme! ¡Venís para que me consuma

en el infierno pero no lograréis arrancarme de este mundo! —gritó y pataleó para que nadie le tocara.

El público se persignó ante aquel sospechoso comportamiento y los jueces se pusieron en pie. Era inaudito lo que veían sus ojos.

—Sunna, aguardamos vuestras razones para convencernos de que el santuario de Eulalia debe cambiar a manos arrianas.

—¡Eulalia, esa, esa Eulalia desea llevarme con ella a las tinieblas del infierno! ¡No! ¡No! Me quedo aquí. ¡Aquí! —Y se deslizó reptando para ocultarse entre las fuentes del atrio ante el asombro de todos.

Al momento varió su escondite y regresó a la cátedra, donde se hizo un ovillo, luego se desvaneció. Nadie deseó acercarse, menos aún tocarle, sospecharon que estaba poseído y se contaminarían. Masona decidió intervenir: reclamó la asistencia de los siervos, necesitó a un nutrido grupo para mover a aquella mole que no volvía en sí. Trasladaron a Sunna hasta una de las salas del palacio y le recostaron sobre una butaca, aguardando su vuelta al mundo de los vivos. Masona regresó al atrio y tomó la palabra.

—No me parece oportuno exhibir ningún parlamento cuando nuestros ojos —e hizo un movimiento que abarcaba a los presentes— dan cuenta de forma inequívoca de la voluntad de la mártir Eulalia. Ella desea dormir en lecho católico. Estoy convencido de que el obispo Sunna se recuperará en cuanto este ínclito tribunal atribuya a Eulalia su morada católica.

Uldila apeló a los jueces arrianos y se apartaron para debatir, pero la contundencia de los hechos era tal que nadie osó contrariar el deseo de la mártir emeritense.

—Dictaminamos —concluyó Uldila— que la mártir Eulalia debe permanecer bajo el culto católico, como siempre ha sido. El tribunal ha completado su encomienda y se retira.

Masona obtenía las albricias de los jueces católicos. En medio del ambiente festivo divisó a Vigorti apoyado en una columna, le hizo un gesto que el otro correspondió con la boca fruncida. Luego se acercó Uldila y perdió de vista a Vigorti. Uldila le tomó del brazo y le separó del resto.

—Masona, vengo a suplicaros que realicéis un exorcismo a Sunna y que lo hagáis sin dar difusión al hecho. Sé que no os une la amistad, pero al fin y al cabo es cristiano y no debemos dejarle con los demonios dentro.

—Dadlo por hecho, Uldila.

—Confiaba en que un hombre de vuestra piedad no se negaría a un acto tan misericordioso.

Masona sonrió mientras Uldila abandonaba el palacio episcopal. Luego se acercó a Vigorti y le abrazó para celebrar el éxito de la mandrágora. El gesto contenido de los labios del obispo se transformó

en una línea infinita. ¡El triunfo de Eulalia devenía inapelable!

Exilio, verdad y locura

Tres semanas habían transcurrido desde que el rey Leovigildo venció al rebelde Hermenegildo; nunca más le llamaría hijo, se lo había prometido a sí mismo. Su regreso a Toletum junto a Gosvinta había supuesto un gran gozo en su ánimo, ya no era un mancebo que gozase de la fortaleza de la juventud y rebosase energía para manejar el hierro, peinaba canas que coronaban sus cabellos. Leovigildo contaba 63 años, no solía reparar en su edad para no tomar consciencia de que era viejo para muchas cosas, el arte de la guerra entre ellas. Los huesos del rey agradecieron las comodidades de palacio, aunque en público no confesaría semejante claudicación.

La reina Gosvinta había recibido noche tras noche el rechazo de su esposo, invariable había sido su respuesta: necesitaba recuperarse. Pero ella sospechaba que había algo más; o quizás fuera su mala conciencia. Si él fuera conocedor de sus artimañas con el rebelde y los nobles, la estrangularía con sus propias manos. Un golpe leve sonó en la alcoba de la reina.

—Disculpad las horas, señora, pero el rey dice que la recibirá en primer lugar.

—¿Debo ir ahora a sus aposentos? —interrogó al siervo.

—En el salón del trono, dentro de un rato.

—Así que soy la primera y, ¿a quién más recibirá el rey?

El siervo miró hacia los lados de forma instintiva.

—¡Oh, vamos! Voy a ver al resto de las visitas, solo es mera curiosidad.

—Después de vos el rey recibirá al hijo de Vigor y a continuación a los obispos Sunna y Nepociano —contestó casi en un susurro.

La reina no perdió tiempo en divagar sobre las extrañas comparecencias y se enfrascó en la tarea de embellecerse. Finalizaba agosto y el calor no aconsejaba ungüentos en demasía sobre la piel. La doncella mezcló cera de abeja con la raíz machacada del lirio y se lo esparció a Gosvinta sobre la cara, luego le difuminó polvos de mica para iluminar la piel. Por último puso carmín en sus labios.

—¿Deseáis la lágrima?

Gosvinta dudó, si se maquillaba el rabillo del ojo debía tintarse los pezones, como era su costumbre.

—Déjalo, no me siento con fuerzas de movilizar las energías de mi esposo.

Gosvinta se hizo presente en el salón del trono. Leovigildo la aguardaba bajo el solio con la corona, el cetro y una fina capa de seda brillante sobre los hombros. La reina le contempló envuelto en sus

atributos reales. «¡Cuánto protocolo para una esposa, un don nadie y un vergonzante obispo católico!», pensó.

—Apenas me has dedicado unas palabras desde tu vuelta de la guerra, esposo mío, comprendo tus graves problemas, pero yo no merezco el aislamiento al que me sometes. Deseo acercarme y poder abrazarte, Leovigildo.

—Te ruego me perdones, espero sentirme recuperado para cenar contigo esta noche, prometo máximas atenciones, señora.

—Lo que deseaba expresarte puede esperar a la intimidad de la cena, sin las distancias del trono.

—Si deseas hablarme de tu hija Brunegilda o de tu nieta Ingunda, ruego lo hagas ahora.

Gosvinta odiaba ser tratada como si fuera una súbdita.

—Los bizantinos no han participado en esta guerra. En otros tiempos fueron de ayuda al pueblo visigodo —dijo con voz meliflua.

Leovigildo se levantó del trono.

—No metas a los bizantinos en esto, Gosvinta, ya te advertí que no me recordases episodios del pasado. Tu primer esposo, Atanagildo, consiguió ser rey con ayuda de los bizantinos, pero pagó un tributo muy grande que se llama Spaniae. Diez años llevo combatiendo a los bizantinos y hurtándoles poco a poco territorios de una provincia que no debería existir.

—Ya veo que te sigue soliviantando el pasado, eres tozudo y no olvidas.

—¿Deseas algo más, Gosvinta? —encaró el rey sin ambages.

—Los bizantinos van a trasladar a Ingunda y al pequeño Atanagildo a Constantinopla. ¿Podrías hacer algo? —su voz se entrecortaba.

—¿Y qué pretendes que haga yo? Si acabo de combatir al esposo de tu nieta. ¿Me tienes por loco!? Ingunda es mi enemiga. ¡Cómo voy a implorar por ella! ¿No lo entiendes?

Gosvinta se echó el manto transparente sobre la cara, no deseaba mostrar la humillación que sentía. Dio media vuelta y se fue. El rey bajó del trono y se acercó a la ventana más próxima, oteó el río en la falda de Toletum y al ejército que acampaba a las afueras de la ciudad. ¿Cómo había sucedido aquella ruindad? ¡Su hijo levantado en armas contra él! Aun soñaba con la felicidad que sintió el día que nació Hermenegildo. Se dio la vuelta y quedó recostado sobre el mármol, se sintió agotado, pestañeó e insufló aire en sus pulmones, luego lo exhaló con lentitud, era vital mantener la calma. Regresó al trono y pensó en Vigorti, la deuda con Vigor le ponía en una situación difícil: antes de tomar medidas precisaba cerciorarse de la deslealtad del mancebo.

El cubiculario real permitió la entrada a Vigorti, que accedió al

salón bajando la cabeza varias veces, hasta quedar al filo de las gradas del trono. Al rey le pareció divertido, con todo, había sobrepasado la distancia debida y dos soldados le hicieron retroceder.

—Nunca había estado ante el trono del rey —dijo a modo de disculpa.

—Lo entiendo, de ahí la amabilidad de la guardia que no te ha colocado la spatha en el cuello —respondió Leovigildo con sosiego—. No es mi naturaleza andar con rodeos, Vigorti —esperó unos instantes antes de continuar—… La memoria de tu padre vive en mi corazón, él siempre me fue leal, quizás no sea tu caso.

Vigorti se revolvió excitado.

—Te escucho —le indicó el rey.

—No sé por qué me decís algo así, rey Leovigildo.

—Te solicité que fueras mis oídos y mis ojos en Emérita y creo que te has puesto al servicio de Masona, que es mi enemigo.

Vigorti bajó la cabeza, su corazón latía descabalgado. El rey insistió y terminó por responder.

—Yo no soy desleal a mi rey. Solicito incorporarme a vuestro ejército para demostrároslo, siempre quise ir a la guerra.

—La obra de un rey no es únicamente hacer la guerra, debe hacer leyes que unan a sus gentes y conseguir que todos profesen el mismo credo para que sientan un solo latido. La religión es tan importante como la guerra. Y tú combates en un lugar opuesto al mío.

—Soy hombre de guerra, ahí os demostraré que estoy con vos.

El rey se retiró el cabello de la sien y se acomodó en el trono. Después enunció con gravedad.

—¿Me profesas fidelidad? Antes de responder, recuerda que estoy en guerra con Masona a causa de su fe.

—Sí —contestó Vigorti sin titubeos.

—Bien, entonces te confiaré un secreto: voy a mandar a Masona al exilio, donde espero se pudra, pero antes conseguiré el manto de la Santísima Eulalia para que se exhiba en la iglesia de los santos Pedro y Pablo, aquí en Toletum. No preciso más de ti, vuelve a Emérita y aguarda mi mensaje para unirte a mis tropas.

Vigorti hizo amagos de hablar, pero el rey le despidió con la mano y los soldados le condujeron fuera del salón. Allí aguardaban Sunna y un desconocido. Sunna clavó la vista en Vigorti y este le sostuvo la mirada. Se la tenían jurada, pero no era el lugar. El cubiculario llamó a los obispos Sunna y Nepociano a la presencia del monarca. Los comparecientes mostraron las pertinentes atenciones, que él toleró sin ningún regocijo. Leovigildo habló sin tapujos.

—Querido obispo Sunna, mis siguientes palabras causarán albricias en su corazón, espero acallar así sus lastimeras y perpetuas quejas. En dos días Masona acudirá ante mí para recibir su castigo: el exilio. De

Toletum marchará a un monasterio más allá de Astorga, próximo al reino suevo, en los confines norteños, para que no moleste más.

El rey se levantó del trono, bajó hasta la última grada y con los ojos fijos en el obispo católico Nepociano, continuó su parlamento intensificando su voz.

—Tú, Nepociano, con el auxilio de Sunna gobernarás el rebaño de Masona. Creo que no se te escapa la sublime misión para la que has sido elegido. La sede emeritense goza de primacía en este reino. Sé que profesas el culto católico, por eso has sido elegido, para evitar que nadie me acuse de profanar con ningún hereje la basílica sénior de Emérita, pero… no lo olvides jamás: me servirás fielmente. —Leovigildo regresó al trono y prosiguió—: Te supeditarás a cuanto te ordene Sunna, que hablará por mi boca, y actuarás en consecuencia. Si no, ya sabes que te aguarda la muerte, porque tú, Nepociano, no eres Masona y de ti me puedo librar cuando lo desee.

Una creciente algarabía terminó por irrumpir en el salón del trono. El gardingo Sabba portaba un mensaje urgente de Recaredo que entregó al rey.

Padre mío, rey Leovigildo, debéis conocer el siguiente hecho:

al décimo día del cerco a Osset la fortaleza quedó sin hombres que la vigilaran, sospechamos algo y decidimos forzar el cerco.

Accedimos sin oposición.

Cavaron un túnel en dirección a Híspalis y por él huyeron todos,

incluido Hermenegildo.

Sé el gran dolor que mis noticias os habrán de causar, pero habéis de tener confianza, padre, es cuestión de tiempo que demos con el rebelde.

He dividido a los hombres,

algunos recorren los alrededores y otros le buscan casa por casa en Híspalis.

Por supuesto, no me he olvidado del frente bizantino, es de suponer que el rebelde marche hacia la provincia de Spaniae.

Allí recibiría protección y le aguardarían su mujer y su hijo.

Brantto y sus hombres cabalgan hacia nuestras fortalezas limítrofes con Spaniae. Creo que debéis enviar hombres también vos, padre, para evitar que el rebelde llegue.

Buscando el apremio hemos puesto precio a cualquier información que nos conduzca hasta Hermenegildo.

Padre, no os fallaré, pronto ajusticiaréis al traidor.

Vuestro hijo Recaredo.

Vuestro leal soldado.

15

La promesa de lealtad al rey Leovigildo subyacía en un lugar secundario para Vigorti, que cabalgó al límite de sus fuerzas para alertar a Masona sobre su inmediato futuro. Tres días y medio tardó en llegar a Emérita.

La mañana tocaba a su fin cuando Vigorti corría por el atrio del palacio episcopal sin atender los requerimientos de cuantos hallaba a su paso. El sudor inundaba su cabeza, sus axilas, riñones y entrepierna, los cabellos rubios y rizados se le pegaban a la nuca, y los cortos braccae se adherían a sus muslos mientras llamaba a gritos al obispo. Masona escuchó un estruendo creciente y salió de su dormitorio, bajó la escalinata de mármol del piso superior y distinguió a Vigorti entrando en las estancias que rodeaban el atrio.

—¡Detente, Vigorti!, me tienes aquí —exclamó Masona.

Vigorti identificó la voz y se asomó al atrio. La figura del religioso se movió hacia él con una lentitud insufrible.

—¡No tenéis tiempo, obispo! —intentó explicarse, pero le faltó resuello.

Era visible el esfuerzo de Vigorti, su tez roja e hinchada por el sol concitó la atención de Masona, que ordenó traer líquidos y paños.

—Serénate antes de hablar, hasta Dios creó el mundo en varios días —añadió jocoso.

Vigorti agarró el cuenco ofrecido por el siervo con tal ansia que parte del agua se derramó. Luego requirió otro cuenco y se lo echó por la cabeza.

—Sabréis perdonadme, obispo, me escuece la piel.

Masona sonrió y se acordó de Vigor. ¡Cuánto se parecían!

—Leovigildo me mandó llamar… —Vigorti retomó su misión.

—Lo sé, lo sé.

—Va a mandaros al exilio y se apropiará de la túnica de Eulalia. Los soldados deben estar al llegar.

—¡Qué dices, Vigorti! —El obispo hizo la señal de la cruz en el aire y durante unos segundos cerró los ojos—. Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho el mismo Leovigildo.

—¿Gozas de fuerzas Vigorti?

El mancebo confirmó con la cabeza.

—¡Tráeme la túnica de Eulalia! Cuéntales a Baruso y Redento lo que va a ocurrir, que escondan las reliquias y las piezas principales del tesoro en las cloacas. La otra vez salió bien.

Sin pérdida de tiempo, Vigorti montó el caballo y llegó a la basílica de Eulalia. Con la excusa de un brote de peste cerró el aula de las reliquias ante el pasmo de los peregrinos. Mientras descolgaba la túnica de la mártir refirió al presbítero Baruso y al diácono Redento

los inminentes sucesos y las órdenes de Masona. Como mecha en pólvora regresó al palacio episcopal. El santo varón se vestía cuando Vigorti irrumpió en sus aposentos con la túnica medio doblada en el antebrazo.

—La túnica de Santa Eulalia vendrá conmigo al exilio, si esta es la reliquia que más desea Leovigildo, no la hallará. —Masona se sonrió.

—¿Qué os causa risa? Marcharéis al exilio.

—¿Conoces algún lugar en el que Dios no exista? Nada me ha de faltar donde quiera que Leovigildo me exilie, pues allí estará Dios —dijo el obispo resignado—. Más lo siento por mi rebaño, por mis hermanos Eleuterio, Inocencio, por vosotros —y tomó las manos de Vigorti—, por ti, por Wendema. Todos me necesitáis. Debéis buscar el refugio divino.

—¿Qué hacemos con el manto de Santa Eulalia? —preguntó Vigorti pendiente de cuestiones más prosaicas.

—Se me ha ocurrido una idea, lo envolveremos en estos lienzos y me lo ataré al estómago, quedará bajo mis vestidos.

Las estrellas titilaban en el cielo cuando un grupo de soldados se precipitó en el palacio episcopal de Masona con órdenes precisas. Por mandato real debían confiscar el manto de Santa Eulalia, y al amanecer el manto y el obispo viajarían a Toletum. Fue una noche larga para los soldados del rey, que rebuscaron la reliquia en cada lugar del santuario. Incluso profanaron la tumba de la santa y de los obispos Fidel y Paulo, en medio de encendidas diatribas de los clérigos de la basílica que les advertían sobre el infierno terrenal que la santa niña les haría pasar por aquel ultraje. ¡La túnica no aparecía! Incapaces de adivinar qué había sucedido con la famosa reliquia de Eulalia, amenazaron a los religiosos. Ante el silencio de estos prefirieron no mancharse las manos de sangre, excedían las atribuciones encomendadas por Leovigildo.

Cuando el día esclareció el carro con su eximio obispo y un baúl partieron con destino a Toletum. Masona tuvo tiempo de escribir una carta de consuelo a su grey, apremiándolos en la fe y la esperanza. Por su parte, temerosa la soldadesca de no albergar ningún alborozo para el monarca, tomó de la basílica sénior dos coronas votivas embellecidas con perlas y zafiros. No les acompañaba el manto de Eulalia, pero era divino el resplandor del oro y las piedras preciosas que portaban para Leovigildo.

Vigorti no se resignó ante semejante tropelía, siguió a la tropa a cierta distancia dispuesto a conocer el destino de Masona y a liberarle en el momento oportuno.

Al quinto día Masona compareció ante Leovigildo, su semblante daba cuenta de la tensión de las últimas jornadas y de las contumelias a las que se enfrentaba. Leovigildo apareció recio y magnífico en su

trono bajo el dosel y las gradas rojas que ennoblecían la figura como si de un semidiós se tratase.

—El obispo rebelde que se atrevió a enfrentarse al rey Leovigildo, eso rezará en vuestro epitafio —fueron las primeras palabras del rey —. Si es que alguien os recuerda cuando os entierren.

—Dios me conoce y al resto de seres que habitan este mundo de barro. Él ha de juzgarme y otorgarme epitafio celestial o llamas eternas. ¿Qué importa lo demás?

—No os rendís, Masona, vuestra carne tiene la misma urdimbre que la mía. En cierto modo profesáis mi admiración, pero militáis en el bando equivocado.

Leovigildo se levantó del trono y se desprendió de la corona, descendió las gradas y se puso frente al obispo. Eran dos ancianos fuertes que cargaban sobre sus hombros el peso de la Tierra.

—Si estuvierais dispuesto a aceptar cuál es el bando ganador y a formar parte de él, yo olvidaría que conspirasteis a favor de Hermenegildo y en mi contra —dijo Leovigildo con suavidad.

Masona observó el mármol que sostenían sus pies, la tierra temblaría cuando replicara al rey.

—Nunca mancharé mi corazón con la infamia de la superstición arriana ni infectaré mi mente con tan perverso dogma.

Leovigildo se mantuvo impertérrito, solo el ritmo de su respiración predecía su enfado. Subió hasta el trono y volvió a ceñirse la corona.

—Desmembraré vuestro cuerpo si no respondéis. ¿Dónde se halla la túnica de la virgen Eulalia? La capital del reino es Toletum y aquí ha de estar.

—¡No entregaré la túnica de mi señora Eulalia para que sea mancillada con las manos sacrílegas de los herejes, no la poseeréis porque no la habéis de encontrar!

—Adolecéis de falta de humildad, obispo del demonio, ¡ya hablaréis! Se soporta con dificultad el látigo y el hierro, duele la maza sobre el tobillo y la rodilla.

—Por más que tema vuestros castigos, no podría entregaros la túnica porque la abrasé en el fuego, la hice polvos y mezclados con agua, me la bebí.

Leovigildo no soportó aquella burla. ¡Burla! O quizás, ¡verdad! El rostro de Vigorti acudió a su mente. Bajó hasta Masona y le golpeó la cara y el vientre, los golpes le tumbaron. Luego desapareció.

Al día siguiente el escriba del rey leyó ante el obispo la sentencia: «<Ordenamos que Masona, esquinado siempre contra nosotros y nuestras costumbres, enemigo de nuestra fe, contrario a la religión, sea desterrado lejos de nuestra presencia».

—Obispo —añadió el escriba—, abajo hay un carro que le llevará al destierro.

Refrescaban las noches del mes de septiembre. Vigorti llevaba cinco días siguiendo el carro del religioso, había concebido un plan infalible: rescataría a Masona en cuanto le encerrasen, solo necesitaba conocer si gozaba de fortaleza para cabalgar o convenía buscar un refugio cercano al lugar del exilio hasta reponer fuerzas. Teniendo en cuenta las jornadas de viaje, el destino del desterrado debía de hallarse próximo. Por eso no demoró más el encuentro con él, y esa mañana se arriesgó apostándose tras los juncales del río en el que este se refrescaba.

—¿Cómo sabíais que era yo? ¿Revelación? —interpeló Vigorti sorprendido por la placidez de las primeras palabras de Masona.

—Tengo ojos, mi leal Vigorti, a veces te expones en exceso. ¿Por qué me sigues? Regresa a Emérita y di a mi grey que la salud me acompaña y Dios está con ellos, nada han de temer.

—¿Sabéis a qué lugar os exilian y a cuántas jornadas está de aquí? —concretó Vigorti, aquellas palabras espirituales se asemejaban al humo, de nada servían a su plan de rescate.

—Me llevan al cenobio que está en Alcalá, mañana llegaremos.

—Voy a sacaros de allí en cuanto examine el lugar. ¿Las fuerzas están en vos para cabalgar largo?

—Vigorti —entonó Masona con firmeza—, mi destino es el exilio al que me confina Leovigildo y, si no me exime de él, ahí moriré. Yo no huiré para esconderme como un canalla.

—Obispo —dijo el mancebo decepcionado—, ¿permitiréis a Leovigildo ganar?

—Esto no es una cuestión de orgullo. O vuelvo a mi episcopado o muero aquí, escondido no viviré. Dios me envía esta prueba y a ella me entrego.

Masona se desvió de la orilla y gritó.

—¿Puedo evacuar mi vientre entre los juncales?

La respuesta positiva de la soldadesca le permitió abrazar a Vigorti.

—Tenemos poco tiempo —señaló Masona azorado—. Escúchame atentamente: te conozco, Vigorti, respeta mi decisión, permaneceré en el cenobio.

Ambos se miraron a los ojos y mantuvieron la tensión.

—Todo este tiempo siguiéndoos para que me digáis algo así.

—Has demostrado cómo eres tú, no es un tiempo baldío.

Vigorti se emocionó, bajó la cabeza y sus caracoles brincaron sobre los hombros.

—Creo que los hilos divinos te han traído hasta mí por algo más, Vigorti. —Masona inspiró y cerró los ojos—. ¡Prométeme cordura!

—Me estáis excitando con tanta palabrería, obispo. Decidme lo que sea.

—Debes regresar a Emérita y auxiliar a Wendema. Nada te ha

dicho, pero Tarqueo rompió su compromiso matrimonial y no volverá cuándo termine la guerra. Tarqueo no es como su padre. ¿Conoces a Brantto?

Vigorti enredaba con un junco y observaba el dedo sin pestañear. Los demonios regresaron y su cuerpo se movilizó para defenderse del anuncio del obispo que repitió la pregunta. El mancebo respondió cabizbajo.

—No conozco al noble Brantto.

Masona le contó su encuentro en el aula de las reliquias de Santa María.

—No sé de qué manera, pero Brantto guarda relación con la mesa de esmeraldas del rey Salomón que hallasteis escondida en Santa Eulalia.

—¡Nos vamos ya, obispo! —le gritó un soldado.

—¡Sí, ya voy! —y luego bajó la voz—: Vigorti, ¿qué te sucede?

—Me da igual la mesa de Salomón y el noble Brantto, os garantizo que Tarqueo se desposará con mi hermana y cumplirá su promesa.

Vigorti —le retuvo el obispo y le hizo una cruz en la frente—, tu camino es un sendero de comprensión, perdón y amor. Olvida la venganza.

—Un hombre debe cumplir su promesa. Tarqueo se casará con Wendema.

Masona le tomó las manos y las besó. Con esfuerzo se levantó de entre los juncos, con un manto verde entre los ropajes y los ojos llorosos.

16

Cuando Vigorti atravesó la muralla de Emérita el mes de septiembre caminaba a su fin. El viaje de vuelta desde los confines norteños se había tragado la vitalidad del mancebo. Las palabras de Masona resonaban sin claridad en su mente, era incapaz de reproducir la conversación de aquel día, una nebulosa atrapaba su entendimiento, asfixiante, cegadora y limitante. Descabalgó en la vía principal que atravesaba la ciudad, pegó con fuerza la suela de sus sandalias al suelo y descendió para girar a la derecha en la segunda calle que se abría. Sorteó a un vecino que corría detrás de dos gallinas. Una china se le metió entre los dedos del pie que quedaban al aire y la leve incomodidad destapó un volcán de puños contra la primera pared que le quedó a la mano.

—¡Maldita miseria! —escupió entre dientes.

La vía se forraba de tierra, cenizas y residuos de las cocinas; el olor a humo y a excrementos tamizaba aún más la negrura del alma de

Vigorti. La imagen de su padre colgado de unas cadenas y sin rostro le hizo vomitar. El dolor le encogió el vientre y sus pulmones se ralentizaron. Como si se ahogara, montó el caballo, trotó hasta volver a encontrar la muralla que se recortaba en esa zona y enfiló hacia abajo. Ante sus ojos aparecieron la iglesia de Santiago y la plaza, y algo más abajo el cenobio de la abadesa Eugenia. Al lado se levantaba la domus de Eusebia.

—¡Vigorti! —Eusebia se alborozó— ¡Bendito sea Dios!, hemos suplicado por ti a diario. ¿Dónde has estado? —Eusebia le miró mejor y se alarmó—. Pareces un despojo, hijo.

Entonces el mancebo perdió la conciencia durante unos minutos. La semana siguiente transcurrió para Vigorti en las neblinas del silencio; se alimentaba y dormía. Solo Wendema le acompañaba en esos días de mutismo. Poco a poco se fue recuperando. Una mañana del mes de octubre se levantó temprano y se marchó. Está vez dejó una nota, regresaría al anochecer, estaba en Villa Spatha.

Allí fue recibido por los esclavos que le pertenecían con una mezcla de alegría y temor, nadie les había prevenido sobre su futuro y la presencia del mancebo suscitó resquemor. Sin embargo, todas las dudas se disiparon pronto: él era el nuevo señor de Villa Spatha y a nadie echaría de allí mientras no robasen, no vaguearan o fueran desleales con él o con Wendema. Merced al tesón del vilicus, en cuya compañía recorrió la propiedad, el fundo producía como en los mejores tiempos. La parte rústica finalizaba en las caballerizas, que habían sido reconstruidas.

—Buen trabajo, amigo, pero no deseo entrar —le dijo al vilicus.

Se dirigió a un recinto de argamasa bien encalado ubicado detrás de la domus, en él guardaba su panoplia militar. Como si ejecutase un ritual anhelado fue destapando las telas que envolvían sus armas, elaboradas durante años con esmero por el herrero de Casa Herrera. Su padre le había procurado el mejor ajuar para la guerra y se presentaba el momento de dar vida a su tesoro. Con cuerdas asió algunas armas al caballo y otras las envolvió en telas que portó a la espalda. Al marcharse se detuvo en las caballerizas decidido a reavivar su dolor, así no olvidaría el sentido de su vida: la venganza.

Wendema y Eusebia le aguardaban en el triclinio, y cuando atravesó la puerta su hermana se apresuró a abrazarle envuelta en una incontenible marea de emociones.

—Necesito hablarte a solas —le dijo Vigorti sin más.

—Eusebia es como una madre para mí.

—No —respondió sin ninguna cortesía.

—¿Por qué te has vuelto tan hosco? Yo también sufro, pero aún me mueve la compasión hacia los demás. Vivo en la domus de Eusebia por su caridad.

—Eusebia bien podría compensar la compañía que le prestas, porque tú tienes domus en la que habitar y servidumbre que te asista.

Eusebia se mordió los labios, hizo como si no hubiese escuchado nada.

—¡Pide perdón, Vigorti! —le dijo Wendema.

—Digo verdades y no pediré perdón por ellas —apuntó el mancebo ofendido—. Las mujeres vivís una vida zafia, rezáis y rezáis, pero nos corresponde a los hombres jugárnosla y arreglar los entuertos.

—Tienes alucinaciones, hermano mío.

—¿Alucinaciones? —Vigorti rio con soberbia—. Creí tenerlas, ¡sí!, cuando Masona me reveló que Tarqueo había quebrantado vuestro compromiso.

Wendema se echó en los brazos de Eusebia.

—¡Deja de sollozar, Wendema!, y dime ¿qué ha ocurrido entre vosotros? porque soy yo… ¡Yo tendré que ajustar cuentas con tu prometido! Así que nada de falacias, ¡detállame la verdad!

Eusebia abandonó el triclinio. Wendema se secó los ojos, aproximó una silla para acomodarse y narró cómo Tarqueo había roto su compromiso el mismo día que Vigorti regresó de la villa La Cocosa.

—No me dio razones, solo me enunció que no podía ser y se marchó a combatir a Hermenegildo junto a la milicia de su padre.

Wendema relacionó el hecho con las rarezas que en los últimos meses habían apresado a Tarqueo. Desde el tajo en la pierna y la cojera por la infección, él había cambiado. Ya no requería su presencia con la asiduidad y alegría de antaño. Se había vuelto un ser alunado, taciturno e irascible.

—Habita en el infierno, Vigorti —terminó por decir Wendema.

—En el infierno habitamos todos —respondió él.

—Sé que no ha muerto en la batalla de Híspalis, he visitado al noble Segga que ya ha regresado y me ha dicho que luchó como un valiente. ¡Qué extraño es todo! Tarqueo odia las armas.

—Pronto pasará a odiarme a mí en primer lugar.

—¡No, Vigorti! ¡No cometas ninguna locura! Amo a Tarqueo pero le olvidaré. Si le haces sufrir, te retiraré la palabra ¡Lo juro!

—Mañana me marcho a Híspalis como bucelario del rey Leovigildo —anunció Vigorti—. Nuestro padre lo hubiera deseado así, pero no te engañaré, además de servir al rey buscaré a Tarqueo y le obligaré a cumplir la promesa que te hizo.

—El casamiento fue cosa de su padre. —Wendema pretendía salvar a Tarqueo, consciente de que su hermano le mataría si se negaba a casarse.

—Entonces obligaré a su padre a cumplir lo que promete.

—Vigorti, el padre de Tarqueo es un noble muy distinto a su hijo. Brantto es un ser repugnante, humilla a Tarqueo delante de todos y le

muestra su desprecio. Tarqueo le teme, me dijo que es capaz de matar a un hombre por fijarse en el parche de su ojo.

Vigorti encogió el abdomen y contuvo la respiración.

—¿Qué? ¿Tiene un parche en el ojo? ¿Tú has visto el parche?

—Sí, quiso conocerme camino de Híspalis y fui con Tarqueo hasta la iglesia de San Lorenzo. Nunca olvidaré su rostro.

—¡No! ¡No puede ser! ¡Es imposible!

El grito de Vigorti se ahogó en su pecho. Se dio la vuelta y cayó de rodillas sobre los talones, con la mirada perdida.

—Hermano, ¡qué sucede!

Wendema se agachó y le abrazó sin que él opusiese resistencia, al contrario, se dejó caer en los brazos de su hermana y lloró sin consuelo; en un lamento que pareció tragarse la tierra. Wendema nunca le había sentido hundido. La fortaleza de su hermano siempre la había inundado de seguridad desde la niñez. Al cabo de un rato el llanto cedió, se limpió los ojos, se levantó del suelo y respiró con profundidad expandiendo el pecho. Cerró los ojos de nuevo y cuando los abrió la faz de Vigorti se había transformado. Anduvo unos pasos buscando a Wendema, la sostuvo por los hombros con una sonrisa que no aparentaba impostura.

—Reza al Dios que sea que reces. Ya sabes que padre nos decía que Dios sabía quién era y no le hacía falta nuestra distinción.

—Vigorti, me asustas, por qué sonríes y me dices esto.

—Dios me ha concedido mi gran deseo: conocer al asesino de nuestro padre. Ahora reza para que me permita impartir justicia.

Wendema sintió un vacío en sus tripas y temió la respuesta de Vigorti, pero consumó la pregunta.

—¿Por qué sabes quién asesinó a padre?

—Lo único que vi mientras le desollaban vivo fue el parche en el ojo del noble que daba las órdenes, y la furia que recomía sus entrañas, porque tú y yo no estábamos allí para que padre rompiera su silencio.

Wendema se tapó la boca con las manos.

—Reza, Wendema, porque él y los suyos caerán, o lo haré yo. Se despeja la niebla en la mañana, por fin veo el camino.

Wendema permaneció de pie, ahora las manos le tapaban el semblante. La revelación de Vigorti le atravesó el alma que aún combatía por aceptarla. Vigorti y Wendema pasaron la noche unidos, recostados en un sillón que sostenía sus desvalimientos y una suave manta que mecía sus almas. Al amanecer, Wendema acompañó a Vigorti más allá del puente.

—Rezaré, hermano mío, para que tu spatha fulmine a Tarqueo y a su padre.

17

Corría el mes de febrero del año 584. ¡Hermenegildo había caído! Longeva había sido la fortuna con él a decir de su hermano Recaredo. Corduba se rendía después de unas semanas cercada. Desmesurada se percibía la resistencia de la ciudad contando que sus grandes terratenientes, cabezas del poder civil, se hallaban prisioneros de los visigodos tras la batalla de Híspalis. Aunque, quizás no tanto si aguardaban el auxilio de sus vecinos: el Imperio bizantino. La natural inquietud de Recaredo por la vecindad de Corduba con la provincia de Spaniae había supuesto el envío de las milicias de Brantto y Witerico al territorio limítrofe. El interés común de Corduba y los bizantinos por atentar contra el reino visigodo se desvaneció con la rendición de la ciudad. El obispo Agapio la entregó y sirvió de intermediario entre los dos hijos del rey.

Leovigildo y un grupo de gardingos cabalgaban hacia Corduba. El oficial enviado por Recaredo a su padre fue sucinto en su declaración: «Hermenegildo se refugia en la basílica de San Vicente, en la que ha solicitado asilo, hecho que impide su detención», dijo. «Pero ya está a una palma de mi mano», respondió el rey cuando el oficial reveló el inconveniente.

El rey y su séquito descendieron hasta Metellinum y de ahí a la antigua Mellaria romana, de la que poco quedaba. A una jornada se encontraba Corduba, ciudad que a Leovigildo le desagradaba sobremanera pisar; su carácter levantisco era una ignominia para los visigodos, que debieron hacerles frente con deshonrosas derrotas a sus espaldas. Los descendientes de los antiguos romanos aún se tenían por los dueños del territorio y la soberbia con la que exhibían la preeminencia de su linaje arrasaba la habitual prudencia de Leovigildo. Era gente altiva y tozuda que había hecho batallar lo indecible al pueblo visigodo al no aceptar su gobierno: en el 550 Agila se midió con ellos porque no consintieron consagrar sus iglesias al arrianismo; en el 554 prestaron auxilio al rey bizantino Justiniano en su pugna por expandir Spaniae; además, estaba la rebelión campesina de la Orospeda, cuyas tierras pertenecían a los terratenientes de la ciudad, a Leovigildo no se le escapaba que fueron ellos los que armaron a sus colonos; en el 572 Leovigildo debió atacarles porque se negaron a pagar impuestos; y ahora, por si exiguos eran sus pecados, Corduba socorría a Hermenegildo.

A media mañana del 20 de febrero una centena de soldados visigodos se arrodilló ante el rey en el arrabal noroeste de Corduba. Leovigildo desmontó y tomó el cetro, se hizo ceñir la corona de oro y colocar un gran manto púrpura; existía un único soberano y sus atributos reales daban cuenta de ello. A continuación iniciaron un

ceremonioso tránsito hasta el campamento de Recaredo, desfilaban escoltados por una tunda de tambores. El azote bravo de aquellos cueros rememoraba la dignidad y fortaleza del reino visigodo del que los cordobeses eran súbditos, les gustase o no. Se aproximaban a la muralla, atrás dejaron las gloriosas piedras del eximio anfiteatro romano, apenas algunos sillares reutilizados en las humildes moradas del arrabal testimoniaban la eminencia de otra época, otro imperio.

—Señor —se dirigió un oficial al rey—, Recaredo ha levantado el campamento principal junto al puerto fluvial.

—Creí que el campamento se emplazaría junto a la vía a Castulo. Es el lugar más probable para un ataque de los bizantinos.

El oficial no respondió. Giraron hacia la derecha y descendieron en paralelo a la muralla. Las pequeñas poternas estaban cegadas.

—Sí, señor —contestó el oficial al interrogante del rey—, hemos cegado las poternas y las puertas principales a excepción de la del puente, porque la basílica de San Vicente cae a unos pasos y Hermenegildo se refugia allí.

—¿La puerta de Osario también está cegada?

—Sí —afirmó el oficial.

—Y dime, ¿dónde están mis vasallos? Es una zona densamente poblada.

—Recaredo les ha prohibido salir de sus domus, majestad.

—Preferiría haberlos visto arrodillados ante mí —dijo sin matiz emocional.

Dejaron atrás la iglesia de San Zoilo, su necrópolis y las residencias que componían esa zona: algunas eran míseras estructuras de argamasa donde convivían animales y moradores, pero otras, domus lujosas de eminentes potentados. El campamento de Recaredo se extendía a lo largo del caudal del Betis, aunque los soldados se diseminaban entre los suburbios imponiendo orden. Leovigildo descendió por completo hasta alcanzar la esquina de la muralla, ya divisaba el río y las barcazas atracadas en el puerto, también a su hijo Recaredo, que le aguardaba en esa explanada con parte de la tropa. El soberano saludó al ejército y juntos entonaron un emotivo cántico por la rendición de Corduba. Padre e hijo accedieron a la tienda sin otras demoras.

—He confiado en ti, Recaredo, y no me has decepcionado. —Se abrazaron—. A nuestros pies tenemos al rebelde. ¡Por fin! Y a esta odiosa ciudad. —Tras un silencio preguntó—: ¿Has visto a tu hermano?

—Sí, he visto al rebelde —señaló con cansancio—. Como me dijiste, le prometí que no le humillarías. Le transmití tu mensaje: «Póstrate a los pies de nuestro padre y todo te será perdonado».

—¿Cuándo abandonará la basílica?

— Esta tarde.

—Quiero que haya sol, deseo mirarle a los ojos.

La edad no perdonó y Leovigildo debió recostarse sobre un maltrecho butacón de cuero, durmió poco pero percibió el descanso. No quiso comer y se limitó a pasear por la ribera del río. Los soldados enviados por Recaredo a la basílica de San Vicente acudieron con el obispo Agapio.

—Llevadme ante el usurpador Hermenegildo —fueron las palabras del rey para el religioso.

Una comitiva encabezada por Leovigildo se encaminó hacia la puerta sur, el acceso a Corduba que salvaba el Betis a través del puente romano. Esta cara sur de la ciudad era un enclave económico principal merced a su puerto. Entre sus construcciones destacaba un recinto fortificado adosado a la cara externa de la muralla y situado en la esquina más próxima al puerto, que se comunicaba con las estructuras civiles del interior. Leovigildo y Recaredo atravesaron la puerta del puente y enfilaron por una vía de tierra que, cien pasos más allá, los condujo hasta un lujoso conjunto de edificios, uno de ellos era la basílica de San Vicente. El obispo Agapio ascendió la pequeña escalinata de mármol, abajo aguardaron el rey y su hijo menor. Leovigildo dirigió una mirada a la plaza en la que convergían el palacio episcopal y el baptisterio, los símbolos de la Trinidad se advertían en cada detalle. Su odio por aquella levantisca ciudad le revolvió las tripas.

Recaredo llamó la atención de su padre: ahí estaba Hermenegildo. El usurpador se detuvo desde la pequeña altura que le otorgaba la escalinata y trató de escrutar el obrar de su progenitor, la puerta de la basílica aún permanecía abierta. El monarca no se movió, aunque su interior ardía al ver que su hijo acudía a entregarse con los atributos de un rey. Hermenegildo comenzó a bajar con parsimonia la escalinata, vestía túnica adornada con motivos áureos y mangas persas, asida a la cintura por un cíngulo de piel púrpura. Conferían majestad a su porte una tira bordada enrollada alrededor del cuello y el gran manto cuyos hombros se forraban de perlas. Lo que más molestó al padre fue la corona sobre su cabeza. Cuando Hermenegildo se encontró frente a Leovigildo se postró a sus pies. Leovigildo miró a Recaredo y luego levantó al hijo rebelde, le clavó sus ojos durante un tiempo largo y finalmente le besó.

—Todo ha concluido, Hermenegildo. Tiempo habrá de entendernos, vayamos ahora al campamento —dijo el rey.

Hermenegildo caminaba entre su padre y su hermano. El latido de los tres corazones sonaba atronador en medio del silencio. El puerto fluvial se había convertido en un hervidero de gente. Al atravesar la puerta del puente el rey giró la cabeza, le pareció ver al hijo de Vigor

entre la soldadesca. En efecto, sus ojos no le engañaron, ahí se hallaba aquel mancebo, todo un enigma para él, que no acertaba a descifrar su juego. Al llegar al campamento Leovigildo hizo montar al rebelde en un caballo y le paseó entre las tropas.

—Aquí tenéis al usurpador, muestra de mi firme determinación. Ninguna duda debéis albergar. ¡Perseguiré y venceré a quien ose ir contra nuestra nación! Es un traidor y como tal será enjuiciado en Toletum, adonde marchará mañana. —Hizo un pequeño silencio y concluyó—: ¡Todos regresaremos a nuestras casas mañana! Felices de volver victoriosos.

El rey hizo bajar del caballo a su hijo y ante todos le escupió, le retiró la corona y le despojó de sus vestiduras reales.

A la mañana siguiente la densa niebla del Betis atenazó aún más el desánimo de Leovigildo. La noche había sido dura, de insomnio entremezclado con pesadillas. Cuando salió de la tienda, ondeando aún la oscuridad del amanecer, el revoltijo de tripas le devolvió al lecho en la certidumbre de hallarse enfermo. Durmió agotado hasta que el trajín del día le arrojó de nuevo a su dolorosa realidad: se hallaba en la odiada Corduba con su hijo el traidor, al que debía castigar como a un tirano.

—¡Padre, padre! —celebró Recaredo al verle asomar su melena—. Has hablado en sueños, sudabas, padre, temí que hubieses enfermado.

El rey palmeó su hombro y se desentumeció.

—Deseo ver al rebelde —dijo sin añadir nada más.

La tienda en la que recluían a Hermenegildo se hallaba a pocos pasos de allí. Un enjambre de soldados vigilaba el recinto. Cuando Leovigildo entró, su hijo se inclinó sobre el lecho.

—Atadle de pies y manos y dejadme a solas con él —ordenó.

Hermenegildo se arrodilló ante su padre.

—¡Te suplico que no me mates, padre!

—¿Por qué has hecho algo así? ¡Te envié embajadores para escuchar tus razones! ¡Te di tiempo para que retrocedieras y todo fuera un mal sueño! —Se hizo el silencio—. ¡Y tu respuesta fue sumar enemigos en mi contra para ganar la guerra que me habías declarado! ¿Por qué?

—Pude atacar Toletum cuando pacificabas el norte y no lo hice. Solo deseaba tener mi reino en la Bética.

—¡La Bética es territorio del reino visigodo y el único rey que existe soy yo! Tú eras mi sucesor y ahora eres mi prisionero.

—¡No me mates, padre, tengo mujer e hijo!

—Sí, duele perder a un hijo, yo tuve uno de nombre Hermenegildo. No sé en qué momento dejó de amar a su padre y le deseó la muerte. Esa traición me acompañará hasta el fin de los días lacerando mi corazón.

Leovigildo se sintió vencido cuando abandonó la tienda de Hermenegildo. Ninguna victoria compensaba la pérdida de un hijo. En las inmediaciones aguardaba Recaredo, que acompasó los andares al ritmo de su padre y fue paciente, le conocía, era un hombre de silencios. Caminaron hasta la orilla del Betis. Al cabo de un rato de observar el discurrir del cauce el rey regresó de su apocamiento.

—Recaredo, debes partir ya para Toletum con el grueso del ejército y el rebelde. Yo esperaré a las milicias de Brantto y Witerico con las tropas del otro lado de la ciudad.

—El ejército está preparado para la marcha, en cuanto a los nobles, ya sabes que Brantto regresa esta tarde y Witerico mañana.

El rey lo corroboró afirmando con la cabeza. Luego añadió.

—Ayer vi al hijo del antiguo bucelario Vigor. No sabía que se había unido a nuestro ejército. ¿Qué opinión te merece?

—Se presentó un buen día del mes de octubre con un equipo militar propio de un magnate, me dijo que venía a ayudar y pidió le diese algo que hacer. Es un ser singular, habla poco pero está hecho para la guerra, los hombres confían en él y le siguen.

—No me fio de él porque hizo algo que no podré perdonarle, me desobedeció.

—Yo no tengo quejas en el tiempo que lleva a mis órdenes, al contrario, se presentó voluntario a pacificar plazas y ciudades de la Bética y ha luchado exponiendo su vida, pero haré con él lo que me digas, padre.

—¿Dónde está?

—En el campamento del otro lado de Corduba.

—En ese caso, el destino le coloca a mis pies.

Mientras Recaredo emprendía el regreso a Toletum un grupo de gardingos acompañaba al rey hasta el campamento ubicado en la vía a Castulo. Varios tamborileros seguían al grupo regio. Leovigildo tomó el trayecto más corto, a su espalda dejó el puente romano. Se desvió hacia la ribera del Betis, empeñado en visitar la antigua basílica de los Santos Mártires. Varias décadas atrás el rey Agila la convirtió en una cuadra y Corduba se levantó contra él y le derrotó, humillándole. En la batalla mataron a su hijo y a buena parte de sus hombres y, además, le sustrajeron gran cantidad del Tesoro real. El noble Atanagildo no se lo perdonó y le declaró la guerra.

—En estas cuadras está el origen de la provincia bizantina de Spaniae —dijo el rey a los gardingos y luego encabritó el caballo pateando el lugar.

Poco después el grupo emprendió el trote hasta llegar al campamento. Los soldados aguardaban al monarca en formación, y él desfiló ante ellos. Vigorti se hallaba en las últimas filas, Leovigildo le localizó enseguida, era obvio que no deseaba destacar y había doblado

las rodillas. Leovigildo sonrió, le daría tiempo para ver si acudía a explicarle por qué desobedeció sus órdenes y alertó a Masona. Sin demorar el reconocimiento de la milicia el rey se recogió en la tienda, pronto llegaría Brantto y necesitaba reponer fuerzas.

Vigorti sudaba a pesar de la frialdad de febrero. En cuanto el rey saludó a las tropas desapareció del campamento con la intención de matar a Brantto y Tarqueo. No había concebido ningún plan: su mente no soportaba la quietud de los razonamientos, solo la intensidad de la spatha le calmaba. La hora de ajusticiar al criminal se aproximaba. Descendió por la vía a Castulo a lomos del caballo. Unas millas más allá se detuvo ante un higueral frondoso que mantendría su anonimato. La excitación de reencontrarse con el noble del parche le provocó vértigo. Un ruido de cabalgaduras contuvo su aliento, se trataba de una avanzadilla para informar al rey, las milicias no tardarían en aparecer. Se colocó la mano en el pecho como si sostuviese su latido que pugnaba por escapar. Un sabor agrio le subió hasta la garganta, escupió vaciando aquella saliva amarga. Al poco, un zumbido denso se fue extendiendo, llegaban las milicias y con ellas el criminal del parche. Vigorti comenzó a sudar, le incomodaba no poder matar a Brantto en cuanto le viera; aunque antes acabaría con su hijo para acrecentar el dolor del padre. Cuando la nube de polvo se fue acercando el mancebo se subió a una higuera. El estandarte del dragón ondeaba señorial encabezando la fuerza militar del noble Brantto, cuyo linaje había encumbrado y relegado a reyes visigodos. Hirsuto, desmelenado y con su fiero parche asomaba la piel de un asesino, dueño y señor de la vida de quienes le seguían. Al lado cabalgaba Tarqueo. Pronto las almas de los dos se consumirían en las llamas del infierno.

En cuanto el polvo se disipó Vigorti montó el caballo y se dirigió al campamento. Cuando llegó, la estampa del lugar se había transformado, ochocientos hombres con caballos descansaban por grupos que a Vigorti se le antojaron árboles fantasmagóricos. Por un momento se sintió perdido, fuera de su hogar, deambuló entre aquella masa fornida que se desprendía de la armadura. Sus ojos buscaban al azar y entonces comprendió que Brantto y Tarqueo comparecerían ante el rey. Con sigilo se acercó hasta la tienda regia acordonada por gardingos que hacían su ronda de vigilancia, procuró no parecer sospechoso y disimuló examinando el herraje del caballo. Brantto y Tarqueo no tardaron en salir de la tienda de Leovigildo. Vigorti sintió que el sudor empapaba sus axilas, levantó los ojos y, para su sorpresa, Tarqueo se dirigía hacia él.

—¡Vigorti! —dijo emocionado alzando la voz.

Vigorti se sintió morir, no era así, con afecto, como él deseaba recibir a Tarqueo.

—¡Vigorti, soy yo, Tarqueo!

Finalmente, debió hacer frente al destino.

—Tarqueo —dijo entre dientes mientras la bilis corroía sus entrañas—, no esperaba encontrarte aquí.

—¿No te han comunicado que hoy nos uniríamos a vosotros?

Tarqueo abrazó a su amigo y, aunque Vigorti se dejó, percibió su desafecto. Imaginó que conocía su ruptura con Wendema.

—¡Tarqueo! —le llamó su padre.

La insistencia de Brantto pospuso el encuentro.

—¡No te marches, Vigorti!, desearía que pudiéramos vernos, me gustaría contarte algo y saber cómo está Wendema.

—Aquí te espero, Tarqueo —contestó Vigorti.

Después de todo, el destino le auxiliaba, concluyó el mancebo mientras observaba el rostro de Brantto entre las riendas del caballo. ¡No había duda! Ante sus ojos y a solo unos pasos tenía al asesino de su padre. Al rato Tarqueo regresó, para entonces un huracán frenaba el deseo de Vigorti de atravesar su cuerpo con el hierro.

—El río cae cerca de aquí —dijo Vigorti—, quizás te apetezca la calma del agua. Me sorprende verte hecho a la vida militar que tanto detestabas.

—Y sin embargo esto es lo tuyo, la guerra, parece que fuerzas ajenas nos reúnen.

Descendían camino del río, no eran los únicos, había un reguero de soldados que pululaban por la zona. Durante un rato hablaron de la campaña militar y de Hermenegildo. Vigorti relató la rendición del rebelde ante la insistencia del otro y satisfechas las premisas de la guerra Tarqueo decidió explicar a su amigo por qué dejó a su hermana.

—¿Sabes que Wendema y yo ya no estamos prometidos?

—Sí, sé que la dejaste.

El matiz de Vigorti y el rencor de su voz taladraron el sentir de Tarqueo, que hasta entonces no se había percatado del enfado de su amigo.

—Hay veces que uno no puede contar algunas cosas, Vigorti, es mi caso. Pero créeme, tenía que romper con tu hermana, la quiero y siempre la querré, pero nuestro amor es imposible.

—Lo sé.

—No, no lo sabes, hay cosas horribles, cosas…

—No seas cobarde, Tarqueo, y pon nombre a esas cosas.

Tarqueo miró a Vigorti y luego bajó la vista.

—Hay cosas que no te puedo decir, Vigorti, que ni imaginas.

Vigorti rio tan expansivamente que concitó la atención de quienes le rodeaban.

—Tu padre mató al mío, ¿eso es lo que no imagino?

Tarqueo se quedó petrificado.

—Empuña la spatha y lucha porque la muerte viene a por ti, te voy a matar ahora mismo, pero no deseo hacerlo como un demonio, te daré la oportunidad de defenderte. Vi a tu padre matar al mío, colgaba del techo y sin defensa le arrancaron los ojos, le cortaron la lengua y le quitaron la piel. ¡Maldito seas! Voy a matarte. ¡Saca la spatha!

Tarqueo no se movió.

—¡Saca la spatha te digo!

Vigorti le empujó y le tiró al suelo.

—Me da igual que no te defiendas, eso no te hace menos culpable.

Le dio un tajo en el antebrazo derecho y la mano saltó por los aires. El chillido de Tarqueo atrajo la atención de todos. Milicianos de Brantto corrieron hacia el hijo de su señor. Vigorti aún tuvo tiempo de arrancar el cuero cabelludo que rodeaba la oreja derecha de Tarqueo y un tropel de hombres se abalanzó sobre él e impidió que culminara su obra.

—¡No le peguéis más, dejad que se marche, es un asunto privado! —gritó Tarqueo entre alaridos.

—Servimos a vuestro padre, si supiera que le dejamos escapar nos mataría.

Tarqueo sangraba, las túnicas roídas de los milicianos atornillaron el antebrazo para evitar que se desangrase y sin demora le trasladaron ante el médico del campamento. Leovigildo y Brantto aun conversaban cuando recibieron la noticia. Brantto corrió junto a Tarqueo, el médico calentaba el hierro en una fogata.

—Señor, ha perdido bastante sangre y debemos quemar la zona enseguida.

—¿Vivirá?

—Si detenemos el sangrado es probable.

Los tejidos con vasos sanguíneos debían cauterizarse para evitar la hemorragia, el hierro a temperatura extrema coagulaba la sangre, no cabía otro remedio.

Por su parte, Leovigildo se las veía con Vigorti, que, amordazado de boca y manos, había sido conducido ante su presencia.

—¡Quitadle la mordaza! —ordenó el rey a los gardingos que custodiaban al reo.

Vigorti se mantuvo firme y sin bajar la cabeza.

—He de decir que no me extraña esto de ti. Eres todo un enigma para mí, Vigorti. ¿Por qué has actuado así? Aunque debes saber que has traspasado límites tan grandes que no harán posible mi auxilio. Te aguarda la muerte. Todos juran que si no hubieran intervenido Tarqueo no viviría. No entiendo nada, ese noble estaba prometido a tu hermana.

El rey se tocó la melena, su mente buscaba respuestas que no llegaban.

—¿Por qué? —añadió de nuevo.

—Ese hombre, el padre de Tarqueo, mató a mi padre en Villa Spatha. ¡Él es el asesino al que he buscado durante este tiempo! ¡Es el traidor! Nunca os conté que el noble que mató a mi padre llevaba un parche en el ojo porque deseaba aplicar mi justicia sobre él.

—De ser verdad lo que cuentas, la condena a muerte por traición es una atribución del rey, no tuya. La ley te permite reclamarle un peculio, nunca una vida.

—Yo deseo ojo por ojo y diente por diente. ¡Brantto debe morir!

—¿Y su hijo Tarqueo?

—El diablo Brantto sabía que mi padre hablaría para salvar la vida de mi hermana y la mía, así que sus hombres nos buscaron por Emérita; de habernos hallado, Wendema y yo estaríamos muertos. Ese diablo, ¿nos hubiera soltado después de verle la cara? ¡No!, nos habría matado. Por eso su hijo debe morir.

—¿Qué pruebas tienes contra Brantto, Vigorti?

—¿Pruebas? Vi su parche, le vi, majestad, ¿qué prueba es más poderosa que mis propios ojos observando el crimen?

El rey ordenó que volvieran a tapar la boca de Vigorti y le retuvo en su tienda. La cabeza de Leovigildo se cuestionaba inclemente qué creer. ¿Sería Brantto el traidor? Un escalofrío recorrió su cuerpo. ¿Bastaba la palabra de Vigorti para condenar a un magnate que bien podría disputarle el trono del reino? Las dudas sobre cómo actuar martirizaban al rey. Un paso en falso en un momento así, y con alguien como Brantto…

En cuanto la hemorragia de su hijo se detuvo, Brantto acudió ante el rey como si fuera el mismo diablo.

—No puedo concederte lo que me pides —señaló Leovigildo temiendo la furia incontenible del noble—. Debe celebrarse un juicio.

—Os hablaré claro, Leovigildo, os he servido noblemente, no me levanté en vuestra contra cuando usurpasteis a la nobleza la posibilidad de acceder al trono y nombrasteis herederos a vuestros hijos. Pero si mañana no habéis cambiado de parecer y seguís sin entregarme a esa boñiga para que le corte el cuello ante mis hombres y con mis manos, no sé qué postura adoptaré.

Las palabras de Brantto iban en serio.

El nuevo día clareaba cuando el magnate regresó a la tienda del rey. Afuera, sus hombres rodeaban el campamento en forma de media luna.

—¿Cuál es vuestra decisión, Leovigildo? —espetó Brantto sin más preámbulo y dispuesto a todo.

—Al menos acepta un careo con Vigorti y permíteme unas

preguntas.

—Que le quiten la mordaza y terminemos con esta infamia.

—Pero no será en mi tienda, veo que tenéis a vuestros hombres muy atentos rodeándome. —Leovigildo le miró a los ojos, los dos sostuvieron sus miradas—. Espero que podáis convencerme de que este mancebo no tiene razón. Cuando mataron a Vigor, vos no me acompañabais en el Norte, supuestamente estabais en Toletum, pero él dice que os vio matar a su padre, que el presbítero de Casa Herrera puede dar testimonio de cómo unos soldados llevaban a su padre prisionero y de cómo él se escapó de la basílica para ir en su ayuda. Dice que también Masona puede dar fe de que él estaba en Villa Spatha, se quemó el cuerpo intentando apagar las caballerizas que vos y vuestros hombres incendiasteis.

—¡Necedades, todo necedades! ¡Y con Masona de por medio! ¡Ese obispo diría cualquier cosa en mi contra! —Brantto dio unos pasos y quedó frente a Leovigildo—. ¿Mi rey cree a este gusano asesino? A él sí que le han visto amputar la mano de mi hijo. Si lo deseáis, Leovigildo, saldré fuera, pero es mi última concesión.

Mientras el rey y Vigorti salían de la tienda Brantto hizo señas a Siwae, que preparó los caballos. Cuando el rey recibió la tenue luz del día creció su desazón, le impresionó observar a la milicia de Brantto rodeando el campamento, se sintió prisionero. Witerico aún no había llegado y el contingente de soldados a su cargo era exiguo. Leovigildo albergó alguna posibilidad de salir de aquella encrucijada tendiendo la mano a los hombres de Brantto, él era un rey estimado que recompensaría ampliamente la verdad. Con la mayor convicción hizo un breve alegato ante los soldados sobre las circunstancias presentes, sin un juicio no deseaba entregar a Vigorti a la muerte, de modo que apelaba a ellos. Serían nombrados gardingos con la adjudicación de una propiedad real si cualquiera de los presentes pudiera aportar alguna prueba sobre la verdad a la que pretendían dar luz. Brantto odió con todas sus fuerzas a Leovigildo, consciente de que creía a Vigorti. El magnate intervino en primer lugar. Todos comprendían su cólera, la breve decalvación de su hijo y la amputación de la mano derecha eran actos del mayor significado, pues impedían a un visigodo acceder al trono. Además representaban castigos aplicados a los usurpadores.

—¡La humillación sufrida por mi linaje exige la muerte de ese perro criminal! —gritó arañando el aire.

Tarqueo asistía a aquella especie de juicio postrado en una camilla, por momentos perdía la lucidez a causa de los mejunjes que le aplacaban el dolor. Observar a su padre con aquel tono y aquella exigencia le irritó sobremanera. Así le había tratado durante toda su vida. Tarqueo recordó a Wendema y se le saltaron las lágrimas,

moriría de pena si ajusticiaran a su hermano. Cuando Brantto terminó de escupir sus razones, sus milicianos corearon consignas exigiendo la muerte de Vigorti. El rey Leovigildo sintió pánico por su débil posición, no se le ocurría cómo mantener a Vigorti con vida para escuchar los testimonios a los que él aludía. Con el campamento en contra llegó el turno de Vigorti, se levantó y miró a aquellos hombres con tal resentimiento que las primeras palabras se ahogaron en su garganta. Entonces se acordó de su padre y de que defendía la verdad. Relató cada detalle del día en que asesinaron a su padre, cada orden que Brantto dio para torturarle con lentitud, poco a poco, para hacerle hablar. Todo porque su padre callaba guardando lealtad a Leovigildo, secretos del reino. Describió la figura de su padre envuelta en un mar de sangre sin piel, ni ojos ni dientes, y el sadismo del noble.

— El único pecado de mi padre fue servir con honor al rey Leovigildo —terminó por decir.

El campamento guardó silencio ante la narración de Vigorti, se compadecían de él, muchos conocieron a Vigor. Brantto interrumpió al mancebo, le irritaba escucharle.

—¡Necedades, necedades que no lograrán salvarte de la justicia de mi spatha! —contrarrestó el noble—. ¡Muerte! —gritó. Y ante el decaimiento de sus hombres, insistió—: No tiene una sola prueba de lo que dice y sin embargo ahí tenéis a mi hijo Tarqueo. ¡Miradle!

El rey levantó las manos y se dirigió a Vigorti, su dolor había sembrado dudas entre aquellos hombres.

—Vigorti, ¿dices que había más hombres junto a Brantto en las caballerizas? ¡Señálales!

Vigorti echó a andar entre aquella masa.

—¡Él! —y apuntó a Siwae.

—Todo el mundo sabe que Siwae siempre está conmigo.

—Vigorti no conoce a tus hombres, hasta hoy ni siquiera se había encontrado contigo.

Brantto corrió hacia Vigorti y le cogió del cuello.

—¡Este criminal no se reirá de mí ni de mi hijo, ha llegado su hora!

Leovigildo caminó hacia Brantto.

—¡No lo hagas!

—Este asunto es privado, Leovigildo, ¡échate a un lado! Mi hijo clama justicia y voy a matarle.

—¡Sí!, ¡clamo justicia, padre! —dijo Tarqueo elevando la voz cuanto pudo—. Por eso voy a presentar una prueba que guardo y me quema el alma. Yo no soy como tú, padre. No quiero ser cómplice de tus atrocidades.

—¡Qué dices, necio!

—No, padre, no volverás a humillarme nunca más. Tus hechos te persiguen y yo tengo la prueba.

—¡Haz el favor de callarte, la pérdida de sangre te ha dejado sin sesos!

Un miliciano llevó al rey un trozo de pergamino que Tarqueo le extendió. Entretanto Tarqueo se encaró con su padre.

—Encontré la carta que Vigor te robó y entregó al abad Nuncto cuando le perseguías. ¡Padre, estaba en el manto de Santa Eulalia, en Emérita! ¡Eres un traidor!, escribiste a Gontran I, deseabas aliarte con él e intrigar contra Leovigildo. Vigor te descubrió y le mataste, pero no consentiré que mates a Vigorti.

—¡Prended a Brantto, es el traidor! —ordenó el rey.

Los hechos daban un vuelco que nadie comprendía. ¡Qué estaba sucediendo! ¿Qué decía aquel reducido pergamino? ¿De qué carta hablaba Tarqueo? La milicia de Brantto fue incapaz de reaccionar con rapidez al mandato de Leovigildo y esa vacilación bastó al impetuoso señor del dragón para montarse en el caballo y huir junto a Siwae. Leovigildo, con el rostro descompuesto por el cariz de los hechos, alentó a los gardingos para que emprendieran la caza de Brantto. Luego se dirigió a Vigorti, le quitó las cuerdas de las manos y los pies y le abrazó emocionado. Desde el otro mundo, ¡por fin!, Vigor finalizó su misión y desenmascaró al traidor.

—No te has rendido nunca, has peleado exponiendo tu vida, el amor a tu padre te ha guiado. Estoy tan orgulloso de mi bucelario Vigor como él lo está de ti.

Volvieron a abrazarse. Leovigildo, sumamente agradecido, dio un paso atrás y colocó su mano en el hombro de Vigorti.

—Por la tenacidad con que has perseguido la verdad enfrentándote a sombras perversas, te concedo el privilegio de ser mi gardingo, Vigorti.

El mancebo aceptó.

SEGUNDA PARTE: CAOS

Guerra, la llamada del odio

Wendema deambuló hasta el tablinum de la domus de Eusebia casi sin pisar el suelo. La excitación le producía un mariposeo de tripas. Un funcionario municipal acababa de entregarle un pergamino. Era la primera vez que su hermano le escribía desde que se marchó de Emérita para matar a Brantto y a Tarqueo; de eso hacía dos años menos tres meses. Conoció lo sucedido en Corduba merced al rey Leovigildo, que le envió el nombramiento de Vigorti como gardingo y unas palabras de su puño y letra para honrar a su padre y hermano en nombre de la nación visigoda.

El temblor de sus dedos rasgó el pergamino y su garganta emitió una especie de aullido, los nervios le aceleraron el pulso. Wendema posó sus ojos en aquella anhelada carta, pero la letra no era de Vigorti.

Bracara, capital del reino suevo.
Mayo del año 585.

Hermana mía, amada Wendema.

A las puertas de la ciudad de Bracara me hallo, feliz de que mi destino venga a mí y de servir con mi spatha a nuestro magnánimo rey y a nuestro pueblo.

Pronto la nación visigoda se engrandecerá con una nueva provincia y podremos decir que existió, antaño, el reino de los suevos y que se rindió a la fuerza visigoda.

Y será mi spatha la que dicte esa Historia.

He leído tus cartas, querida Wendema, me pedías que te escribiera pero lo mío no son las palabras, bien lo sabes tú, me cuesta parar y hay que hacerlo para escribir. Un hermano de la guerra se ha brindado a escribirte por cuanto hablo de ti. Tanto te elogio que desearía conocerte, así que dime si sigues sin amar a nadie, para que Sfagio no se ilusione contigo, la edad no perdona y esposo debes tener.

Ya ves, aunque en suelo suevo, mis deberes con la familia no abandono.

Hermana mía, feliz estarás —como lo estoy yo— por mi designación como gardingo de Leovigildo. Sé que el rey te hizo llegar la orden en la que me nombraba. Ya pertenecemos a la nobleza, tengo fundo nuevo y una docena de sirvientes.

Si padre me viera… Leovigildo me complació concediéndome la tierra en suelo lusitano para estar cerca de ti, aunque aún no he visitado mi propiedad. Ahora lo más importante es servir a mi rey y

matar a los que tenga que matar. Me presto voluntario a todas las misiones y tengo en mi haber gran número de cabelleras.

Mi brazo es temido y mi spatha no se agota.

Wendema, nuestro común deseo de matar a Brantto y Tarqueo se ha cumplido a medias, por el momento me conformo con el adelanto que me ofreció el destino: Brantto es reo de traición y asesinato, nadie sabe dónde se esconde, pero el dueño del parche tiene los días contados. En cuanto a Tarqueo, le corté la mano derecha y decalvé un trozo de cabellera de una de sus orejas, sé que no le maté como te prometí, pero me conformo con eso, ha quedado marcado para la eternidad.

Tu vida, querida Wendema, debe de ser aburrida en Emérita, y puesto que a Sfagio le gusta escribir y se presta, te haré conocedora de las intrigas del reino.

El segundo hijo de Leovigildo, Recaredo, continua soltero, a veces sueño que te conoce y se enamora de ti y emparentamos con este linaje, bueno…, solo es un sueño, no te apures, no he perdido el juicio.

Recaredo iba a casarse con Rigunda, hija de Chilperico I y Fredegunda, reyes de Neustria, pero en septiembre del año pasado Chilperico I murió envenenado en su villa de Chelles, a la que había ido a cazar. Rigunda conoció la noticia camino de Toletum y se dio la vuelta, ya no tenía ningún sentido ese matrimonio.

Así que Recaredo sigue soltero, lo que preocupa a su padre.

Muchas son las tribulaciones de Leovigildo, al que observo agotado. La hora de la guerra ya no está en él y sin embargo sigue dando la batalla.

Un rey debe serlo siempre, anciano y joven.

Como te contaba, ahora me hallo en territorio suevo que pronto será visigodo, Leovigildo viene decidido a ello. En las palabras de ayer a la tropa nos dijo que el Tesoro real suevo se sumará al visigodo y el reino se convertirá en una nueva provincia bajo nuestro dominio.

Sé que no te gustan las guerras, hermana, las mujeres no podéis entender estas cosas de hombres, pero esto es lo mío, lo siento en la piel, antes de atacar al rival me invade una vitalidad tan grande que podría destruir una muralla con la fuerza de mi spatha y después, cuando veo los cuerpos aniquilados me siento poderoso.

El rey ha tenido ocasión de comprobar que mi desempeño como gardingo no me viene grande, mi actuación en las ciudades suevas de Egitania y Conimbriga ha sido vital para la rendición de estas plazas.

En Egitania, en mi ronda de exploración al mando de un grupo de cuarenta hombres, decidí adelantar acontecimientos. Sus murallas estaban intactas, así que, disfrazados de clérigos, accedimos a la ciudad por la puerta sur. Nos plantamos en el palacio del obispo y le

tomamos como rehén, antes maté a varios siervos que intentaron protegerle. Con mi cuchillo en el cuello del obispo y mi hacha en la otra mano, llegamos hasta el conde de la ciudad tras fulminar a su pequeña guardia. El conde rindió Egitania al momento.

Cuando llegó Leovigildo ya le aguardábamos con las autoridades suevas y la pequeña tropa, subyugados a sus pies.

Esa misma noche convencí al rey para repetir idéntico movimiento en Conimbriga, antes de que cundiera la alerta. Y con mi grupo de cuarenta hombres la sometimos también. Esta vez aprovechamos que sus murallas estaban derruidas en algunos tramos para acceder. En Conimbriga debimos entablar combate con un grupo que nos salió al paso antes de llegar hasta el conde. Me batí frente a suevos que me triplicaban y solo me alcanzó el puño de un perro sarnoso que me partió la nariz porque me cogió a traición. Pero no te acongojes, con el umbo del escudo le destrocé el cráneo, le cogí del moño y le rebané el cuello. Y el resto de diablos suevos no terminaron mejor, uno a uno inserté mi spatha en sus corazones.

Con ellos di ejemplo, nadie osará levantarse contra la fuerza y determinación del ejército visigodo. Fue un gran éxito, Wendema, aunque Leovigildo me reprendió, dice que me lancé sin organización y me arriesgué poniendo en peligro mi vida y la de mis hombres. Esa crítica del rey no me importó, obedeció más bien a la protesta del conde de Conimbriga que le dijo: «las muertes de mis hombres han sido crueles e innecesarias, conocíamos vuestra presencia en territorio suevo, rey Leovigildo, y pensábamos rendirnos». ¡Qué iba a decir él! Más tarde el rey me condecoró y me entregó el escudo, el caballo y el resto de armas pertenecientes al suevo que me partió la nariz.

Desde Viseum en adelante en el resto de plazas ondearon banderas blancas y ramas de olivos, pero piensa, ¿por qué crees que ha sucedido eso? Sí, los antecedentes de Egitania y Conimbriga pesaron. Se saben derrotados ante el ejército visigodo y su brazo de hierro, que es mi propio brazo y el de mis hermanos.

Ahora estamos a las puertas de Bracara, que ningún atributo de paz exhibe. Leovigildo no desea atacar, yo lo hubiera hecho ya y me ahorraría esta demora que nos crispa los nervios a todos. La batalla no durará ni un tercio de mañana, apuesto a que estos suevos se mueren de miedo, desde el campamento puedo oler su temor.

La segunda plaza más importante del reino suevo ya la venció su hijo Recaredo, que al mando de una parte del ejército subió y atacó Asturica. El dux del ejército, Claudio, marchó junto a Recaredo. Ambos tenían la misión de rendir las plazas del este y el norte. Ahora esa misión la emprende Claudio en solitario, que va dejando tropas por las zonas pacificadas: Lucus, Iria y Tude.

En estos momentos nos separan cuatro millas de Claudio, que

aguarda órdenes en los suburbios norteños de Bracara, en el cenobio de Dumio.

¿Sabes por qué Recaredo no se halla junto a Claudio?

¡Hace un mes los francos invadieron la Septimania!

¡Otro problema más para Leovigildo!

Al mayor galope debió marcharse Recaredo con parte del ejército a la provincia visigoda de la Septimania. Gontran I, rey de Borgoña, cuyo territorio linda con esta provincia, decidió apropiarse de ella aprovechando que Leovigildo emprendió esta ofensiva contra los suevos. Gontran no actúa solo, su sobrino Childeberto, hijo de Brunegilda y rey de Austrasia, le acompaña en esta aventura. Según informó el correo, las tropas de Borgoña y Austrasia intentan asaltar las ciudades de Nimes y Carcasona. Hasta el momento las fortalezas y guarniciones visigodas de esas plazas aguantan la embestida, ojalá continúen haciéndolo mientras Recaredo acude en su auxilio.

Hacía tiempo que Gontran deseaba expandir sus dominios, y la muerte de su sobrina Ingunda ha sido la excusa perfecta para unir a Brunegilda y Childeberto en esta empresa. La esposa de Hermenegildo falleció en Sicilia mientras los bizantinos la trasladaban a Constantinopla. El emperador Mauricio retiene al pequeño Atanagildo como rehén y su abuela Brunegilda hace lo indecible por recuperarle.

Y por si el ocio abrumara a Leovigildo y su corazón no hubiera caído en las tinieblas del dolor, se ha producido otro hecho que ha debilitado al rey: la muerte de su hijo Hermenegildo.

Leovigildo nunca ha dejado de amar a su vástago el rebelde, y ha sido benevolente al máximo con él. Antaño, cuando se sublevó en Híspalis y le dio la oportunidad de dar marcha atrás, y más tarde, cuando le prendió reo en Corduba. De allí Hermenegildo fue removido a Toletum, su padre no le aplicó ninguno de los castigos previstos a los usurpadores —aunque pienso que debió hacerlo—. Simplemente le trasladó a Valencia, donde le dejó preso con un sirviente. Hermenegildo se escapó de Valencia al conocer la invasión de la Septimania, hacia allí se dirigía cuando los hombres de su hermano Recaredo dieron con él en Tarraco. Recaredo estaba en la zona, puesto que acudía a sofocar esa misma rebelión. No conozco cómo han sucedido los hechos, solo sé que hace dos días Leovigildo recibió la noticia de la muerte de Hermenegildo a manos de su carcelero, Sisberto, que le decapitó.

Entre la tropa se cuentan versiones distintas, pero nadie sabe la verdad: si la orden de matar a Hermenegildo la dio Recaredo para evitarse un futuro problema, en vista de la tenacidad de su hermano para irles a la contra, o fue el rey, imposible perdonarle tantas humillaciones.

¡Como ves, la intensidad marca mis días!

A Sfagio le duele la mano, pero hace tanto que no te escribo que debo aprovechar.

Antes de despedirme te contaré una última cosa.

A veces me llama el rey Leovigildo a su presencia, dice que debe tutelarme por fidelidad a padre, que entregó su vida por él. El otro día exaltó mis cualidades: «Eres un guerrero noble y audaz, valiente y resolutivo, con un cuerpo fuerte que cobija a los débiles bajo su manto». Luego añadió que debía aprender algunas cosas para llegar a ser un líder al que todos siguiesen. Me dijo: «Debes pensar antes de actuar, no te muevas por instinto, planifica y aprende a ser paciente». Después me hizo conocedor de uno de sus secretos: «Desde el mismo momento en que fui elegido rey tuve en mente acabar con el reino suevo, unir esta enorme masa de tierra a la patria visigoda para hacer de ella un imperio. He debido aguardar más de quince años para lanzarme a cumplir este sueño porque hay aventuras que, por su magnitud, requieren una paciencia suprema que garantice un éxito seguro». ¡Más de quince años esperando, Wendema! Eso para mí es imposible. Bien me conoce el rey. ¿Soy tan transparente —Sfagio se ríe mientras escribe— o es la sabiduría de Leovigildo?

Y ha sido ahora, aprovechando la rebelión del noble Audeca, cuando Leovigildo ha visto la oportunidad de eliminar al reino suevo.

Hace unos meses, Audeca y un sector de la aristocracia se levantaron contra el rey Eborico, que heredó el reino a la muerte de su padre, Miro, cuyo final aconteció nada más regresar a su tierra tras enfrentarse a Leovigildo en Híspalis. Miro había realizado un juramento de sometimiento al reino visigodo, en este juramento se reafirmó su hijo Eborico cuando le sucedió en el trono. Sin embargo, el proceder de Audeca ha sido bien distinto; primero obligó a tomar los hábitos de monje a Eborico y así, de un día para otro, el antiguo rey desapareció de la vida pública para vegetar en un cenobio. A continuación Audeca se casó con la madre de Eborico, Siseguntia, para atraerse al sector nobiliario que apoyaba al rey Miro. Leovigildo no hizo nada mientras esto sucedía, pero Audeca osó acuñar moneda para reafirmar su condición de rey en lugar de mantener la sumisión a la nación visigoda. Leovigildo ha decidido que había llegado la hora de cumplir su añorado sueño.

Y aquí está —estoy, estamos—, con una parte de su ejército en pie de guerra para acabar de una vez por todas con los suevos.

Bracara, capital del reino, es la última plaza por rendir. Leovigildo aguarda la decisión de Audeca. Yo ansío la batalla, ojalá y Audeca nos dé la oportunidad de cortarle el moño que tan a gala encabritan sus cabellos.

No abuso más de Sfagio —vuelve a reír—, tengo que aprovechar hoy que me ha dado la vena del corazón.

Escríbeme, hermana, y dime si no estás enamorada, entonces te haremos una visita Sfagio y yo. Recuerda que saliste del convento de la madre Eugenia y que la llamada del cuerpo atendiste, así que piensa en tener esposo cuanto antes. Padre así lo querría.

Te llevo siempre conmigo, amada Wendema.

Vigorti, hijo de Vigor.
Gardingo del rey Leovigildo.

18

El rey de los suevos, Audeca, se lamentaba en la soledad del recinto que cobijaba el Tesoro real. En el ala opuesta del palacio le aguardaban los nobles, resolvían si rendirse o enfrentarse a la demoledora maquinaria bélica de Leovigildo ante la que no les aprovechaba ninguna oportunidad. El tiempo ofrecido por el godo concluía. La aristocracia sueva sabía que no existía disyuntiva alguna: rendición o derrota. Audeca había solicitado a la asamblea un espacio de reflexión y se había guarecido en el salón del Tesoro. Entre las excelsas riquezas el nuevo monarca se mortificaba contemplando el oro y la plata, gran parte de este material precioso provenía del triunfo de su admirado rey Riquila en la Bética sobre el líder Andevoto y su ejército. Saber que Leovigildo tomaría el tesoro de su pueblo como botín azuzaba una vergüenza que le corroía las entrañas. Riquila le vería desde el cielo, y él percibía en la garganta el yugo opresor de su dedo. Riquila, el mejor soberano de los suevos, el que conquistó Emérita y expandió el reino, se había convertido en su verdugo; Audeca se sentía como el hijo del rey admirado, Requiario, antes de ser ejecutado tras perder la batalla contra Teodorico II a orillas del río Órbigo. ¿Pediría Leovigildo su cabeza o se conformaría con la anexión del reino?

Audeca se limpió los ojos, no deseaba morir, aunque quizás fuera lo menos oneroso, al menos podría compensar la deshonra de ser el rey que puso fin a la historia de los suevos. Ante esta idea las lágrimas afloraron de nuevo, su mente voló evocando las historias que los ancianos del clan narraban a los infantes. Solían decirles que los suevos contaban con la gracia de Dios, que siempre acudía en auxilio de ellos en los peores momentos: así había ocurrido cuando los romanos intervinieron contra los vándalos asdingos que los tenían cercados en los montes Nerbasios; o cuando Teodorico II no los aniquiló tras la batalla del río Órbigo; también en el año 576, cuando Leovigildo decidió pactar con el rey Miro en lugar de aniquilarlos. ¿Desearía pactar el soberano visigodo con él? ¿Leovigildo los habría invadido de haber estado gobernando Eborico? Rechazó el

interrogante, le hacía sentir culpable. Sí, se había sublevado contra Eborico, muchos magnates le habían alentado y secundado en tal empresa; él nunca se habría rebelado contra su padre, Miro, todos le amaban y respetaban, y ejercía la diplomacia como nadie. Tiempo atrás el rey Miro había encargado al obispo Martín de Braga la redacción de un tratado para aleccionar a futuros monarcas sobre el buen gobierno del reino. Audeca había leído la obra, Formula Vitae Honestae. Al parecer, de poco le serviría su lectura.

Audeca tomó aire, no era momento de fustigarse, si debía fenecer, que fuera al menos con algo de dignidad. Se limpió los ojos y con firmeza recorrió los pasillos del palacio que le separaban de la asamblea de nobles. Cuando entornó la puerta los concurrentes se alzaron y entonaron un cántico con el brazo cruzado sobre el pecho. Audeca sintió que su mente volaba y el cuerpo se le desdibujaba, una emoción tan hercúlea que temió desvanecerse. Después se dirigió a la nobleza.

—Palabras de dolor se retienen en mi garganta. Una en especial lacera mi pecho pero debo pronunciarla: ¿rendición? —dijo al fin—. Si nos rendimos y nos sometemos al vasallaje de Leovigildo, quizás exista una oportunidad para nuestro pueblo. Si nos enfrentamos a él seremos derrotados. Pero ante todo, sabed que estamos a merced de Leovigildo.

El magnate Malarico expuso la situación del reino.

—El último explorador no solo constató la presencia de tropas visigodas en todas nuestras plazas, también la existencia de un cordón en torno a los ríos Duero y Esla. Es el fin.

—¿Deberíamos combatir entonces? —preguntó Audeca.

Uno de los nobles más ancianos, de barba y cabellos grises y ojos de mar, respondió.

—No es hora de engaños, hermanos, nuestro ejército es mínimo aunque goza de una insuperable capacidad de movimiento, somos fantasmas a caballo, nadie nos ve hasta que caemos sobre ellos. Hemos realizado prodigiosas razias y obtenidos botines magníficos. Pero contra un ejército que nos supera y a campo abierto, solo conseguiríamos dejar huérfanos a nuestros hijos y viudas a nuestras mujeres, y quién sabe si algún godo las desposaría.

—Gasddo tiene razón —se levantó del butacón un noble suevo de barriga prominente—; en ciento setenta y siete años de existencia del reino a campo abierto hemos vencido en dos ocasiones: al general romano Vito y al líder bético Andevoto.

Otro suevo de cabellos rojizos como las tierras de Akalella tomó la palabra.

—En mi entendimiento solo cabe la rendición, pero la cuestión es otra. Aunque nos rindamos, ¿Leovigildo nos permitirá un vasallaje o

anexionará nuestro reino?

La asamblea reaccionó a la pregunta. Ojos temerosos, desesperados, iracundos y resignados se miraron. ¡Quizás desapareciera el reino suevo! Esa era la gran tragedia que nadie se atrevía a cantar al viento.

—Hermanos míos, lo que voy a deciros va contra la cordura, pero mi corazón no me dicta otras palabras. Yo no he derrocado a Eborico para entregar Bracara a los godos sin luchar, sé que moriré, pero no pasaré a la historia como un cobarde. Creo firmemente que Leovigildo no se prestará a negociar con nosotros. Prefiero perder el reino de los suevos que entregarlo. —A continuación, se dio la vuelta y quedó de espaldas a la asamblea—. Pero no os obligaré a luchar a mi lado.

—Nadie os abandonará, rey Audeca, con nuestras mermadas fuerzas nos enfrentaremos a Leovigildo y moriremos con honor —señaló Malarico.

A continuación votaron, todos alzaron la mano: darían la batalla.

Era la última satisfacción que obtendría su pueblo.

Al día siguiente al alba, el ejército suevo formó con valentía, dispuesto a romper uno de los cercos establecido por los visigodos en las proximidades del cenobio de Dumio. Ese enclave era protegido por el dux Claudio y su fuerza militar. A varias millas se hallaba Leovigildo.

En cuanto las tropas suevas iniciaron el movimiento los vigías godos cabalgaron con premura a informar al rey. El enemigo se dirigía de forma inequívoca hacia el sitio de Claudio, que también había sido informado.

—¿Cuántos hombres calculáis? —interrogó el rey.

—No llegan a dos mil, señor, desplazaron efectivos a otras plazas conquistadas y su exiguo ejército se ha visto mermado aún más.

—Acabaremos con ellos antes de que el sol salga por completo. Me quedaré con dos guarniciones por si desean sorprendernos con alguna razia. Cuando traspasen aquellas lomas me dais la señal. Las milicias de Witerico, Afrila y Gusino atacarán por detrás, cuando Claudio ya esté combatiendo.

—Como ordenéis —contestaron.

—¡Tú! — señaló el rey a uno de los vigías—, ¡avisa a Claudio! Asegúrale que apenas tendrá que aguantar la primera embestida. Enseguida entrarán en la batalla los magnates y dile que ya han iniciado las maniobras para ir hasta el cenobio.

Sin perder tiempo el monarca llamó a los nobles godos que entrarían en la contienda. Las órdenes estaban claras. Las milicias de Witerico, Afrila y Gusino formaron y comenzaron a moverse con lentitud. El rey buscó a Vigorti.

—Vigorti, tú permanecerás junto a mí. Dobla la vigilancia, no sería

de extrañar que algún suevo quisiera asustarnos.

Leovigildo se apoyó en un árbol.

—Señor, ¿os ocurre algo?

—El cansancio, Vigorti. Llevo en guerra toda la vida.

Una hora después un intenso ruido comenzó a percibirse en el claro del bosque en el que aguardaba Leovigildo. El ruido de la contienda: una mezcla de choques de metales, gritos y relincho de caballos. Nubes de polvo y un tamiz de sangre en la tierra.

Mientras el dux Claudio se enfrentaba a los suevos, Vigorti se hallaba inspeccionando los alrededores de Bracara, un arrabal desierto en el que los habitantes, junto a los animales domésticos, se habían guarecido entre las murallas de la ciudad. Aquel espacio mantenía incólumes sus edificios religiosos y las pequeñas viviendas de adobe. Allí no había nadie. Vigorti lo había revisado a conciencia. Así que regresó junto a sus hombres al campamento y fue a informar al rey, le sorprendió saber que se hallaba en la tienda. No montaba su caballo como solía hacer cuando esperaba el final de una batalla. Algo le sucedía. Se asomó a la tienda y le encontró recostado, sin fuerzas.

—¡Señor!

—Siento la misma extenuación que si llevara horas blandiendo mi spatha contra cuerpos enemigos, Vigorti. No alarmes a nadie, solo necesito reponerme para hablar a la tropa con bravura cuando ganemos la guerra. Ven a buscarme entonces.

Tres horas después, a los pies de una boscosa vegetación, el rey Leovigildo, con su manto granate y la corona de oro, recibía altivo al dux Claudio que le entregaba victorioso al rey suevo Audeca y a los nobles Malarico y Gasddo. Un bosque de robles, castaños y acebos tan viejos como el reino suevo rodeaba el lugar de la derrota.

Leovigildo dejó hacer a Audeca. El suevo se bajó del caballo, se quitó la corona y desde su posición de inferioridad se la ofreció a Leovigildo, que entonces desmontó.

—El pueblo suevo ha sido derrotado por el soberano de los visigodos y ante vos me postro, rey Leovigildo. —Audeca se inclinó abatido.

—Audeca el usurpador, ese eres tú para mí. Eborico, apenas murió su padre, acudió a Toletum para renovar la sumisión del pueblo suevo al visigodo, que le garantizaba la libertad. En cambio tú elegiste plantarme cara. En lugar de sellar nuestro antiguo pacto optaste por acuñar moneda.

—Rey Leovigildo, nunca fue mi intención… —Pero el visigodo no le permitió seguir.

—Son tus actos los que me han traído hasta territorio suevo. ¡Has traicionado mi confianza y no habrá perdón! Tampoco un nuevo pacto de vasallaje.

Audeca inspiró con fuerza y retuvo el aire en el estómago, no podía derrumbarse, aunque sus ojos yacían enterrados en la desesperación más mísera, incapaces de sobrepasar las botas del rey godo. Leovigildo hizo señas a Vigorti, que ató las manos de los prisioneros suevos. Volvió a montar a caballo y se dirigió a sus hombres forzando la voz.

—La antigua nación de los suevos ha dejado de existir. El reino visigodo ha ampliado sus dominios mostrando al mundo su fortaleza. ¡Bizancio ha de temernos! Como lo hacen los francos y los lombardos. Mañana al amanecer se trasladará el Tesoro de Bracara a Toletum. Un nuevo dux y un nuevo conde gobernarán esta provincia y rendirán cuentas ante mí. Para impedir todo acto levantisco vosotros, un ejército cuya gloria se cantará en el tiempo, consolidaréis la anexión permaneciendo en este suelo ¡que ahora es nuestro!

El alborozo de las tropas creció hasta confundirse con un cántico que terminó por aunar el desbordante sentimiento de los vencedores. El reino visigodo extendía sus fronteras con enormidad. ¡Era una inmensa victoria! Solo faltaba incorporar la provincia de Spaniae, en poder bizantino, y el reino visigodo volvería a ser la Hispania de los romanos.

El rey reclamó calma a la tropa y se dirigió a Audeca.

—No tuviste piedad con Eborico y el mismo trato que le diste recibirás tú. Y agradece mi generosidad, porque los usurpadores reciben el filo de la spatha en pago a sus actos.

A continuación el dux Claudio tuvo el honor de despojar a Audeca de sus ropas y requisar sus armas, después le entregó hábitos religiosos que el vencido se colocó. Sentado en la tierra recibió la humillante decalvación de sus cabellos. El moño de los suevos, signo de su identidad, se deshacía sobre la hierba como el alma de Audeca.

—Ingresarás en un cenobio lejos de aquí —señaló el rey—. Tendrás tiempo de rezar a tu Dios y pedirle perdón por tus pecados, quizás no sean muchos, pero sí graves.

Acto seguido, Leovigildo y sus tropas emprendieron la marcha hacia la ciudad de Bracara.

El reino suevo comenzaba a disiparse como la bruma en el mar. Solo les quedaría la Historia para reivindicar que en otro tiempo existieron y fueron una gran nación, la de los ojos azules como el cielo y los cabellos dorados como el trigo.

Luto en Toletum

La reina Gosvinta observaba las arrugas de su rostro frente al espejo de cobre. Montaraces emergieron unas lágrimas que ella desplazó en un suave recorrido sobre la órbita del ojo. Al momento acudió al pañuelo, aquel río salado prorrumpía sin permiso. Leovigildo había regresado enfermo de la conquista del reino suevo, convertido ya en la provincia de Gallaecia. De eso hacía ocho meses, pero, lejos de reponerse, de día en día fue sucumbiendo a la enfermedad. En el último mes, todos fueron conscientes de que las horas del rey se agotaban en el mundo de los vivos. El médico de la corte acababa de abandonar la alcoba de Gosvinta: los días se habían reducido a horas y debía estar preparada. La reina se tendió en el lecho y se durmió sin pretenderlo. El agotamiento había socavado su resistencia, muchas venían siendo las noches en que veló el sueño de su esposo.

Mientras tanto, en la alcoba del rey el médico chasqueó los labios, no estaba de acuerdo con la orden de Leovigildo de emplazar al gardingo Vigorti. Pero el monarca mostró su inquebrantable deseo y el galeno convocó al joven sin demora.

—No me queda mucho, viejo Atislo —dijo el soberano—. Permite al menos que deje el reino organizado.

Leovigildo se sentía agotado, cada gesto de su cuerpo le costaba un esfuerzo descomunal, como si cargara contra diez enemigos a la vez; percibía el frío sudor arañando su nuez y su nuca, odiaba empapar sus grises cabellos con el duro aroma de la guerra. Hermenegildo acudió a su mente y cerró los ojos para que los fantasmas de su hijo no le arrebatasen sus últimos momentos. Pensó en Gosvinta y sonrió. Pensó en Recaredo y amplió su pecho. Al menos uno de sus hijos era digno de su estirpe. La puerta se abrió. El rey miró a Vigorti, él también fue así, un brazo mortífero implacable sobre el cuello enemigo. El gardingo se arrodilló ante su cama y bajó la cabeza, luego, llevado por la mano de Leovigildo, se aposentó en la silla situada en la cabecera.

—Escucha con atención, Vigorti, las fuerzas me fallan y vas a tener el reino en tus manos.

El rey hizo salir de sus aposentos a los siervos y al médico. Indicó a Vigorti que moviese un enorme baúl con incrustaciones de piedras preciosas. En el suelo, justo en la losa de la esquina, Vigorti hizo penetrar el filo del cuchillo en una mella minúscula, balanceó la losa hasta retirarla y buscó un rollo en la oquedad: en sus manos reposaba el testamento del rey de los visigodos. Regresó hasta la cama de Leovigildo, un escalofrío hizo temblar su mano y el documento se

deslizó entre las sábanas.

—Cuando abandones mi alcoba marcha a la Septimania y entrega el testamento a mi hijo Recaredo, que sea proclamado rey en cuanto lo reciba. Mi hora no ha de tardar y no me fío de los nobles que me rodean.

—Seré un rayo recorriendo la tierra que me separa de Recaredo.

—Lo sé, Vigorti, eres huracán en movimiento. —El rey respiró con fatiga. Al rato volvió a hablar—: Que nadie sepa lo del testamento, tampoco digas dónde vas, las paredes oyen.

Con un gesto supieron entenderse.

—El obispo Masona vuelve del exilio a estas horas, así lo he ordenado. Sé que te regocijas por la noticia y he querido que sea mi lengua la que te informe.

Vigorti no reprimió el alborozo y sus labios se desplegaron.

—Dile a Masona que le respeto porque me ha vencido, ha sido mi enemigo más temido.

Leovigildo quiso incorporarse pero le fallaron las fuerzas. Vigorti contuvo la respiración y se mantuvo hierático, le imponía la debilidad del rey, que requirió su auxilio. El joven gardingo le rodeó bajo las axilas y le ayudó.

—He de trasmitirte un mensaje para Recaredo que no deseo pueda ser leído, por tanto escucha con atención e intenta hacer tuyas mis palabras.

Vigorti desplazó hacia delante el torso mostrando el mayor interés.

—Voy a morir y me siento satisfecho por mi obra —el rey hablaba entre pausas que se sucedían como el pulso de la vida—. He sabido esperar y he combatido más que nadie, hoy somos una nación respetada. Mi código de leyes ha traído al pueblo justicia y he creado el instituto del Fisco que controla los dineros. Sin embargo, he fallado en el ámbito de la fe, fue una ingenuidad creer que siete millones de personas se convertirían al arrianismo. Hubiera sido más fácil que nosotros, los godos, nos hubiéramos hecho católicos. Para que el reino visigodo lata con un solo corazón, Recaredo debe hacerse católico. Dile que en él recae esa gran misión y que el mayor peligro lo tiene entre su gente. Muchos nobles aprovecharán ese acto para hacerse con el trono, dile que sea valiente y tenga ojos en la espalda. Y dile también que le amo y que no hay mayor orgullo para un padre que tener un hijo como él.

A Vigorti se le revolvieron las tripas mientras el monarca hacía su confesión. El rostro de Brantto hostigó su paz. «El asesino de tu padre no puede seguir con vida, debes buscarle y matarle», le insuflaban al oído los espíritus.

—Vigorti —requirió el rey—. ¿Me escuchas? Te he elegido a ti porque eres el mejor. No me queda mucho.

El joven asintió, se le escaparon unas lágrimas, movió la cabeza y con disimulo se limpió.

— Este otro mensaje es para ti: la venganza no te hará sentir mejor y el orgullo te destruirá. Piensa en lo que te digo. Si cabalgas esos caballos la felicidad te será negada. Tu padre, Vigor, te diría esto mismo: busca la paz, esos caballos trotan hacia el amor.

Se miraron con afecto. Sería la última vez que lo harían. El rey cerró los ojos y ladeó el rostro. Vigorti se levantó y le contempló. «¿Estaría muerto?», se preguntó. Enseguida llamó al médico. Junto a él acudieron el obispo de Toletum, Uldila, y el de Caesaraugusta, Simplicio.

—Aún respira —señaló el médico. Le colocó bajo la nariz un fino trapo empapado en ungüentos—. Calmará su dolor.

—Voy a buscar a Gosvinta —se apresuró Uldila.

En el pequeño recibidor que antecedía a la habitación del rey, ubicado en la confluencia de dos pasillos adyacentes, se hallaban algunos de los magnates de mayor prestigio. Vigorti mantuvo la mirada a los nobles emeritenses Witerico, Segga y Vagrila, que sin ningún disimulo siguieron sus pasos con caras de tener la peste. Vigorti sonrió, cuando regresaran a Emérita, Masona estaría allí. Imaginó sus rostros desencajados. En la esquina más alejada Granista, Vildigerno y Argimundo charlaban en voz baja. Vigorti volvió a sonreír, sería un espectáculo asistir al encuentro de Argimundo con Gosvinta. La reina culpaba al noble de haber empeorado el estado de Leovigildo.

Hacía un mes, Argimundo, nombrado dux de Gallaecia, había acudido a Toletum para informar al monarca de que el noble suevo Malarico se había levantado contra el poder visigodo reclamando la independencia de su antiguo reino. Fue secundado por otro grupo de nobles suevos, pero sus andanzas no llegaron lejos. Las tropas de Leovigildo allí estacionadas detuvieron a los sublevados y los hicieron prisioneros. Argimundo, por su parte, había acudido hasta Toletum llevando consigo al mismo Malarico, y Leovigildo ordenó ejecutarle. Durante este encuentro Leovigildo se desmayó, cuando volvió en sí ya no era el mismo; el labio se le había torcido igual que el ojo y sus palabras resultaban ininteligibles, como dictadas por el diablo. En los días posteriores recuperó el habla gracias a los rezos y las ofrendas de la reina Gosvinta y el obispo Uldila, pero aquella apoplejía debilitó a Leovigildo engarrotando su cuerpo y marchitando la firmeza de su voluntad, nunca más volvió a su ser; bien al contrario, de día en día la tumba se ataviaba para recibirle. Gosvinta achacó la apoplejía a la nefasta noticia del dux Argimundo, le hizo culpable delante de numerosos súbditos y le gritó que no volviera nunca más a palacio. Así que el encuentro entre ambos amagaba huracán.

Vigorti se alejó del recibidor y se cobijó en una esquina del pasillo más interior. No deseaba marchar al encuentro de Recaredo mientras su padre viviera. En la pared de mármol del pasillo donde aguardaba, un magnífico espejo se empotraba cubierto por un lujoso marco de plata repujada. Asomó su rostro en él: su cabello rizado y rubio y sus ojos azules le hacían parecer suevo. Miró más allá de su efigie y el espejo reflejó a otro de los grupos congregados en el recibidor, lo formaban el subdiácono de Toletum, Euprando, el arcediano de Caesaraugusta, Máximo, los aristócratas Fonsa, Afrila, Gusino, Aila y Ella. Y el obispo de Narbona, capital de la Septimania, Atacolo. ¿Qué noticias portaría el obispo Atacolo? Recaredo se hallaba combatiendo en esa provincia tan ansiada por los francos. Ese pensamiento le acompañaba cuando unos pasos firmes le hicieron volver la vista. Gosvinta avanzaba por el pasillo junto al obispo Uldila. El porte de la reina imantaba. Su denso cabello negro se recogía en una trenza que le cruzaba la espalda. La estola se ceñía a la cintura mediante un ajustado cíngulo de pedrería que realzaba su busto. Un manto de gasa acompañaba al atuendo prendido en las muñecas. Inclinó la cabeza mientras la reina pasaba a su lado.

—Mi esposo deseaba verte, Vigorti.

—Ya lo ha hecho, majestad —respondió el gardingo.

—Tú y yo tenemos que hablar —le devolvió Gosvinta acercándose cuanto pudo a él.

En ese momento el obispo Atacolo avanzó hacia Gosvinta reclamando su atención y Vigorti pudo desembarazarse de la reina. Jamás hablaría con ella. Odiaba las medias verdades y Gosvinta tenía fama de enredar con suaves palabras y hechizos de mujer.

—Obispo Uldila, volved junto a mi esposo —dijo ella—. Enseguida me uniré, urge resolver un problema.

La reina y el obispo de Narbona retrocedieron por el pasillo hasta acceder a la alcoba de ella.

—Deben pensar que tramamos algo —apuntó el religioso refiriéndose a los miembros de la aristocracia y al clero congregados ante los aposentos reales.

La reina no contestó, el rictus de su boca permaneció contraído.

—Lo único que me importa es que mi esposo se muere.

Se hizo un silencio que Atacolo no se atrevió a romper. Al cabo de un rato Gosvinta dejó de mirar por el ventanuco de su habitación para encarar sin tapujos al obispo.

—¿Quién lleva la delantera en la guerra, Recaredo o Gontran?

Meses atrás Recaredo había hecho frente a los ataques del rey de Borgoña, Gontran I, y al de Austrasia, Childeberto II, mientras Leovigildo sometía al reino suevo. Entonces, Recaredo obtuvo importantes victorias ante sus enemigos. Pacificados los territorios

regresó a Toletum y cumpliendo la voluntad de su padre envió embajadas con regalos a los dos reinos francos. Pero la política de mano tendida no fue favorable y Recaredo debió regresar a la provincia de la Septimania.

—Recaredo es un gran general, señora, está infligiendo derrotas firmes a los reyes merovingios. No solo los ha vencido en enfrentamientos directos, también ha devastado los territorios fronterizos en suelo franco, llegó a orillas del Ródano y conquistó la fortaleza de Castrum Ugernum. Luego retrocedió y fue asolando la región de Toulouse. Las poblaciones en el limes están acostumbradas a los saqueos de los francos y a la ruptura de los pactos de paz cuando a ellos les viene en gana, y han acogido a Recaredo con entusiasmo. Lo último que ha hecho ha sido tomar la fortaleza de Caput Arietis, cercana a Carcasona. Con seguridad, debéis saber que las tropas aceptan su autoridad y le siguen sin dudarlo, le estiman.

—Y las relaciones entre mi nieto Childeberto y su tío Gontran, ¿gozan de salud?

—Ya sabéis, majestad, que Fredegunda, vuestra gran enemiga —deslizó Atacolo con suavidad—, agasaja a Gontran para que apadrine a su hijo tras la muerte de su esposo Chilperico. A Gontran le conviene esta posición mediadora entre Neustria y Austrasia, a veces está a favor de un reino y a veces del otro. Y así, cuando se declaran la guerra, él es el salvador y obtiene sus beneficios.

—Debo escribir a mi hija Brunegilda. Ella siempre ha sabido ser reina. Al reino de Austrasia le conviene llevarse bien con el pueblo visigodo, aunque solo sea por tirar de la barba a Gontran y mantenerle contra Fredegunda. ¡A esa ramera la mataría con estas manos! —terminó por decir Gosvinta con la ronca sonoridad del odio.

—Señora, traigo un mensaje secreto para vos de un viejo conocido —dejó caer Atacolo.

Gosvinta miró atónita al obispo, sus ojos incomodaron al clérigo, que sintió cómo un punzón le atravesaba el estómago. Con un gesto reclamó que continuara.

—Dice que sigue siendo vuestro aliado, que su linaje no sucumbirá y que aguardéis nuevas noticias, se halla en la Septimania.

—¿De quién habláis, obispo?

—Del noble Brantto.

El estruendoso golpeteo de la puerta disparó la atención de la reina, que abrió sin reparar en protocolos.

—¡Señora, es vuestro esposo, el rey! —dijo Vigorti excitado.

Gosvinta recorrió la distancia hasta la alcoba de Leovigildo como si una alfombra mágica la transportase. Cuando entró, el obispo Uldila rezaba postrado ante el lecho del rey y Atislo, incapaz de hacer más, se había arrodillado al otro lado y mantenía la mano del monarca

sobre la suya.

—Aún respira —dijo el médico a media voz, cediéndole el lugar.

Gosvinta se acercó a su esposo y le besó. Le tomó la mano y comenzó a rezar. Leovigildo agitó la respiración como si le acompañase una pesadilla, era la muerte que le tomaba con sus alas negras. Dio dos bufidos broncos y la cara se desmoronó bajo el almohadón que le había mantenido reclinado.

—El rey Leovigildo ha muerto —informó Gosvinta a quienes aguardaban el desenlace ante la alcoba real.

Vigorti escuchó la noticia, hizo la señal de la cruz en el aire y fue a buscar su caballo. Partió con el testamento de Leovigildo hacia la Septimania.

Era el 2 de abril del año 586.

19

Recaredo conoció la muerte de su padre cuando el mes de abril aún no había tocado a su fin. Se hallaba en la fortaleza de Carcasona, uno de los centros desde los que dirigía sus operaciones militares. La Septimania se hallaba a salvo de las tropas francas, que habían sido repelidas con éxito, pero el príncipe godo sabía que los francos no descansarían hasta anexionarse ese territorio colindante con sus reinos. Recaredo recibió el testamento de Leovigildo de manos de Vigorti, que, igualmente, le hizo portador de sus últimas palabras. Al heredero no le sorprendió el consejo de su padre en materia de fe, habían dialogado ampliamente sobre la cuestión religiosa y la división del reino a causa de la misma; dos credos, dos sentires, dos pueblos.

El cansancio de la guerra afloró de repente y el rostro del príncipe se avejentó en instantes. La piel arañada por el aire le vistió de luto y las profundas ojeras se tornaron tierra yerma como su deshecho corazón. El nuevo rey escuchó a Vigorti con atención sin que su dolor entorpeciese la comunicación y, cuando acabó, agradeció su lealtad. Le solicitó que continuara prestando servicios para la Corona en calidad de gardingo, confiaba en él. Nombramiento que Vigorti aceptó. Recaredo quiso conocer las últimas horas de Leovigildo en el mundo de los vivos y la situación del reino, recelaba de Gosvinta y de los magnates godos, era factible que no aceptasen su condición de rey y prefiriesen elegir al sucesor de Leovigildo desde el Aula Regia, como marcaba la tradición.

Ya en soledad, y a cobijo de ella desahogó su pena, maldijo y odió a los francos como nunca lo había hecho antes: ellos habían sido los culpables de que se hallase lejos de Toletum cuando el alma de su padre voló hacia el mundo celestial.

Recaredo oteó el horizonte desde la vidriera de su cuarto, un paisaje de suaves colinas concitó su melancolía. Desde el promontorio en que se hallaba la inexpugnable fortaleza de Carcasona, todo se advertía diminuto y se agigantaba su dolor: su hermano y su padre ya pertenecían a la otra vida y él no contaba esposa a la que amar ni hijos que continuaran su estirpe. El color plomizo del cielo recortado por la muralla y las torres azuzaba el desconsuelo del nuevo rey, que sentía la invasión de un glaciar en la piel, como si las aguas del río Aude que discurrían a los pies del promontorio le hubieran transformado en escarcha.

Los tamborileros batían los palillos sobre el cuero. Las huestes presentes en Carcasona se concentraron en el patio de armas aguardando al príncipe. Había llegado la hora. Recaredo trató de componerse, ante la tropa no debía aparecer gemebundo. Sobre la cota de malla se colocó el manto púrpura y la corona que su padre le había hecho llegar junto al testamento, y abandonó la alcoba. Transitó por la zona palacial hasta salir al exterior, se subió al caballo rodeado por sus fieles gardingos y avanzó hasta el patio de armas. Cuando las huestes contemplaron al general con los atributos reales, comprendieron que Leovigildo no habitaba en el mundo terrenal. Recaredo no había olvidado uno de los consejos de su padre, que le estaría observando desde su trono en los cielos: «no debes permitir que tu habitual prudencia se malinterprete como cobardía o pasividad». Recaredo se infundió valor, era el momento de demostrar que había nacido para ser rey: prudente, valiente y sabio. Tomó aire y alargó la voz.

—Honorables guerreros que fielmente habéis convertido al reino visigodo en una de las naciones más temidas de la tierra, debéis saber que mi padre, el rey, ha fallecido. Poderosos ángeles lo han alzado hasta el Paraíso y desde allí guiará nuestros pasos por este mundo, amenazado y efímero. —Hizo una pausa—. He ordenado que se clave en la puerta de la capilla el testamento de Leovigildo para que todos podáis leerlo. Me nombra su heredero. Pero un rey sin su ejército no es nada.

Mientras Recaredo hablaba, Vigorti se dirigió a la capilla de la fortaleza para hacer público el testamento. En la lejanía escuchaba el parlamento del nuevo soberano de los godos.

—Ante vosotros me postro para pediros lealtad hacia mi persona.

Recaredo bajó del caballo e hincó una rodilla en la tierra, e inmediatamente quienes le rodeaban hicieron lo mismo, luego se levantó y comenzó a entonar un cántico guerrero que todos secundaron. La energía de hermandad de aquella masa creció y Recaredo sintió el peso de llevar la corona: no podía decepcionar a quienes le cedían su destino. Por último las huestes fueron pasando

delante de él, inclinaban la cabeza y besaban su mano: le aceptaban como rey.

Recaredo volvió a montar el caballo.

—Debo regresar a Toletum con premura. Dejaré tropas en esta tierra que es visigoda, ¡nuestra! —las tropas le jalearon—, y que nunca formará parte de la patria merovingia, pero antes sacudiremos las ganas de nuestros enemigos de volver a plantarnos cara.

Vigorti había regresado junto a los soldados y escuchaba a Recaredo con emoción, su deseo de venganza se acrecentó mientras se sentía parte de aquellos desconocidos. Pocas veces experimentaba la pertenencia a un grupo y maldijo a Brantto por ello, no solo había asesinado a su padre, también le había hurtado la confianza en la humanidad impidiéndole respirar el aroma del amor.

Tres días después de que Vigorti llegase a Carcasona, Recaredo y sus tropas se unieron a las fuerzas comandadas por el dux Claudio en la fortaleza de Caput Arietis, arrebatada a los francos pocos meses atrás. Antes de regresar a Toletum, el nuevo rey había planeado atacar un campamento enemigo levantado a pocas millas de Caput Arietis, enviando un mensaje preciso a Gontran y a Childeberto: si continuaban hostigando la Septimania, el ejército visigodo tenía a tiro de arco a la inmensa Toulouse. Gontran no se cansaba de pregonar que los montes Pirineos debían servir de frontera natural a ambas naciones y por tanto la Septimania pertenecía a los francos. Recaredo había contestado a sus palabras sin ambigüedad: «Los visigodos os entregaremos la Septimania cuando vosotros entreguéis Austrasia, Neustria y Borgoña al Imperio bizantino».

Desde las torres de la fortaleza de Caput Arietis se divisaban varios poblados próximos a la calzada que conducía a Toulouse, sus moradores apenas sobrepasaban la centena. Firmes mesetas rompían el cielo infinito y se adornaban por pequeños huertos y corrales con animales domésticos. Junto a las minúsculas propiedades de los colonos también asomaban fundos de grandes terratenientes y posesiones eclesiásticas con cultivos de trigo y cebada. En el límite de las tierras visibles se alzaba un boscaje de robles, abedules, arces, abetos y espinos blancos. Detrás, el campamento franco.

La noche había caído cuando el ejército visigodo se dividió en dos grupos al mando de Recaredo y Claudio. Los exploradores habían calculado el número de enemigos en torno a los seiscientos hombres, además, sabían que los francos habían levantado plataformas sobre los robles para controlar los movimientos de la fortaleza. Los grupos se separaron e iniciaron la expedición por caminos paralelos a la vía principal, marchaban sin sus caballos; resultaba imposible sorprender al enemigo a lomos de ellos. Las cuatro millas que separaban Caput Arietis del campamento franco parecían no tener fin, los caminos

rurales se perdían entre los cebadales y las construcciones de adobe, y en ocasiones los soldados transitaban por zonas de cultivo invadiendo fundos particulares.

El avance se consumó según los planes y, a la hora prevista, tanto Recaredo como Claudio se hallaban a resguardo de los espinos blancos que delimitaban la periferia del bosque. Los visigodos intentarían descansar antes del asalto, todavía faltaban dos horas para que el astro solar revelara a los francos la presencia enemiga. Más que nunca aquellas huestes tenían hambre de victoria, deseaban brindársela al gran Leovigildo.

El día ya clareaba cuando varias flechas derribaron a casi todos los vigías situados en los robles. Dos se perdieron entre las tortuosas ramas de hojas lampiñas y lobuladas, apenas transcurrió un instante antes de que nuevas flechas inundaran los robles, para entonces el cuerno había sonado y con él la llamada de la guerra. La quietud del amanecer se vino abajo con el grito feroz de los visigodos y el bronco ruido de metales en movimiento. Cientos de cotas de malla asaltaban la pequeña empalizada ahogando el aviso de los centinelas que hacían guardia.

—¡Nos atacan!

Tras la primera tanda de flechas las huestes visigodas se batieron contra los francos spatha en mano. Vigorti corrió propulsado por el huracán de la venganza. La fuerza de su carrera arrolló a dos francos que intentaban coger las armas, de un tajo cortó el cuello al primero y al segundo le partió el cráneo con el umbo del escudo, aprovechando que no tenía casco. Al levantar la cabeza vio a otro franco correr hacia él, retrocedió y aguardó a tenerle encima, agachado se cubrió con el escudo y se levantó de inmediato, y el contrario acabó en el suelo. Le hincó la spatha en el abdomen hasta que dejó de moverse. La sorpresa del ataque había impedido a los francos colocarse sus lorigas, yelmos y grebas, y los visigodos luchaban sintiéndose vencedores. Vigorti corrió hacia la maraña humana más cercana, tiró el escudo y sacó el hacha. En el camino halló dos combates cuerpo a cuerpo y arreó sendos hachazos en la espalda de los francos, que se desplomaron. Luego se embutió en la espesura del choque y se dedicó a auxiliar a sus camaradas, sin las grebas era sencillo herir los gemelos de los adversarios, que se desestabilizaban y ofrecían su cuerpo a la muerte. Mientras cercenaba piernas o atizaba estocadas mortales vio a un robusto franco dirigirse hacia él, entonces sonrió. Aquel forzudo blandía la spatha con fuerza inusual, por suerte para él no disponía de agilidad, era puro músculo confiado a la fuerza de sus impactos. Uno de los golpes del hierro tiró a Vigorti al suelo, el otro enfiló la spatha para descargarla sobre él, pero el joven se desplazó con rapidez y aquella se clavó sobre el terreno con tal virulencia que hizo volar

varios pedruscos. Aprovechó la ventaja, se colocó por detrás y desde ahí golpeó con spatha y hacha seccionando los costados del gigante, que cayó boca abajo. Vigorti levantó la mirada, las cotas de malla godas comenzaban a imponerse en el paisaje. Alejados de la zona central se advertían algunos combates y bordeó el campamento en esa dirección. Fue entonces cuando divisó a un franco con un parche en el ojo y la pequeña nube de polvo que invadía la batalla se tornó nube inmensa que aturdió sus sentidos. Corrió hacia el hombre del parche, enloquecido fue amputando los cuerpos enemigos que le cayeron a la mano. Cuando llegó ante él empujó al visigodo con el que se batía y le apartó de la pelea. «Este es mío», escupió. Blandió la spatha con fuerza, entrecruzó el hierro con su enemigo varias veces hasta que le pinchó el abdomen, giró sobre sí, quedó de espaldas a él y con el hacha le seccionó el antebrazo izquierdo. El franco aulló de dolor. Vigorti le golpeó la cabeza con la empuñadura y le tiró al suelo. Se arrojó sobre él, sacó el cuchillo del cinto y le cercenó el único ojo, a continuación le cortó la cara. Los gritos del franco produjeron placer en Vigorti, que finalmente le rajó el cuello y le escupió. Se levantó y sin detenerse, como diablo sobre almas pecadoras, recorrió el campamento sajando el aliento de vida de cuantos francos halló. Una fuerza superior a su control le incitaba a doblegar sin compasión al contrario. Y tiempo más tarde aún persistía en ese objetivo, sin que la victoria anunciada por Recaredo pudiera detener el destino al que se había entregado: saciar su sed de venganza.

20

Al día siguiente del ataque al campamento Recaredo, el dux Claudio y parte del ejército regresaron a Toletum desde la fortaleza de Caput Arietis. Llegaron a Caesaraugusta y aguardaron dos semanas a fin de que Vigorti entregara a Gosvinta las órdenes del nuevo rey para su recepción victoriosa en la capital del reino. Recaredo deseaba entrar en Toletum sin destacados fastos, pues era tiempo de luto, pero sin desmerecimientos hacia él como nuevo soberano. Según sus órdenes la coronación tendría lugar dos días más tarde. Pero antes de la misma se celebraría un encuentro con los magnates del reino y con Gosvinta.

Recaredo precisaba salir del mar de las dudas.

El primer cometido del reciente rey consistiría en averiguar la posición de su madrastra en el nuevo escenario. Y por supuesto, la de los magnates godos a los que habría de hacer frente tarde o temprano; no era ingenuo al respecto. Él había heredado la Corona hurtándoles la regalía de dirigir los destinos godos. La memoria de Leovigildo, aún

reciente, y el consenso aunado por sus logros infundían merecimientos hacia su persona. Sin embargo, en cuanto cumpliera la voluntad testamentaria de su padre y se inclinase hacia la fe católica, otorgaría a la nobleza las razones o excusas que necesitaban para sublevarse. Recaredo lo había meditado, no demoraría el destino, y para asombro de la corte había solicitado la presencia del obispo Masona en el comité que le recibiría a su llegada a Toletum.

A finales de mayo el calor irritaba la piel de Recaredo, que había decidido aparecer al frente de las huestes con los atributos reales. La atalaya sobre la que se erguía el palacio real le provocó palpitaciones cuando lo divisó. Su pecho latió desbocado: ante él deslumbraba Toletum. Una masa ciudadana le aclamaba en las inmediaciones del antiguo circo romano, entre las ruinas que testimoniaban el ascenso de esta urbe. El nuevo rey había dispuesto depósitos con grano, miel y vino a lo largo de la vía de acceso a la ciudad porque deseaba celebrar su llegada con el pueblo, que le aclamaba mientras recorría el escaso espacio que le faltaba hasta la muralla, donde le aguardaban Gosvinta, los nobles y el clero. De su madrasta había partido engalanar la puerta norte con guirnaldas y alfombrar la vía con pétalos, una declaración de buenas intenciones que no pasó desapercibida a Recaredo.

Los tamborileros azotaron con vehemencia el cuero mientras Gosvinta se aproximaba al rey. La viuda descendió del caballo alazán e inclinó la cabeza. Recaredo también desmontó y sin titubeos la abrazó. Tras ella aguardaban la mitad de los magnates del reino: Witerico, Segga, Vagrila, Argimundo, Vildigerno, Granista, Gusino, Fonsa, Afrila, Aila y Ella. Todos juraron lealtad al hijo de Leovigildo besando su spatha e inclinándose ante él. Aunque sería más tarde en el Aula Regia donde se formalizarían los juramentos. Recaredo se fijó entonces en otra figura algo desplazada de la escena pero cuyo porte y altura lo destacaban sobre el paisaje, el obispo Masona de Emérita.

—¿Dónde está Uldila? —espetó el rey a Gosvinta.

—Señor, os aguarda en la iglesia de los Santos Pedro y Pablo, en el pretorio, para daros la unción.

—Fui claro, Gosvinta, deseaba tener ante mí a los dos obispos, Masona y Uldila, para recibir de ambos la unción y que el pueblo advirtiese en primera persona que arrianos y católicos debemos ir de la mano.

Gosvinta se limitó a bajar la cabeza. Recaredo se acercó a Masona, que mostró su adhesión al monarca y, acatando órdenes del mismo, signó la cruz en su frente con óleo sagrado mientras la viuda de Leovigildo hervía en vida.

—Obispo Masona, pronto seréis llamado a Toletum, se vivirán días de agitación y debo contar con vuestro auxilio.

—Acostumbrado me hallo a la turbación —respondió resignado—.

Majestad, ¿debo entender que la túnica de santa Eulalia está a salvo?

—Toletum pronto tendrá a santa Leocadia, que estará a la altura de Eulalia y dispondrá de su propia túnica —sonrió—, nada necesitaremos de Emérita, le erigiré una basílica en estos mismos terrenos, aunque ahora no es una prioridad.

Poco más se entretuvo el rey con Masona, enseguida regresó junto a Gosvinta y la aristocracia goda. El cortejo atravesó la puerta norte e inició el ascenso hacia el pretorio, el barrio sobre el que se levantaba el complejo palaciego.

Vigorti aguardaba al rey con un grupo de soldados en el vestíbulo del palacio real, el punto más alto del promontorio. Mientras Recaredo ascendía el último tramo, comenzó a escuchar un cántico guerrero que trajo a su mente el rostro de su padre y su inmenso legado. «No te defraudaré, padre», se exigió con el corazón encogido. Frente a sus hombres, en el portón palaciego se sumó al canto con el que le recibían. Acalladas las gallardas gargantas, el rey ofreció una breve arenga a sus súbditos.

—Sabed que gobernaré pensando en la unidad de nuestra poderosa nación y en su prosperidad económica —dijo Recaredo antes de poner fin a su alegato.

Su singular prédica había mezclado el poder terrenal con el celestial; a veces Dios, a veces su spatha y la de las huestes conseguirían preservar las fronteras godas del enemigo, detener el azote de las epidemias y el hambre, tener una santa para interceder en el Juicio Final y lo más importante: ser un solo pueblo sin diferencias entre la raza visigoda y los hispanorromanos.

—¡Que la vida abunde en bienes! —bramó antes de dirigirse al salón del trono.

El noble Witerico, recién nombrado conde de los Notarios, leyó el mandato del nuevo rey. Antes de la reunión del Aula Regia, Recaredo conversaría con el gardingo Vigorti, la viuda Gosvinta y el dux Claudio en ese orden. A continuación se celebraría la asamblea del Aula Regia y tendría lugar el juramento de lealtad y fidelidad al pueblo, a la nación y al rey.

Vigorti no pudo reprimir una sonrisa al imaginar la cara de aquellos aristócratas a quienes el monarca hacía esperar por un lugareño como él. Se apresuró al salón del trono. El cubiculario real le permitió la entrada y le acompañó hasta situarlo frente al soberano, y se marchó caminando hacia atrás e inclinando la cabeza. El solio encumbraba a Recaredo. Se postró y permaneció así hasta que aquel le relegó de la postura, su voz sonó tan cercana que dio un brinco. Recaredo había descendido las gradas que le elevaban sobre sus súbditos dejando atrás el tejido aterciopelado del dosel y la magnífica cátedra de oro sobre la que un mendigo podría sentirse un Dios.

Saludó con calor a Vigorti y le pidió cuentas sobre sus labores de espionaje. El gardingo fue conciso: Gosvinta y Uldila tramaban algo. Los nobles aguardaban con expectación sus movimientos y los de Emérita rabiaban con el regreso de Masona.

—Creí que el obispo Masona gozaba de tu amistad —dijo Recaredo antes de que Vigorti se marchase.

—Así es.

—Me ha pedido que restituya la mitad de las propiedades confiscadas al noble Brantto y se las entregue a su hijo Tarqueo. —Vigorti miró al rey sorprendido—. Hace tiempo que Tarqueo ingresó en el cenobio de Cubillana.

El joven permaneció mudo hasta que el monarca le interrogó directamente.

—¿Quieres que le restituya sus propiedades?

—No.

Mientras Recaredo despachaba con Vigorti, la viuda Gosvinta había iniciado una ronda de bienvenida entre los nobles. Su maestría en las artes de la intriga pronto percibió el odio de algunos magnates. Segga ardía en deseos de deshacerse de Masona.

—Masona solo es de carne y hueso, no se le debe temer, una spatha afilada lo mismo mata a un franco, a un bizantino que al rebelde Masona —terminó por argüir Gosvinta ante el conde de la ciudad de Emérita.

—Goza de los favores de santa Eulalia —expuso sin esperanza Segga.

—Santos hay muchos, rezad a varios, todos juntos podrán con Eulalia —insinuó Gosvinta divertida por los temores del emeritense.

La reina viuda alargó el brazo e indicó a Granista que le aguardara en el rincón. Después dio media vuelta y se acercó algo más a Segga.

—¡Basta de quejas, Segga! —le dijo con rabia—. Más hacer y menos quejarse, lo tenéis fácil. Muchos tienen ganas a Masona y el obispo Sunna está de vuestra parte, también el noble Vagrila, que os seguirá con los ojos cerrados, o Witerico, del que no me fio mucho, pero si vais en serio os apoyará. El mayor problema es el dux Claudio, aunque pasa demasiado tiempo fuera de Emérita para preocuparse por él.

Gosvinta enarcó las cejas, la falta de acción, ese era el escollo principal. Y sin más, abandonó a Segga y se dirigió al rincón más próximo. Granista respondió hechizado a la seductora prestancia de la viuda de Leovigildo, que se prendió de su brazo con una sonrisa radiante de flor de primavera.

—La presencia de Masona hoy aquí es un acto de clarividencia. Mi hijastro no encubrirá sus posiciones, en cuanto hable con él —y escupió una sonrisa condescendiente— confirmaré nuestras sospechas,

esperadme abajo junto a la fábrica de orfebrería, en el callejón trasero.

—¿Estáis decidida a todo, mi reina?

— Por supuesto, y no soy la única… —Gosvinta jugueteó con los tiempos para dar emoción a su siguiente revelación—. A través del obispo Atacolo alguien me ha enviado un mensaje de esperanza. El noble Brantto se encuentra en la Septimania dispuesto a plantar cara.

Granista se giró, la sorpresa de la noticia era mayúscula, como la alegría que iluminó su ánimo. Gosvinta aprovechó para marcharse, el rey no debía esperar.

Recaredo ocupaba el trono con la espalda erguida, parecía hecho a su medida, portaba la clámide púrpura de Leovigildo que reforzaba su sensación de dominio. El sudor perlaba los pliegues de su cuerpo y provocaba un granulado molesto por el picor. Al soberano complació la presencia inmediata de Gosvinta. La viuda de su padre hacía gala de una indumentaria que apuntalaba su posición real: el escote de la estola se abría en ondas rematadas por pequeñas piedras brillantes que destacaban su busto; el manto de seda bizantina con perlas en el borde le caía sobre la espalda asemejándose a las telas del dosel, con tal gracia lo lucía que parecía portar el solio bajo sus pies. Recaredo se fijó en la diadema de oro de su madrastra, dos cadenas de perlas le bajaban desde las orejas hasta los hombros. Si algún día tenía esposa le regalaría una joya como esa. Gosvinta se postró ante él. Recaredo no descendió del solio, no se rebajaría a quedar a la misma altura que Gosvinta, con ella convenía aclarar posiciones, aunque la invitó a acercarse hasta la primera grada. Recaredo sonrió a su madrasta, todo el aderezo no había conseguido burlar su edad y la piel se resquebrajaba sin atenuantes sobre la comisura de los labios, el ceño y los ojos. El rey inició el diálogo, necesitaba medir sus palabras y a la vez enviar un mensaje firme.

—Tiempo habrá de que me contéis los últimos días de mi padre. Ahora es el momento del reino.

Gosvinta asintió.

—¿Cómo son vuestras relaciones con vuestra hija Brunegilda?, madre de vuestro nieto el rey Childeberto II de Austrasia y cuñada de Gontran I de Borgoña.

—Gozan de salud.

—¿Salud fuerte? Ya conocéis que regreso de aplastar al general Desiderio. Bien cierto que es general de Gontran, pero Brunegilda y Childeberto son aliados suyos.

Gosvinta, experta en el arte de la diplomacia, aprovechó la oportunidad para indagar sobre su destino.

—De mi futuro en esta corte visigoda depende vuestro futuro con los francos, mi rey —dijo manteniendo la mirada a Recaredo.

El soberano abandonó el trono, descendió las gradas y extendió los

brazos en señal de alianza.

—Poseéis mi mayor respeto y protección, Gosvinta, sois la viuda de Leovigildo, una madre para mí. Toletum es vuestra casa.

Gosvinta sonrió.

—En ese caso, señor, os albergo excelsas albricias.

—No os demoréis.

—Debéis volver a enviar legados con acuerdos de paz y regalos a Austrasia.

—No hace ni un año seguí el consejo que me brindáis —los ojos del rey no reprimieron su asombro—, y respondieron con una guerra.

—Ahora sería distinto, una madre siempre sabe cómo aconsejar a su hija. Por eso poseo tanto valor y se me quiere en Toletum, querido hijo, ¿no es cierto? ¡Ah! Tengo una nieta, Clodosvinda, está prometida al longobardo Autarido, pero existen dos enclaves en la Septimania que de ser entregados al reino de Austrasia podrían hacer cambiar de prometido a la princesa Clodosvinda.

—¿Cuáles?

—Juvignac y Corneilhan.

Recaredo sintió que Gosvinta dirigía aquel encuentro y comprendió por qué su padre la temió siempre. Pocas palabras, grandes consecuencias. Recaredo jugó.

—Clodosvinda… Necesito esposa, indiscutible es el hecho. Quizás convendría hacerme católico —señaló sin medias tintas—. Mejor pretendiente sería si compartimos credo. ¿Qué opina la abuela de mi futura prometida?

—Bien sabido es que los francos merovingios son católicos.

—¿Y?

—No es un hecho relevante que vos seáis arriano, vuestro hermano Hermenegildo también lo era y no supuso un obstáculo para su unión con Ingunda.

—No menciones los demonios en el Paraíso.

Gosvinta cerró los ojos y se mordió los labios, luego respondió.

—No volverá a suceder, mi rey.

—Querida Gosvinta, nuestro reino precisa de unidad entre sus gentes. El credo niceno y el arriano separan a los godos de los hispanorromanos. Para ser una gran nación debemos tener un solo credo, hay cuarenta hispanorromanos por cada godo. ¿Qué haríais vos, Gosvinta, en mi lugar?

—No estoy en vuestro lugar señor, solo puedo responderos que comprendo la solución que planteáis —mintió sin temblar.

—En ese caso habladme de vuestra familia austrasiana y en especial del rey Childeberto y su tío Gontran.

Gosvinta llevaba años sorteando tempestades, de mantenerse en la corte, como Recaredo le había anunciado, tiempo habría de tomar el

mando.

Hacía rato que el dux Claudio había abandonado a su tío Masona y a Vigorti para acudir al salón del trono. Pronto llegaría su turno con el rey. Por su parte, Masona y Vigorti continuaban departiendo con una mezcla de desasosiego, interés y júbilo sobre cuestiones variopintas: el exilio del obispo, su regreso a Emérita y los días en ella; Wendema, el arriano Sunna, los francos y el ataque desde Caput Arietis; los bizantinos o la muerte de Leovigildo fueron algunos de los asuntos que entretenían ese tiempo.

—El xenodoquio de Emérita para enfermos y peregrinos está acabado y ya ha abierto sus puertas —dijo satisfecho el obispo católico—. Mis días en el exilio me hicieron reflexionar, la Iglesia de Emérita es una Iglesia rica y a los necesitados debe entregarse.

Vigorti le escuchaba con atención.

—También he creado una caja con dos mil sólidos para prestar.

—¿A qué interés, obispo?

—Es para socorrer el hambre y la enfermedad, mancebo. Si hay necesidad, ¿cómo me devolverán el dinero? No…, dar es dar. Eleuterio me retiene la mano, teme que arruine a la Iglesia, pero mi conciencia no duerme en paz. Mientras la Iglesia de Emérita cuente con fondos mi rebaño no morirá de hambre.

—El año pasado una plaga de langostas arruinó las cosechas, me ha dicho Wendema que los colonos perecían de hambre en los caminos y que aumentaron los asaltos a las propiedades.

La mención de Wendema trajo a la mente del obispo Masona un asunto pendiente.

—Querido Vigorti, ¿sabes que Tarqueo ha ingresado en el cenobio de Cubillana?

—No —respondió lacónico.

—No hace mucho que tu hermana se enteró y vino a verme —hizo una pausa—. Wendema no sabía la verdad de lo que ocurrió en Corduba.

—¿Qué verdad?

—Que Tarqueo te salvó la vida y delató a su padre en tu favor. Cosa que hizo después de que le amputases la mano, le apaleases y le cercenases el cuero cabelludo.

—Eso es el pasado.

—Un pasado que vuelve hecho presente, porque el odio de tu hermana hacia Tarqueo ha cedido al conocer la verdad.

—¡La verdad! ¡La única verdad es la que vieron mis ojos la noche en que el diablo mandó a mi padre al infierno!

—Brantto se llama ese belcebú, no Tarqueo.

—Tarqueo es su hijo y debe pagar, como pago yo a diario desde que mataron a mi padre. Ya no soy yo, Masona, mi vida es sangre y

venganza. Y la de Tarqueo debe ser la nada y la reclusión en el cenobio, ¡ojo por ojo!

—Tu hermana sigue enamorada de Tarqueo, yo diría que más que antes —balbució el obispo—, porque sus actos hablan de la hermosa persona que vive tras un manco medio calvo.

—¿Qué insinuáis, Masona?

—Tienes pendiente una conversación con Wendema.

Sin pronunciar palabra Vigorti abandonó al obispo y bajó las escaleras edificadas junto a la muralla. Atravesó la puerta que conducía al puente y echó a correr por él hasta descender el badén que le llevó al Tajo. Allí, en el meandro del río, el parche de Brantto le hostigó con vesania. Un parche que sostenía un cuchillo. Un cuchillo que desollaba el rostro de su padre. Un padre que clamaba venganza.

La conversión del rey de los visigodos

Corría el mes de febrero del año 587.

Vigorti había regresado de Tarraco hacía una semana. A esa histórica urbe fue enviado por Recaredo para ejecutar a Sisberto, el asesino de Hermenegildo. Recaredo se había afanado en crear un clima proclive al entendimiento entre arrianos y católicos desde su coronación. Y aunque la religión había sido una excusa para la sublevación de Hermenegildo, su hermano había ondeado la bandera católica en la guerra. Así pues, los católicos, de la mano del obispo Leandro de Híspalis, exigieron a Recaredo que Sisberto pagase el crimen. Vigorti cumplió su misión sin obstáculos de clase alguna y el rey sorteó otro impedimento, uno más de los abundantes requerimientos de católicos y arrianos para entenderse.

Vigorti se había perdido una vez más entre la niebla y el gris arbóreo que cubría la orilla del río Tajo. La monotonía del frío toledano calaba en sus huesos como el desolado invierno en su alma. Se sentía ajeno a la humanidad y harto de que el amor le estuviera vedado. Guardaba una carta de Wendema que no sabía si quemar o leer. Meses atrás había visitado Emérita. Las palabras de Masona sobre los sentimientos de su hermana por Tarqueo habían convocado sus demonios y le hundieron en la miseria; aquellas insinuaciones de Masona no podían ser ciertas. Finalmente acabó personándose en Emérita para comprobar que la demencia de Wendema parecía no tener arreglo. Ahora recibía una carta de ella, una carta que podría lacerarle más que la maza de un bizantino. Se escondió entre la masa espinosa de árboles sin vida, como él, que sentía el fuego abrasador de las cenizas, del desarraigo, de la nada. Jugueteaba con el pergamino, la duda le hostigaba, no se decidía a abrirla. En pocas horas se celebraría en Toletum una conferencia sinodal con participación de obispos católicos y arrianos y necesitaba sentirse fuerte. Las noticias de Wendema podrían desterrarle a los infiernos y él debía aparecer ante todos como el poderoso gardingo del rey.

Detuvo el toqueteo de sus dedos sobre el pergamino, y de súbito quebró la cera y desplegó la misiva. Él no era un cobarde.

Emérita.
Enero del año 587.

Amado Vigorti.

Tiempo de preces han antecedido a este pergamino que ahora lees.

Vigilias inmisericordes me han asediado; incluso el apetito, siempre en mí, me abandonó.

A la virgen Santa Eulalia oré con devoción, un mar de confusión me tragaba.

Tú, Vigorti, provocaste esa turbación en mi alma.

Tu visita a Emérita, tus últimas palabras, ¿las recuerdas?

«O Tarqueo o yo».

Visité a Tarqueo en el cenobio de Cubillana, no quiso recibirme.

Pero regresaré cuantas veces sean necesarias hasta verle.

Y lo primero que haré será darle las gracias porque tú sigues vivo.

Deseo decirte, Vigorti, que elijo a Tarqueo.

Y le elijo a él porque necesito salvarme.

Elijo perdonarle, porque mi alma no soporta la oscuridad a la que me somete la venganza.

Elijo perdonarle, porque mi mente no es capaz de sostener la injusticia.

Y elijo perdonarle, porque tú sigues en el mundo de los vivos merced a él.

Ruego y confío en que algún día tú puedas perdonarme a mí.

Y juntos volvamos a ser una familia.

Te quiero, Vigorti, y lo seguiré haciendo en la otra vida.

Mi refugio no se cerrará nunca para ti, aunque me destierres a ese lugar oscuro del odio donde tú resides, en el que hallas la fuerza para vivir.

No te culpo por ello, cruel es tu destino.

Una última cosa, sé que aprecias a Masona: debes saber que está en peligro.

Wendema, hermana del gardingo Vigorti.
Hija del bucelario Vigor, muerto con honor.

21

Recaredo rezaba postrado ante la tumba de su padre. El ábside de la iglesia de los Santos Pedro y Pablo en el que yacía enterrado Leovigildo no ensalzaba la grandeza de tan magno vástago. «Debes tener tu capilla, padre, sigues siendo el rey de todos nosotros». Recaredo hablaba con su progenitor a menudo. «Padre, dame tu luz, preciso intuir las traiciones, dame la firmeza justa para reprimir los levantamientos y dame el don de la palabra, que mi lengua convenza sin necesidad de la spatha». Recaredo se refería al sínodo que debía administrar y que ya congregaba a obispos arrianos y católicos en el salón del trono. De cuando en cuando el rey elevaba el rostro a los cielos y clamaba el auxilio de la corte celestial. Su decisión de convertirse al catolicismo cambiaría la historia de su pueblo o le llevaría a la tumba. Recaredo se persignó, se levantó y miró fijamente

al presbiterio, sobre el altar deslumbraba la corona votiva que ofreció el día de su coronación. Una pieza exquisita cuyo cerco de oro repujado relumbraba plagado de piedras esmeraldas procedentes de Egipto y perlas bizantinas. Recaredo sonrió al observar cada letra de su nombre pender del cerco. Experimentó la fuerza del linaje al que pertenecía y sintió confianza en su misión. Debía lograrlo, hacer honor a su padre y cumplir su voluntad: convertir a la raza goda al catolicismo y unir al pueblo hispano.

Gosvinta observó a su hijastro desde una puerta lateral que comunicaba la iglesia con el palacio. Cerró en el mismo instante en que Recaredo se levantaba y apareció como por casualidad cuando este atravesaba el pasillo interior.

—¡Señor! Los ánimos se caldean, venía a buscaros.

—Tengo en vos, querida aliada, un auxilio de primer orden. —Y le regaló dos besos de salutación en señal de coalición—. Deseaba hablaros antes de la celebración del sínodo, seré breve.

Gosvinta también poseía primicias. A primera hora de la mañana habían llegado legados merovingios procedentes del reino de Austrasia.

—Señor —se adelantó la viuda—, no sé si será el momento idóneo, pero debéis saber que mi hija Brunegilda me ha enviado legados con un diploma real en contestación a nuestra petición de paz con su reino y demás asuntos.

—El gobierno en todos sus frentes es una prioridad para mí —dijo mientras su corazón palpitaba. Contener a los francos y conocer sus planes constituían una urgencia.

—Childeberto II se muestra complacido por los términos del acuerdo entre ambos reinos. La suma de dinero que le ofrecisteis y el resto de proposiciones han dado resultado, y la princesa Clodosvinda os acepta como prometido.

Recaredo sonrió, se sintió feliz, le faltaban herederos y pesaba esa carencia. Gosvinta retomó la palabra con un temple más solícito.

—Hay un pequeño obstáculo a nuestros planes señor… —la viuda se esforzó en no temblar—, Childeberto ha requerido de Gontran la aceptación de su alianza con vos y Gontran se ha negado.

Recaredo pestañeó y movió el cuello en un gesto casi imperceptible.

—Habéis debido empezar por ahí, Gosvinta —repuso procurando contenerse.

Gosvinta midió sus palabras.

—Perdonad, no descansaré hasta que Gontran cambie de parecer, mi hija Brunegilda está en ese mismo empeño. Las mujeres movemos montañas. Solo es cuestión de tiempo.

—Gontran ambiciona la Septimania, siempre lo ha hecho. Mi padre

me contó que mi tío Liuva era dux de esa provincia cuando se convirtió en rey y siempre permaneció allí porque no se fiaba de Gontran. Motivo por el que asoció a mi padre al trono.

Gosvinta sabía de qué hablaba, el tío de Recaredo se convirtió en rey a la muerte de su primer esposo, Atanagildo.

—Gontran no consentirá mi alianza con Childeberto, le ata de manos para invadir la Septimania.

—¿Cuento con la aprobación del rey para perseguir el acuerdo entre Toletum y Austrasia? —añadió Gosvinta con firmeza.

El monarca tomó las manos de la viuda en un gesto de ratificación y agradecimiento. «Menudo combate… ¡Gosvinta-Gontran!», pensó Recaredo. Sin más preámbulos concitó el tema que le hurtaba el sueño.

—Querida aliada, como os decía antes de que la princesa Clodosvinda nos alegrara el día —ambos sonrieron—, quisiera daros una noticia que haré pública en el sínodo.

De repente los labios de Gosvinta se contrajeron como la piel ante el fuego.

—Aprovechando la presencia en el sínodo de Leandro de Híspalis y de Masona, ayer me bauticé y me hice católico. —El rey aguardó a comprobar la reacción de su madrastra—. Sé que la noticia no os sorprende, vengo anunciando que el reino se fortalecerá cuando todos los súbditos profesen la misma fe. La realidad se impone, mi padre pretendió la conversión de los hispanorromanos al arrianismo y al final de sus días se convenció de que era un sueño irrealizable. Seremos los godos, con su rey a la cabeza, quienes nos convertiremos al credo niceno. Somos menos, será más fácil.

—¿Cree vuestra excelencia que a los godos nos resultará sencilla la conversión?

—No me he explicado: en caso de sublevación lo que resultará más sencillo será reprimir a un grupo de personas cuyo número es menor.

Gosvinta abrió los ojos con desmesura.

—Habláis con sinceridad. ¿A mí también me obligaréis a profesar la fe católica?

—En privado cada cuál que opte por sus creencias, pero las Iglesias arrianas se entregarán o devolverán a los católicos.

—¿Proclamaréis hoy la conversión del reino visigodo al catolicismo?

—Hoy no, más adelante convocaré el III Concilio y daré ese paso definitivo. Hoy pretendo llegar a acuerdos, no deseo el menoscabo de derechos para el clero arriano.

Gosvinta se puso las manos en la cara, ardía y no deseaba que la rabia contenida en su mandíbula saliera al exterior. No hasta que pudiera llevarse por delante a Recaredo.

—Para los godos, vuestra gente, será una traición imperdonable.

—¿Habláis del dux Claudio? ¿De Masona? ¿De los magnates Fonsa, Gusino, Afrila, Aila, Ella? ¿Habláis del pueblo, de más de siete millones de hispanorromanos católicos a los que gobierno? ¿Del antiguo reino suevo que eran católicos? ¿O habláis de vos?

Gosvinta alzó la mirada y la retuvo frente a su hijastro, odiaba sentirse vencida por la edad y su condición de mujer, que solo le permitía enfrentar la política del reino por la puerta trasera, sin un ejército que aplacara los humos al enemigo.

—Gosvinta, conozco vuestra adhesión al arrianismo, no me levantaré contra vos, podéis profesar el credo arriano. Vuestra fe se respetará en esta corte, como siempre.

—Os estoy sumamente agradecida por vuestro trato hacía mí. Prometo ocupar el lugar que poseo —Gosvinta sabía retirarse—. Ha llegado la hora de presidir el sínodo, majestad. —Hizo una pausa antes de que la voz se le resquebrajara del todo—: Debo acicalarme, ¿se me permite acudir al sínodo más tarde?

—Cuando deseéis, Gosvinta.

Gosvinta acompañó a Recaredo hasta el salón del trono. El corazón del rey latía sin sosiego. ¡Llegaba la hora de medirse con los suyos!

El cubicolario real abrió las puertas del lugar y anunció la presencia del soberano. Los súbditos se levantaron e inclinaron la cabeza mientras el señor de los visigodos ocupaba el solio y se aposentaba en el trono. En el centro de la estancia se había depositado una pila bautismal y una cruz. Los magnates godos se ubicaron frente al rey mientras los obispos católicos lo hicieron a la diestra, y la siniestra fue el lugar destinado a los arrianos.

Gosvinta se pudría de rencor en su alcoba. Solo diez meses después de ascender al trono, Recaredo atentaba contra la identidad del pueblo godo sin que el rubor de la vergüenza le succionara. ¡Su osadía no poseía límites! Como sus clarificadoras palabras: utilizaría la spatha contra su gente si se sublevaban. La mujer tomó cálamo y pergamino, que no esperase sometimiento en el bando arriano. El obispo Atacolo partiría a la Septimania tras el sínodo, enviaría un mensaje a Brantto, se presentaba la oportunidad que tanto ansiaba. Quizás esta vez Gontran pudiera unirse al magnate godo y surcar un destino común.

El sínodo de obispos reunidos en Toletum era sabedor de las intenciones del hijo de Leovigildo y de su firme convencimiento. Así que cuando Recaredo dio a conocer su bautismo y conversión a la fe nicena el día anterior, solo constató lo que venía verificándose un hecho sólido y próximo. Gosvinta se sumó a la reunión en el momento en que el obispo de Toletum, Uldila, daba vueltas a la cuestión teológica.

—Señor, todo eso de la unidad del reino son razones mayores que

mis fieles no entenderán. El pueblo godo precisa una respuesta a lo que entenderán como una felonía. —Uldila no cejaba en su intento de hacer sentir culpable al rey.

—El rebaño de un obispo se convierte con él, a lo sumo unas cuantas ovejas sentirán esa felonía de la que me habláis, bastante tienen con mirar los cielos y rogar a Dios para que llueva, por no hablar de la langosta o la peste. Los rebaños en discordia son alentados por el obispo, él es el felón.

—No quisiera que mis ovejas me convirtieran en felón, decidme qué debo contestar cuando me pregunten por qué el Hijo y el Espíritu Santo son iguales al Padre —insistió Uldila—, si llevamos siglos sosteniendo lo contrario y diferenciándonos de los católicos.

—Diles entonces que los católicos obran más milagros que los arrianos —enfatizó Recaredo sin medias tintas.

Masona miró de soslayo a Leandro de Híspalis. El rey tenía redaño; decir eso hería.

—Cuando vuestro rebaño mire a los cielos para rogar a los dioses por la lluvia, le complacerá que sean tres dioses. Tres obran más milagros que uno.

Recaredo se levantó del trono y se aproximó al borde de las gradas. Allí pronunció en tono contundente.

—Obispo Uldila y demás obispos arrianos, el reino debe unificarse en la fe. Venimos dialogando sobre esta necesidad desde hace meses, entiendo la incomodidad que os causa la conversión al credo de los católicos, pero el reino visigodo se fortalecerá y prolongará sus días en la Tierra de este modo.

El rey bajó la última grada, se adelantó y sobrepasó la pila bautismal. Giró hacia los arrianos, comprendía el sacrificio que les exigía. Paseó la mirada por las dos filas de obispos arrianos y al fin posó sus ojos en Uldila, cuya excitación era manifiesta.

—El sacrificio que el pueblo godo os exige, queridos obispos, no humillará la posición que ocupáis —dijo Recaredo intentando reconducir el sínodo.

Uldila se sentaba frente a Masona y Leandro. No lograba concentrarse en las palabras del rey, advertir la presencia de aquellos dos perdonados del exilio por Leovigildo, laceraba las entrañas del prelado toledano. ¡Cómo se había torcido tanto el destino!

Mientras Recaredo perseguía apaciguar a los arrianos el magnate emeritense Segga hizo llegar un pequeño pergamino a Gosvinta. Decía:

Emérita está preparada para enviar a los cielos al dux Claudio y a su tío Masona. Después le tocará el turno a Recaredo, caeremos sobre

Toletum por sorpresa.

Gosvinta, ¿cuento con vuestro apoyo y el de vuestro clan, para convertirme en rey?

En la distancia Gosvinta asintió, el aroma de su piel comenzó a desprender olor a esperanza, el olor embaucador del jazmín. La voz de Recaredo perdió la potencia con la que instaba a los arrianos a la conversión.

—Se respetará vuestro estatus —continuaba Recaredo—. Por eso nos hemos reunido los unos y los otros. Si hoy los arrianos ratificáis mi conversión al credo niceno se garantizarán las prerrogativas que poseéis.

Se inició un turno de palabra, claramente se expresaron las posturas enfrentadas y el obispo de Narbona, Atacolo, solicitó una pausa. Los arrianos preferían mostrar una postura unitaria y deseaban escuchar en privado las valoraciones de sus miembros.

Vigorti había asistido ensimismado a la batalla dialéctica entre la élite del reino. En medio de tanta palabrería el rostro de Wendema se había colado en su mente y también la advertencia sobre el peligro que corría Masona. El gardingo abandonó el salón del trono durante el receso. La idea de regresar a Emérita, recuperar a Wendema y hacer que olvidara a Tarqueo cobraba fuerza en sus propósitos. Vagaba por el pasillo ajeno a las tribulaciones de la élite, le importaba poco aquella guerra, él solo anhelaba la cabeza de Brantto.

—¡Vigorti, compañero leal! —le llamó Masona.

—Obispo, ¿no estaréis metiendo ideas nefastas en el corazón de mi hermana?

—El amor no es un valor nefando.

—Le vengo escuchando decir necedades, puede que vuelva a Emérita, obispo, allí hablaremos con claridad vos y yo.

Masona asintió colocando la mano en el hombro del gardingo.

—Eres grande, Vigorti, eres capaz de amar. Te emplazo a esa conversación, necesitas consejo de un viejo como yo. Y esposa.

Vigorti removió el hombro y Masona retiró la mano.

—Hablando de necesidades, vos necesitáis protección.

Masona sonrió, aunque a él también le inquietaban ciertas prevenciones que le habían llegado.

—En mí tienes otro motivo para regresar a Emérita, te aguardan grandes misterios. Como el perdón. Quizás ya estés preparado, han pasado muchos años desde la muerte de tu padre.

—¡Muchos años! —y elevó la voz más de lo adecuado.

En ese instante el cubiculario real llamó a los católicos. El sínodo se reanudaba.

—Tenemos algo pendiente tú y yo —fueron las últimas palabras de Masona.

Tras un tiempo de ponderación entre el rey y los arrianos se aunaron posiciones que el monarca dio a conocer al resto de participantes.

—Prácticamente cuento con la ratificación de los obispos arrianos en mi conversión a la fe católica. Los indecisos pronto se convencerán.

El soberano continuó explicando los acuerdos que debían asumir los católicos, cuyo apoyo requería. Recaredo había prometido a los arrianos que su estatus jerárquico se mantendría en la nueva Iglesia; si debían existir dos obispos en la misma diócesis, existirían. Tampoco procedería un nuevo bautismo ni una nueva ordenación sacerdotal para ellos ni su grey. En cambio ellos debían guardar castidad como hacían los católicos, además de entregarles o devolverles sus iglesias. Recaredo hablaba con prudencia, pero el mohín distendido reverberaba el gozo del acuerdo.

—Pronto convocaré el III Concilio para abjurar oficialmente de la herejía arriana. Entre todos realizaremos una magna labor y reorganizaremos la Casa de Dios, prometo compensar los esfuerzos que los dos credos hacen en el día de hoy. Empezaré por aliviar algunas de las cargas impositivas que la Iglesia soporta.

Vigorti escuchaba aquella verborrea del soberano que parecía no tener fin. Él no se caracterizaba por ser muy observador, pero su intuición no le fallaba, y en ese lujoso espacio mullido de alfombras y telas suntuosas crecía la impiedad. Un mar de túnicas blancas decían sí con su lengua y no con su corazón. La sombra de la negrura se esparcía como la peste.

Percibía el sabor dulzón de la sangre.

Desengaños

El cenobio de Cubillana se vestía con la luz tibia de la incipiente primavera. Los sillares de granito que daban forma al edificio otorgaban solidez externa a la fuerza espiritual intramuros. Desde hacía meses y una vez por semana, Wendema se acercaba al cenobio por el camino paralelo al río Ana que partía de Emérita. El abad Renovato le permitía aguardar a Tarqueo en el huerto, aunque este se negaba a saludarla. El noble persistió en esa negativa desde el mes de noviembre hasta ese día, 20 de febrero, en que atendería las súplicas de Wendema para detener la exhortación perseverante del obispo Masona y el abad Renovato.

El cenobio de Cubillana pertenecía a la Orden de San Benito —Ora et labora— y acogía una afamada biblioteca y una escuela de clérigos. En la fachada meridional del huerto la manceba escrutaba el reloj de sol formado por haces radiales de líneas convergentes, imposible despistarse así del Oficio Divino. Los monjes asistían a la liturgia de la hora nona. Wendema podría conversar con Tarqueo hasta vísperas, la siguiente hora sagrada, aunque ella intuía que le sobraría el tiempo intermedio entre el saludo y la despedida. Un nutrido grupo de mozalbetes esparcían una infusión a base de ajo para luchar contra el pulgón, pronto recolectarían las habas, a lo sumo dos semanas, pero aquellos insectos diminutos, chupadores y de pico articulado, arruinarían la cosecha más provechosa de no mantenerlos a raya. Wendema observaba la escena cuando alguien dibujó su nombre en el aire, pareció impasible al hecho, apenas un leve pestañeo, pero el oxígeno se detuvo en su pecho y amagó romper la caja torácica. Cuando se dio la vuelta no reconoció a Tarqueo, el hábito negro igual que el escapulario y el cíngulo le envolvían en un mundo tenebroso. Lo que más impresionó a Wendema fue su cabello, se había tonsurado la parte superior dejando un ribete de pelos a modo de corona. Era habitual ese afeitado entre los monjes, pero no lo era que alrededor de la oreja derecha el pelo se quebrara en medio de una masa de cicatrices arrugadas y rojizas.

—¡Cuánto tiempo ha pasado! —dijo Wendema a media voz.

Tarqueo no contestó y ella prefirió callar. Al poco se sintió incómoda, se apoyó sobre el muro del huerto y bajó la cabeza.

—Siempre soñé que volveríamos a vernos y la alegría nos haría rodar por la tierra, sin poder contener la efusión.

Transcurrió otro rato y al fin Tarqueo se decidió a contestar.

—Ven, conozco un lugar libre de miradas.

Los mancebos de la escuela se habían marchado a recibir las clases

de la tarde, Dogma y Moral, pero las tierras del huerto seguían transitadas por algunos hermanos que más parecían vigilar que laborar. El huerto se extendía fuera de los muros principales que acogían las construcciones del cenobio: la capilla mayor y dos capillitas menores, las celdas de los monjes y los estudiantes, la biblioteca, la escuela, el refectorio, la enorme cocina y su despensa y dos salones sin uso preciso. Existía un segundo huerto al que se accedía por una oquedad en la pared más alejada del principal. Este enorme espacio estaba franqueado por un murete que lo aislaba del exterior, contaba con zonas de almacenaje para las cosechas y las herramientas agrícolas además de una herrería, un taller de alfarería, un lagar y una prensa para el aceite. Fuera de estos muros, dada la cercanía del río Ana, se había construido un molino de agua que usaban aldeanos y monjes para distintas tareas.

Tarqueo rodeó el lagar y ante ellos apareció un inmenso castaño cuyas gruesas raíces sobresalían por encima de la tierra.

—He cambiado la spatha por la compañía de este castaño —señaló al llegar al lugar.

—Tampoco es que entonces te gustasen mucho las armas —respondió ella.

Levantaron la vista a la vez y se miraron. Fue la primera vez que los ojos de él y de ella coincidieron, fueron unos instantes. Después Tarqueo optó por romper aquel hilo emocional.

—Llevas mucho tiempo insistiendo en verme —dijo mientras detenía la vista en las raíces del castaño.

—Quería darte las gracias.

—¡A mí! —le salió instintivo.

Wendema tardó un rato en contestar.

—Podías haber optado por mantenerte fiel a tu padre, al fin y al cabo es tu padre. Y mi hermano acababa de… —Se detuvo, no era capaz de nombrar el muñón.

—Tu hermano podía haberme matado y solo me dejó manco. Bueno, y esto de la cabeza.

Los silencios se sucedían.

—Sacrificaste a tu padre para que mi hermano siguiera con vida.

—Sacrifiqué a mi padre porque era culpable de la muerte del tuyo y de traición al rey. Mi conciencia no me permitía que otro inocente, como tu hermano, sufriera la perversa mano de mi progenitor. Y no lo niego, lo hice sobre todo por ti. Si el crimen hubiera recaído en otros, como los ha habido, habría sido un cobarde y habría callado. Pero el destino me enfrentó a mi conciencia y al amor.

—Tarqueo… —dijo Wendema conteniendo el lamento.

—Ya no soy la misma persona que conociste, Wendema, desde el día que descubrí la prueba de la traición de mi padre en el manto de

Santa Eulalia soy un espectro que sobrevive.

—No debes pagar las culpas de él.

—La nobleza goda nunca me mirará con buenos ojos, soy una deshonra por haber ido contra mi padre. Tu hermano me odia y tú…, bueno, tú…

—Yo te odié, antes sí, te odié por ser hijo de tu padre. Pero cuando me enteré de lo que hiciste por mi hermano todo cambió. Ya no te odio.

—Siempre has tenido un corazón bondadoso —dijo él.

Wendema se dejó caer sobre una raíz prominente, fijó sus ojos en la tierra y desnudó su corazón.

—Te odié mucho, Tarqueo. Cuando Vigorti se marchó a Híspalis para combatir al hijo de Leovigildo deseé que matase a tu padre y te matara a ti, que pagaseis por la muerte del mío. También me odié por haberte amado. Al cabo de un tiempo mi corazón se tornó oscuro, solo veía la maldad en cada gesto del mundo, se borró mi sonrisa y mi capacidad de sentir compasión por nadie. Y luego me enteré de tu gesto, tu heroico martirio, y mi corazón se transformó. Si necesitas mi perdón, lo tienes.

Tarqueo se sentó al lado de Wendema en otra de las raíces que mantenía al castaño con vida y deseó ser castaño. Pero se sentía pulgón, un bicho a exterminar. Sentados al borde de la tierra permanecieron largo tiempo sin hablar, como dos extraños traicionados por el destino.

—Debo volver al cenobio —dijo al fin Tarqueo.

—Me gustaría volver a verte la semana próxima.

—¿Por qué?

—Me siento en paz.

—Yo no, tu presencia me devuelve a las tinieblas, Wendema, prefiero estar solo.

—Gracias por permitirme volver —añadió ella sin hacer caso.

Él arrugó el gesto pero se calló. Abandonaron el huerto y atravesaron la oquedad que los devolvió a otra realidad. Para él inmersa en la negrura del pasado. Para ella envuelta en la albura del perdón.

22

Vigorti intentaba reflexionar en una de las habitaciones del palacio episcopal del obispo Masona, en el que había solicitado alojamiento por el tiempo que permaneciera en Emérita. Eso le había aconsejado el religioso, que reflexionara. Sin embargo, él era poco dado a pensar obsesivamente y planificar sus movimientos, a él le llamaban la acción

y el impulso. El objeto de reflexión consistía en enmendar los asuntos de familia, corregir la conducta del todo recriminable de Wendema, que a juzgar por sus actos estaba enloqueciendo.

Abandonó su habitación y bajó la amplia escalinata de mármol del palacio. No sabía cómo enfrentar lo de su hermana y prefirió ocuparse de la misión encomendada por Recaredo. Agradeció la fría brisa del exterior. Montó el caballo y trotó por una vía paralela a la principal, había llovido y las herraduras del animal golpeaban la mezcla embarrada de la tierra y los residuos orgánicos. Al poco atravesó una poterna y descendió por el arrabal hasta llegar a la basílica de Santa Eulalia. Con sus tretas habituales, Sunna había conseguido ocupar el templo dedicado a la mártir, y aunque el clero católico no se había marchado, intentaba confundir a los devotos y predicar su herejía impía. Además, se negaba a cumplir la orden real de devolver las iglesias arrianas en su poder a los católicos. El obispo Masona temía que la ciudad volviera a convertirse en un campo de batalla entre arrianos y católicos, y envió una misiva a Recaredo solicitando consejo para enfrentar el desafío al que su rival, Sunna, le arrastraba. El rey redactó un mandato compeliendo al obispo Sunna a acatar las leyes.

—¡A la basílica no podéis acceder con armas! —espetó a Vigorti uno de los aldeanos que custodiaban el portón.

Un grupo de lugareños a las órdenes de Sunna hacía las veces de fuerza militar prohibiendo la entrada a quienes evaluaban como una amenaza.

—¡Yo creo que sí!

Vigorti no lo pensó, sacó el cuchillo del cinturón, en un movimiento ágil lo cruzó sobre la yugular del aldeano torciendo su brazo derecho sobre el omóplato. Comenzó a empujarle con el pecho. El otro avanzó delante de él.

—¡Si alguien se mueve, este no lo cuenta! —rugió con fiereza.

Unos instantes después el obispo Sunna era todo oídos y seguía las indicaciones de Vigorti sin objeciones. El grupo abandonó la basílica por una puerta próxima al ábside que conducía al cenobio, y en el pasillo que conectaba ambos edificios Vigorti soltó a su rehén. El rostro del obispo expresaba lo que sentía: su macilenta piel horadada por verrugas y minúsculas cicatrices escupía veneno.

—Vengo a entregaros esta orden firmada por el rey Recaredo.

Sunna cogió el pergamino y lo leyó. Cuando levantó la vista Vigorti fue claro.

—Ninguna iglesia de la ciudad debe continuar en la herejía o vos seréis culpable de que se respete la voluntad real por la fuerza de las armas. Ahora mismo colgaréis este pergamino en el portón de la entrada para que no haya dudas sobre la fe que se profesa entre estos

muros. Masona enviará mañana al pregonero por toda la ciudad con el anuncio. Podéis seguir en Santa Eulalia, pero como católico.

—Ya veo que te sobra soberbia y te falta talante conciliador.

—Con quien no respeta las leyes del rey, no hay nada que hablar.

Sunna abrió los orificios nasales y replegó los labios, debía contenerse, tiempo habría de ajustar cuentas con ese malnacido. Luego dijo.

—Supongo que el obispo Masona no es ajeno al mandato del rey.

—Cierto.

—Necesito tiempo.

—¿Cuánto? —Vigorti ató en corto al arriano.

—Esta misma noche enviaré a uno de mis criados con propuestas para Masona.

Vigorti se adelantó hasta oler la respiración de Sunna y añadió:

—Espero que seáis un hombre de palabra. —El obispo reculó unos pasos sin contestar—. Ahora me acompañaréis hasta el caballo, saldremos por el cenobio, rezad para que a nadie se le haya ocurrido emprenderla con el animal, porque le arranco el hígado.

Sin adversidad, Vigorti montó el caballo y emprendió el galope en dirección al xenodoquio. Una vez allí, ató al animal y cambió su manto por una enorme paenula negra cuya capucha se levantó. Emprendió una carrera de vuelta a la basílica. Tal y como había sospechado, el mandato de Recaredo hizo reaccionar al obispo arriano, cuya figura desgarbada y espigada ascendía hacia la puerta noreste de la muralla. Le siguió, subió el arrabal con energía, el barro se le calzaba a la suela. El prelado atravesó una de las dos torres de planta rectangular que flanqueaba el vano de la muralla. A continuación giró a la izquierda para descender dos calles más allá. El tono violáceo del cielo amenazaba descargar agua en cualquier momento. Los pasos del obispo finalizaron en la domus de Segga, un destino que no sorprendió a Vigorti. En el insigne espacio pagano en que siglos atrás se levantara el foro de la colonia de Augusta Emérita, en el que aún persistían vestigios de un templo y algunos sillares de edificios administrativos, Segga poseía una magnífica domus. El obispo fue conducido por un pasillo que desembocó en el atrio cuyo pavimento combinaba tejas y mármol rosáceo del anticlinal. Segga trabajaba en el tablinum cuando Sunna le sacó del mundo de las cifras: establecía las medidas de equivalencia de los productos agrícolas para el pago de los impuestos.

Mientras tanto Vigorti aguardaba en la calle tras el podio del templo. La zozobra se lo comía y le costaba dejar de moverse. Había comenzado a lloviznar. Apenas transcurrieron unos minutos desde la llegada de Sunna cuando un esclavo de Segga salió de la domus para regresar enseguida acompañado por Vagrila, otro de los magnates

godos de la ciudad. Bien supuso Vigorti que la orden de Recaredo activaría la conjura de la que ya tenían conocimiento.

Las iras del obispo Sunna se acrecentaban insufladas por la contundente respuesta de sus aliados: había llegado la hora de que Masona disfrutara del Paraíso junto al Creador. Lo harían esa misma noche. El plan sería sencillo: Sunna mandaría llamar a Masona a la basílica de Santa Eulalia, allí le aguardarían y le darían muerte. Luego asaltarían el palacio del dux Claudio, y de allí a Toletum.

Segga deambulaba de un extremo a otro del tablinum atraído por la idea de que su nombre se grabara en la historia como rey del pueblo visigodo, y en esos pensamientos se regocijaba cuando el obispo arriano le atrajo a la tierra de inmediato.

—Dos nombres me preocupan. No es casual que se hallen en la ciudad el dux Claudio y nuestro común partidario —añadió con retintín—, el conde de los Notarios, Witerico.

—Witerico siempre ha estado de nuestra parte, obispo, no enredemos más la situación —terció Segga.

Sunna arqueó una sola ceja y miró de soslayo a Segga. Se dejó caer en un butacón de muselina dorada para concluir:

—Witerico ambiciona ser rey, Segga. Hace poco, mientras organizábamos las clientelas para el levantamiento me lo hizo saber, es consciente de su fuerza y desea liderar al grupo.

Segga se giró y golpeó con fuerza la mesa de trabajo.

—¡Cómo se atreve! Ahora que los vientos soplan favorables pretende hacerse a la mar, pero fui yo, ¡yo!, que a nadie se os olvide, quien mantuvo la barcaza a flote durante la tempestad. —Todos entendieron sus palabras—. ¡Yo he asumido el mayor riesgo en esta empresa y míos serán los réditos!

Desde la coronación de Recaredo el malestar de la nobleza goda había ido creciendo: constataban cómo el hijo de Leovigildo continuaba la senda de su padre consolidando la monarquía hereditaria y hurtándoles el derecho a ser elegidos reyes. Para colmo, la conversión del monarca al credo niceno, obligando a la nación goda a abandonar uno de sus signos de identidad, constituía el último desmán de Recaredo. Después de aquello muchos estaban dispuestos a derrocarle.

—Lo cierto es que Witerico no puede quedar fuera de esta empresa o lo tendríamos como enemigo —concluyó Vagrila.

—Entonces habrá que engañarle, decirle que será el rey. Se me está ocurriendo una idea. Si Witerico desea la Corona, que sea él quien mate a Masona. ¡Sí, debe hacerlo él! —los tres parecieron disfrutar con aquel designio de Sunna—, y luego, vuestro criado —y señaló a Segga—, el que nos sirve con tanto encomio, que mate a Witerico.

—¿Winjuel?

—Sí, dadle la libertad en pago

—¿Estáis loco, obispo? ¡Puede ir contándolo por ahí!

—¿Qué nos importa?

—Tendría que matar a Winjuel, no me gustan los rumores —estimó Segga sin mucho convencimiento.

—¡Pues lo matáis, Segga, solo es un esclavo! ¡Pensad que seréis el rey! —contestó Vagrila.

—¡Escuchadme bien los dos! —Segga había cogido una daga de la mesa—, si pensáis traicionarme y estáis con Witerico, sabed que recompensaré a mis esclavos para que rebanen vuestras cabezas. ¡Caeréis después que yo!

—¿Estáis alunado, Segga? —se indignó Vagrila—. Sin confianza no podemos triunfar. Sunna y yo os aceptamos como futuro rey, solo a vos.

Con los ánimos más sosegados enviaron a Winjuel en busca de Witerico.

Era la segunda vez que el esclavo salía de la domus y Vigorti decidió aventurarse tras sus pasos. Winjuel recibía buenas prebendas de Masona a cambio de mantenerle informado. La llovizna no cesaba. El manto del gardingo pesaba y se le adhería a la piel provocándole una sensación extraña. Las calles de la colonia casi no tenían tránsito. Aceleró la marcha hasta quedar a la altura del esclavo. Este se sobresaltó al escuchar su voz, Vigorti siempre le infundía un temor irrefrenable incluso cuando bromeaba.

—¿Qué está sucediendo ahí dentro? —Vigorti fue directo.

—¿Dónde?

—Tu manía de no hablar a la primera cada vez me cansa más, no te hagas de rogar.

—No consigo entenderles todo.

Vigorti le agarró con fuerza la muñeca y la torció hasta atraerle junto a su cuerpo.

—El obispo Masona es muy generoso con los tuyos como para que el oído te falle cuando más lo necesitamos.

—Llamarán al obispo hoy para matarle.

—¡Ah, resulta que sí oyes! ¿Cómo lo harán?

—Juro por Dios que solo he escuchado eso, están de acuerdo, mi señor, el obispo Sunna, Vagrila y no sé si Witerico, ahora voy a buscarle.

—Eso es todo lo que necesito saber. —Después se interpuso delante del esclavo y se llevó el pulgar al cuello amenazándole sin ambigüedad—: Yo no soy el obispo Masona, si me engañas lo harás una sola vez, ¡deshecho!

Luego le propinó un par de bofetadas como despedida.

23

Extramuros de la ciudad de Narbona, capital de la Septimania, se levantaba la celebrada basílica de San Pablo y su cenobio. A pocas millas de allí, en una lujosa villa, habitaba el perseguido noble godo Brantto. De día en día la confianza se iba adueñando de él y cada vez con más descaro se dejaba ver por la zona. Las malas lenguas decían que mantenía contactos con el rey de Borgoña y que la villa estaba manchada con sangre goda.

Esa mañana del mes de marzo, mientras se urdía un complot contra el obispo Masona en Emérita, Brantto despedía a su primer oficial, Siwae, que emprendía viaje a tierras lusitanas. Los informadores del noble le habían garantizado que su hijo se escondía en el cenobio de Cubillana.

—Deseo saber si las órdenes son las mismas para mí que para ellos. —Y Siwae señaló a los hombres que le acompañarían.

—Echo en falta la lealtad que siempre me habéis profesado, amado Siwae.

—Traeré a Tarqueo hasta vos, señor, pero no permitiré que nadie le mate en el viaje y menos delante de mí.

Brantto rio con desprecio.

—El placer de despellejar a esa rata no me lo arrebatará nadie, por eso no has de inquietarte.

Siwae bajó la cabeza, siempre había protegido a Tarqueo y entregarle a las garras de su progenitor, que le torturaría sin compasión, le provocaba una profunda aflicción que no conseguía enmascarar.

—No te percibo complacido con esta gran misión. Te recompensaré bien.

—No deseo tener nada que ver con la muerte de Tarqueo.

—¿Te parece propio de un buen hijo traicionar a su padre? ¡Respóndeme!

Siwae agachó la cabeza y Brantto con la fusta le subió el mentón.

—¡Respóndeme!

—No, señor.

—Y no te olvides de la hija de Vigor, a ella también la quiero. No te presentes sin ninguno de los dos.

Brantto sacó la spatha, adelantó el caballo hasta quedar frente a su subordinado y con el filo del hierro sobre su cota de malla, le encaró.

—Si no me traes a Tarqueo te perseguiré en la Tierra y en el Infierno.

—¡En marcha! —gritó Siwae a los hombres deseando alejarse de allí.

24

Mientras la caravana de la muerte se echaba al camino desde la Septimania para capturar a Tarqueo, hechos muy distintos ocurrían en el cenobio de Cubillana.

El abad Renovato, comprensivo con las circunstancias de Tarqueo y Wendema, había permitido sus encuentros a la sombra del castaño del huerto o a orillas del río Ana. Pero aquellas citas debían tocar a su fin. Cada día más monjes mostraban su discordia con la presencia de Wendema. Tarqueo debía elegir, o la vida en el cenobio como un hermano más, o la vida al lado de ella. El abad había planteado la encrucijada a la pareja la última vez que se vieron. El corazón de Wendema no albergaba dudas sobre sus sentimientos, estaba dispuesta a todo por Tarqueo. Se marcharía de Emérita si él recobraba la paz en otro lugar. Wendema veía amor y sensibilidad en Tarqueo, ella no percibía la falta de la mano ni del cabello, solo sentía la grandeza de su ser.

Renovato aguardaba a Wendema tras los muros del cenobio, en el lateral que corría paralelo al río. El trote de dos caballos sacó al religioso de su actitud meditativa. Eran ellos, Wendema y un siervo del obispo Masona que la acompañaba en sus desplazamientos a Cubillana. La lozanía de la manceba resplandecía enseñoreada por mechones ensortijados que enmarcaban sus mejillas, ni siquiera los nubarrones disipaban el aura dorada de su imagen. Wendema se dirigió al abad sorteando las jaras que poblaban la irregular vereda de tierra.

—¡Dios nos guíe, abad! —saludó ella.

—¡Él siempre está en nuestro camino!

Se sonrieron, se profesaban simpatía.

—¿Algún mensaje de mí admirado Masona?

—Desea visitar a Tarqueo, pronto lo hará, abad.

—Si no es así me obligará a personarme en Emérita, ¡díselo! —Y levantó el índice como si fuera una amenaza que pensara cumplir. Rieron.

Con andares pausados llegaron al final del cenobio, una pequeña puerta comunicaba con el huerto mayor, por ella salían los monjes cuando se acercaban al molino de agua que caía detrás. El río Ana fluía con la fuerza del universo, las palas de la rueda del molino elevaban el agua y la soltaban originando un sonido embaucador.

—Tarqueo te aguarda en el castaño, hija —se despidió Renovato—. «Si no aceptas que la verdad te gane, será el error quien te derrote, dijo San Agustín», y yo añado: la verdad es distinta para cada uno de nosotros, tenlo presente.

La joven sintió un escalofrío, el vello del brazo se le erizó. Aquellas

palabras no predecían albricias y su paz se transformó en angustia.

—Y sobre el amor, ¿qué debo escuchar?

—Como la verdad, hay caminos diferentes. —Y el abad volvió sobre sus pasos.

Wendema empujó la puerta y atravesó el umbral, a lo lejos divisó a Tarqueo apoyado en el tronco del castaño. El monje le salió al encuentro cuando advirtió los pasos de ella. Cuando llegaron al castaño, Wendema encaró el dilema al que se enfrentaban.

—Si vas a consentir que me marche sola del cenobio, dímelo cuanto antes.

Él no contestó.

—¡El silencio de un cobarde! —espetó ella.

Transcurrió un tiempo breve.

—De aquí no me moveré hasta escuchar la decisión que has tomado, al menos merezco unas palabras.

Tarqueo se dejó caer sobre un ramal de raíces. Lloró.

—Es la primera vez que alguien me ve llorar —dijo al rato—, perdona, me prometí no hacerlo.

—Si yo te quiero, si deseo estar contigo, si me da igual la opinión de Vigorti e igual el lugar al que escapemos para ser libres, ¿por qué eliges mortificarte?

—Seré sincero, Wendema. Cada vez que te miro veo a mi padre matando al tuyo y a Vigorti persiguiendo a mi padre para matarle. Tú, el pasado y el futuro sois la misma cosa. —Tarqueo se limpió los ojos —. Wendema, ¡yo te amo!, pero prefiero la paz que me dan estos muros a la culpa que siento en tus brazos.

Las lágrimas contenidas de Wendema afloraron sin consuelo, supo que su decisión era inamovible. Él sacrificaba su amor y ella no podía hacer nada más. El desaliento la invadió y acabó por sentarse en las raíces semienterradas del castaño. Escondió el rostro entre las rodillas, incapaz de reprimir el llanto. Durante un rato lloró, cuando se serenó, se limpió el rostro.

—Esto sucede porque no me amas lo suficiente. ¡Tú no me amas, Tarqueo! —dijo elevando la voz.

—¡Voy a volverme loco! ¡Qué culpa tengo yo de mi destino! ¡No debí nacer! ¡Mi padre solía decírmelo! ¡Márchate, por Dios! ¡Me asfixio!

—¿Y mi amor? ¿Qué hago con mi amor por ti?

—¡Malditos seáis todos! —susurró Tarqueo protegiéndose la cabeza con la mano y el antebrazo del muñón—, si ya vivo en el infierno, ¡qué más queréis!

—¡Vive junto a mí y abandona ese infierno!

—Lo he intentado y no puedo —dijo sin fuerzas.

Los ojos de Wendema se desbordaban continuamente, se

asemejaban a un mar embravecido. Intentó aceptar la decisión de Tarqueo. Con las manos temblorosas se apoyó en la tierra para levantarse. El tiempo la ayudaría. Al girarse para ver a Tarqueo contempló el amasijo de cicatrices en la cabeza del monje. Agazapado y con el escapulario amontonado sobre el cuello se asemejaba al pulgón del que tantas veces hablaba; así se sentía: inmundo. La visión de Tarqueo era aterradora, Wendema percibía la aciaga nube en la que habitaba. Sus negras vestiduras revelaban la oscuridad de su interior. Entonces recordó las palabras del abad Renovato y suspiró fuerte, se tragó la impotencia de no poder salvarle. Solo cabía la compasión, y a media voz pronunció su despedida entre suspiros que contenían el dolor.

—Tarqueo, acepto la verdad de tus sentimientos. Que santa Eulalia te conceda la paz que tanto anhelas.

Sin aguardar respuesta Wendema desanduvo el camino entre el manto de amapolas y cantuesos que poblaban las traseras del huerto. Abrió la puerta y el sonido del agua del molino la envolvió. Se apoyó en los muros del cenobio y cerró los ojos. Sintió la fuerza del agua, casi podía respirar el frescor de aquellas gotas como manantial dador de vida. Permaneció quieta hasta encontrar algo de serenidad.

Cuando abrió los ojos el abad Renovato se hallaba allí con su reconfortante presencia.

—Acepto la verdad de Tarqueo, padre, aunque me duela más que morir.

—Sí, pero tú eres libre, hija. Existe el futuro para ti. No te lo niegues y busca la felicidad. El camino de Tarqueo es otro.

Avanzaron hasta la fachada del edificio donde aguardaba el siervo. Wendema montó el caballo y galopó firme. Elegía vivir.

25

Había caído la tarde. En la domus de Segga se celebraba un conciliábulo secreto, asistían los magnates godos Witerico y Vagrila y el obispo arriano Sunna.

—Atardece, ha llegado la hora de actuar —enunció Sunna como si citara una profecía durante la homilía.

Nadie se movió de sus asientos. Segga y Vagrila se miraron.

—Antes, Witerico debe darnos una respuesta —pronunció firme Segga—. ¿Lo haréis o no?

Witerico era el más joven de los tres nobles godos y era ambicioso. El negro azabache de sus cabellos exhibía el vigor de la edad y su recio talle le otorgaba una impronta militar de guerrero temido. Sus ojos verdes y sus finas facciones contribuían a su galanura, y sus

conquistas amorosas no tenían fin. Witerico se levantó de la butaca.

—Vuestro plan es fruto de la improvisación —contestó.

—Entonces no se hable más, yo lideraré el fin de la tiranía de Masona y será mi spatha quien le fulmine, pero también seré yo quien encabece la marcha a Toletum como futuro rey —señaló Segga deseando tener el camino libre.

Witerico se atusó la barba mientras se dirigía hacia una de las vidrieras de yeso cristalizado del tablinum, iluminada por pequeñas antorchas.

—Bien sabéis, Segga, que necesitáis a mis huestes para enfrentaros con éxito al dux Claudio y al ejército de Recaredo.

—¡No mataré yo a Masona para que vos seáis el rey! —respondió Segga enojado—. Además, os recordaré algo que ya sabéis, es un buen momento para hacernos con el poder, incluso sin vuestras huestes. Claudio tiene pocos hombres en Emérita, los ha mandado a la provincia de Gallaecia y a Corduba. El rey no le quita la vista a la Septimania y algunas guarniciones se han marchado hacia allí.

Witerico parecía reflexionar con la vista sobre la vidriera. Los demás se lanzaban furtivas miradas. Witerico se giró y su compromiso sonó convincente.

—¡De acuerdo, de acuerdo, yo mataré a Masona! ¡Mía será la corona del reino!

—Eso es lo que necesitamos, ¡unidad! —clamó Sunna enardecido —. Y ahora, Witerico, Vagrila, debéis marchar y esconded a vuestra gente detrás de la basílica de Santa Eulalia. Permitid que Masona entre primero, así veréis cuántas personas le acompañan. Que sea todo rápido, Witerico.

—Y recordad —sentenció Segga—, eliminaremos solo a Masona, no hace falta una sangría.

Witerico y Vagrila se golpearon la cota de malla con el puño en señal de victoria y desaparecieron.

—Pensé que Witerico no se decidiría, obispo —añadió Segga cuando estuvieron a solas.

—Su ambición es poderosa. Buscad a vuestro esclavo, Segga, debo enviar a Masona el mensaje cuanto antes. Esa chusma…, ya sabéis, el gardingo Vigorti debe estar afilando la spatha si no aparece el mensajero. Él puede ser el mayor de nuestros problemas.

—Aunque sea un buen soldado no se imagina nuestra jugada, obispo, tened confianza.

Segga abandonó el tablinum para aparecer al poco con Winjuel. Horas antes y en ausencia de Witerico habían explicado al siervo el protagonismo que le habían reservado en los hechos de esa noche. No solo el nombre de su señor, Segga, resonaría en los anales de la historia como restaurador del arrianismo en el pueblo godo. Todos los

participantes en el alzamiento y también él tendrían su lugar. Esa noche se reformaría la errática senda iniciada por Recaredo. Winjuel no vislumbraba el sentido de tanta palabrería como adornaba la orden de su señor, al fin y al cabo se trataba de matar al conde Witerico; al contrario, aquella verborrea le excitó aún más. El siervo tomó el pergamino que Sunna le ofreció con la mano temblorosa y se echó a llorar.

—¿Qué te sucede? —Segga le puso la mano en el hombro y la paenula se le movió.

—¡Yo no seré capaz de matar al noble Witerico! —Y aumentó su llanto.

—Winjuel, solo necesitas algo de valor. ¡Ten mi cuchillo! Lleva grabadas mis iniciales, te dará suerte. Guárdatelo bajo la túnica. Todo sucederá muy rápido, no te darás cuenta. Mientras el ínclito Sunna dialoga con Masona, Witerico le matará por detrás, a ti ni te verá acercarte. En cuanto le haya matado, tú le cortas el cuello a él. Luego diremos que a Witerico le mató Masona intentando defenderse, así sus huestes no se pondrán en nuestra contra. Confía en mí, todo ocurrirá en un suspiro. Vagrila, yo y hombres de nuestra confianza te protegeremos, haremos un cerco y nadie se dará cuenta de qué ha sucedido.

El siervo no podía articular palabra, el sudor empapaba sus axilas y la excitación le impedía estar presente, no oía, solo era un manojo de nervios aturrullado.

—Winjuel, ¿te das cuenta de que yo seré el nuevo rey? Y podré darte lo que me pidas, libertad, tierras, joyas, lo que desees.

El esclavo movió la cabeza como si lo comprendiera todo.

—Ahora debes marchar al palacio episcopal, apresúrate, Masona aguarda este mensaje —le apremió Sunna.

—¿Y qué dice? —preguntó de repente.

Sunna y Segga se miraron.

—Invita al obispo Masona a acudir a la basílica de Santa Eulalia. Allí recibirá la vida eterna.

Winjuel no se demoró más. El palacio episcopal de Masona caía cerca. Otros dos esclavos guiaron sus pasos con antorchas. Atravesaron el antiguo foro romano en el que convivían unas pocas domus de ricos potentados con los restos de un templo pagano y humildes casas de adobe cuyas traseras eran compartidas como cuadra para gallinas, cerdos, conejos, vacas y mulas. Completaban el lugar algunos espacios en ruinas donde la basura se multiplicaba.

Los tres esclavos de Segga descendieron por la vía principal a la que seguían llamando decumano. Las antorchas iluminaron la calle. Winjuel metió las botas en algunos charcos de agua que aún perforaban la tierra, el líquido invadió sus tobillos. La calle lucía

habitada por diminutos locales hurtados a las viviendas que aprovechaban su situación principal para ofrecer todo tipo de mercadería. Antes de desembocar en el puente, esta vía se abría a la plaza de Santa María que bautizaba el lugar por anteceder a la basílica sénior. Al lado de la basílica se erguía el palacio episcopal con sus magníficas torres. Winjuel tembló al subir la escalinata del edificio.

—Traigo un mensaje del obispo Sunna para el obispo Masona. Debo hablarle —dijo Winjuel a los dos soldados que custodiaban la entrada.

Masona cenaba acompañado por Vigorti, el archidiácono Eleuterio y el diácono Inocencio. Varias alfombras orientales cubrían los mármoles de la estancia. Salvo Eleuterio, que sufría de indigestión y se alimentaba con la levedad de los espíritus, los demás disfrutaban del gozo del plato. Tortitas de pan de espelta y de trigo ácimo y bebida de manzana fermentada constituían el acompañamiento al resto de platos. Una vasija de vidrio con carne de cerdo embutida y aceitunas troceadas y otra de pulte, a base de harina de habas y garbanzos regados con poleo y pimienta, servían de entremeses a los dos platos principales. Aún humeaban las densas fuentes de barro de las que los comensales se servían sin recortar. Una, alfombrada con carne picada de cerdo y mújol con acelgas, sazonada con jengibre y pimienta. La otra a base de cecina de ciervo con col y altramuces. En otra mesa más pequeña se hallaban los postres. Uno de bellotas, castañas y almendras con miel. Otro de requesón de oveja con membrillo.

—Obispo, un siervo del conde Segga trae un recado para vos.

Antes de que el esclavo terminase de hablar, Vigorti se había levantado.

—Ahora mismo le atiendo —respondió Masona manteniendo la calma. Luego se dirigió a Vigorti—. No debemos temer nada, sabemos lo que pretenden.

Masona salió al atrio y saludó a Winjuel con buenas maneras, después leyó la nota que le ofreció y ordenó a todos que le dejasen a solas con el siervo, que frente a Masona se desmoronó y comenzó a lloriquear. El obispo le tomó del brazo y se sentaron en uno de los bancos de madera tallada del atrio.

—Obispo, a vos le va a matar Witerico y luego yo debo matarle a él.

—Así que Witerico será mi verdugo y tú el suyo. Explícate ampliamente.

El siervo contó los planes entre sollozos.

—Nada de lo que han planeado sucederá. Si el gran Leovigildo no pudo conmigo, menos estos fantoches, ni Witerico me matará a mí, ni tú a Witerico. Para empezar del palacio no me sacan, ahora escribiré una nota que llevarás al obispo Sunna o a tu señor, según te hayan

dicho. Deseo que guardes la calma y sobre todo tengas fe. Santa Eulalia está de nuestra parte.

Masona regresó junto a sus acompañantes, tomó cálamo y pergamino ante la mirada ansiosa de sus acólitos y escribió:

Obispo Sunna, en modo alguno he de moverme de mi morada. Mas si vos deseáis parlamentar, en el atrio de mi palacio os aguardo. Recordad que el rey os compele a abandonar la rebeldía de vuestros actos y la herejía arriana a la que os aferráis, es hora de abrazar la fe verdadera.

Winjuel tomó el pergamino y dedicó un último suspiro al obispo que, de nuevo, le exhortó a conservar la fe y la confianza en la patrona de Emérita. Después, como barca ante Caronte, el siervo recorrió el escaso trecho que le separaba de la domus de su señor. Segga maldijo a Masona cuando leyó su contestación, envainó la spatha, tomó una daga y junto a Winjuel corrió hacia la basílica de Santa Eulalia.

Por su parte, Masona había enviado a buscar a su sobrino, el dux Claudio, necesitaba protección, estaba convencido de que Sunna acudiría a su llamada.

El frío, la niebla y una llovizna intermitente custodiaban al nutrido grupo que, liderado por el obispo Sunna y los nobles godos Segga, Witerico y Vagrila, se disponía a plantar cara a Masona y desterrarle del mundo de los vivos. La oscuridad de la noche y los destellos luminosos de las antorchas, avanzando como pendidos del aire por fuerzas demoníacas, provocaban una tenebrosa sensación de irrealidad. El obispo arriano detuvo la marcha cuando la vía principal se ensanchó dando paso a la plaza de Santa María. Un contingente de soldados que superaba ampliamente al bando de Sunna los aguardaba formando un pasillo que conducía al palacio episcopal de Masona. Aquella visión provocó ardor de vientre a Sunna y un flujo ácido e incontrolable subió hasta su garganta, era el regusto del odio.

—¿Qué significa esto? —increpó Sunna a los nobles.

—Obispo, el palacio del dux Claudio está próximo al de Masona. Hay un destacamento fijo en la puerta del puente y es posible moverles hasta aquí en tiempo mínimo —respondió Witerico con zozobra.

—Masona conocía que vendría acompañado y en son de guerra, ¡a eso me refiero! —agregó Sunna conteniendo la furia que le azotaba las tripas—. ¡No me atrevo a nombrar la palabra que alguno de vosotros lleva escrita!

Los nobles godos se miraron a los ojos como si la traición pudiera leerse en la retina.

—¿Quiénes deseáis seguir adelante? —la voz de Sunna sonó como un trueno del orbe celeste.

Ningún magnate se atrevió a contestar por si la respuesta evidenciaba la traición.

—Observo que las respuestas rivalizan por ser las primeras.

—Haremos lo que vos ordenéis, obispo —determinó Segga aturdido.

Sunna se giró y enfrentó la visión de la soldadesca.

—Witerico, ¿matarás a Masona? —interrogó dándole la espalda.

—¡Sí, le mataré!, más que nunca deseo hacerlo, yo no soy un traidor.

—Ese pasillo podría ser una emboscada —añadió Sunna pensativo —. Al palacio entraremos nosotros y unos cuantos hombres. Los demás se esparcirán por la plaza, rodeando a estos bastardos armados.

Los magnates transmitieron las instrucciones de Sunna a sus hombres. El obispo aguardó a tener tras él a los señores godos y luego echó a andar.

—¡El Padre nos guíe en esta aventura! —proclamó en voz alta y prendió el signo de la cruz en el viento.

Los arrianos recorrieron el estrecho pasillo, por él no cabían más de tres cuerpos a la vez. Quince personas accedieron finalmente al palacio episcopal. El dux Claudio hizo su aparición en las fauces del palacio cuando el portón se cerró, besó la mano de Sunna sin acritud y saludó a los nobles emeritenses como a viejos camaradas, no en vano las guerras los habían hermanado frente a poderosos enemigos. Al dux le afligía la conjura de la que Masona le había informado. Si tuviera que pelear contra sus antiguos aliados lo haría sin dudar, pero su corazón se resentía bajo la punzante felonía. Si era cierto que se hallaban allí para matar a su tío Masona, no se lo perdonaría a ninguno de ellos.

—Me complace hallar al obispo Sunna en compañía de tan nobles, sensatos y valientes señores godos —dijo el dux pertrechado para la guerra.

—Quizás nuestra presencia haya interrumpido algún servicio de vuestra excelencia, dux —ironizó Sunna en relación a la panoplia militar del general.

Claudio sonrió, había captado el mensaje.

—En los últimos tiempos los palacios episcopales resultan ser escenarios principales de las grandes disputas del reino visigodo, me hallo de servicio.

Claudio mantuvo la mirada al obispo Sunna y luego condujo al grupo hasta el atrio en el que Masona aguardaba sobre la cátedra. El asiento se había colocado al comienzo de la escalera que conducía al segundo piso, en caso de enfrentamiento subiría y se encerraría en su cuarto. Sobre el primer escalón y a espaldas de Masona se situaban dos soldados, Vigorti lo hacía a su siniestra. El resto de la soldadesca,

hasta tres decenas, se dispersaban a lo largo del atrio y tomaban posiciones conforme los adláteres de Sunna ocupaban su lugar. La hostilidad era tan visible que nadie se anduvo con tapujos.

—Deseo una cátedra como la de vos, Masona, parezco un mendigo de los que vienen a pediros pan —dijo Sunna con voz de ofendido.

Masona se levantó del asiento y comenzó a hablar obviando el desafuero de Sunna.

—Vos, obispo Sunna, y este siervo de Dios, no somos los protagonistas de este encuentro.

—¿Ah no?

—Son las leyes del rey Recaredo y su cumplimiento las que nos convocan. ¿Por qué las incumplís? Con vuestra actitud solo pierde vuestra grey y vos mismo.

—Yo soy arriano y en mi presencia no se rezará al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

—Entonces debéis abandonar la basílica de Santa Eulalia y marchar a otra nación en la que vuestra herejía sea ley. En el reino godo no hay sitio para vos.

Sunna se enervó con aquella respuesta, dio media vuelta y buscó la complicidad de los nobles que se hallaban tras él, pero Witerico bajó la cabeza. Era una locura intentar algo, nadie saldría con vida de aquel palacio. Masona avanzó dos pasos hacia Sunna, Vigorti salió de la retaguardia y se colocó junto a él, con la spatha desenvainada y el anhelo de blandirla.

—Si abandonáis el arrianismo y os convertís al catolicismo podréis continuar en la basílica de la mártir Eulalia y hacer el bien. Eulalia es una santa tan amada que hasta de Oriente arriban peregrinos. Sus reliquias son tesoros y su basílica es la más importante de Hispania, vos lo sabéis.

Sunna permanecía con los ojos fijos en el suelo, necesitaba matar a Masona, pero no deseaba morir, y ese instinto de supervivencia sujetó su locura. No respondió.

—Obispo Sunna, Recaredo no consentirá ni un día más que Emérita sirva de espejo al resto de diócesis hispanas. Vuestra rebeldía malogra su autoridad. Al amanecer un destacamento tomará la basílica de Santa Eulalia y os obligará a abandonarla, puesto que persistís en el arrianismo. Lo mismo hará con el resto de iglesias arrianas que conserváis. O se convierten o serán tomadas.

—Sobran las humillaciones —dijo al fin Sunna—. Vos, Masona, arderéis y no será en el Infierno, yo me encargaré de que lo hagáis en la Tierra.

Aquellas palabras concitaron los fantasmas de Vigorti, la imagen de su padre colgando de las vigas y envuelto en llamas socavó su serenidad.

—¡Aggg! ¿Dónde está ese Dios por el que todos peleáis? ¡Dónde! —Miró a Sunna y sin prever las consecuencias se fue contra él.

—¡Ahora! —gritó Sunna mientras Vigorti le embestía.

Witerico, Segga y Vagrila se vieron rodeados por los soldados, los superaban ampliamente y ninguno se movió de su lugar, tampoco sus clientelas, que siguieron el ejemplo de sus señores. Solo luchaba el dux Claudio para detener a Vigorti. Al final le alejó del atrio.

—¡Eres el mismo demonio! ¡Te arrepentirás de esto! —increpó el obispo a Vigorti limpiándose la sangre de la nariz.

Masona había vuelto a ocupar la cátedra y contemplaba la escena divertido por el desaliño de Sunna a causa del vapuleo de Vigorti.

—¡Soberbio Masona, indigno pastor, vuestra risa atronará lamento bien pronto!

El obispo Sunna, los magnates godos y el resto de acólitos abandonaron el palacio episcopal, atravesaron el pasillo de la vergüenza y enfilaron por el decumano. Cuando llegaron a la muralla despidieron a sus clientelas y siervos y se quedaron a solas.

—Witerico, ¿por qué no habéis matado a Masona? —arremetió Sunna contra él deseando descargar su rabia.

—Fuerzas ajenas a mi voluntad me lo impidieron, no pude desenvainar.

—Pero ¡qué necedades son esas! ¿Y vos queréis ser el rey de los godos?

Witerico no respondió, entonces Segga se colocó ante Sunna y enfrentó el tema de la traición que aún aturdía su juicio.

—Ninguno de nosotros es un traidor, obispo —los otros dos asintieron.

—¿Y qué hacía Claudio allí? —protestó Sunna fuera de sí.

—Hace tiempo que Masona y vos estáis en guerra —respondió Vagrila—. Yo también me habría protegido.

—Si no confiáis en nosotros, obispo Sunna, debemos olvidarnos de Masona y desde luego de marchar sobre Toletum —sentenció Segga herido, también había sospechado de él.

El obispo se movía en paseos cortos, se hallaba desorientado, no sabía qué creer.

—¿Confiáis en nosotros o no? —insistió Segga.

—¡Sí, claro, claro que sí! —terminó por decir.

Obsesionado con el obispo católico, siguió elucubrando.

—Masona no se reirá más de mí, íbamos a matarle en privado, pero ahora lo haremos en público.

Los magnates godos se miraron entre sí.

—Levantaremos a Emérita contra él, sublevaremos la ciudad, contamos con clientelas suficientes a las que pagaremos bien. Y lo haremos dentro de quince días, cuando celebren la Pascua y vengan

en procesión desde la basílica sénior hasta la de Eulalia. En el medio de la calle, nadie protegerá a Masona.

Luego enfurruñó el gesto y escrutó el parecer de los nobles.

—¿Alguien está en desacuerdo?

Segga, Vagrila y Witerico no lo estaban.

—Y una última cosa, hasta el último momento y excepto nosotros cuatro, nadie debe saber ni cómo, ni cuándo, ni dónde.

Pascua sangrienta

Corría el mes de abril, dos días faltaban para la Pascua cuando Siwae apareció en el cenobio de Cubillana con sus secuaces. La armonía del lugar incomodó al primer oficial de Brantto, que todos los días maldecía la misión encomendada por su jefe. Siwae comprendía el sentir de Brantto, ser denunciado por su hijo como un traidor al rey y un asesino conllevaba la muerte. Además, estaba la humillación sufrida, un vástago denunciando a su padre era un hecho inaudito, máxime cuando obtener la Corona no instaba la causa. Siwae lo entendía todo, pero aborrecía ser él el encargado de secuestrar a Tarqueo. Apreciaba al noble, le había visto crecer y sufrir las vejaciones de su padre simplemente por tener un corazón bondadoso y unas manos más dadas a empuñar cálamos que spathae.

Las botas de Siwae y sus hombres arrollaron la suave hierba y los jarales que hermoseaban el entorno del cenobio. Tras recorrer los muros de la edificación el grupo se detuvo ante la pequeña y ligera puerta del huerto; tal y como estimaron, dos patadas bastaron para derribar aquel obstáculo metálico. Al estrépito siguió la histeria colectiva de quienes transitaban el huerto mayor, que huyeron en distintas direcciones, se sintieron amenazados por aquella decena y media de hombres armados que no solicitaban permiso para acceder. La huida hacia el interior del cenobio de algunos monjes y lugareños que trabajaban las tierras permitió a Siwae otear la oquedad por la que desaparecieron. El lugarteniente gritó y sus hombres le siguieron en una carrera implacable por impedir que los monjes se atrincherasen tras los muros. Cuando accedieron al huerto menor, el vocerío y las carreras se sucedían. Las tierras de cultivo que discurrían en línea recta con la entrada al cenobio sucumbieron aplastadas por las intensas pisadas de los hombres de la guerra. Fueron bloqueando las principales vías de escape. Siwae no dudó en su avance, le bastó dejarse llevar por el griterío de los monjes que se dirigían a la capilla mayor, y antes de irrumpir en ella el abad Renovato se presentó ante él. Renovato parecía sereno frente al alboroto del momento.

—Soy el abad de este cenobio erigido en alabanza a Dios, aquí rezamos y estudiamos, no somos hombres de armas que debáis temer.

—¡Abad, entregadme al noble godo Tarqueo y podréis seguir con vuestros rezos! —replicó Siwae sin florituras.

—Ninguno de mis cenobitas se llama Tarqueo.

—Tiempo para necedades es lo que no poseo, abad. —Y sin pausa hizo un gesto a sus hombres, que le sobrepasaron—. ¡Buscad a Tarqueo, levantad las piedras si hace falta!

Pero no hizo falta. El joven apareció como surgido de los cielos.

—Aquí me hallo, Siwae, dispuesto a que me des martirio.

La silueta consumida y lúgubre de aquel mancebo al que Siwae tantas veces había consolado por los ultrajes paternos, sumió al oficial en un socavón de emociones al que hizo frente como pudo. Se dio la vuelta y ordenó:

—Vosotros tres, atadle las manos, amordazadle y al carro con él. Y vosotros —elevó la mandíbula y levantó el brazo en dirección a un grupo que había quedado atrás—, buscad por todo el cenobio y llevad a todo el que halléis a la capilla, luego atrancad la puerta, que no puedan abrirla. Nos toca regresar a Emérita y prender a la manceba.

El nombre de Wendema se había omitido, pero Tarqueo supo que se refería a ella. El decaimiento del monje había relajado a los soldados que le prendían y Tarqueo lo aprovechó para intentar huir: al que le sujetaba el muñón le arreó un puño en la mandíbula y le tiró al suelo, empujó al que tenía a su espalda contra la pared y su cabeza se empotró contra el muro, cayó y le pateó la entrepierna. Su rebeldía no alcanzó a ningún soldado más, y el tercero del grupo no se apiadó de Tarqueo y le golpeó el costado, con la empuñadura de la spatha le sacudió el omóplato y el noble dio de bruces en el suelo.

—¡Basta, basta! —salió Siwae en su defensa—, ¡no le hagáis ningún daño!

—¡Me reiré de vos, bastardo —le escupió el que había recibido el golpe en la entrepierna—, cuando vuestro padre os desuelle vivo!

Los soldados aplaudieron sus palabras y se permitieron nuevos improperios.

—¡Ya es suficiente! —el tono de Siwae concitó un silencio repentino.

Siwae se acercó a Tarqueo sin mirarle a los ojos, este se había levantado del suelo encogido. Cuando terminaron de atarle y amordazarle, le cogió del brazo y le hizo andar.

—¡Rezaremos por ti, Tarqueo, no temas, nada ha de sucederte! —gritó Renovato excitado—. Santa Eulalia suplicará a Dios contra las nefandas acciones del diablo que obra por mano de algunos mortales impíos.

—Abad, no pierden el tiempo aquí, ¿eh? —contestó jocoso uno de los soldados—. Tanta palabrería para decir que Brantto es un demonio.

Las risas de los compañeros retumbaron en la galería.

Siwae condujo a Tarqueo hasta el carro en el que le transportarían cubierto con una manta. El aspecto del noble y su detención aumentaron la sensación de angustia de Siwae. La culpa le devoraba. «¡Debí negarme! ¡Debí decirle a Brantto que muchos harían este trabajo por menos dinero! Si no auxiliaré a Tarqueo, ¿por qué le

conduzco a la muerte?». En medio de esos pensamientos, el soldado vació su desazón:

—Tarqueo, no deseo hacer lo que hago, que Dios me perdone. —Y volvió al cenobio.

26

Esa misma mañana el obispo Masona había recibido a muchos devotos en el palacio episcopal. La falta de pan por las plagas de langosta, la peste y la guerra devenían una obsesión para el religioso. Por eso, a su vuelta del exilio había encarado la urgencia del hambre y había fundado un Tesoro, a través de él concedía préstamos sin intereses a su grey.

El prelado se había retirado a orar después de socorrer muchas necesidades materiales, se hallaba exhausto ante tanta penuria. Pero su fatiga no solo obedecía a la pobreza de su gente, notables frentes le hostigaban, entre ellos el ataque arriano que planeaba como una sombra demoníaca sobre su Iglesia. No sabían ni cuándo ni cómo, pero Winjuel les había advertido de que algo gordo se preparaba. Y luego estaba la promesa hecha a su amado Vigor, la huida de su asesino había impedido el obrar de la justicia, y para sufrir de todos precisamente él, Brantto, era origen del conflicto que separaba a sus hijos, Vigorti y Wendema. Vigorti resistía como un animal herido las cuantiosas pláticas de Masona sobre el perdón, indomable se aferraba a su dolor: «Si la haces, la pagas», solía sentenciar para cerrar la boca del obispo. Y Wendema había ido demasiado lejos. Vigorti no consentía hablar con ella, aunque fuera para echarle en cara que su padre se revolvía en la tumba por su culpa.

Masona aguardaba al gardingo en su alcoba. La contundencia de los golpes en la puerta reveló que había llegado.

—Adelante, Vigorti.

El obispo se hallaba sentado en una amplia cátedra de madera ricamente tallada que le confería autoridad. El suelo y las paredes de mármol reflejaban la imagen de su ocupante. Vigorti se acomodó en una butaca forrada en seda bizantina, al lado de Masona. Presidía el centro de la estancia una mesa de madera natural y estaño en plata envejecida, a juego con dos armarios dispuestos en la pared contraria. Sobre ellos, una placa nicho de mármol con un trifolio en cada extremo relleno de pasta vítrea y una cruz gemada en el centro. No era la primera vez que accedía al aposento del obispo, pero sí era la primera que percibía la opulencia de la Iglesia de Emérita en aquel lugar. Vigorti admiraba el fastuoso dosel de terciopelo que adornaba el lecho de Masona, cuando este inició la conversación.

—Ayer me prometiste visitar a tu hermana Wendema.

El gardingo entornó los ojos, el obispo volvía al manido asunto de siempre.

—No he tenido tiempo.

—¿Cómo ha sido eso?

—Vos sabéis, obispo, que los arrianos andan al acecho y que cada mañana vuestro sobrino Claudio y yo recorremos la ciudad buscando indicios.

—¿Y habéis descubierto algo?

—No, pero se me ha ocurrido una idea que, quizás, funcione.

Masona reclamó la ocurrencia de Vigorti, aunque no se había olvidado de Wendema.

—Nuestra oportunidad para saber de la conjura puede ser el magnate Witerico. Si a mí me dijeran que mis aliados piensan matarme, me faltaría tiempo para traicionarlos.

El obispo permaneció pensativo. Al cabo de un rato añadió:

—No tenemos una baza mejor y nada perdemos por intentarlo. ¿Se te ocurre cómo hacerlo?

—Debéis mandar un mensaje a Segga diciendo que requerís de su siervo Winjuel, inventáis un motivo. Un poco antes citamos a Witerico y que escuche de labios del siervo la traición de Sunna, Segga y Vagrila.

—¿Mi sobrino Claudio está al tanto de este propósito?

—Sí y lo apoya. Dice que debéis convocarlos cuanto antes, mañana mismo.

—El motivo… ¿Con qué motivo persuadiré a Segga para que envíe a Winjuel?

Mientras el prelado se perdía en su imaginación, Vigorti se levantó con apremio. Antes de que abriese la puerta una ráfaga de Masona perforó su corazón:

—Mi amigo Vigor observa desde el Paraíso la desunión de sus hijos. ¡Cuánto siento el dolor que ese hecho le está provocando!

El gardingo no reprimió las ganas de cantar las verdades.

—Vos creéis, obispo, ¿que mi padre desea que mi hermana ame al hijo de su asesino?

—Tú continúas con vida merced a él. Su padre mató al tuyo, pero Tarqueo te ha salvado a ti.

—Eso no cuenta. Y en todo caso, bastaría con darle las gracias, no con desear un casamiento. Piense, obispo Masona, piense, si tienen descendientes, ¿qué le contarán a ese niño? ¡Nieto de un asesino!

—La verdad, Vigorti. La verdad y el perdón hacen libres a los hombres.

—No voy a perdonar a Tarqueo, volvéis con lo de siempre. No soy capaz.

—Esa oscuridad de tu corazón es la misma que te impide amar, al mundo, a una mujer…

—¿Amar? ¡El amor nos hace débiles! No necesito amar para vivir. Para vivir solo es necesario aprender a matar.

—Dios…

—¡No me lo nombréis! Mi dios es mi spatha, solo en ella confío para seguir en el mundo de los vivos. Al dios que vos rezáis le pedí por la vida de mi padre y me envío el fuego por respuesta. Llamas que me siguen consumiendo. Todavía sueño con un dragón y el fuego abrasador que sale de él.

Masona prestaba oídos con los ojos cerrados.

—No me volváis a hablar de perdonar, obispo, sacáis mis demonios fuera y ahora debo volver a encerrarlos.

—¿Visitarás a Wendema?

—¡No!

Y cerró la puerta con genio.

27

Siwae ansiaba traspasar las ciudades de Emérita y Toletum. Se sentía inseguro en los territorios del sur. Él era un viejo conocido del ejército de Recaredo y las huestes de los magnates godos, junto a los que había combatido en considerables ocasiones. No ignoraba que, aunque andaban a la caza de su jefe, él también era una presa codiciada porque podría conducirlos hasta el noble. El dux Claudio y un pequeño destacamento se hallaban en Emérita, de modo que la cautela representaba la mejor spatha en tal tesitura.

El grupo acampó a media milla de la iglesia de San Fausto y se desprendió de las armas de mayor tamaño, nada de llamar la atención, debían parecer colonos. Por eso optaron por llevar a cabo su misión raptando a la manceba con el carro, nada de lucir sus potentes caballos hispanos en las calles de Emérita. La tarde se hallaba en su apogeo cuando el grupo atravesó el puente romano. Dos hombres permanecieron en el campamento junto a Tarqueo y otros dos al inicio del puente con los caballos, el resto se fue apostando a lo largo de las calles que conducían a la domus de Eusebia. El carro se había estacionado en la esquina que se abría a la plaza de Santiago, junto al arco romano. De cuando en cuando aquellos fornidos colonos palpaban las dagas, los cuchillos y los dardos escondidos entre sus botas y ropajes, la espera se hacía un fastidio. La información que conocían era parca: en la domus vivían una mujer mayor y otra joven, esta era la hija de Vigor, Wendema, y el motivo de su estancia en la ciudad de Masona y Claudio.

La puerta de la domus se abrió, Siwae emitió un graznido que fue contestado. ¡Todos en alerta! Eusebia y Wendema bajaron la calle. El grupo se fue haciendo señas y la cadena humana se desplazó con sigilo hasta la plaza de Santa María. Las dos mujeres accedieron a la basílica sénior, lo mismo que otra mucha gente.

—¿Y ahora qué? —preguntó uno de los hombres a Siwae.

—Están escuchando la misa, va oscureciendo, cuando vuelvan a la domus será de noche, así que la raptaremos según lo planeado. Llevad la carreta al punto acordado antes de que cierren las puertas de la ciudad. Y avisad al resto para que marchen a la iglesia de San Lorenzo, camino de Toletum.

La misa no se demoró demasiado. Al salir, Wendema y Eusebia se entretuvieron con una nutrida camarilla femenina, tardaron en despedirse una eternidad según el sentir de Siwae y sus secuaces. Aún se detuvieron otro rato conversando con dos devotas en la puerta de su domus. Por fin se recogieron. Tras un breve inciso, en la oscuridad de la noche, Siwae emitió un graznido y alguien se acercó hasta él con un par de antorchas. Después dio unos toques en el portón de la domus y apareció un siervo al que solicitó la presencia de Wendema.

—¡A sus pies, señora! —dijo con amabilidad Siwae ante Wendema y Eusebia, que salieron a la calle—, traigo un mensaje del noble Tarqueo.

—¿De Tarqueo? —se sorprendió la manceba con alegría.

—¿A estas horas? —añadió Eusebia con desagrado.

—Las creo al tanto del triste e inmerecido pasado de nuestro amo —señaló Siwae.

—¿Y qué desea su amo? —Eusebia tomó el mando.

—Desea conversar con Wendema.

Entonces Siwae mostró los hábitos de Tarqueo. Eusebia tomó del brazo a Wendema y se retiraron a las fauces para hablar.

—Eusebia, si se ha despojado de los hábitos solo puede significar que abandona la vida del cenobio y elige quedarse conmigo.

—Debes pensar mejor el tipo de vida que ese hombre va a poder ofrecerte, Wendema.

—Hemos hablado mucho sobre el tema, Eusebia. Mejor que nadie lo sabes, eres mi único apoyo.

—Quizás tu hermano Vigorti tenga razón. No debes precipitarte.

—Sabes que es una buena persona.

—Debes dejarme que hable con él, Wendema.

La joven aceptó la petición de Eusebia. Regresaron a la puerta.

—En la mañana recibiremos al noble Tarqueo —dijo Eusebia.

—Me temo que mañana ya será tarde. Mi amo nos ha pedido que llevemos a Wendema ante él, se halla en la puerta de la muralla que va a Santa Eulalia.

—Eso no será posible, no son horas para estar en la calle.

—Puede confiar en nuestra protección. —Y exhibió una daga que repelió a Eusebia todavía más.

—¿Por qué no viene él hasta aquí? —inquirió la mujer.

—Los hombres de su padre andan buscándole, está escondido.

—¡Iré, iré, quiero verle ahora mismo! —interrumpió Wendema excitada.

—Si vas tú, Wendema, voy yo y viene un siervo.

Siwae confirmó con la cabeza y añadió.

—En ese caso, él —y señaló al otro miembro del grupo—, debe avisar a Tarqueo, vamos más personas de las que desea.

Siwae se puso en marcha, costaba seguirle los pasos. Atrás quedó el convento de la abadesa Eugenia, llegaron hasta el arco romano y serpentearon por varias calles siempre en sentido ascendente. La emoción de Wendema crecía mientras subían por una vía paralela a la muralla. De repente un hombre salió de una poterna.

—Por aquí.

Apenas asomaron al arrabal se toparon con nueve miembros de la banda que poco tardaron en reducirlos y amordazarlos. A Eusebia y al siervo les ataron las manos y los condujeron de nuevo a la ciudad; caminaban envueltos en un círculo de hombres que los arrastraban. Pronto llegaron a un cruce de dos vías, habían movido una gran piedra del suelo y los obligaron a meterse en aquel túnel frío y húmedo; al bajar, una corriente de aire arremetió contra ellos. Por último les ataron los pies y les pusieron un capuchón de lana en la cabeza.

—Para cuando quieran salir de las cloacas, tendremos ventaja suficiente —dijo con determinación Siwae.

Los esbirros de Brantto regresaron al arrabal y se dieron a la fuga espoleando con fiereza los caballos. Cerca de la iglesia de San Lorenzo alcanzaron el carro en el que viajaba Wendema bajo una manta. El miedo de la manceba había bloqueado sus sentidos, no fue hasta el amanecer cuando se dio cuenta de que alguien más habitaba en las sombras de aquella carreta. Y fue en medio del aterciopelado sol matutino de abril, en el momento en que aquellos criminales los obligaron a comer algo, cuando descubrió que Tarqueo compartía su destino.

28

Faltaba un día para la rebelión de los godos emeritenses. El malestar entre los principales señores godos de Hispania era tanto que los de Emérita estimaban que, si la ciudad lusitana caía y después lo

hacía Toletum, el resto del reino lo obtendrían a base de embajadas. Héroes, restauradores de la tradición goda se sentían los instigadores de la conspiración contra el rey Recaredo el católico y el felón obispo godo, Masona. Por eso Witerico cabalgaba en dirección al río con un sentimiento amargo y miles de dudas invadiendo su mente. El día anterior, durante la noche, el dux Claudio le había enviado un mensaje advirtiéndole de que poseía pruebas que demostraban el complot instigado contra su vida por parte de sus amigos Segga, Vagrila y el propio obispo Sunna. Algo por dentro inquietó a Witerico, que llevaba demasiado tiempo escuchando la palabra traición y no se fiaba de nadie. Al principio vaciló, podía ser una trampa de los católicos, pero nada perdía por saber con qué información contaba Claudio. El arrabal que se extendía bajo el puente romano fue el lugar consensuado para el encuentro.

Amanecía, el sol aún no se había tendido firme sobre los cielos. Una brisa constante rozaba con aspereza la piel obligando a usar la paenula. La magnífica raza del caballo que montaba Witerico contrastaba con la paenula de lana vieja que le cubría. El godo temía que le vieran reunido con Masona y una gran capucha le cubría los cabellos y el rostro. Tal y como le había asegurado Claudio, ningún foráneo ni peregrino invadía el camino por el que debía transitar, y en cuanto se fue aproximando al río grupos de soldados vigilaban los accesos a la zona. Witerico llegó a la planicie inmediata al río Ana. Visibles quedaban a su derecha dos hornos cerámicos, una tintorería y un taller de orfebrería. El godo giró a la izquierda y se encaminó hacia una vereda de tierra que conducía al puerto fluvial. Pronto advirtió la presencia de nuevos soldados del destacamento de Claudio, no pudo evitar pensar que al día siguiente serían enemigos a batir. Al aproximarse a los soldados estos se abrieron y apareció el dux. Algo más alejado, justo bajo el puente romano, aguardaba Masona con tres sirvientes. Witerico se ajustó la capucha, descabalgó y saludó a Claudio, que se esforzó por tratarle con cordialidad.

Anduvieron unos pasos hasta quedar a la altura del obispo y, sin tiempo para la cortesía, Witerico, con los nervios brincándole en las venas, encaró el encuentro.

—Aquí me hallo ante vos, Masona, por vuestro bien espero que la información que Claudio dice poseer merezca el riesgo que corro, si no…

—Si no…, me mataréis —respondió Masona sosteniendo una leve sonrisa—, ya ibais a hacerlo no hace mucho en mi palacio episcopal, cuando Sunna y los demás vinisteis a verme ante el apercibimiento del rey.

Los brazos de Witerico temblaron, cruzó los dedos de las manos y masajeó las palmas evitando el movimiento. Luego se desplazó unos

pasos temiendo el fin de sus días.

—¡Me habéis citado para matarme! —Se encaró con Claudio, que sacó la spatha temiendo alguna acción del godo.

—¡Sosegaos, Witerico! Nadie os hará daño, tampoco yo —contestó el dux—, os lo prometí y nada os sucederá.

—Witerico —intervino Masona aludiendo a sus palabras anteriores —, por suerte para ambos los planes de vuestros aliados Sunna, Segga y Vagrila no culminaron aquel día, de haberlo hecho estaríamos bajo tierra los dos. Yo por vuestra mano y vos por la mano de Winjuel, el siervo de Segga, que tenía orden de mataros.

—Eso es una falacia para indisponerme contra mis hermanos godos.

—Sé que dudáis, y dudáis porque sabéis que Segga ambiciona ser rey y estaría dispuesto a todo.

—¿Y qué pruebas tenéis?

Masona alzó la mano y uno de los siervos se dejó ver. Era Winjuel.

—¿Qué haces tú aquí? ¡Traidor!

—Ayer solicité a Segga que me lo enviara al palacio episcopal para hacerle llegar una propuesta. Mis siervos saben leer. Me lo envió y no ha querido regresar con él. Me ha contado los grandiosos planes que mañana acontecerán en Emérita durante la procesión de la Pascua.

—¡Hijo de Belcebú! ¡Te voy a matar, Winjuel!

Claudio se interpuso en el camino de Witerico y se vio obligado a cruzar el acero con el godo, que rabiaba sin poder contenerse. Winjuel se echó a llorar. Dos soldados acudieron en auxilio de Claudio, que, en un golpe rápido, había hecho saltar la spatha de Witerico y ahora encajaba sus golpes sin usar el arma. Entre los tres contuvieron a Witerico, que veía perder su oportunidad de coronarse rey a causa de la traición del siervo.

—Díselo, Winjuel, que lo oiga aunque no te crea —le instó el dux Claudio.

—Noble Witerico, mi amo me prometió la libertad y riquezas cuando os matara. Pero yo no quiero hacerlo, y por eso ayer me quedé con el obispo Masona.

—¡Son falacias, falacias instigadas por estos católicos!

—¡No, digo verdades, mirad! —El siervo sacó el cuchillo de Segga con sus iniciales.

—¿Y qué? —espetó Witerico.

—¡Me la dio para mataros!

—¡No, Segga me necesita, él no desea matarme!

—Necesita a vuestros hombres para alcanzar el trono, pero no a vos. A mí me dijo que cuando fuera rey me concedería todo lo que le pidiera en pago por haberos mandado a mejor vida.

El godo se sintió confuso, su pecho ardía igual que al entrar en

combate, pero la furia que le arrollaba se equilibraba con la incertidumbre de no reconocer al enemigo. Masona tomó la palabra.

—Witerico, debéis escuchar con atención lo que os dice el siervo.

El magnate se dio la vuelta, quedó frente al río observando el vaivén de sus aguas mientras la acidez subía y descendía por el tracto digestivo. La capucha caía sobre su espalda y dejaba ver su abundante cabello negro. En medio de sollozos, Winjuel contó lo que sabía: ni Segga ni Vagrila podían matar al noble Witerico con sus manos por temor a que sus hombres los vieran y entonces se negaran a unirse a las tropas de ellos en el camino hacia Toletum. Por eso su amo pensó en él, pero él no quería matar a Witerico y confesó el plan a Masona, que de siempre había ayudado a su familia; tanto el obispo Sunna como Vagrila participaban en el complot porque apoyaban a Segga como futuro rey de los godos. De Witerico comentaban lo inconcebible de sus pretensiones a la Corona sin haber instigado la causa y siendo mucho más joven; mientras ellos movían los hilos y lo preparaban todo él había permanecido en palacio, en la corte, sirviendo a Recaredo como conde de los Notarios. Lo acusaban igualmente de desleal y codicioso, y aseguraban que no era de ley que no respetase los derechos de los más viejos por tener un puñado más de milicianos entre sus huestes.

—¿Un puñado más? ¡Casi les doblo en hombres! —se molestó Witerico.

Hubo un pequeño silencio, roto por el sonido del viento. Habló el dux Claudio:

—Ayer salió un correo hacia Toletum avisando a Recaredo de los planes arrianos. Aunque Emérita cayese mañana, nunca conseguiréis la Corona ni vos ni Segga. Así que considerad bien en qué bando deseáis estar.

Masona remató.

—Porque el bando en el que ahora militáis piensa rajaros la yugular en cuanto el levantamiento triunfe.

—¡Eso no puede ser, son mis amigos, confío en ellos! —Witerico no podía creer lo que escuchaba—. Sí, es cierto que Segga desea ser rey, pero cedió en mi beneficio porque le importa más el triunfo del arrianismo, que es la religión de los godos.

Las últimas palabras las soltó sin la fuerza inicial, como extrañado de su propio argumento.

—Witerico, debéis cambiar vuestra suerte. Quizás el destino os permita ser rey del pueblo godo en otra ocasión, pero nunca yendo contra Recaredo. No solo vais a encontrar mi spatha y la de mis hombres en vuestra contra —esgrimió Claudio sin ambigüedad—, también la de los traidores que mandan a otros contra vos, como el caso de Winjuel, que solo es un pobre siervo.

—Necesito pensar. —Y se alejó caminando bajo los álamos que poblaban el margen del río Ana.

Masona y Claudio seguían con la mirada los pasos del noble. Otro retén de soldados cerraba la vereda por el lado opuesto. Witerico no llegó hasta ellos, andaba y desandaba el mismo trozo de tierra con desgana. Al cabo de un rato, plena la luz del día, regresó bajo el puente.

—Claudio, escribiréis una nota que llevará vuestro sello dirigida a Recaredo, me exculparéis de haber participado en el complot contra él.

—Dictadme las palabras exactas que deseéis que escriba —dispuso solícito el dux—. Aunque también existe otro camino… —Claudio miró a Masona—: Si vos, Witerico, quisierais denunciar al obispo Sunna, Segga y Vagrila, mis hombres los apresarían ahora mismo.

Witerico no contestó, parecía pensar. Al momento dijo con angustia:

—Si no hay derramamiento de sangre y se arrepienten, quizás Recaredo los perdone y les imponga una pena leve. Me las tendré que ver con ellos de por vida.

—Tiene razón Witerico —intervino el obispo—. Debe haber rebelión y sangre. Estamos librando una batalla decisiva entre católicos y arrianos, y es la única manera de que esto acabe de una vez por todas. Lo que suceda mañana en Emérita permitirá inclinar la balanza hacia uno de los bandos.

Las palabras de Masona resonaron en las conciencias. No era fácil tomar una decisión. El religioso deseaba la aquiescencia de su sobrino Claudio.

—Está bien, que haya rebelión —dijo al fin el dux.

Los triunfos de Claudio al lado del rey Leovigildo y ahora de su hijo Recaredo, y su pericia en el campo de batalla, por todos respetada, aquietaron la agitación de Masona, que aplaudió la decisión.

—Con los hombres de Witerico y vuestros hombres, Claudio, saldremos victoriosos. Además, está el factor sorpresa de nuestra parte y, sobre todo, la mano de Dios.

Claudio cabeceó afirmando las palabras de su tío. Witerico habló:

—Quisiera hacer una aclaración —miró a Masona—, yo no pensaba mataros, obispo, no debéis albergar dudas al respecto.

—Las dudas no nublan mis sentidos porque Dios conoce la verdad y yo estoy en sus manos. Él desea que los católicos ganemos a los arrianos, su voluntad os ha traído hasta nosotros. Para mí es lo que cuenta.

A Witerico le disgustó la respuesta del prelado, pero no era momento de reclamaciones. El hombre ansiaba recuperar la confianza

devaluada que los católicos le tenían y se puso a la acción, pidió conocer todo lo que Winjuel les había contado. Se sorprendió del nivel de conocimiento del siervo. Sus antiguos aliados habían acordado que sería durante esa misma tarde, precisamente para que nadie echase a volar la lengua, cuando las clientelas de cada noble y los allegados a esos clientes tendrían los detalles del levantamiento y recibirían su pago por participar en el trascendental acto que habría de cambiar la historia. Winjuel, incluso, sabía la ubicación de los carros donde se esconderían las armas y la cuantía del donativo para las clientelas. Witerico corroboró toda la información del siervo, tan precisos y numerosos eran esos datos que la certeza sobre la traición de los suyos comenzó a tomar más arraigo en su fuero interno.

—Obispo Masona —terminó por decir el noble—, debéis adelantaros, ha llegado la hora de que vos ofrezcáis un donativo generoso a vuestras clientelas y a vuestra grey. El dinero garantiza la lealtad por encima de las creencias, no lo dudéis o perderemos gente que será tentada con dinero arriano. —Sin pudor alguno por haber cambiado de credo con tanta facilidad, terminó por asegurar—: De mis clientelas no debéis preocuparos, garantizo su apoyo a los católicos.

Claudio y Witerico se enfrascaron en cuestiones militares, con un palo dibujaron en la tierra un mapa de Emérita y fueron haciendo cruces en algunos puntos. Mientras la rebelión tomaba forma, Masona se retiró hacia el Ana, la tristeza le consumía. El levantamiento debía producirse, solo así los planes de Dios se cumplirían.

En medio de aquellas aguas encabritadas por el viento, el obispo católico se entregó a la oración para que el Señor tuviera piedad y la gloria de su nombre no se llevara por delante demasiadas vidas.

29

Había sido una noche de insomnio para muchos en la ciudad de Emérita. Amanecía cuando el archidiácono Eleuterio y el diácono Inocencio abandonaron el palacio episcopal con los ropajes del obispo. Caminaron en dirección a la basílica de Santa María de Jerusalén, tal y como Masona los había conminado la tarde anterior. Los clérigos golpearon con fuerza uno de los aldabones del portón, Vigorti lo entornó y antes de permitirles el paso avisó al obispo, que autorizó la presencia de los hermanos.

—El obispo desea que aguardéis en el presbiterio —les dijo.

Eleuterio e Inocencio subieron los escalones, abrieron los canceles y rodearon el altar para sentarse en el banco trasero del presbiterio, enseguida una suave fragancia a timiama inundó sus sentidos, pero

ningún incensario se había encendido por prohibición de Masona. Eleuterio atribuyó a un milagro el perfume que emanaba de la nada. Algo extraño sucedía, algo que afectaba también a Masona. La Pascua siempre se había celebrado precedida por una gran vigilia que se adentraba en la noche con preces, cánticos y el reparto gratuito de productos milagrosos que causaban un verdadero éxtasis entre los devotos: ungüentos con propiedades curativas, colgantes de terracota y cristal con agua bendita, pergaminos con oraciones salvadoras, alfileres protectores contra las tentaciones del diablo o trozos de lienzo que habían estado en contacto con el manto de la mártir Santa Eulalia. Todo eso había sido desterrado por Masona de la tradición católica sin previo aviso ni explicación. Además, con la misma incoherencia, el obispo había solicitado a Eleuterio que atendiese a los fieles y celebrase el oficio matutino el día anterior. En la tarde sus palabras parecieron pertrecharse en su boca y el efímero oficio se sustanció con una homilía ininteligible sobre el fin del mundo. Al rato, conminó a dormir ampliamente a todos sus clérigos. A ellos dos los había citado al caer el alba con el encargo de hacerle llegar a la basílica la suntuosa túnica de seda bordada en oro y plata que vestiría en la procesión.

El rostro de Masona acusaba las horas de plegarias en soledad a las que se había entregado. Antes de abandonar el aula de las reliquias, anexa a la basílica, echó una última mirada al lugar, quizás nunca más volvería a sentir la intensa paz que le transmitían las urnas y las aras con los restos óseos de los mártires: san Juan Bautista, san Esteban, san Pablo y san Pedro, san Juan Evangelista, Santiago, san Julián, san Tirso, san Ginés, santa Marcela, san Germán, san Gervasio y santa Eulalia. El brillo del oro y las piedras preciosas que engalanaban el tesoro de su Iglesia, envidia de la cristiandad, resplandecía como nunca. Altares, custodias, cruces, medallones con imágenes esculpidas, cálices… «Ha llegado la hora, pronto he de encabezar la procesión de la Pascua», se dijo Masona dispuesto al calvario. «Nada debo temer»>, se repetía para sus adentros, «con vida o sin ella el futuro alboroza mi alma, en el Cielo junto a Dios y Eulalia o en la Tierra junto a mi grey».

Masona se persignó al entrar en la basílica, conforme se aproximaba al presbiterio sus ojos se ensimismaron en las coronas votivas que pendían del techo sobre el altar. Estos exvotos, antaño origen de orgullo, adquirieron un tinte premonitorio. Aquellas cruces se le antojaron representativas de su dolor, y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Obispo —se agitó Inocencio al verle.

Masona apuntó con el dedo hacia el altar. Vigorti había depositado en él la urna de mármol cubierta con gemas y cabujones que contenía

un trozo de la cruz de Jesús. Esa urna se portaba en procesión todos los años con esta famosa reliquia. El prelado se acercó al altar y quitó la tapa de la urna con ayuda de Inocencio.

—Este año la urna irá vacía.

—¿Y eso por qué, obispo? ¡Aquí suceden hechos insólitos que debéis aclararnos! —dijo Eleuterio con el gesto avinagrado.

—Para eso estáis aquí.

De forma resumida contó el ataque arriano que se desarrollaría en unas horas.

—¡La procesión no puede celebrarse, obispo, será un baño de sangre! —Eleuterio estaba fuera de sí.

—Sois libres de salir en procesión o no.

—¿Vos saldréis, obispo? —preguntó Inocencio.

—El primero.

La carrera apresurada de Vigorti retumbó entre los muros de Santa María de Jerusalén.

—Obispo, dos de la milicia desean verle. ¿Les dejo pasar?

Masona afirmó y bajó hasta la mitad de la nave central.

—Obispo, nuestro señor Witerico os trae noticias. —El mentón del religioso se elevó y los milicianos continuaron—: Los carros con las armas se están colocando en el arrabal que baja a Santa Eulalia, los de nuestro señor portarán un banderín con tela blanca, serán los que estén al lado del camino para protegeros. Debemos preguntaros por los niños de la escuela de clérigos de Santa Eulalia, ¿caminarán detrás de vos?

—No, decidle a Witerico que no podía permitirlo, se quedarán en el cenobio.

Acto seguido emprendieron la carrera de vuelta.

El obispo arriano Sunna era incapaz de aguardar en su palacio. Se ciñó la loriga y envainó la spatha, después se colocó la túnica, que se le ajustó al cuerpo imperfecta, y marchó al encuentro de sus aliados. Segga se paseaba por el arrabal cuando vio llegar al obispo a caballo, el filo de la spatha sobresalía de la túnica y el noble le afeó que portase un arma. Eran momentos para parecer inocente, sin asomo de anhelo de sangre que manchara sus manos, o su obispado sería juzgado con odio por el pueblo. Pero Sunna creía en la virtud de ser temido, se evitaban males mayores. Descabalgó.

—Disfruto, Segga, permitid que me deleite en las horas finales del tiempo de Masona y tranquilizaos, antes de que comience el festejo me marcharé. ¿Y Vagrila?

—Inspecciona el perímetro de Emérita, nos viene bien controlar a los aldeanos que llegan a la ciudad. Witerico le acompaña.

Los dos caminaron por el arrabal revisando los carros. Bajo el serón de palma que los cubría había sacos casi vacíos con comestibles,

y debajo de estos palos, cuchillos, dagas, hachas y herramientas agrícolas.

—Witerico ha insistido en colocar sus carretas en primera posición, dice que él debe arriesgar más que nadie, como va a ser el rey de los godos… —Rieron.

—¿Y Winjuel? ¿Qué ha sido de él? —se interesó Sunna.

—Ayer me contó Witerico que le encontró en uno de los caminos. Tiene gracia, le dijo que se marchaba de Emérita unos días por mandato mío. Witerico le creyó.

—¿No le habéis perseguido, Segga? —dijo Sunna con el ceño arrugado.

—Vos estimáis que, dada la envergadura de nuestros planes, ¿debo acarrearme una inquietud más?

Sunna bajó la cabeza, se limitó a seguir los pasos de Segga. Al cabo de un rato preguntó lo evidente.

—¿Quién matará a Witerico cuando acabe con Masona?

—Lo haré yo, obispo. Si deseo ser rey no puedo pedírselo a nadie, ya no me fío de que los malditos siervos no me fallen.

El arrabal comenzaba a llenarse de gente. Los colonos acudían a la misa de Pascua ataviados con sus mejores prendas, en muchos casos las mismas del diario embellecidas por el jabón. Los siervos católicos que se dedicaban a alfombrar de pétalos el camino por el que discurriría la procesión se habían marchado. No así los soldados del dux Claudio, que revoloteaban por la basílica de Santa Eulalia intentando apartar del santuario a los peregrinos, a los enfermos sin cura y a los vagabundos que anhelaban un milagro de la mártir.

—Parecen demasiados soldados, ¿no creéis, Segga? —manifestó Sunna en alusión al pequeño ejército que vigilaba el enclave de la mártir.

—No temáis, obispo, todo está controlado, la caballería de Witerico subirá desde el xenodoquio hasta la zona trasera de la necrópolis de la mártir y fulminará al ejército de Claudio que no la verá llegar.

—Bien pensado.

—Además, también conseguimos que Witerico goce de menos protección, con su caballería ocupada en el ejército me será más fácil matarle.

El obispo arriano asintió. Un rato más tarde finalizaron la revisión de los carros.

—Debo retirarme, Segga, va llegando la hora de la verdad —dijo.

Sunna elevó los ojos al cielo e hizo una cruz en el aire, montó a caballo y tocándose la spatha se afirmó en la misión que les unía.

—¡Por un reino visigodo arriano!

La mitad de los efectivos del dux Claudio arrancaban el enrejado

de tres cloacas próximas al puente romano en torno al lugar en que el día anterior Witerico se había hecho católico. Hacía más de un siglo que las cloacas de Emérita no se utilizaban, sin embargo aquella monumental obra de ingeniería subterránea permanecía intacta, y la extensa red de túneles que antaño vertían las aguas fecales al río Ana constituía un conjunto de pasadizos por los que recorrer la ciudad sin ser vistos.

—¡Por fin! —exclamó un soldado de espalda ancha y brazos musculosos que había conseguido rebajar el muro a base de martillo y cincel— ¡Esto se mueve!

Fue el último grupo en acceder a los túneles.

—Una lucerna, ¡aquí! —pidió el que encabezaba la marcha.

Debieron serpentear durante un rato y adaptarse a la corriente de aire frío y olor putrefacto que golpeó sus cuerpos. Una hilera de ratas apareció de entre la oscuridad y arrancó la maldición de los soldados; sus cuerpos convirtieron el terreno en una calzada correteada por bichejos de chillidos estridentes. Los túneles se volvieron más altos y de avanzar en cuclillas pasaron a hacerlo casi erguidos.

—¡Hay que detenerse! —ordenó el primero cerca del destino—. ¡Veo algo!

El cabecilla y el segundo se aproximaron al bulto, se dieron cuenta de que se movía. Poco después comprobaron que se trataba de una persona encapuchada.

—¿Qué hacemos?

—Tú mandas —contestó el segundo.

Se acercaron más, era una mujer.

—¿Qué diablos sucede aquí?

Le retiraron la capucha. La mujer, una anciana, sollozaba, imposible descifrar si por temor o alegría. Cuando cortaron la mordaza y el resto de cuerdas que la aprisionaban, se desplomó en los brazos del soldado.

—¿Qué ocurre? —se inquietaron los demás.

—¡No hay peligro, esperad!

—¡Han raptado a Wendema! —Eusebia se deshacía en lágrimas mientras balbuceaba—; lo ha hecho el noble Brantto. A mí y a mi siervo nos metieron en las cloacas, cuando se fueron él se desató y escapó dejándome aquí.

Los soldados se miraron, sabían quién era Brantto, pero todo lo demás excedía de su conocimiento y de su misión.

—Debéis tranquilizaros, ya estáis a salvo, nadie os hará daño, ahora lo principal es salir del túnel.

—¡No!, ¡debéis hacer algo por Wendema! —insistió la anciana Eusebia sin fuerzas.

—Cada cosa se averiguará a su debido tiempo —contestó el

soldado al mando.

El grueso del grupo siguió adelante y el último hombre se encargó de que la mujer saliese de las cloacas. Cuando la dejó en el camino, regresó junto a los demás.

—Este es el lugar, aquí está la señal —dijo el cabecilla—. Ahora debemos esperar a que pase la procesión, en cuanto dejemos de escuchar los cánticos, salimos y nos parapetamos en la muralla. Estamos al lado de la primera poterna que sube desde la puerta noreste de la ciudad, al lado hay una cuadra con los caballos.

La procesión de Pascua subía por el decumano. Encabezaban el desfile el obispo Masona y dos devotos tapados al completo que portaban una cruz minúscula. Se trataba del dux Claudio y el gardingo Vigorti. Detrás de Masona caminaban Eleuterio e Inocencio y detrás de estos otros cuatro fieles pertenecientes al ejército visigodo. También eran cuatro soldados los que portaban la urna con la cruz de Cristo. Ese año la celebración de la Pascua se desarrollaba con evidentes cambios para sorpresa de la grey católica. Había muchos devotos más que años atrás y todos con ropajes que los cubrían por entero. Los niños de la escuela de clérigos de Santa Eulalia no participaban en el acto con sus dulces voces, tampoco se repartían las tradicionales donaciones entre el pueblo. La hilera de devotos que avanzaban en los extremos de los procesionarios ordenaban el habitual tumulto que se formaba en la cola. La mayoría de los católicos obedecían las restricciones de aquellos, pero otros eran obligados a observarlas por la fuerza, para desconcierto general de todos. Lo que sí parecía florecer, otorgando un halo de continuidad con otras Pascuas, era la ornamentación: abundantes guirnaldas pendían de las paredes de las domus, pétalos de flores y hojas de palmas tapizaban el pavimento.

Masona sonreía abiertamente y aunque parecía cantar junto a su comunidad, en realidad rezaba oteando a la muchedumbre en busca de aquel que sería su verdugo. Cuando la procesión traspasó la puerta noreste y se sumergieron en el arrabal de Belcebú, el obispo elevó los brazos y los cánticos aumentaron. Los heréticos arrianos les darían muerte cantando a la Trinidad. La visión de los carros y del gentío en torno a ellos cercenó el sosiego de Masona, sintió que no le llegaba el aire y se ahogaba, pidió auxilio a su sobrino Claudio, que bajó la cruz y se colocó a su lado. Vigorti hizo lo mismo. Eleuterio e Inocencio se cogieron de la mano. La rebelión era imparable.

Los lugareños despojaron los carros de hojas de palma y tomaron las armas, herramientas agrícolas en muchos casos, horcas, guadañas, hoces, azadones y palas de hierro. Claudio hizo un gesto a Vigorti, que dirigió la cabeza hacia el lugar donde el dux le había indicado: Segga y Vagrila se protegían unos pasos más allá tras una edificación medio derruida del arrabal, conversaban con profusa gesticulación.

—No debemos permitir que el desaliento nos invada, Vigorti, hay que seguir adelante —le animó el dux sin perder de vista a los nobles.

Desde su posición, Segga y Vagrila escrutaban el desarrollo de los primeros enfrentamientos. Vagrila preguntó excitado.

—Segga, ¿qué hace la gente de Witerico? No ataca. ¿Y dónde está Witerico? Debe ordenarles que lo hagan.

—Le escuché decir que bajaba al xenodoquio para dirigir la caballería.

—Ese tiene pavor, te lo digo yo, y se ha quitado de en medio.

Un ruido parecido al de un enjambre de abejas se fue extendiendo por el arrabal y los católicos dejaron de cantar. El enjambre adquirió consistencia y a medida que se acercaba al grueso de la procesión el zumbido se convirtió en griterío. Un pelotón de personas corría en dirección al desfile. Para entonces los devotos que se tapaban con hábitos se habían despojado de sus ropas y exhibían su condición militar con la panoplia al completo: yelmo, cota de malla, grebas y abundante armamento. Los nobles godos Segga y Vagrila vieron la transformación de los penitentes y la adrenalina les disparó los latidos del corazón. Sin perder tiempo tomaron direcciones opuestas para ordenar a la caballería de su hueste sumarse a la rebelión de forma anticipada. Como quiera que fuese, algo estaba claro: los católicos conocían sus planes.

—Emérita es la ciudad de Dios, una ciudad santa que no caerá en manos arrianas. ¡Luchemos! —la voz de Masona no se oía.

Vigorti tiró del obispo. Eleuterio e Inocencio los siguieron. Claudio había organizado un cordón de escudos con el ejército y los tres se metieron en el interior. Aquella barrera de escudos de colores amparaba a gran número de católicos. Sin embargo, la cola de la procesión era demasiado extensa y todos no cabían. Algunos corrían a esconderse y otros cogían las armas que les brindaban las clientelas de Witerico.

—¡Soy católico, soy católico! —gritaban mientras se hacían con algo para defenderse.

La lucha se había extendido en las dos mitades del arrabal. Los aldeanos arrianos y católicos se enfrentaban entre ellos, la mayoría no sabía combatir y la fuerza física se convertía en la mejor aliada para derrotar al contrario. Mientras, la procesión de los católicos descendía al ritmo que marcaban los escudos.

La tierra ya albergaba a numerosos heridos y algunos muertos cuando apareció el ejército visigodo escondido en las cloacas. Desde las abundantes poternas de la muralla bajaron para esconderse en las construcciones del arrabal. Apenas se pertrecharon en sus posiciones apareció la caballería de Segga y Vagrila. Veloces como rayos surgieron los jinetes arrianos desde los extremos del arrabal directos a

su objetivo: la procesión de católicos donde se refugiaba Masona de la mano del dux. La débil posición que estos ocupaban pronosticaba un triunfo rápido. Los rebeldes se aproximaban peligrosamente a los procesionarios cuando un aluvión de flechas manó del cielo y cercenó la vida de muchos. El avance se frenó de súbito, desconcertados, desmontaron, agruparon los caballos y elevaron los escudos buscando parapetarse. Segga y Vagrila veían confirmar sus peores temores sobre el traidor Witerico. Cuando el cielo dejó de escupir estrellas de hierro la caballería rebelde intentó formar, pero el ejército de Claudio salió a campo abierto e inició un feroz ataque. La inexistencia de un frente compacto, la improvisación y el desconcierto de los rebeldes jugó en su contra, vieron mermar sus fuerzas a manos del ejército visigodo.

Vigorti se esforzaba por mantenerse concentrado, le costaba oler la sangre de la guerra y no correr hacia ella. El dux Claudio había ordenado detener el avance del grupo de procesionarios, no se realizaba de forma compacta y se abrían huecos por donde los arrianos se colaban buscando la cabeza de Masona. Habían conseguido herir a unos cuantos católicos. En aquel desnivel Vigorti se sentía maniatado y furioso. La caballería de Witerico no terminaba de subir desde Santa Eulalia y el gardingo temía una nueva traición.

—Dux, deberíamos esconder al obispo en aquella domus —observó.

—Tendremos mejor fortuna si permanecemos unidos, Vigorti. Es imposible defender a toda esta gente y a mi tío por separado.

Mientras hablaban, un soldado del ejército situado en la cota más alta gritó:

—¡Nos atacan, caballería, por lo menos diez! —Su voz se interrumpió cuando una lanza rebotó en su loriga y cayó arrastrando a quienes se hallaban detrás de él.

—¡Vigorti, súbete! —ordenó el dux, que deseaba custodiar a su tío personalmente.

Vigorti se agachó, se fue arrastrando y ascendió hasta la zona de conflicto y en un ágil movimiento dio un corte en las patas de tres caballos que cayeron doblegando a los jinetes. Aprovechó el desconcierto y se hizo visible: al primer jinete le cortó el cuello sin que apenas se diera cuenta; el segundo se desenredaba de los estribos y aunque le vio llegar y sacó la spatha para defenderse de nada le sirvió; con el tercero entabló combate, cruzaron el acero, estocadas largas que mantenían los cuerpos a distancia, hasta que arriesgó y giró sobre sí quedando de espaldas al otro y golpeando sus gemelos. El rebelde cayó de rodillas en la tierra. Vigorti le tiró del penacho rojo del yelmo y se lo quitó. El oponente no se dio por vencido tan pronto, cogió tierra, se giró y la levantó cuanto pudo. Vigorti masticó el polvo y parpadeó unos instantes, entonces vio al arriano sacar una daga del

cinto y sin pensárselo se abalanzó sobre él. Forcejearon en el suelo. Consiguió colocarse sobre su abdomen y en cuanto tuvo su cabeza sin defensas comenzó a golpearle con el remache de su casco hasta que el otro dejó de moverse. Cuando levantó la cabeza con su rostro bañado en sangre creyó ver ante él la parusía. Dios y los ángeles subían desde Santa Eulalia para salvarlos. La caballería de Witerico y el resto del ejército visigodo galopaban cantando, a la altura de la procesión se abrieron en ramas por todo el arrabal. Los jinetes arrianos que aún arremetían contra los procesionarios fueron barridos por aquella masa de hombres. La hueste de Witerico excedía con diferencia el número de efectivos contrarios y, unida al ejército visigodo, devenía una fuerza militar imparable. Masona entonó un cántico que fue secundado por sus devotos, el alborozo pareció enloquecerlos. Exaltados loaban a la Trinidad y se abrazaban. Habían ganado en aquella pugna con los arrianos. Vigorti corrió hasta el obispo y le abrazó. El religioso rompió a sollozar.

Al cabo de un rato el dux Claudio reclamó la atención de Vigorti y Masona, cerca de ellos se concentró un grupo amplio de personas. Witerico y Segga se enfrentaban.

—¡Traidor, voy a arrancaros los ojos, vuestros huesos se abrasarán en el infierno por toda la eternidad! —escupió Segga con rencor.

—¡Ni vos ni Winjuel conseguiréis mi pellejo! ¿Creísteis que no me enteraría? ¡Pagaréis muy caro vuestro intento de acabar con mi vida, no valéis ni la mitad que yo, nunca seréis rey de los visigodos!

Witerico encabritó el caballo y con furia metió las espuelas en su vientre, se apoyó en los estribos, su enorme cuerpo cabalgaba de pie cuando se topó con Segga. Bastó la primera estocada para derribar al otro del caballo. Witerico desmontó, aguardaba un movimiento de su antiguo aliado para terminar con él, pero contra toda previsión Segga tiró la spatha al suelo. La rendición del conde de la ciudad de Emérita puso fin al levantamiento. Witerico gritó blandiendo la spatha al aire y la alegría de los vencedores se hizo patente.

Vigorti se alejó de la muchedumbre. De repente el recuerdo de su padre emergió intenso, la imagen de su cuerpo colgando sin vida bajo un mar de sangre latió en sus sienes. Quiso detener el dolor de aquella ignominia y colocó sus manos en la cabeza. No había hecho justicia y no podía perdonárselo. En medio de su caos interno un jinete le pasó tan cerca que le sacó del ensimismamiento. Era Vagrila, cabalgando como un demonio. Vigorti dudó unos segundos, la rabia le devolvió al mundo real, con la mirada buscó al dux Claudio y corrió hasta él.

—Dux, ¡mirad! ¡Vagrila huye, voy tras él! —Apuntó con el dedo hacia un jinete que descendía a gran velocidad por el arrabal.

—Parece que se dirige a la basílica de Santa Eulalia —señaló Masona, que se encontraba junto a Claudio—. Lo mismo solicita asilo,

si así fuera, debes respetar su petición. Bastará con poner vigilancia en el templo hasta que el rey Recaredo llegue a Emérita.

El gardingo asintió, tomó el caballo prestado de un soldado y emprendió el galope hacia el santuario de la mártir.

Por su parte, el dux Claudio se dispuso a reunir a un grupo de soldados, en cuanto lo hizo regresó junto al obispo Masona.

—Tío —el dux se bajó del caballo para hablar con él—, supongo que deseáis acompañarme al palacio de Sunna para detenerle.

—No, no lo deseo, a quien menos deseo ver ahora es a Sunna. Me robaría la calma que preciso para atender los crímenes de su impiedad. Debo estar con los heridos y los familiares de los muertos.

El dux volvió a montar y se precipitó con su comitiva al palacio episcopal de Sunna.

Habían transcurrido unas horas desde la rendición de los rebeldes, y el obispo Masona consolaba las pérdidas humanas. No se había movido del arrabal. Los carros del levantamiento se habían utilizado para trasladar a los heridos al xenodoquio, que no quedaba lejos. Sunna y Segga estaban detenidos a la espera de ser juzgados en Emérita por Recaredo, que llegaría a la ciudad en unos días. Vagrila había solicitado asilo y permanecía en la basílica de Santa Eulalia custodiado por soldados del ejército. Vigorti acompañaba al obispo Masona, cuya fatiga era visible, a pesar de lo cual seguía desechando la opción de abandonar el lugar mientras los cadáveres tapizasen los suelos del arrabal. No se sabía con certeza cuántos muertos y heridos existían en cada bando. Vigorti escuchó su nombre a lo lejos y giró la cabeza buscando la procedencia de aquella voz. Era Eusebia, que llegó hasta el lugar con el rostro desencajado y se echó en brazos del obispo.

—¡Vigorti, Vigorti! —le llamó sin aliento.

—Hermana Eusebia —intentó calmarla Masona—, ¿qué te han hecho los heréticos? ¿Estás herida? No te he visto en la procesión, hermana. ¿Qué te ocurre?

Eusebia intentaba hablar, pero no podía, lloraba, le faltaba el aliento.

—Eusebia, ¿estás herida? —volvió a preguntar el obispo—. Vigorti, mírala, está como ida.

Cuando el joven la puso en pie, ella se dejó caer en sus brazos, sollozó más fuerte y consiguió liberar la voz del pecho.

—¡Vigorti, Brantto ha raptado a tu hermana! ¡Unos hombres la metieron en un carro y se la llevaron!

—¿Cuándo?

—Hace dos días, por la noche.

—¿Dónde?

—Ahí mismo —y señaló con el dedo un lugar impreciso de la

muralla.

—¿Viste a Brantto?

Eusebia negó con la cabeza.

—Un soldado nos engañó, nos dijo que Tarqueo deseaba verla, a ese le llamaron Siwae.

Vigorti gritó, golpeó con la bota un muro de piedra que aún se mantenía en pie hasta sentir dolor. Se dejó caer de rodillas. «¡Ha llegado tu hora Brantto!», su garganta emitió un sonido ronco proveniente de los infiernos del alma.

Luego tomó un caballo. Mientras montaba, Masona se levantó para detenerle.

—Vigorti, ¿adónde vas? ¡No sabes dónde está tu hermana!

—En el mismo infierno he de hallarla, obispo.

Espoleó el caballo mientras la locura guiaba las riendas.

El tributo de dos hijos

El rey Recaredo se hallaba en la ciudad de Emérita para impartir justicia. Acababa de llegar. Contra sus deseos aceptó la pomposa entrada prevista por el obispo Masona, el dux Claudio y el conde de palacio Witerico. Los principales mandatarios de Emérita vislumbraban la conveniencia de que el monarca celebrase con grandes fastos la victoria sobre los arrianos. Se vivían momentos decisivos. Recaredo peleaba por afianzar su autoridad como rey desafiando a los señores godos del reino que ansiaban el trono y utilizaban la cuestión religiosa como pretexto para hacerse con el poder.

—Convendréis, señor, que después de todo no habéis perdido demasiado tiempo en ser amado por el pueblo de Emérita —señaló Masona mientras aguardaban en el palacio episcopal la llegada de Claudio y Witerico.

A Masona le había incomodado tener que convencer a Recaredo de que hiciese una entrada triunfal en la ciudad como era habitual al regresar de una campaña militar exitosa. El pueblo anhelaba verle y escucharle. El rey traía privilegios para Emérita que merecían ser anunciados por él: enviaría cosechas de trigo, espelta y aceite. Y si el cabeza de familia había perecido en el levantamiento arriano, su esposa y descendientes quedaban exentos de pagar impuestos. La Corona agradecía la entrega de los emeritenses en favor de su causa.

Un siervo de la Iglesia abrió el salón principal. Masona condujo al monarca hasta la estancia, allí celebrarían un pequeño cónclave. Pronto se sumarían a él Claudio y Witerico. Recaredo poseía primicias inquietantes, nuevas conjuras arrianas habían emergido de la clandestinidad. En el atrio del palacio episcopal permanecieron vigilantes algunos gardingos del rey. Otros, junto a las tropas venidas de Toletum, se habían situado en las inmediaciones de los edificios católicos. El juicio a los rebeldes se celebraría en la basílica de Santa María de Jerusalén en cuanto el cónclave finalizase. No existía mejor emplazamiento para ajusticiar a los arrianos y dirigir una advertencia precisa a los que osaban conspirar contra el rey.

El obispo se acomodó en un amplio butacón forrado en seda, había cedido su cátedra al soberano. Recaredo se desprendió de la corona y desabrochó la hebilla de su manto púrpura.

—Cada día siento más la falta de mi padre, obispo, no sé si podré con el empeño que me encomendó —dijo con los ojos enrojecidos por el cansancio.

—Dios nos ha destinado una misión excelsa, Recaredo, porque

nuestras fuerzas la soportan.

—Así deseo creerlo.

Recaredo se movió en la cátedra, permaneció pensativo durante unos segundos, pestañeó y sonrió. «Sí, debía confiar en sus fuerzas, se lo debía a su padre», se dijo.

—Obispo, el gardingo Vigorti se reunió conmigo hace unos días. Me puso al corriente sobre los hechos de Emérita, por eso estaba al tanto de los mismos. Me pidió que le trasmitiera su destino —declaró el rey.

El obispo Masona se agitó, echó el cuerpo hacia adelante y con la mano solicitó al monarca que continuara.

—Va camino de la Septimania. Brantto está allí, en Narbona, en una villa cercana a la basílica de San Pablo.

—¿Y cómo lo ha sabido?

—Se lo he dicho yo. Os contaré un secreto, amigo mío.

—Que lo seguirá siendo, señor.

—Cuento con ello —dijo despacio Recaredo—. La hija de mi madrastra, la reina Brunegilda, me ha escrito de forma confidencial. Gosvinta nada sabe al respecto.

—Y continuará en la ignorancia más absoluta —rubricó su lealtad el obispo.

—Vos sabéis la historia de traición, muerte y guerra que lleva enfrentando a los reinos francos de Austrasia y Neustria a causa de la muerte de Galsvinda. Y el papel mediador entre ambos reinos que ejerce Gontran, que según le conviene presta su apoyo a un reino u otro. Austrasia acaba de enfriar relaciones con el reino de Borgoña a causa de la protección que Gontran otorga a Fredegunda y a su hijo.

—Brunegilda nunca perdonará a la asesina de su hermana Galsvinda. Bien cierto es que Fredegunda no ha pagado por lo que hizo —reafirmó Masona retorciéndose los pulgares.

—Por esto mismo me ha escrito Brunegilda. Está enojada con su cuñado Gontran y me ha informado de que se está gestando un levantamiento en la Septimania, será dentro de unos meses. Está auspiciado por el obispo arriano Atacolo. Brunegilda me asegura que Atacolo cuenta con el apoyo de los nobles visigodos Vildigerno, Granista y Brantto. Y que llegado el momento su cuñado Gontran prestará apoyo a la causa, el dux Bosson ha sido designado para la misión.

Masona se reclinó en el butacón. Se hizo el silencio. Recaredo le permitió asimilar la noticia. Al rato el obispo intervino con inquietud.

—Si esa futura rebelión fuera cierta y Gontran la apoyara…, la Septimania quedaría en una posición delicada. Majestad, ¿os fiais de Brunegilda?

—Sí, ella misma justifica la sorpresiva embajada que me ha

enviado. Alega que no perdona a Gontran la protección que otorga a Fredegunda, y tampoco su negativa a entregarle las ciudades que le habían sido concedidas a Galsvinda en Morgengabe y de las que ella es heredera.

—Me angustia que esta información sea una estratagema para trasladar buen número de efectivos a la Septimania y que Toletum quede desprotegida.

—No lo creo. Y sobre todo porque me ha suplicado que no haga partícipe a su madre Gosvinta de esta información.

Masona pareció no entender.

—Seguro que Gosvinta no está al tanto de estos hechos. Si ella supiera que Brunegilda me ha informado correría a decírselo a Atacolo y este a Gontran. Brunegilda solo desea desquitarse con Gontran, pero no que este sepa que ella ha puesto la china en su camino —le aclaró Recaredo.

De nuevo guardaron silencio. Una revuelta apoyada por el reino de Borgoña concitaba las mayores suspicacias. Un católico apoyando una conjura arriana. Todos contra Recaredo. ¿En que podría terminar un asunto así? El rey se levantó, se dirigió a una mesa redonda donde se habían dispuestos algunos platos y señaló con el dedo.

—Carne mechada de ciervo con pimentón —respondió Masona.

El obispo se levantó también y se dirigió a la mesa, probaría un bocado.

—Y decidme, Recaredo, ¿cómo habéis permitido que Vigorti marchara a la Septimania?

—Los hijos debemos tributo a nuestros padres —contestó con convicción—. Tengo entendido que Brantto ha raptado a su hermana. Además, esa rata debe pagar por el crimen de Vigor, el del abad Nuncto del cenobio de Santa Eulalia y la traición a mi padre. Me pidió diez hombres, y veinte soldados de los mejores puse a su disposición. Le hubiese entregado cuanto me hubiese pedido.

Recaredo sorbió un trago largo de vino y prosiguió:

—Vigorti ha aceptado servirme de espía en la Septimania, no puedo mover grandes tropas a la frontera sin levantar sospechas. Pero eso será cuando termine lo que ha ido a hacer en aquella condenada provincia.

—Rezaré por él, solo es un niño con el diablo de la venganza dentro.

—Obispo, es un hijo que persigue al asesino de su padre, busca justicia. Rezad por eso. Esperemos que llegue antes de que Brantto despache a los cielos a su hermana.

El anuncio de uno de los gardingos precedió a la entrada de Claudio y Witerico en el salón. La energía que emanaba de sus cuerpos contrastaba con la calma de los otros dos. Recaredo y Masona

masticaron con apremio la loncha de carne que degustaban, luego bebieron vino para limpiar sus bocas. El rey ofreció asiento a los nobles, daba por finalizado el pequeño intermedio.

—¿Alguna incidencia? —preguntó Recaredo.

—Todo está bajo control, señor. La plaza de Santa María se ha llenado de gente, están expectantes por el juicio —explicó el dux Claudio.

—Pues no demoremos demasiado la espera del pueblo.

El rey volvió a explicar la información que ya conocía el obispo Masona, incluso les dio a leer la embajada secreta de Brunegilda. Claudio y Witerico se miraron, se trataba de hechos gravísimos. Y después de lo que acababa de ocurrir en Emérita aquella primicia llenó de inquietud a Claudio. El dux interrogó al rey sobre cuestiones militares, consciente de que lideraría el ejército visigodo contra el levantamiento en ciernes.

Entretanto Wendema, Vigorti y Tarqueo ocupaban los pensamientos del obispo Masona. «¿Qué sería de ellos?». El abad Renovato del cenobio de Cubillana había acudido a verle tras el alzamiento arriano y le había contado el rapto de Tarqueo. Era obvio que existía relación con lo sucedido a Wendema.

—¡Obispo, obispo! —reiteró su reclamo Recaredo—. Todavía no habéis escuchado mis últimas palabras.

—Perdonadme.

El rey sonrió, luego su rostro se ensombreció y relató más ampliamente el descubrimiento de la otra conjura arriana. Tras la celebración del sínodo toledano en el que anunció su bautizo y conversión al catolicismo y en el que los tres habían estado presentes tomó una determinación: llenar la corte de espías. No se fiaba de su madrastra. Aquella decisión cuestionada en su fuero interno enseguida dio sus frutos. Gosvinta y el obispo arriano Uldila también conspiraban contra él. De momento buscaban apoyos que no conseguían tan abiertamente. Gosvinta ya no era la reina de los godos, su posición en Toletum era frágil, los años habían transcurrido y la clientela de Atanagildo, su propia clientela, no gozaba de tanto poder.

—¿Qué haréis, señor? —preguntó Claudio mientras se ponía en pie excitado.

El dux temía que los dos levantamientos, el de Atacolo en el norte y el de Gosvinta en Toletum, fuesen el mismo y que Gontran no solo anhelase la provincia Septimania, sino el reino visigodo.

—Es natural vuestro recelo, Claudio. Por el momento creo tener controlada a Gosvinta. Los mensajes que parten de Toletum y hasta ella regresan los tengo a buen recaudo. Cuando sepa qué magnates apoyan a Gosvinta se hará justicia. Y será justicia divina.

—¿Y el obispo Uldila? —quiso saber Masona.

—Firma las embajadas junto a Gosvinta. ¡Malditos herejes! Los invito a mi mesa, los llamo para escuchar las reclamaciones arrianas y, excepto privilegios particulares, ninguno de los dos muestra el evidente malestar en sus filas. Y luego, esto…

El rey se levantó y apoyó las manos sobre la mesa.

—Antes de venir a Emérita interrogué a Gosvinta sobre esta rebelión, me miró a los ojos y sin pestañear me respondió que era la primera noticia que recibía.

El rey se acercó a la ventana, con el dedo repasó el plomo de la vidriera. La imagen de Gosvinta recaló en sus sienes, su cabello negro, su sensual presencia, su voz déspota o embaucadora, sus habilidades negociadoras y el principal amor de su vida: el poder. Recaredo lo sabía, debía aguantar algo más hasta desterrarla a los confines del abismo para siempre. Su padre, Leovigildo, había sido paciente y por decenas fueron sus victorias. El rey se dio la vuelta, pareció regresar de un sueño. Luego se dirigió a la mesa en la que se hallaban la corona y el manto, y concluyó.

—Debemos ser pacientes, los traidores irán cayendo uno a uno. —Terminó de abrocharse el manto—. Ahora, leales amigos, vamos a impartir justicia.

El ejército visigodo formaba un cordón con sus cuerpos. Cuando el rey asomó su figura en la escalinata del palacio el clamor de Emérita retumbó en la bóveda celeste. Recaredo levantó los brazos y se hizo eco de la celebración del pueblo. La plaza de Santa María y los alrededores eran un hervidero de gente. El rey comenzó a subir los pocos pasos que le separaban de la basílica de Santa María de Jerusalén, se había alfombrado de pétalos la tierra por la que caminaba. Recaredo sintió el fervor del pueblo y aquellas muestras de entusiasmo renovaron sus gastadas energías. Cuando se adentró en la basílica aún percibió el murmullo de la calle durante un rato. Dentro del lugar sagrado se había permitido la asistencia de público al juicio, pero el silencio y la sobriedad acompañaban cada paso del monarca. Avanzó por un pasillo central y llegó hasta los canceles de mármol que acotaban el presbiterio. Se habían situado tres cátedras delante del altar y de las coronas votivas que colgaban del techo. Witerico quedó fuera de la terna. El rey ocupó el lugar principal y solicitó la compañía de los ilustres Masona y Claudio. Elevó un brazo y del anexo de las reliquias surgieron los reos con las manos atadas y una capucha. Los soldados los condujeron hasta las sillas situadas en la nave central y les descubrieron el rostro. Segga bajó los ojos al ver a Recaredo en el altar. Vagrila siguió sollozando, se arrepentía de sus actos. Pero Sunna mantuvo una mirada retadora frente al rey, después la derivó a Masona y, lleno de odio, escupió.

—En esta sagrada sede no se van a permitir hechos vergonzantes.

¡Reo Sunna, contened la espuma del rencor en vuestra boca venenosa! —exigió Recaredo.

Sin aguardar más tiempo dio comienzo el juicio.

—Los hechos acaecidos no admiten otro veredicto que el de culpabilidad para los reos. No obstante, sabed que he consultado a los ínclitos señores de Emérita Claudio y Masona y la piedad de ambos me doblega al perdón.

El rey hizo un gesto y los soldados levantaron a Sunna.

—Reo Sunna, las posesiones de que gozáis en Emérita pasarán a manos de la Iglesia de Masona. Ahora bien, si públicamente os convertís a la fe católica, lloráis vuestros delitos y hacéis penitencia…, demostrando vuestro arrepentimiento, sabed que se os perdonará y se os nombrará obispo en otra ciudad.

La respuesta de Sunna no se hizo esperar:

—Ignoro lo que es penitencia, tened presente que nunca la he de practicar ni me haré católico. Moriré satisfecho en la religión que he practicado desde mi tierna infancia.

Viendo la obstinación de su mente y su pertinacia en la maldad, a fin de que no mancillara a otros con su pestilencia mortal Recaredo dictó sentencia.

—Tras escucharos, mi voluntad es la siguiente: Sunna, se os destierra de los confines de Hispania. Al amanecer un grupo de soldados os conducirá hacia el Sur, allí tomaréis un barco y pondréis tierra de por medio con este reino, al que jamás volveréis.

El arriano disparó cuantas acusaciones le vinieron a la mente, entonces los soldados que le custodiaban por orden de Recaredo le amordazaron, le colocaron la capucha y le trasladaron al anexo de las reliquias.

Recaredo se atusó la barba y miró a Segga, que mantenía los ojos en el suelo en actitud de sumisión. Se había sublevado persiguiendo el trono, y las penas para los usurpadores eran claras. Los soldados le levantaron de la silla.

—Reo Segga, habéis apostado muy alto con vuestro alzamiento. Y habéis perdido —subrayó Recaredo—; la corona de un rey y el mando de una nación no pueden condonarse por excelso arrepentimiento que medie. Bien conocéis lo que os aguarda.

Segga lo sabía, nada añadió. El monarca retomó la palabra al observar que rehusaba el turno de alegaciones.

—Reo Segga, vuestras propiedades serán confiscadas, pasarán a pertenecer a la Corona. Vuestra familia y vos seréis desterrados a Gallaecia. Y a vos se os cortarán las manos, viviréis con la firma que portan los usurpadores.

Antes de que el rey nombrase a Vagrila, este ya se había postrado en las escaleras que antecedían a los canceles, sollozaba. Masona se

levantó, se acercó a Recaredo y le dijo algo al oído. El rey reclamó a Claudio y mientras Vagrila se deshacía en lágrimas, los tres conversaron.

—Reo Vagrila, habéis buscado asilo en el templo de Santa Eulalia. Dios tiene infinita misericordia y no rechaza al que contrito le suplica. Por ello decreto que vos, vuestra esposa, hijos y hacienda sirvan perpetuamente a la sacratísima virgen Eulalia. Igual que el último criado camina ante el corcel de su señor, así lo haréis ante el dueño que gobierne Santa Eulalia, prestaréis cualquier servicio que os ordene por vil que fuera y caminaréis descalzo, silencioso y humilde.

Por orden del rey los soldados levantaron a Vagrila de las escaleras y le obligaron a subir el mentón.

—Sabed, Vagrila, que Masona me ha solicitado una prerrogativa para vos. De manera que en unos meses acudiréis a su presencia, si habéis cumplido al pie cuanto se os encomiende, él revisará esta sentencia.

Al terminar de impartir justicia el rey se sintió extenuado. Incapaz de conducirse en nuevos actos. La fatiga de días anteriores había regresado: ojeras intensas marcaban la piel de sus ojos y unas líneas firmes arrugaban sus mejillas. Precisaba descansar. Al día siguiente se reuniría con Claudio para evaluar las siguientes acciones del ejército y después regresaría a Toletum. El peso de las conjuras arrianas socavaba sus energías. La Historia juzgaría su reinado, y estar a la altura de lo que su padre le había encomendado lo hacía todo más difícil. Antes de regresar al palacio episcopal, Recaredo instó a los de Emérita a celebrar con su pueblo la victoria frente a los arrianos.

Así sucedió, Masona abandonó la basílica y permaneció en las escaleras que le alzaban sobre la plaza. A su espalda se hallaban Claudio y Witerico.

—¡Los impíos arrianos han sido condenados! —gritó el obispo agitando los brazos en señal de victoria.

Los emeritenses prorrumpieron en una contundente algarada. La excitación los invadió. Se entregaron a cantar salmos, muchos lloraban, eran lágrimas amargas. La ausencia de los que habían entregado su sangre pesaba demasiado.

30

Las noticias de Brunegilda sobre el futuro levantamiento de la provincia de la Septimania obligaron a Vigorti a extremar precauciones para cumplir su misión. No podía confiar en las tropas visigodas asentadas en ese territorio, era probable que el obispo Atacolo y los nobles Vildigerno, Granista y Brantto hubiesen

soliviantado lealtades. Y desde luego las probabilidades de salvar a Wendema se diluían como la lluvia en el océano si Brantto llegaba a conocer su presencia en la zona. Optó por adentrarse en Narbona a través del mar. Merced al magnate godo Afrila, dux de los territorios fronterizos con los Pirineos y que había atendido el requerimiento de Recaredo, Vigorti consiguió cuatro carros con ánforas de cereal, con ellos pretendía atravesar la aduana marítima camuflado como mercader.

La travesía desde Tarraco a Narbona duró una jornada. El rey Recaredo acababa de dictar sentencia en Emérita cuando el barco que transportaba a Vigorti dejó atrás el faro del puerto. Dos enormes lenguas de tierra se adentraban en el mar creando una especie de concha por la que accedían hasta el muelle las embarcaciones. El bullicio del puerto llamó la atención del gardingo. Edificios de piedra y otros de toba y ladrillo se sucedían conforme el barco avanzaba. Al poco atracó. Se tendieron unas pasarelas portátiles y comenzó el descenso de viajeros, animales y mercancías. Los hombres de Vigorti maniobraban con premura, unos enganchaban las varas de los carros a los arreos de los caballos, mientras otros mantenían firmes las cuerdas sujetas a los varales de la plataforma para evitar el movimiento de las ánforas. En cuanto pusieron fin a la tarea, se mezclaron con el resto de pasajeros y mercancías, necesitaban pasar desapercibidos. Pronto estuvieron ante el funcionario de aduanas.

—Señor, ¿os pertenecen los cuatro carros?

Vigorti lo confirmó.

—¿Y qué llevan?

—Cereal.

El funcionario se acercó y movió ligeramente las ánforas.

—Las ánforas están medio vacías, pero el impuesto se cobra por el tamaño del ánfora y no por el peso. Son las reglas.

Contó las ánforas y regresó a su puesto.

—¿Adónde os dirigís?

—A Narbona —respondió Vigorti con impaciencia.

—¿Vais al mercado libre o tenéis comprometida la mercancía?

—¿Eso qué os importa? Decidme cuánto debo pagar y dejad que siga mi camino.

La respuesta importunó al funcionario, acostumbrado a bastante más sumisión. En ese puesto de aduanas, el poderoso era él: podría denegarles el pase y tendrían que volver al origen con la carga o podría exigirles un pago superior al debido. El funcionario desafió a Vigorti, escudriñó su mirada a la espera de una disculpa que no llegaba. Uno de los soldados del grupo, Sfagio, buen conocedor del gardingo, tomó las riendas de la situación. Se ladeó la paenula y le mostró una bolsa de cuero colgada del cíngulo.

—Excelencia —se dirigió al funcionario—, quizás podríamos adelantar los trámites.

El hombre inspeccionó el pequeño botín y sin añadir nada más, gritó:

—¡Levantad la barrera, que pasen los carros!

Sfagio cogió las riendas del caballo de Vigorti y le hizo moverse.

—No merece la pena, piensa en tu hermana.

Vigorti bajó la cabeza y siguió adelante.

Cuatro millas separaban el puerto de Narbona. A medida que se alejaban de él la abundancia de construcciones portuarias desapareció en favor de villas con enormes extensiones de terreno dedicadas a la vid. El color marrón forraba el horizonte. En la lejanía la tierra se confundía con los troncos retorcidos y los brazos nudosos de las vides, desnudas de frutos y apenas vestidas por frágiles hojas. Los latifundios se delimitaban por un murete que albergaba decenas de colonos y siervos. Cuando el desnivel de la llanura lo permitía, desde el camino se advertía el pulular de estos seres insignificantes. Vigorti se acordó de Villa Spatha y la imagen de su padre sin piel le heló la respiración, reaccionó rápido, enfrió el afecto y desechó los recuerdos. «Nada de emociones que entorpecen los actos», se repitió.

Casi había transcurrido una hora desde que el grupo salió del puerto cuando la visión del arrabal de Narbona, en torno a la basílica de San Pablo, cobró forma precisa: pequeñas construcciones de adobe y animales domésticos se mostraban empequeñecidas por la imagen gloriosa de la basílica. Al fondo, la muralla.

Vigorti levantó el brazo, los carros se detuvieron y cuatro de sus hombres se acercaron hasta él.

—Hemos llegado. Tu grupo debe vigilar la puerta del puente —indicó a uno de sus hombres—. Pon el carro al lado de aquellas piedras. Y vosotros —dijo a otros dos—, ponedlos juntos frente a la basílica. Sfagio, tú, la carreta y los tuyos vendréis conmigo, seguiremos por la vía Domitia. La villa donde vive Brantto no cae lejos de la basílica.

Antes de que el grupo se separase Vigorti levantó los dedos índices de ambas manos.

—No quiero distracciones, nos jugamos la vida. Hoy mataremos al diablo.

El grupo dejó atrás el polvoriento camino y accedió a la vía Domitia. Siguiendo las instrucciones de Vigorti, las carretas y sus hombres se fueron colocando en sus posiciones. La vía se avivaba por el incesante trasiego de colonos, peregrinos, foráneos y señores que llegaban hasta esa zona merced al dinamismo surgido alrededor de la basílica. La calzada romana era nudo de comunicaciones entre itálicos e hispanos y, a través de la vía Aquitania, con los francos.

—¡Sfagio, más movimiento al carro! —dijo Vigorti impaciente.

El gardingo sudaba, tenía empapada la nuca pero no podía retirarse la capucha de la paenula. Al dejar atrás la primera curva después de pasar la basílica, surgió altiva la villa que buscaba. El corazón del joven brincó al verla. Sfagio y él se miraron. Siguieron avanzando por la vía Domitia hasta tenerla próxima, entonces ralentizaron el paso para examinarla con atención. Era una villa pequeña en comparación con las propiedades y la hacienda que en otro tiempo habían formado parte de los bienes de Brantto. Descendieron por la vía hasta alcanzar la parte rústica del fundo, no estaba amurallada y podía observarse a los siervos y colonos entregados a sus labores. Una conducción de agua llegaba hasta un molino, por encima se situaba un granero con pabellones para los excedentes. En el extremo superior, un lagar. En la zona opuesta el humo que salía de una chimenea hacía pensar en un taller de fundición. Más abajo eran visibles cercas con gallinas, conejos, vacas y cerdos. En la parte final, una pequeña capilla y humildes construcciones se levantaban para dar techo a los siervos y colonos.

—¿Qué es ese ruido? —Se dio la vuelta Vigorti.

Un sonido creció rápido fuera de la casa, en la parte superior. Voces humanas se mezclaron con relinchos y cascos de caballos.

—¡Dad la vuelta al carro, regresamos, es nuestra oportunidad! —ordenó Vigorti.

—Si es Brantto puede reconocerte —le advirtió Sfagio.

—¡La vuelta digo! —Y él mismo arrastró el cabestrillo del caballo para que tirase más rápido del carro.

Un grupo de diez personas, con Brantto a la cabeza, abandonó la villa y se incorporó a la vía Domitia.

—Sfagio, tú y yo cabalgaremos tras ellos, vosotros aguardadnos aquí. Pronto obsequiaremos al señor con sabroso grano.

Al poco, Brantto y sus hombres habían atravesado la puerta del puente y se adentraban en Narbona. Vigorti había ido tras ellos y se detuvo frente a la muralla, en el lugar donde se hallaba uno de sus carros.

—En cuanto regresen bufas el cuerno —ordenó al que se quedó como vigía en ese puesto.

El resto de hombres montaron los caballos y siguieron a Vigorti en dirección a la basílica. Llegaron hasta el segundo puesto de venta de grano, desmontaron y se distribuyeron alrededor como si desearan adquirir la mercancía. Vigorti explicó los planes mientras Sfagio colocaba los arreos a un caballo. Regresarían a la villa con uno de los carros. ¡Comenzaba la captura!

—Ha llegado la hora de cazar a Brantto. Ninguna compasión con él, es un asesino y un traidor.

Frente a la basílica permaneció otro integrante del grupo para bufar un segundo cuerno. Los demás se subieron a sus monturas y galoparon por la vía Domitia. Mientras se acercaban a la villa, un revoltijo de tripas incomodó a Vigorti; volvió a su mente la figura de su padre desollado y torturado sin piedad. Esa imagen cercenó su cordura. «Padre —se dijo—, espero que la venganza te haga descansar en paz». Y apretó los dientes para que la furia que le azotaba no se le escapara.

El grupo se paró junto al carro ubicado frente a la villa, simulaban la compra de cereal en tanto se organizaban. Al momento las carretas tomaron direcciones opuestas. Una de ellas se dirigió a la entrada principal de la villa de la mano de Sfagio y la otra se desplazó hasta la zona rústica con Vigorti al mando. El gardingo descendió por la vía Domitia con varios de sus hombres hasta situarse casi en la parte final del fundo, cerca de los pabellones de los colonos. Atravesaron el pequeño badén situado en el margen de la calzada y condujeron el carromato por una vereda. Unos cuantos se escondieron detrás de los muretes de unas construcciones que parecían servir de almacén. Vigorti y otro se adentraron en los terrenos privados. Los cuatro ojos escrutaban el interior.

—¿Cuántos? —preguntó Vigorti.

—En el lateral de la derecha veo tres. Nos han visto. Y arriba hay cuatro milicianos, pero parecen distraídos.

—Aquí llegan dos, por la izquierda —señaló Vigorti.

Algunos colonos se habían fijado en ellos y entretenían sus quehaceres.

—Vosotros, ¿qué miráis? Vamos tarde para la siembra, nada de perder el tiempo —dijo un miliciano.

Los colonos agacharon la cabeza y volvieron a lo suyo. El mismo miliciano se dirigió a Vigorti.

—¿Qué hacéis aquí?

—Traemos un obsequio del obispo Atacolo. Es trigo.

Los dos se miraron.

—Nadie nos ha informado de esta visita.

—También traemos otras ánforas con joyas de oro y piedras preciosas. Algún botín con el que el obispo desea obsequiar a vuestro jefe.

—¿Estáis seguro de que este es el destino?

—El que vive en esta villa sabe de nuestra visita. Son asuntos privados entre el obispo y el señor.

—Dejad lo que os plazca —dijo el segundo miliciano—.Es gratis, ¿no? Ya sabrán ellos.

—Se nos ha metido el carro en un hoyo, ¿podéis ayudarnos?

Vigorti acompañó a aquellos dos fuera de la propiedad y antes de

que se dieran cuenta los que aguardaban escondidos los embistieron por detrás degollándolos. Inmediatamente Vigorti volvió a entrar con cuatro hombres más, lo que concitó la protesta de los milicianos que vigilaban el lateral opuesto, que echaron a correr hacia ellos.

—¡Aquí no podéis entrar! —dijo uno de ellos.

Vigorti se adelantó.

—Traemos estas ánforas para el noble Brantto.

—¡Aquí no vive nadie con ese nombre! —espetó otro desenvainando la spatha.

—Yo digo que sí —clamó Vigorti echándose encima de él con la spatha en la mano y concitando un altercado abiertamente.

Para entonces, Sfagio había conseguido engañar a los siervos de la puerta principal por medio de una supuesta dádiva realizada por el obispo Atacolo. Cada hombre del grupo había entrado en la domus portando un ánfora y ya no volvieron a salir. Habían conseguido amordazar a ocho milicianos que ocupaban distintas estancias. También a tres siervos domésticos. Atravesaron un jardín y accedieron a la zona rústica, enseguida emprendieron la persecución de otros milicianos que bajaban para auxiliar a sus compañeros. Estos se enfrentaban a un grupo de hombres armados con un carro. Cuando los cuatro milicianos llegaron, los otros tres yacían en el suelo sin vida y ellos, sin darse cuenta, se vieron rodeados por los que corrían desde arriba y los que habían matado a sus compañeros. La sorpresa se veía en sus caras por lo repentino de los hechos.

—¿Os rendís? —instó Vigorti al grupo de cuatro.

—¡No! —dijo uno.

—¡Acabad con ellos, han elegido mal! —dictaminó.

Los milicianos fueron cercados por un grupo de nueve personas. Se entabló la lucha. Vigorti se apartó de ellos, hizo gestos al resto de sus hombres y en pocos segundos se acercaron hasta él.

—¡Vosotros dos, hacia allí! —Camino del molino se escapaba un miliciano—. Cuando acabéis con él, rodeáis el perímetro de las tierras por si alguien más desea esconderse. Y tú —continuó—, quita el carro de la puerta de entrada y escóndelo ahí detrás. Los demás, traed a los colonos y siervos a los pabellones.

Fue fácil realizar esta última tarea pese a que el grupo estaba integrado por una treintena de personas; los siervos y colonos, acostumbrados a la sumisión, obedecieron con el temor metido en los huesos, habían visto cómo se las gastaban aquellos señores de la guerra. Siguieron instrucciones y se sentaron en el suelo, en dos filas.

—Hemos venido hasta Narbona desde muy lejos, buscamos al que vive en esta villa porque es un asesino perseguido por vuestro rey, Recaredo —expresó Vigorti con manifiesto ardor.

Luego detuvo sus palabras y paseó la mirada por aquellos

desheredados que la iban bajando conforme se topaban con sus ojos, capaces de desenterrar secretos.

—Brantto y los diez hombres con los que ha salido esta mañana no me preocupan, no verán un nuevo amanecer. —Y escupió.

Entonces cogió al mancebo que tenía más cerca y le puso un cuchillo en el cuello.

—Pero busco a una mujer —enfatizó—, y también a un hombre manco. Si no me decís donde están me llevaré por delante la vida de cada uno de vosotros, empezando por este.

Un hombre viejo se levantó al momento.

—Tememos al invitado Brantto que manda aquí desde hace unos meses.

—Hoy dejaréis de temerle. Mató a mi padre y he venido a hacer justicia.

El viejo miró a una mujer, también vieja, que se levantó.

—Ella es la que le lleva el agua y la comida a la mujer.

El corazón de Vigorti comenzó a latir con fuerza, creció su excitación mientras seguía los pasos de aquella anciana. Ascendieron en diagonal hasta dejar atrás el molino y la canalización, y luego enfilaron en línea recta. Anduvieron unos pasos más en dirección al granero y antes de llegar a él la vieja señaló un trozo de tierra cubierto de follaje. Se agachó a retirarlo, pero Vigorti la echó a un lado y con ágiles brazadas apartó el enjambre de ramas. Ante él apareció una oquedad tapada por tablas, una cuerda alrededor de una de las tablas sujetaba un cubo. Desde dentro se oyó un sollozo.

—¡Wendema! ¡Wendema!, ¿eres tú? —gritó.

—Vigorti, estoy aquí abajo —respondió con debilidad.

Vigorti comenzó a desprender los tablones y enseguida vio la silueta de su hermana; estaba sentada, miraba hacia arriba tapándose los ojos con las manos. El gardingo se detuvo, giró la cabeza hacia la vieja y esta señaló hacia la pared exterior del granero.

—Se utiliza esa escalera —dijo la mujer con disgusto.

Vigorti descendió con el estómago encogido. Cuando faltaban unos peldaños para llegar al fondo, saltó. Wendema continuó inmóvil y Vigorti sintió que un dolor en el pecho le tragaba. Se arrodilló y abrazó a su hermana gemela. Unidos, sollozaron. Eran incapaces de hablar, tenían la voz cosida a las costillas.

—Sabía que vendrías, no lo he dudado nunca, Vigorti —dijo ella con un susurro apenas.

Aún seguían abrazados cuando Sfagio asomó el rostro por la oquedad. Vigorti levantó la cara para atenderle. Sus facciones se habían suavizado.

—¡Está viva, Sfagio! —soltó conteniendo la respiración—. ¡Viva!

—¡Por fin te conozco, Wendema! —añadió alegre el amigo de su

hermano.

Los tres amagaron una sonrisa. Sfagio esperó unos segundos y añadió:

—Vigorti, la servidumbre no sabe dónde se halla Tarqueo porque él es cosa de los milicianos. Fuimos hasta ellos y rajamos la yugular al primero que se negó a decirnos donde está. El segundo habló sin preguntarle. Varios hombres han ido a buscarle.

Wendema se echó a llorar más fuerte al escuchar a Sfagio.

—También he venido para salvar a Tarqueo, Wendema —agregó Vigorti intentando dulcificar la voz.

Se volvieron a abrazar con fuerza. Así estuvieron unidos unos instantes. Para ellos se detuvo el tiempo. Después Vigorti levantó a Wendema por las axilas.

—¿Puedes sostenerte?

—Sí —dijo. Las piernas le temblaban.

Desde abajo Vigorti fue empujando sus glúteos mientras ella subía las escaleras y Sfagio, con medio cuerpo metido en la oquedad, le tiraba de los brazos. Cuando Wendema salió a la superficie, los dos le sirvieron de muleta y la trasladaron hasta los pabellones de la servidumbre.

—Este es el lugar más seguro de la villa, debes permanecer aquí hasta que mate al diablo. —Wendema movió el rostro en sentido afirmativo—. Mis hombres traerán comida para ti y para ellos. —Y señaló a los siervos a cuyo cargo la dejaba.

Antes de salir del barracón donde se hallaba su hermana, Vigorti se volvió a mirarla.

—¿Te han hecho daño? —preguntó temiendo la respuesta.

—No, Tarqueo le pidió a Siwae que me protegiera y él consiguió que Brantto le permitiera yacer conmigo en pago por el éxito de la misión. Así me quitó al resto de los hombres de encima. Aunque nunca abusó de mí.

Vigorti respiró profundamente, era una de las muchas respuestas que habían socavado su serenidad cada día. Sin perder tiempo caminó junto a Sfagio en dirección a la parte residencial de la villa. Tarqueo se hallaba prisionero en el sótano. Los hombres de Vigorti aguardaban su llegada. Vigorti fue avanzando lentamente hacia el rincón.

—Está vivo —indicó uno despejando la incógnita en la que todos habían pensado al entrar en el sótano.

Tarqueo tenía grilletes en los tobillos, de ellos pendían unas cadenas cuyas sujeciones se habían embebido en la pared. Apenas daban para andar tres pasos. Yacía acostado en el suelo, no se movió cuando entraron los hombres de Vigorti. Le habían azotado, tenía las marcas. Un cuenco con agua y un poco de pan mojado en un líquido blanquecino le caía cerca de la boca. Vigorti se arrodilló y le llamó.

Tarqueo abrió los ojos, pero no dijo nada. Tenía pequeñas costras alrededor de los labios.

—¡Un hacha, un punzón, mantas, agua y comida!, ¡rápido! —ordenó con el estómago perforado por la rabia—. He venido a salvarte, Tarqueo. ¿Me reconoces?

Tarqueo cerró los ojos.

—Se ha terminado tu suplicio.

Vigorti le cogió la mano. Le subió un calor punzante a las mejillas. Se arrepentía de su trato a Tarqueo. Le había cegado el odio hacia Brantto, que solo era un monstruo, no un padre. Vigorti se acercó a su oído y le dijo en un susurro.

—¿Podrás perdonarme alguna vez, Tarqueo? —Él volvió a cerrar los ojos—. Saldrás de esta, hermano —le devolvió Vigorti acongojado, y luego intentó animarle—: Verás como sí, te repondrás y te casarás con mi hermana, ¿de acuerdo? Así que tienes que aguantar y sobrevivir.

Tarqueo no dijo nada, unas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Sacadle de este infierno! —concluyó el gardingo.

Vigorti subió, atravesó el atrio y se dirigió al exterior. Le costaba respirar. Necesitaba llorar, pero en su lugar gritó. Gritó fuerte, arrancando de sus adentros la humillación de haber aguantado una injusticia tan grande.

—¡Noooooooo! ¡Nooo! ¡No! ¡Pagarás, Brantto! —gritó una vez más.

Aquel grito fue respondido por el sonido de un cuerno. Vigorti no se movió, sonrió. No tenía miedo, solo tenía ganas. ¡Regresaba el diablo!

Entró en la domus. Sus hombres habían escuchado el aviso y corrieron hasta él. Vigorti dio las órdenes pertinentes. Un hombre regresó junto a Wendema y, otro, junto a Tarqueo. Los demás se dividieron. Según habían relatado los siervos, la costumbre era que el magnate Brantto desmontase y entrase en la domus por la puerta principal, junto a su primer oficial Siwae. Sus milicianos rodeaban la construcción para llegar a las caballerizas. Brantto y Siwae se entretenían un rato antes de comer, siempre ellos dos solos; el noble contrataba milicianos buscando protección, pero nunca los consideró dignos de sentarse a la mesa con él.

Vigorti, Sfagio y otros cuatro hombres aguardaron en la domus. El resto rodeó las caballerizas. Habían encontrado posiciones para balancear el arco y acabarían con aquellos milicianos antes de que se dieran cuenta.

Brantto voceó el nombre de la servidumbre cuando llegó al atrio, en su lugar encontró al hijo de Vigor con la spatha desenvainada. La sorpresa le hizo llevarse la mano a la boca.

—¡He venido a matarte, Brantto!

Los hombres de Vigorti avanzaron con las spathae desenvainadas, los rodearon.

—Siwae, tú puedes elegir. Has respetado a mi hermana y la has protegido; contra ti no tengo nada. Pero si optas por seguir al lado del demonio, hallarás la muerte.

Siwae tiró la spatha al suelo. Se entregó a los hombres de Vigorti.

—¡Traidor, después de todo lo que te he dado! —gritó Brantto.

—Me has quitado más de lo que me has dado —respondió Siwae.

Los soldados que rodeaban a Brantto abrieron el círculo y Vigorti quedó frente a él.

—¡Desenvaina! Te doy la oportunidad de defenderte, cosa que tú no hiciste con mi padre. Aquel día, cuando le mataste…, yo lo vi todo, estaba fuera mirando cómo le quitabas la piel a tiras.

—¡Era la guerra! —respondió Brantto mientras levantaba la spatha.

Vigorti rio fuera de sí.

—Todavía te quedan ganas de mentir. ¡Arde en el infierno!

El gardingo se fue hasta él, blandió el arma con firmeza. Brantto retrocedió, le costaba aguantar la fuerza de aquellas estocadas, una de ellas le dio un tajo en el brazo izquierdo que empezó a sangrar. Emitió un aullido de dolor. Vigorti sonrió. El combate siguió, volvieron a cruzar el hierro. La rapidez y la fortaleza del joven consiguieron tocar varias veces el cuerpo de Brantto, que después de varias embestidas sangraba por las piernas y el abdomen. Vigorti sacó una daga, con fiereza volvió a blandir el hierro en una sucesión de movimientos que consiguieron desarmar a su oponente. Se arrojó sobre él, cayeron al suelo y con la empuñadura de la spatha le golpeó la cabeza hasta dejarle inconsciente. Por último le cortó el cuello y la vida se le escapó a borbotones. En unos segundos murió. Pero antes, Vigorti aún tuvo tiempo de sacarle su único ojo e introducírselo en la boca. Después blandió un hacha y le cortó las manos, como se hacía con los usurpadores. Se las mandaría en ofrenda a Atacolo y a Gontran.

Cuando todo acabó, se recostó en la pared, la sangre de Brantto le cubría el cuerpo. Intentó levantarse, las siluetas más cercanas se desdibujaron y una nebulosa invadió la realidad. No se sostenía en pie. Se dejó caer y se echó a llorar arrastrado por un impulso más profundo que la voluntad. Se había liberado de una culpa implacable. «Padre, padre…, no pude hacer nada por salvarte. He llevado esa gran cruz sobre mí».

Cuando cesó su llanto, sus ojos desprendieron una luz intensa. Había cumplido la misión de su vida.

Se levantó, con determinación cogió el hacha y cortó la cabeza de Brantto. Se subió al caballo, con una mano tomó las riendas y con la otra sujetó el sangriento trofeo por el cabello, espoleó su montura y

enfiló la vía Domitia en dirección contraria a Narbona. Sus hombres le vieron pasar con aquella cabeza pendiendo al viento. Cabalgó sin ningún destino, siguiendo el rastro de las piedras romanas. Atrás dejó suaves lomas convertidas en trigales. Cuando se sintió agotado redujo la marcha. Tomó el primer desvío que halló, un sendero de tierra que conducía a un elevado promontorio. Alcanzó la cima. Se bajó del caballo. Oteó el paraje, un manto de vides surcaba un mar marrón, y más allá verdes vaguadas boscosas. Respiró sintiendo la tibieza del aire. Hacía demasiado tiempo que no sentía esa paz. Y la recibió anhelante, deseoso de conducirse por la delicada senda del amor.

Vigorti arrojó la cabeza de Brantto al vacío. Y gritó a los cielos:

«Padre, ya soy un hombre.
Digno de tu estirpe, digno de ti.
Porque un hombre bien sabe qué no debe consentir».

Glosario y topónimos

Arrianismo: creencia cristiana no trinitaria. Afirma que Jesucristo fue creado por Dios Padre y está subordinado a él.

Braccae: prenda en forma de pantalón usada por varios pueblos en la Antigüedad y la Edad Media. Iba sujeta a la cintura con un cordón y se usaban cortos (hasta la rodilla) o largos.

Bucelario: auxiliar militar que defendía las posesiones y acompañaba en los combates al magnate visigodo al que servía. Por ello recibía regalos (además de una paga). En caso de pasar al servicio de otro señor debía devolver tales obsequios, así como la mitad del botín que hubiera obtenido mientras le servía.

Cenobio: monasterio.

Codex Revisus: código de leyes creado por el rey visigodo Leovigildo.

Conde de los Espatarios: cargo palatino de carácter militar.

Cubicula: habitaciones de la casa que se disponían en torno al atrio y cuya función era dormitorio.

Decumano: término usado en la planificación urbanística del Imperio romano. Indica una calle con orientación este-oeste.

Dinastía merovingia: familia de estirpe germánica que gobernó la actual Francia, Bélgica, parte de Alemania y Suiza desde mediados del siglo v hasta el año 751. Su último rey, Childerico III, fue destituido por Pipino el Breve, de la dinastía carolingia.

Dolia: vasijas de alfarería del imperio romano similar a una tinaja, usada para almacenar y transportar alimentos.

Domus: vivienda de las familias de cierto nivel económico.

Dux: alto cargo provincial del reino visigodo. El dux podía ostentar tanto el mando militar como el civil en la provincia.

Fauces: parte de la casa que comunicaba el vestíbulo con el

atrio.

Fornax: horno.

Gardingo: persona de la máxima confianza del rey y que le protegía personalmente. Este título le hacía pertenecer a la nobleza y al oficio palatino, por detrás de los duques y condes.

La Baetica: provincia romana que continuó en época visigoda. Se corresponde con los actuales territorios de Andalucía, el sur de Badajoz y el sureste de Portugal.

La Lusitania: provincia romana en el oeste de la península ibérica que se mantuvo como tal durante época visigoda. Se corresponde con la actual Portugal (hasta el río Duero), Extremadura y parte de Castilla La Mancha y Castilla y León.

La Orospeda: región romana y luego visigoda que se corresponde con las actuales Calpe, Fuente la Higuera, Almansa, Iniesta y Chinchilla, sigue por la Sierra de Segura (Jaén) y Sierra de Alcaraz (Albacete) y baja hasta la división de la antigua provincia Baetica.

La Septimania: provincia visigoda situada en la antigua Galia Narbonense. Al noroeste limitaba con el río Garona, al este con el Ródano, que lo separaba de Provenza, y al sur con los Pirineos.

Limes: frontera.

Los Sappos: pueblo habitante de Sabaria, un territorio semiautónomo entre los reinos suevos y visigodos durante los siglos iv y vi. Ocuparía la zona que va de Benavente a Salamanca y de Sayago a Simancas.

Paenula: tipo de capa de lana basta, con forma oval y capucha.

Pulte: alimento elaborado con harina de cereales, mijo, espelta y escaña que se mezclaba con garbanzos o lentejas.

Recopolis: ciudad mandada a construir en el año 578 por Leovigildo en honor a su hijo Recaredo. Se sitúa cerca de la actual localidad de Zorita de los Canes (Guadalajara).

Reino de Austrasia: formado por territorios del este de la actual Francia, oeste de Alemania, Bélgica y los Países Bajos. De forma aproximada comprendía las cuencas de los ríos Rin, Mosa y Mosela. Metz era su capital, e incluía localidades como Reims, Colonia o Tréveris.

Reino de Borgoña: reino franco de la dinastía merovingia, llamado así entre los años 561 y 592. Su capital fue Orleans y sus territorios ocuparon el centro de la actual Francia y la mayor parte de Provenza.

Reino de Neustria: reino franco de la época merovingia. El territorio de Neustria comprendía la región noroeste de la actual Francia y su capital era Soissons.

Reino suevo: fundado por el pueblo germánico de los suevos en la primera mitad del siglo v. Se corresponde con el territorio de las actuales Galicia, Asturias, León y las regiones portuguesas del Norte y Beira. Su fin llegó en el año 585 con la anexión del mismo por Leovigildo.

Ros marinum: romero.

Sippe: individuos que descendían de un tronco común en línea masculina. El derecho germánico atribuía a ese conjunto de individuos un carácter de círculo de autodefensa, con un conjunto de derechos y deberes para sus miembros, de manera que la protección penal de sus integrantes quedaba en manos del propio colectivo (Sippe). Así, cuando uno de sus miembros era dañado, los restantes quedaban legitimados para acceder a la venganza de sangre o pedir una compensación.

Spaniae: fue la provincia bizantina más occidental. Existió en el siglo vi y vii. Ocupó territorios como Sevilla, Córdoba, Málaga, Cartagena o Cádiz. Aunque este territorio fue cambiando a causa de las conquistas de Atanagildo (Sevilla) y Leovigildo (Córdoba y Écija, entre otras).

Spatha: espada.

Tablinum: especie de «oficina» en la casa romana, centro de recepción y trabajo del páter familia para los negocios, donde recibía a sus clientes.

Thiufado: jefe de la thiufa, unidad del ejército visigodo formada por mil hombres.

Trubucos: prenda parecida al pantalón actual que podía ir suelta o atarse en los tobillos.

Vilicus: capataz.

Xenodoquio: un albergue de peregrinos y hospital para enfermos fundado por el obispo Masona en Emerita en el siglo vi.

Ana: río Guadiana

Asidonia: Medina-Sidonia (Cádiz)

Barraeca: río Albarregas

Betis: río Guadalquivir

Bracara: Braga (Portugal)

Caesaraugusta: Zaragoza

Caput Arietis: Cercana a Carcasona (Francia)

Carthago Spartaria: Cartagena

Castrum Ugernum: Beaucaire (Francia)

Castulo: cercana a Linares (Jaén)

Conimbriga: Cercana a la actual Condeixa-a-Nova (Portugal)

Corduba: Córdoba

Egitania: Idanha-a-Velha (Portugal)

Emérita: Mérida

Híspalis: Sevilla

Hispania: España

Iria: aldea del municipio de Padrón (A Coruña)

Italica: Santiponce (Sevilla)

Laelia: Cercana a Olivares (Sevilla)

Lucus: Lugo

Metellinum: Medellín (Badajoz)

Mirtylis: Mértola (Portugal)

Norba Caesarina: Cáceres

Olissipo: Lisboa (Portugal)

Osset: San Juan de Aznalfarache (Sevilla)

Tarraco: Tarragona

Toletum: Toledo

Tude: Tuy (Pontevedra)

Victoriaco: ciudad fundada en el 581 por Leovigildo en Vasconia, algunos historiadores la identifican con la actual Vitoria.

Viseum: Viseo (Portugal)

Nota de la autora

Quiero hacer constar que me he tomado una licencia al emparentar como tío y sobrino al obispo de Emérita, Masona, con el dux, Claudio. Son personajes históricos que no guardan ningún parentesco.

Agradecimientos

A la editorial Kailas, por apostar y confiar en esta novela histórica. Por el mimo con que edita los libros que publica. Y en especial a su editor, Íñigo Gil, por su profesionalidad y buen hacer, así como por la determinación y la ilusión con la que emprendemos este lanzamiento.

A mi esposo, Daniel, por apoyar mi vocación de escritora y ser paciente con el tiempo y la energía que requiere.

A Miguel Alba, por facilitarme la valiosa documentación tan imprescindible en una novela histórica. Por ilustrarme y situarme con sus conocimientos en un mundo tan desconocido como el visigodo. Gracias, Miguel, por haberme acompañado en mis tres novelas sobre Mérida, tu sabiduría y tu amor por la arqueología y la historia están impresas en ellas.

A Agustín Velázquez, por escuchar y resolver mis dudas como historiador, por la preciada documentación proporcionada y por la generosa e inestimable labor correctora sobre la novela.

A Daniel Gómez Aragonés, por las preguntas y dudas resueltas, y por sus recomendaciones bibliográficas.

A Rosa Lencero, por ser como es, generosa, solidaria, vitalista y con luz. Por poner a mi servicio su maestría literaria. Sus aportaciones y correcciones han enriquecido esta novela.

A mis familiares y amigos, que comparten mis alegrías en el mundo literario.

A todos los lectores y lectoras, que me muestran su cariño y sus opiniones, y cuya afinidad por la literatura nos hace pasar tan buenos ratos.